

Caudillos, novela y escritura de la Historia: Juan Manuel de Rosas y el Chacho Peñaloza
en la obra de Eduardo Gutiérrez

by

Gisela Inés Salas-Carrillo

B. A. Universidad Femenina del Sagrado Corazón, 1997

M.A. University of Colorado at Boulder, 2004

A thesis submitted to the
Faculty of the Graduate School of the
University of Colorado at Boulder in partial fulfillment
of the requirement for the degree of
Doctor of Philosophy
Department of Spanish and Portuguese

2011

This thesis has been approved for the Department of Spanish and Portuguese

Juan Pablo Dabove, Associate Professor, committee chair

Leila Gómez, Associate Professor, committee member

Peter Elmore, Professor, committee member

Javier Krauel, Assistant Professor, committee member

Robert Buffington, Associate Professor, committee member

Date: _____

The final copy of this thesis has been examined by the signatories and we find that both the content and the form meet acceptable presentation standards of scholarly work in the above mentioned discipline.

Salas-Carrillo, Gisela Inés. (PhD., Spanish)

Caudillos, novela y escritura de la Historia: Juan Manuel de Rosas y el Chacho Peñaloza
en la obra de Eduardo Gutiérrez

Thesis directed by Associate Professor Juan Pablo Dabove

This dissertation casts doubt on Gutiérrez's traditional image as a frivolous writer and focuses on his historical novels, specifically his cycles on Juan Manuel de Rosas and Ángel Vicente Peñaloza, el Chacho. These are Juan Manuel de Rosas, La mazorca, Una tragedia de doce años, El puñal del tirano, El Chacho, Los montoneros, El rastreador, and La muerte de un héroe, plus La muerte de Buenos Aires. The purpose of my thesis is to demonstrate that in these historical novels the author reflects on the current state of Argentina while at the same time he criticizes the fate of the liberal project of nation-building. In doing so, he engages in a broad reflection on Argentinian nationalist discourses, and on the roots of what he considers to be liberalism's failure. Likewise, he reconsiders the problematic notion of caudillo, cornerstone of the distinction between civilization and barbarism, and builds an argument based on the counterpoint between Rosas and Peñaloza.

In these books, Gutiérrez uses the rethorical mechanisms of the liberal intellectuals to reflect about the constituted state instead of its enemies. Moreover, Gutiérrez writes about an unforeseen enemy of the Argentinian Lettered City, namely, itself. Taking that into account, I argue that, in his novels about Rosas and Peñaloza, Gutiérrez proposes that the nation dissolves inside the liberal state since it is disconnected from national History. As had happened in the time of the antirosista fight, these texts echo the very well grounded liberal discourse from the Generación del 37 and put Rosas

as its center. However, this time, Rosas is not the embodiment of barbarism but rather civilization. On the other hand, Peñaloza — Facundo Quiroga's successor in La Rioja — is named the true restorer of the national order in ideological alliance with the liberal party.

Since the publication of Ricardo Rojas' Literatura argentina and despite Gutiérrez's indisputable role shaping Argentinian culture and literature, this author has routinely been studied as the personality who merely links José Hernández' s epic cycle with narrative and theatre about the gaucho. Nevertheless, important treatises, such as Adolfo Prieto's El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna (1988) and Alejandra Laera's El tiempo vacío de la ficción (2004), have already been written about Gutiérrez's true position and contribution to Argentinian literature. My dissertation contributes to this critical corpus by studying a different group of novels away from Gutiérrez's gauchoesque repertoire. Thus, while Prieto defines the criollista movement and points to Gutiérrez's Juan Moreira as its inspiration and Laera demonstrates how Eugenio Cambaceres and Gutiérrez shaped the modern Argentinian novel, my work reflects on how Gutiérrez positions himself and his work inside the Argentinian literary canon.

Para Juan y Coco, en Lima

Para Daniel, también en Lima

Agradecimientos

Escribí esta tesis contando con el apoyo de varias personas. En primer lugar, debo agradecerse a mis padres, Juan y Coco, cuya expectativa siempre ha sido una motivación.

Yo no habría acabado este trabajo sin el cariño de mis amigos: Peludo, Silvia y Raúl, Carrie, Nuria, Adriana, Cristina, Jessica y Erika. Ante ellos, enmudezco. Jamás tendré palabras suficientes para explicarles lo importante que son en mi vida. Tampoco me olvido de mis nuevos amigos, Bea, Wladimir y Eva, cuya compañía durante mi último semestre hizo todo más llevadero.

A Daniel le agradezco sus talleres de motivación, nada habría sido suficiente sin ellos.

Por último, agradezco el esfuerzo, el interés y la comprensión de cada uno de los miembros de mi comité de tesis: Juan Pablo Dabove, Peter Elmore, Leila Gómez, Javier Krauel y Robert Buffington. Pero mis palabras finales se las dedico a Juan Pablo, a quien admiro y quien me enseñó mucho más que literatura y teoría literaria.

Índice

Introducción	1
Buenos Aires y las provincias	2
El ochenta: primer gobierno del general Julio Argentino Roca y la sucesión presidencial de Miguel Ángel Juárez Celman	13
Intervención de Gutiérrez y su papel asignado por el estudio crítico	16
Sobre este trabajo	23
Primera parte: Estado y nación en <i>La muerte de Buenos Aires</i> y <i>Los Dramas del terror</i>	26
1. Política de folletín	26
2. Rosas y sus representaciones en la literatura argentina de facción	38
2.1. “El matadero” (1838) de Esteban Echeverría: el héroe unitario	40
2.2. Domingo Faustino Sarmiento y <i>Facundo</i> (1845): naturaleza compleja del dictador	41
2.3. Hilario Ascasubi: <i>Paulino Lucero o los gauchos del Río de la Plata cantando y combatiendo contra los tiranos de las Repúblicas Argentina y Oriental del Uruguay (1839 a 1851)</i> (1872): la nación ensangrentada	46
2.4. Juana Manso de Noronha: <i>Los misterios del Plata</i> (1846): heroicidad gaucha	51
2.5. José Mármol: <i>Amalia</i> (1851): violencia interior	60
3. Rosas/Roca: Civilización y barbarie: <i>La muerte de Buenos Aires</i>	73
3.1. El debate en torno a la federalización de Buenos Aires	73
3.2. <i>La muerte de Buenos Aires</i>	79
3.2.1. La historia que cuenta	79

4.1. La historia que cuenta	193
4.2. El restaurador de las leyes: el Chacho Peñaloza en pie de guerra	197
4.3. La guerra de los dones: liberalismo chachista	209
4.4. Otra vuelta de tuerca: modernización reaccionaria	220
Conclusiones	223
Obras citadas	227

Introducción

Eduardo Gutiérrez (1851-1889) se estrena como folletinista en 1879, justo al inicio del periodo de modernización argentino, al fin de las guerras civiles, poco antes de la federalización de la provincia de Buenos Aires y del asentamiento definitivo del Estado nacional. Llegado 1880, se había vuelto un verdadero fenómeno de masas gracias a su segundo folletín, *Juan Moreira*, que lo convirtió en el escritor más popular de la década que empezaba¹. En medio de este contexto, Gutiérrez fue uno de los reformadores de la novela, junto con Eugenio Cambaceres (Laera, 2005), e inspirador del movimiento criollista argentino (Prieto, 1989). Escribió una treintena de folletines variopintos entre los cuales se encuentran sus ciclos históricos dedicados a dos caudillos, a saber, Juan Manuel de Rosas, Ángel Vicente Peñaloza, también conocido como el Chacho, y a los sucesos de la rebelión tejedorista de 1880. Esta tesis estará dedicada al estudio de *Los dramas del terror*, a saber, *Juan Manuel de Rosas* (1881), *La mazorca* (1888), *Una tragedia de doce años* (1888) y *El puñal del tirano* (1888); al ciclo de

¹ Su primer folletín fue *Un capitán de ladrones en Buenos Aires*. Cuenta las fechorías del célebre ladrón Antonio Larrea, personaje muy conocido sacado de las crónicas policiales de la época. *Juan Moreira*, el folletín que inicia su serie de novelas populares con gauchos, fue el segundo y el que lo hizo famoso. Como explica Adolfo Prieto, gracias a Moreira, será Gutiérrez, y no José Hernández, el autor más citado por otros folletinistas del ochenta hasta el punto que hubo quienes llegaron a atribuirle al primero la obra del segundo: “Es por seguir la costumbre/ De Gutiérrez inmortal/ El escritor nacional/ Que sucumbió en la cumbre;/ Por eso es bueno q’alumbre/ Nuestras mentes el finao,/ Ya que mil pruebas ha dao/ En Moreira y Martín Fierro [...]” (Cientofante, Manuel. *Lamentaciones de un paysano*. Citado en Prieto, 2006: 89).

Peñaloza, a saber, *El Chacho* (1884), *Los montoneros* (1886), *El rastreador* (1886) y *La muerte de un héroe* (1886); y, finalmente, a *La muerte de Buenos Aires* (1882).

La importancia de los folletines que destaco proviene de que, en conjunto, son una reflexión compleja sobre la nación y la forma del Estado nacional a partir del asentamiento federal roquista en 1880. Para ello, Gutiérrez pasa revista a los principales acontecimientos históricos ligados a los intentos de constitución del Estado y ensaya una explicación a partir de las fallas en el proyecto de construcción de la nación argentina del unitarismo-liberalismo y los errores tácticos de sus líderes en momentos decisivos. Siendo Gutiérrez un porteñista liberal acérrimo, el roquismo no auguraba tiempos mejores, sino, por el contrario, sumía al país en una crisis conocida, a saber, la de un gobierno autoritario instaurado a partir del aniquilamiento de las libertades de la provincia madre². En la retórica de Gutiérrez, Buenos Aires es una metáfora de la patria, de ahí que su alegato a favor de su provincia sea un asunto patriótico y no un gesto secesionista.

Buenos Aires y las provincias

La relación entre Buenos Aires y el Interior, a lo largo del siglo XIX hasta el ochenta, se definía como rivalidad. Inmediatamente después de haberse independizado del gobierno de España, el territorio liberado se debatió entre dos tendencias, a saber, una centralista y otra que abogaba por el autogobierno de las ciudades. Así, una vez que la soberanía del país se encontró

² Ese sesgo ideológico de Gutiérrez es comentado de la siguiente manera por Laera: “En la novela popular con gauchos la identidad porteña se proyecta por encima de la identidad nacional y pretende, metonímicamente, sustituirla, aun cuando, ya en los años de 1880 y tras ‘la muerte de Buenos Aires’, esto resulte no solo imposible sino anacrónico” (2004: 255).

en potestad de sus ciudadanos, hubo que decidir cuál sería su forma final: una república unitaria o una federal. La primera era una opción impulsada desde Buenos Aires mientras que la segunda era apoyada por el resto de las provincias. Por eso, la trama política de la Argentina estuvo dominada por la coexistencia conflictiva de soberanías de ciudades y gobiernos centrales que defendían una única soberanía rioplatense (Goldman: 58).

Durante el largo proceso revolucionario argentino comprendido entre 1810 y 1820, el país fue, poco a poco, adquiriendo su forma política. En ese transcurso, hubo tres momentos importantes, a saber, la independencia de las ciudades subalternas de las cabeceras, las *Instrucciones a la Asamblea* de José Gervasio Artigas, caudillo oriental, dirigidas a los representantes orientales en la Asamblea General Constituyente de 1813, y, en 1816, la aparición de una verdadera tendencia federal en Buenos Aires que fue derrotada ese mismo año. El primero estuvo impulsado por la reivindicación del “derecho al autogobierno de los pueblos” que la Colonia no había logrado erradicar completamente. Aquel fue el proceso por el que se formaron las nuevas provincias. Las ciudades subordinadas decidieron apelar ese derecho para exigir su trato directo, sin las mediaciones de las Intendencias, con la Junta de Buenos Aires: en 1811, Jujuy se separó de la Intendencia de Salta; más adelante, en 1813, Mendoza, San Juan y San Luis se desligaron de la Intendencia de Córdoba; y, en 1814, Entre Ríos y Corrientes se desasociaron de Buenos Aires al mismo tiempo que Tucumán de Salta. En 1818, Santa Fe se separó de Buenos Aires. Hacia 1815, este proceso contribuyó a agrandar la crisis por la que atravesaba el gobierno central del Directorio ocasionada por su deseo de subordinar al ejército de San Martín.

En 1810, poco después de la revolución en Buenos Aires, el caudillo oriental Artigas unió fuerzas con la ciudad porteña para suprimir el control español de la Banda Oriental. Como

resultado, la Banda Oriental fue sitiada por el reino de Portugal para ejercer presión contra la resistencia artiguista. Inesperadamente, Buenos Aires firmó un armisticio con Portugal devolviéndole a España el control de la Banda. Como consecuencia, el 80% de la población oriental se mudó a Entre Ríos, con lo cual, aquel éxodo rompió el acuerdo tácito entre los rebeldes orientales y Buenos Aires. A pesar de que era claro que los intereses de esa provincia no eran los de la suya, los representantes orientales aceptaron asistir a la Asamblea Constituyente de 1813 convocada por Buenos Aires. Su objetivo era proponer a la Asamblea los acuerdos contenidos en un documento conocido como “Instrucciones a los representantes del Pueblo Oriental para el desempeño de su encargo en la Asamblea Constituyente fijada en la ciudad de Buenos Aires”. *Las Instrucciones* era una propuesta confederal impulsada por insistencia de Artigas en la que se declaraba la libertad de la Banda Oriental y se expresaba su deseo de unirse en confederación — es decir, como la unión de provincias/estados independientes — al resto de las Provincias Unidas. Los orientales no consiguieron lo que buscaban. Por el contrario, al año siguiente, Buenos Aires, lejos de cambiar su actitud ante el conflicto con Portugal, planeaba otro armisticio con Portugal. Por eso, Artigas rompió relaciones indefinidamente con esa provincia a finales de 1816. Sin embargo, eso no pudo evitar que Banda fuera anexada al reino de Portugal.

Ese mismo año, el gobernador intendente de Buenos Aires, Manuel Luis de Oliden, recibió tres peticiones para convertir a Buenos Aires en una provincia independiente sometida a “un gobierno general para dirigir la guerra, la paz y los negocios exteriores de los llamados ‘Estados federales’ a constituir” (Goldman: 64). La propuesta no prosperó y no volvería a agarrar impulso hasta entrada la década siguiente.

La década de 1820 empieza con un acontecimiento decisivo para Buenos Aires, a saber, su renuncia a ser la capital de las Provincias Unidas. Ese es, pues, el año en que se erige como

entidad política autónoma. Aquel hecho fue ocasionado por la desastrosa derrota del ejército del Directorio el 1 de febrero de 1820 en Cepeda a manos de las fuerzas artiguistas y sus aliados en Santa Fe y Entre Ríos, Estanislao López y Francisco Ramírez, respectivamente. Ese fracaso y la secesión de Buenos Aires fueron, a su vez, el inicio de una crisis mayor que llevaría a su fin al Directorio e impulsaría la formación de los estados provinciales autónomos. La presión de las provincias del Interior y de un grupo de bonaerenses para instaurar un “modelo federal” — en realidad, confederal — en la Argentina enfrentó a los ex directoriales bonaerenses con los rebeldes del litoral y con la oposición popular dentro de su ciudad. Poco a poco, el enfrentamiento entre centralistas y confederalistas acabó polarizando los bandos en facciones y el conflicto fue, poco a poco, transformándose en el enfrentamiento entre campo y ciudad. Sin embargo, al “fatídico año 20” le siguió “la feliz experiencia de Buenos Aires”.

Tras sucesivas gobernaturas en un mismo año, vino un periodo de paz, encabezado por el liderazgo de Bernardino Rivadavia, abocado al beneficio de Buenos Aires. Sin embargo, llegado el momento de organizar el país bajo un Estado unificador, las viejas disputas del 20 afloraron otra vez y llevaron a la provincia a una nueva crisis. En 1824, Gran Bretaña envió a un representante para firmar un tratado de amistad y comercio con la Argentina. Ese acontecimiento puso en el tapete el problema de que la Argentina era un conglomerado de provincias autónomas y lo convirtió en una cuestión urgente. Por esa razón, Buenos Aires decidió reunir un Congreso Constituyente — cuya conformación había dilatado y, finalmente, frustrado en 1820 — con la finalidad de resolverlo. La razón que utilizó para convocarlo fue la situación de la Banda Oriental, incorporada al imperio de Brasil desde 1822.

En ese Congreso se acordó la “ley Fundamental” según la cual Buenos Aires se hacía cargo provisionalmente del Ejecutivo nacional para enfrentar la guerra contra el Brasil y hacerse

cargo de los asuntos de relaciones exteriores. Dicha ley fue redactada de tal manera que prevenía cualquier interferencia de Buenos Aires en cuestiones que fueran de interés particular de cada una de las provincias. Se acordó también la creación de un ejército nacional. Al año siguiente, en una segunda etapa más agresiva en comparación con la prudencia de la primera sesión, se creó un Banco Nacional, se promulgaron la Ley de presidencia con la que se instauraba un Ejecutivo nacional cuyo primer presidente fue Rivadavia, la Ley de capitalización que designaba a Buenos Aires como capital del poder nacional y, en 1826, la Constitución. Las leyes de presidencia y capitalización provocaron la fractura del Partido del Orden, principal instigador de esas reformas, y la oposición de la llamada facción federal. Los argumentos en contra de la ley de capitalización eran, principalmente dos. Los disidentes bonaerenses la consideraban contraproducente respecto de los intereses particulares de la provincia dado que dicha ley suponía ceder su puerto, es decir, su principal fuente de ingresos. Los federales, por su parte, se oponían porque Buenos Aires era demasiado poderosa en sí misma para desempeñar funciones ejecutivas nacionales de una manera que fuera beneficiosa por igual para todas las demás provincias³.

³ “Los ingresos contabilizados por Buenos Aires en 1824 eran equivalentes al total de las doce provincias restantes. Por ejemplo, la suma de las recaudaciones de dos de los estados más ricos, Córdoba y Corrientes, era similar al total de lo que percibía Buenos Aires solo en concepto de patentes y sellado. En esos años, unos 100,000 individuos vivían en Buenos Aires mientras un 40% menos lo hacía en Córdoba y otro tanto en Corrientes. Sin embargo, mientras en Buenos Aires ingresaban ese año 2,500,000 pesos, las rentas de la ciudad mediterránea oscilaban en poco más de 70,000” (Cansanello: 258).

Buenos Aires fracasó en su tarea de liberar la Banda Oriental y eso produjo una nueva crisis de gobierno. Como consecuencia, Rivadavia renunció a la presidencia en 1827 y se nombró como presidente provisional a Vicente López y Planes. Sin embargo, los debates en el Congreso y la oposición de las provincias habían resquebrajado la unidad de Buenos Aires conseguida durante “la feliz experiencia”. López y Planes renunció y el Congreso se disolvió. En esas condiciones, el gobernador bonaerense Manuel Dorrego se vio con la responsabilidad de poner fin al conflicto con el Brasil para desahogar la economía de la provincia debido al bloqueo permanente del Imperio brasileño. A Dorrego, quien había sostenido hasta ese momento una postura consecuentemente belicista contra el Brasil, no le quedó otra salida que pactar la paz aceptando como condición la formación de la República Oriental del Uruguay. En medio de esta crisis, Juan Manuel de Rosas apareció en la escena política. Rosas había ganado notoriedad en los debates sobre la ley de capitalización y se hizo de un enorme prestigio militar como Comandante General de Milicias de Campaña, nombramiento efectuado por López y Planes en 1827. Por eso, cuando Dorrego fue hecho prisionero y fusilado durante el alzamiento armado — conocido como movimiento decembrista — dirigido por el general unitario Juan Lavalle el 1 de diciembre de 1828, no fue difícil para Rosas convertirse en líder de la facción federal. El triunfo de Lavalle no duró mucho debido a que no pudo resistir el alzamiento armado popular rural dirigido por Rosas y su socio santafecino López. Lavalle fue derrotado en abril de 1829 en Puente de Márquez.

Tras el breve periodo del general Viamonte como gobernador provisorio de Buenos Aires, Rosas fue nombrado gobernador de esa provincia el 8 de diciembre de 1829 investido de facultades extraordinarias. Durante los dos periodos del rosismo, 1829-1832 y 1835-1852, Rosas trabajará con ahínco para garantizar el predominio del sector ganadero-mercantil porteño e

interrumpirá y obstruirá cualquier intento de conformación de un Estado nacional⁴. Para ello, impulsó la firma del llamado “Pacto Federal” el 4 de enero de 1831 con el que se creó la Confederación. Esta medida fue lanzada como una forma de detener el avance del general unitario José María Paz. Paz había derrotado al caudillo riojano Facundo Quiroga y dominaba el interior. Las provincias del Litoral, a saber, Buenos Aires, Entre Ríos, Santa Fe y Corrientes, decidieron negociar un pacto entre ellas. Debido a diferencias, Corrientes se distanció, pero las otras tres firmaron una alianza, conocida como el Pacto Federal, el 4 de enero de 1831. Con el tiempo, el resto de las provincias firmó el tratado y se creó una suerte de confederación provisoria que se extendió hasta 1853, año en el que se sancionó la nueva Constitución tras la derrota de Rosas por el caudillo entrerriano Justo José de Urquiza en la batalla de Caseros en 1852.

⁴ “Las facultades extraordinarias” fueron controversiales desde el inicio. Por eso, hacia el final del primer gobierno de Rosas, aunque seguía siendo el candidato deseado por Buenos Aires, la Legislatura le hizo saber que esas facultades no le serían renovadas. Por esa razón, Rosas declinó la reelección y, en su lugar, se eligió a Juan Ramón Balcarce, Ministro de Guerra de la provincia. Balcarce, favorable al rosismo, asumió la gobernación con una cartera de hombres de confianza de Rosas. Durante ese periodo, como había hecho durante el de Dorrego, Rosas jugó sus cartas entre las masas populares aprovechando el enorme prestigio militar alcanzado en la Campaña del Desierto. Sin embargo los conflictos en Buenos Aires y las turbulencias del Interior causaron la renuncia de Balcarce y la sucesión de dos gobernadores interinos. Finalmente, en 1835, Rosas aceptó ser gobernador de la provincia con la suma del poder público y las facultades extraordinarias.

Hasta la sanción de la Constitución de 1853, Buenos Aires y el Estado nacional habían cohabitado en franca competencia. Tras la unidad lograda durante el combate antirrosista, luego de Caseros, los viejos problemas asociados con el asunto de las soberanías de las provincias y la soberanía nacional volvieron a aflorar. Las disputas facciosas entre unitarios —ahora asociados con los liberales— y federales se reconcentraron en la disputa entre el Estado Buenos Aires y la Confederación, es decir, entre su política y la de Urquiza. La provincia porteña reconocía el gobierno del Paraná, sede central de la Confederación urquicista, al mismo tiempo que se negaba a ceder su soberanía y disminuir su influencia. El primer paso en esta nueva etapa secesionista porteña fue su renuncia al Acuerdo de San Nicolás. Aquel tratado, firmado el 31 de mayo de 1852, nombraba director provisional — con facultades extraordinarias — de la Confederación Argentina a Urquiza, ratificaba la vigencia del Pacto Federal de 1831 y convocaba un Congreso Constituyente en Santa Fe. Buenos Aires se retiró de él objetando, en primer lugar, las similitudes entre las facultades de Urquiza y las detentadas por Rosas. Sin embargo, las dos razones de fondo por las que decidió salir de él fueron otras. Por un lado, el artículo quinto del Acuerdo establecía que cada provincia se presentaría en el Congreso representada por dos diputados, lo que implicaba que Buenos Aires no tendría mayor influencia que cualquier otra. Por otro, el pacto establecía la nacionalización del puerto de Buenos Aires — principal fuente de ingresos de la provincia — por cinco años. De los debates acerca de esta situación se formaron dos grupos, uno radical y otro moderado. El líder del primero fue el gobernador bonaerense Valentín Alsina. El ala moderada tuvo como sus figuras principales a Bartolomé Mitre y al general Paz, quienes abogaban por una soberanía nacional preexistente a la de la provincia.

Separada de nuevo y replegada en sí misma, el crecimiento demográfico y económico de Buenos Aires durante los cincuenta hizo la situación más difícil. La Confederación, incapaz de

rivalizar con ese poderío económico, decidió acabar con esa situación mediante la única salida posible: la guerra. El ejército de la Confederación y el porteño se enfrentaron en la batalla de Cepeda el 23 de octubre de 1859. Si bien el resultado de la batalla fue favorable para la Confederación, a la larga, no fue contundente. El gobierno de la Confederación no supo negociar su victoria y firmó un tratado en el que se estipulaba, entre otras cosas, que ninguna porción del territorio porteño podría ser nacionalizado sin el consentimiento de su Legislatura. De esa manera, si bien Buenos Aires pasó a formar parte de Confederación Argentina liderada por Santiago Derqui, mantuvo su autonomía. En poco tiempo, Buenos Aires, dirigida por su nuevo gobernador Mitre, ganó terreno con Derqui. La consecuencia bélica de ese juego político fue la batalla de Pavón de 1861. En aquel enfrentamiento, Buenos Aires venció, pero, de nuevo, la victoria tampoco fue definitiva. Ganó porque Urquiza se retiró del campo de batalla y se replegó con todas sus fuerzas en su provincia natal de Entre Ríos. Mientras tanto, Mitre (1862-1868) tomó la posta y emprendió la organización nacional desde la posición dominante de su provincia. Sin embargo, hubo dos circunstancias que no fueron atendidas y que definieron los acontecimientos de la década siguiente. En primer lugar, el ejército urquicista permaneció intacto en el Interior, así, pese a la expansión liberal dentro del país, la influencia de Urquiza no fue mellada. Como consecuencia, esa situación obligó a Mitre a darle al general entrerriano una posición de privilegio. En segundo lugar y como consecuencia de la anterior, esa actitud conciliadora de Mitre no fue bien recibida entre sus enemigos porteños. Arriesgadamente y en contra de la mayoría, Mitre decidió ignorar la influyente opinión pública porteña. Una vez constituido el Congreso de 1862, una de sus primeras medidas fue retomar la cuestión de la capital y proponer la federalización de la provincia. Esto dividió al partido liberal en dos posturas antagónicas. Una, respaldada por el nuevo Partido Autonomista de Adolfo Alsina,

defendía el espíritu confederativo privilegiando la autonomía de las provincias. El otro, el Partido Nacionalista encabezado por Mitre, estaba convencido de la necesidad de defender y sostener una sola soberanía nacional. Por eso, incapaz de consolidar por la paz lo que se había logrado en Pavón, Mitre se vio envuelto en sucesivos conflictos bélicos internos e internacionales: la guerra contra las montoneras del Interior y la guerra de la Triple Alianza. La cuestión de la capital no fue resuelta tampoco durante esta década. En 1862 se decidió, como medida provisional, designar la ciudad de Buenos Aires como residencia oficial de las autoridades nacionales por un periodo no mayor de cinco años. Sin embargo, pasado ese plazo, en 1867 no se había planteado una solución definitiva y el gobierno nacional quedó alojado como huésped de la ciudad porteña.

Acabada la década del sesenta, el Gobierno central se encontraba flanqueado por dos provincias poderosas, a saber, Entre Ríos y Buenos Aires. Sin embargo, de la misma manera que Mitre no había previsto los alcances de la tolerancia del ejército entrerriano y el avance de la oposición porteña, ninguna de estas provincias prestó atención al hecho de que las guerras de los 60 habían consolidado al Ejército nacional como institución. De hecho, al final de los setenta, el Estado nacional acaparará definitivamente el monopolio de la violencia, tras la federalización de la provincia de Buenos Aires, con la promulgación de la ley de supresión de los ejércitos provinciales⁵. Por tanto, fue ese ejército el que detuvo el influjo de Entre Ríos a inicios de los setenta y el de Buenos Aires en el año 80.

⁵ El monopolio de la violencia, noción weberiana que alude al “hecho por el cual un centro de poder localizado en un espacio reivindica con éxito su pretensión legítima para reclamar obediencia a la totalidad de la población afincada en dicho territorio, es la característica más significativa de una unidad nacional” (Botana, 1977: 26).

Durante la década del setenta hay dos eventos decisivos en este proceso, a saber, la rebelión jordanista de 1870 y la revolución impulsada por Mitre contra la sucesión presidencial promovida por Sarmiento en 1874. En 1870, el federal Ricardo López Jordán se levantó en armas contra Urquiza como protesta en contra de su sistemática política conciliadora con Buenos Aires. Como resultado, Urquiza y dos hijos fueron asesinados en abril y el ejército nacional intervino para reprimir la rebelión jordanista. En 1874, el ejército nacional tuvo que intervenir para reprimir la revolución contra el saliente presidente Sarmiento (1868- 1874) como protesta contra su designación de Nicolás Avellaneda (1874-1880) como su sucesor en la presidencia. Pocos años después, a finales de 1877, el propio Avellaneda participó de la Conciliación de Partidos, impulsada por el gobernador de Buenos Aires Casares, Mitre y el Ministro de Guerra Alsina, para acabar con un conato revolucionario similar al del 74. Finalmente, al término de 1879 y vísperas del cambio de mando, una rebelión encabezada por el gobernador de Buenos Aires, Carlos Tejedor, se fue gestando como protesta a una nueva sucesión presidencial. El conflicto concluyó con la victoria del siguiente presidente, el general Julio Argentino Roca, y la federalización de la provincia de Buenos Aires y la designación de la ciudad porteña como capital federal. Respecto de la cuestión de la capital, a inicios de los setenta, hubo varios intentos por resolverla en 1869, 1871 y 1873, pero el presidente Domingo Faustino Sarmiento los rechazó todos por considerar que Buenos Aires era la única capital posible debido a que consideraba que era la única ciudad que podía garantizar la continuidad institucional.

El ochenta: primer gobierno del general Julio Argentino Roca y la sucesión presidencial de Miguel Ángel Juárez Celman

Los folletines de Gutiérrez abarcan el periodo histórico que va desde los prolegómenos de la revolución de mayo en 1810 hasta el término del primer gobierno de Roca. Gutiérrez escribió sus folletines entre 1879 y 1888, es decir, durante el primer mandato de Roca (1880-1886) hasta mediados del gobierno de su sucesor Miguel Ángel Juárez Celman (1886-1890), el ambicioso concuñado de Roca de 43 años.

Avellaneda concluyó su accidentada presidencia — marcada por problemas económicos y la amenaza constante de la guerra civil — con la solución definitiva de la cuestión sobre la capital nacional, a saber, la federación de la provincia de Buenos Aires. Roca, por su parte, entró a gobernar como un doble conquistador. Por un lado, gozaba de un enorme prestigio debido a su exitosa Campaña del Desierto como Ministro de Guerra de Avellaneda con la que le había ganado a los indios del sur una significativa cantidad de leguas de nuevo territorio para el Estado nacional⁶. Por otro, era el General que había suprimido la rebelión tejedorista y, finalmente, sometido a la secesionista Buenos Aires. Esas credenciales lo favorecieron cuando volvió a

⁶ Durante los años de la Confederación Argentina, la frontera con los indios se había mantenido prácticamente inalterada desde 1828, es decir, hasta donde la había alcanzado delimitar la Campaña del Desierto dirigida por Rosas. Hasta 1875, año en que Roca es designado Ministro de Guerra y de Marina de Avellaneda, no hubo un avance significativo en la frontera debido, principalmente, a la necesidad de los gobiernos de pactar con los indios para poder reclutar entre ellos soldados para las diferentes campañas militares durante los sesenta y la primera mitad de los setentas.

derrotar, políticamente, a Tejedor. Roca adoptó el lema “Paz y Administración” para caracterizar este nuevo periodo que comenzaba.

Sin embargo, pese a que el Estado nacional oficialmente se constituyó en el ochenta, este era un Estado asentado en Buenos Aires y en violento antagonismo con un sector importante de la ciudad⁷. La doble victoria de Roca confirmaba la hegemonía federalista en desmedro de la postura confederativa defendida por la facción opositora bonaerense, para la que la federalización había sido el último atentado en contra de las libertades provinciales que había defendido con tesón heroico durante los casi treinta años transcurridos desde Caseros⁸. Otro asunto importante era que, además de haberse arrogado la tarea de salvaguardar esas libertades y frenar el avance del poder central, Buenos Aires había sido, sobre todo, un modelo republicano en sí misma en tanto ninguna otra había ejercido como ella el derecho a la opinión pública y la libre asociación. Por tanto, una vez perdida su capacidad militar y libertad económica, la tarea de la oposición bonaerense fue presionar al gobierno roquista para ampliar la potestad de la sociedad civil, cuestión que suponía atacar la cuestión de la “sucesión presidencial”⁹. No muy en

⁷ La consolidación del poder político tuvo tres medidas importantes, a saber, la federalización de la provincia de Buenos Aires, la ley de supresión de los ejércitos provinciales promulgada el 18 de octubre de 1880 y la designación de una sola moneda para toda la República al año siguiente.

⁸ El asentamiento federal se consolidó con la presidencia sucesiva de gobernantes provincianos: el sanjuanino Sarmiento, los tucumanos Avellaneda y Roca, y el cordobés Miguel Juárez Celman.

⁹ Práctica inaugurada por Sarmiento cuando designó a Nicolás Avellaneda como su sucesor. Avellaneda había hecho lo propio con Roca y este lo hizo con Juárez Celman. La sucesión, es decir, la transferencia de poder de una persona a otra, fue una herramienta de control para

el fondo de todo esto estaba el viejo problema de cómo organizar un gobierno nacional que concilie los intereses particulares de cada provincia con los de la nación.

Pese a la victoria militar y política, Roca se bambolea entre el liberalismo y el conservadurismo. Si bien proclama la necesidad de hacer valer todas las libertades y derechos del hombre, no se atreve a ejecutar ninguna medida drástica que altere el frágil equilibrio que previene otra crisis y mantiene el orden y la paz, principales metas de su gestión. Ese manejo de la situación política aletargó bastante a la oposición y fue la principal razón por la que la sucesión presidencial se produjo sin grandes contratiempos en 1886 y que a mediados de 1889, pocos meses antes de la crisis de 1890, Juárez Celman pareciera fuertemente consolidado. Esa seguridad era lo que había permitido que Juárez radicalizara el *unicato*, nombre con el que se conocía a esta tendencia iniciada con Roca. Roca no se había atrevido a introducir grandes cambios en las instituciones políticas como una manera de preservar la paz obtenida tras el sosegamiento de la revolución del ochenta. Para su sucesor, en cambio, la política no solo era potencialmente disruptiva, sino, como lo señaló sin tapujos en un mensaje de 1888, innecesaria y anacrónica en un momento en el que la prosperidad económica había logrado quitarle, “para bien

determiner la persistencia de un sistema hegemónico. Ella fue, pues, la base de ese sistema oligárquico donde la elección se convirtió en designación del gobernante por su antecesor sostenido por los titulares de los papeles dominantes revestidos con la autoridad de “grandes electors” (Botana, 1977: 71). En el Río de la Plata durante el siglo XIX, oligarquía fue una palabra que designó tres asuntos diferentes: (1) una clase política cuyo poder político coincide con su poder económico, (2) un grupo político representativo que se ha corrompido y (3) una clase gobernante cerrada y convencida de su superioridad integrada por un tipo específico conocido como el “notable”.

de la patria, materia prima a la actividad política”. Más aun, en ese mismo discurso se animó a predecir que en un futuro cercano “habremos de prescindir de ella [la política] o trasladar su sentido a los hechos administrativos” (citado en Botana, 1997: 36)¹⁰. Dos años después estalló la crisis de 1890 promovida principalmente por la grave crisis económica en la que se había sumido al país. Significativamente, la indiferencia política defendida por Juárez Celman fue uno de los problemas de base que agudizaron esa crisis. Inmediatamente, la quietud política fue vertiginosamente reemplazada por el entusiasmo de la plaza pública (Botana, 1997: 36).

Intervención de Gutiérrez y su papel asignado por el estudio crítico

La obra de Gutiérrez es monumental. Lo es en el sentido literal de su volumen. Pero también lo es debido a la magnitud de lo que abarca y de las implicancias de su proyecto. En conjunto, los folletines de Gutiérrez comprenden la historia tras la Colonia hasta el momento mismo de su escritura y su paisaje se extiende por casi la totalidad del territorio controlado por el Estado. En particular, sus folletines históricos se concentran en la historia detrás de la conformación del Estado nacional del ochenta, desde el rosismo hasta el nombramiento de Roca como presidente, pasando por el periodo de reorganización nacional tras Caseros. El espacio geográfico que cubren alterna entre Buenos Aires y el Interior.

¹⁰ En 1887, Juárez Celman declaraba que la verdadera y sana política consistía en la administración. Un año después, condenaba a los comités políticos y declaraba que la política ya no era el campo de acción de las clases populares. Ese mismo año, en 1888, insistía en la inexistencia de una oposición organizada. De la misma manera, en 1889, en un discurso ante el senado, admitía oficialmente la extinción de los partidos de oposición y defendía la idea del *unicato*, ahora extendida al sistema del partido único (Ferrari: 191).

Comentando el tratamiento del tema de la inmigración en la novela de ochenta, Laera contrasta el acercamiento de la novela positivista, como *¿Inocentes o culpables?* (1884) de Antonio Argerich y *En la sangre* (1887) de Cambaceres, versus el de la novela popular, como la saga de Carlo Lanza, *Carlo Lanza y Lanza, el gran banquero* (1885), de Gutiérrez. Su descubrimiento no solo tiene que ver con el cambio de registro entre una y otra, naturalistas y cómica respectivamente, sino, especialmente, con lo que ellas dan a conocer. Mientras que las primeras confirman el diagnóstico de una anomalía social, la saga de Gutiérrez, debido a la distancia mínima entre el narrador y su objeto, es una posibilidad de conocimiento (225). La intención de descubrir “la historia no dicha ni conocida” mediante la exploración de las fuentes — en un espectro muy vasto que va desde el testimonio oral hasta la revisión de documentos legales — es un motivo constante y expreso en la obra folletinesca de Gutiérrez. Esa nueva y más amplia mirada es la razón de que nociones altamente significativas como “desierto”, “gaucho” y “caudillo” aparezcan desterritorializadas y sean resemantizadas. Esa operación, si bien refleja el cambio histórico, hace patente una postura crítica ante el hecho histórico.

Sin embargo, sus contemporáneos nombraron a Eugenio Cambaceres el abanderado de la Generación del Ochenta a pesar de que Gutiérrez, como diría unos años después Ruben Darío, fue el novelista por excelencia de América Latina y el único capaz de llamar la atención de Europa (272). Más aun, cuando la Generación del Centenario confeccionó el canon de novelas argentinas, Gutiérrez quedó rezagado a pesar de su indiscutible papel central en la configuración de la cultura y la literatura argentinas.

Gutiérrez tuvo una mala recepción dentro de la crítica contemporánea a su obra y permaneció como un asunto pendiente hasta que Ricardo Rojas le concedió un lugar secundario

en su *Historia de la Literatura Argentina*¹¹. Veinte años después, en 1937, Jorge Luis Borges, en su prólogo a una edición de *Hormiga Negra*, reivindicó a Gutiérrez como el escritor que aportó a la literatura argentina el modelo del *gaucho malo*. Pese a eso, el influjo de Rojas siguió vigente en lecturas como la de Jorge B. Rivera, *Eduardo Gutiérrez* (1967), y aun en la de Carlos Rodríguez McGill, a saber, *Los folletines de Eduardo Gutiérrez: transculturación, cultura de masas e imaginario nacional* (Ohio State University, 2001). Sin duda, el libro de Rojas es un hito y, por lo tanto, un referente ineludible. Sin embargo, es más un documento histórico que un texto de crítica vigente debido a su afinidad ideológica con la intelectualidad del ochenta y su agenda al servicio de la “invención de una tradición” (Hobsbawn, 1983) liberal y criolla acorde con sus ideales de clase.

En el Centenario se propuso un canon, pero así como había ocurrido con la colección de biografías de padres de la patria de Bartolomé Mitre, ese recuento fue hecho sobre la base de las aspiraciones del ochenta, es decir, sobre la omisión y la exclusión de obras cuya forma y contenido no guardaban correspondencia con el criterio del grupo letrado. Aunque todos los hermanos mayores de Gutiérrez eran miembros centrales de la intelectualidad argentina, su obra transitó por un circuito paralelo al letrado¹². Gutiérrez fue un fenómeno de masas inusitado cuya

¹¹ Véase Rojas, Ricardo. “La tradición gauchesca en la novela” En *La literatura argentina*.

Tomo VIII. Buenos Aires: La Facultad, 1924: 869-895.

¹² Véase lo que dice Ricardo Rojas sobre los cuatro hermanos de Gutiérrez: “Sus hermanos José María, Ricardo y Carlos, ilustraron con él nuestro periodismo. Toda su progenie ha brillado en las letras, las artes y las ciencias locales. José María, abogado, dirigió el Consejo de educación; Ricardo, médico y poeta, escribió versos y fundó el hospital de Niños; Carlos, que vive aún, es

popularidad y efectos pusieron en cuestión la influencia real de la “ciudad letrada” en el grueso de la población. Justamente, esa asociación de Gutiérrez con los estratos populares y su apropiación por parte de ellos permitió su recuperación como la figura que eslabona el ciclo épico de los gauchescos con el ciclo de los gauchos en las novelas (Rojas: 870). Sin embargo, Rojas deja claro que Gutiérrez es deformación una deformación de la gauchesca. Por lo tanto, de acuerdo con esa apreciación, no hay originalidad ni continuidad en la obra de Gutiérrez respecto de la gauchesca tradicional, sino, por el contrario, una devaluación. Más aun, el comentario de Rojas va más allá y llega a sentenciar que Gutiérrez no aporta nada considerable al desarrollo de la novela moderna en la Argentina porque sus folletines son novelas únicamente en el sentido más básico del término. Su contribución, por tanto, es derivativa porque Gutiérrez “eslabona el ciclo épico de Hernández, la tradición de los gauchescos en verso, con el nuevo ciclo de los gauchos en la novela” (870) y sus obras dieron pie al surgimiento de un incipiente teatro nacional. Rojas apela a la analogía entre el fenómeno de los libros de caballerías y el de los folletines para explicar que Gutiérrez solo narrativizó y popularizó una forma culta, esto es, la poesía gauchesca (884). Gutiérrez no continuó el género gauchesco —como lo hicieron su hermano Ricardo o Rafael Regalado—, sino que lo utilizó como fuente de inspiración para componer una obra diferente con un valor distinto y menor.

Jorge B. Rivera ratifica el lugar de Gutiérrez según Rojas. Explica, por ejemplo, la diferencia entre Gutiérrez y Hernández argumentando que los objetos de denuncia en la obra del primero están más cerca del tópico o del “como si” de la realidad que inspiró al segundo. Sin embargo, admite también cierta profundidad en el contenido de los folletines. Por ejemplo,

un bello espíritu, nutrido y gentil. En la mocedad de los cuatro, el padre, con inteligencia natural, presidía en la casa bulliciosos ágapes” (877).

presta atención al impacto de sus historias en sus lectores, para quienes las peripecias de Moreira, por ejemplo, eran mediadoras de sus propios problemas, a saber, la inmigración, el crecimiento urbano o la adaptación a las nuevas relaciones económicas. Rivera advierte que, en sus folletines, la nación aparecía resquebrajada y problematizada. Hablando de su ciclo de folletines históricos — es decir, los dedicados a Rosas y el Chacho más *La muerte de Buenos Aires* —, sugiere la mirada retrospectiva como mecanismo para comprender el presente que coincide con la fase revisionista del discurso historiográfico de la época. Pareciera entonces que, para Rivera, en Gutiérrez, no todo es variación de un mismo recurso, sino que su obra critica los problemas de su entorno.

Hacia el final del siglo XX esa apreciación cambió radicalmente. En los noventa, libros importantes como *The Invention of Argentina* de Nicolás Shumway y *El cuerpo del delito* de Josefina Ludmer, que tratan de cómo se constituyó el Estado-nación argentino, abrieron un derrotero nuevo en los estudios sobre ese país. Su aporte es crucial para releer a Gutiérrez porque, al poner en cuestión el discurso monolítico nacionalista del ochenta, introdujeron a la discusión voces opositoras largamente dejadas de lado. Unos años antes a la aparición de esos libros, Adolfo Prieto había publicado un libro, *El discurso criollista en la Argentina*, en el que demostraba la centralidad de Gutiérrez en el discurso de la otra versión nacionalista; sin embargo, se trata de un trabajo que se concentra en los alcances de la repercusión de *Juan Moreira* en la cultura argentina.

La revisión y análisis del lugar de Gutiérrez en el canon comenzó en 1988 con el libro de Prieto. Mediante el contraste de tirajes de libros y folletines, se comprobó, primero, que el espacio letrado apenas si había modificado sus dimensiones por esos años y, segundo, que la prensa periódica y el sistema literario ligado a ella habían capturado al público nuevo. Aun así,

la literatura conectada a la prensa periódica se desarrolló no solo a la sombra de la autoridad del sistema literario culto/letrado argentino, sino que, además, fue calificada como una parodia del “nativismo” de una de las vertientes cultas. La cultura popular fue vilipendiada por la autoridad letrada argentina dentro del contexto de la evaluación de los efectos de la iniciativa modernizadora llevada a cabo durante la década anterior y de la discusión sobre la constitución de una identidad argentina. De ahí que el fenómeno folletinesco en la Argentina esté ligado a una situación que no es la del lugar de la emergente clase proletaria, como en Europa, sino el del debate sobre la nación y la identidad nacional.

Los folletines y las expresiones culturales populares fueron espacios en los que se pusieron en escena situaciones en las que los protagonistas eran sujetos comprendidos en este margen poblacional y cuyo conflicto estaba relacionado con su estado fluctuante. De hecho, para Prieto, esa es la razón por la cual, a pesar del aire de cosmopolitismo de la capital argentina, “el tono predominante fue el de una expresión criolla o acriollada” (18). El gaucho fue la figura predilecta entre los grupos cultos y populares, y la que expuso una zona de contacto permeable entre la literatura popular y la culta (113). No obstante, este rasgo literario compartido no trajo consigo la conciliación en medio de la heterogeneidad, sino que, por el contrario, fue el pretexto de la escisión. La posición del letrado argentino respecto de esto fluctúa en esos años entre la fascinación y el repudio. Como ya se ha visto, esos lectores oficiales insistirán en la insignificancia estética de Gutiérrez y encumbrarán a Cambaceres como el gran novelista del ochenta.

La cultura popular fue, entonces, el espacio en el que el movimiento criollista se expandió y se desarrolló. Los folletines gauchescos de Gutiérrez fundaron sus bases y proveyeron un modelo predominante: uno de ímpetus gauchescos. *Juan Moreira*, el primero de

sus folletines de tema gauchesco, fue la cifra de “lo que la vertiente del criollismo popular significó como fenómeno de difusión literaria y como fenómeno de plasmación de un sujeto surgido de fuentes literarias” (19). Ningún libro anterior —ni siquiera la primera parte de *Martín Fierro* que también había sido un fenómeno editorial inusitado— propició nada conmensurable al movimiento criollista finisecular.

En el 2004, Alejandra Laera publica *El tiempo vacío de la ficción* donde propone a Gutiérrez como uno de los iniciadores de la novela moderna, pero se concentra exclusivamente en el corpus de novelas populares con gauchos. La tesis de Laera consiste en que la novela moderna en la Argentina se constituyó en el ochenta y que tanto Gutiérrez como Eugenio Cambaceres fueron figuras igualmente significativas en ese proceso. Laera advierte que, aunque el espacio de las novelas de Gutiérrez y Cambaceres no se postula como análogo al de la nación, en él se pone en escena ansiedades que pertenecen a la esfera de lo político-social y que coinciden con preocupaciones relacionadas con problemas sobre la nación argentina de esos momentos. Ellos fueron las dos voces disidentes más importantes del ochenta argentino: Cambaceres persiste en representar a la oligarquía como una clase que se autofagocita, mientras que Gutiérrez problematiza las bases en las que lo nacional se funda.

De todos estos, aunque los de Pietro y Laera son seminales, solo los trabajos de Rojas y de Rivera son una revisión panorámica de la obra de Gutiérrez. Sin embargo, como he explicado, no son estudios sustancialmente distintos porque se encuentran sesgados por el prejuicio contra la literatura popular de folletín. No obstante, en el tercer volumen de *Historia crítica de la literatura argentina* (2010) se encuentra un capítulo dedicado a Gutiérrez. En “Eduardo Gutiérrez: Narrativa de bandidos y novela popular argentina”, de Juan Pablo Dabove, se hace una revisión panorámica y actualizada de la obra del folletinista donde se reconoce su

interés y compromiso con cuestiones asociadas a la formación del Estado-nación argentino dramatizadas en las circunstancias de los bandidos que protagonizan sus historias. En ese trabajo, Dabove parte de la figura del bandido, tipo de personaje que desafía la autoridad del Estado a la vez que la cuestiona, para demostrar que la obra entera de Gutiérrez es un esfuerzo monumental por mapear la sociedad argentina en sus diferentes facetas republicanas hasta su presente.

Sobre este trabajo

Mi tesis está dividida en dos grandes partes dedicadas, respectivamente, a los folletines sobre Rosas y *La muerte de Buenos Aires*, y al Chacho Peñaloza. Mi trabajo se sustenta en la creencia de que estos dos personajes están contruidos especularmente y que representan dos maneras del ser nacional que no se corresponden enteramente con los modelos epistemológicos que provienen de la historiografía y narrativa unitarias porque los problematizan.

Gutiérrez publica y es recibido dentro de un circuito cultural marginal respecto del letrado; sin embargo, su discurso no lo es. Antes bien, está relacionado con la discusión intelectual contemporánea a su obra y con las reflexiones anteriores ligadas al proyecto de conformación de la nación argentina y su forma política. Precisamente, en mi trabajo intentaré demostrar que Gutiérrez escribe retomando tropos y modelos tradicionales solo para ponerlos en cuestión. Si, en el desarrollo de las ideas liberales, Domingo Faustino Sarmiento es una figura central, uno de mis propósitos será demostrar que Gutiérrez tiene un lugar conmensurable dentro del desarrollo de las ideas de la versión dejada de lado por los liberales. De hecho, considerando los alcances temáticos e históricos de su obra, sus folletines llevan a término el proyecto de

fundar una narrativa social, lo que no consiguieron hacer ni los padres fundadores del 37 ni escritores importantes como el mismo Sarmiento (Dabove, 2010: 300).

Rosas y Peñloza son personajes especulares como lo son Facundo y Rosas en *Facundo*. Pero en el díptico de Gutiérrez, ellos son figuras inversamente simétricas y no idénticas. Cada uno representa un modelo que no se corresponde respectivamente a federales y unitarios. En los folletines, Rosas y los mazorqueros son idénticos a algunos personajes afiliados al bando unitario. Igualmente, el Chacho, caudillo riojano sucesor de Facundo, es ciertamente un hombre civilizado de la manera como lo son algunos unitarios heroicos y un gaucho liberal.

Es significativo que Gutiérrez haya elegido a Rosas y a Peñaloza como los protagonistas de los dos ciclos que conforman el grupo de sus folletines históricos. En primer lugar, porque Rosas es un doble origen, a saber, el de la literatura argentina, que nace de la relación entre su figura y la de los hombres de la Generación del 37, para la cual el dictador fue la imagen que la enfrentó al dilema de la integración o la marginación. Es también el punto de partida de la reflexión y formulación del proyecto unitario, luego liberal, de construcción de una nación en tanto los autores de la llamada Joven Generación escribieron reflexionando sobre la nación argentina oponiéndose a lo que ella parecía desde la representatividad de Rosas. En segundo lugar, aunque la literatura sobre Peñaloza no es tan profusa como la dedicada al tirano, este caudillo riojano fue una figura histórica importante por ser uno de los líderes populares más prominentes alzados contra el rosismo. Es, asimismo, la figura que combina los dos sentidos de lo popular en la obra de Gutiérrez (Laera, 2004: 25), a saber, su relación con lo popular y su éxito dentro de la cultura de masas popular.

La primera parte, “Estado y nación en *La muerte de Buenos Aires* y *Los dramas del terror*”, estará dedicada a los folletines sobre la rebelión tejedorista del 80 y Rosas y el rosismo.

La segunda parte, “Caudillismo y civilización en el ciclo del Chacho Peñaloza”, será un estudio sobre el ciclo dedicado al caudillo riojano Peñaloza.

Primera parte

Estado y nación en *La muerte de Buenos Aires* y *Los Dramas del terror*

1. Política de folletín.-

Eduardo Gutiérrez entra en escena al mismo tiempo que el general Julio Argentino Roca es voceado como el inminente sucesor del saliente presidente Nicolás Avellaneda. Así, a la par del nombramiento del general Roca como flamante presidente de la Argentina unificada —la capitalización de Buenos Aires había concluido definitivamente con la escisión sostenida por el enfrentamiento entre esta provincia y el Interior—, Gutiérrez se asienta en su trinchera periodística de oposición¹³:

Juan Moreira de Eduardo Gutiérrez, en cambio, apareció en 1879 en forma de folletín en el periódico de oposición *La Patria Argentina* para llevar la confrontación y la violencia hasta el fin y para imponer la justicia popular. El

¹³ El capitán Eduardo Gutiérrez, tras seis años de servicio, renunció a la Guardia Nacional a través de una carta en la que explicaba los motivos de su abrupta decisión, a saber, la inminente federalización de su provincia y el nombramiento de Roca como sucesor de Avellaneda. De ahí en adelante, será un tenaz opositor al roquismo desde *La Patria Argentina* — periódico de oposición fundado por su hermano mayor José María, él mismo que antes había creado *La Nación Argentina* — entre 1879 y 1883, y, después, desde las redacciones de *La Tribuna*, *El Nacional*, *La Época*, *Sud-América*, *El Orden*, *El Mercantil*, *La Patria*, *El Pueblo Argentino* y *La Capital* de Rosario.

héroe violento es como un sujeto anti estatal; la voz de la oposición “nacional” mitrista en el interior del liberalismo (Ludmer: 229).

La primera entrega de *Juan Moreira*, el segundo folletín de Gutiérrez, salió publicada ocho meses después de que José Hernández sacara a la luz la segunda parte de *Martín Fierro*, para muchos, el ascendiente literario de Moreira. Sin embargo, a diferencia de lo que hace José Hernández, Gutiérrez celebra al gaucho malo¹⁴. Moreira, en todo caso, está más cerca del Fierro de de 1872 que al gaucho domesticado de la segunda¹⁵. De hecho, Hernández y Gutiérrez se

¹⁴ En *Facundo* (1845), Domingo Faustino Sarmiento lo caracteriza de la siguiente manera: “Este es un tipo de ciertas localidades, un *outlaw*, un *squatter*, un misántropo particular. Es el *Ojo de Halcón*, el *Trampero* de Cooper, con toda su ciencia del desierto, con toda su aversión a las poblaciones de los blancos, pero sin su moral natural y sus conexiones con los salvajes.

Llámanle el *gaucho malo*, sin que este epíteto le desfavorezca del todo. La justicia lo persigue desde hace muchos años; su nombre es temido, pronunciado en voz baja, pero sin odio, y casi con respeto. Es un personaje misterioso; mora en la pampa; son su albergue los cardales; vive de perdices y *mulitas*; y si alguna vez quiere regalarse con una lengua, enlaza una vaca, la voltea solo, la mata, saca su bocado predilecto y abandona lo demás a las aves mortecinas” (60-61).

¹⁵ Debido a la cercanía temporal, por un lado, y temática y estructural, por otro, las comparaciones entre ese folletín de Gutiérrez y la saga de Martín Fierro han sido bastante frecuentes. El sustento de esta relación se basa en que la historia de Fierro y Moreira tienen un esquema dramático similar: son la historia de un paisano de la campaña bonaerense que se desgracia como consecuencia del abuso de la autoridad. Además, los dos son personajes valientes, bravos, defensores de la libertad, trabajadores, cantores, familiares y leales. Sin embargo, más allá de esa similitud básica, las diferencias entre uno y otro son más flagrantes. La

encuentran en polos ideológicos opuestos. La reincorporación del gaucho de *La vuelta* al sistema es concomitante con el alivio político de su autor, federalista provinciano, debido al derrotero abierto por Avellaneda. La rebelión de Moreira, en cambio, lo es con el desencanto de Gutiérrez, porteñista acérrimo, por el desenlace inevitable de la política del presidente y su legado encarnado en el entrante Roca.

Aunque la salida de Gutiérrez del ejército y su profesionalización como escritor de folletines coincide con la promesa del éxito avasallador de *Juan Moreira*, el gesto político que rescata Ludmer es una huella que, en general, se halla en sus folletines con mayor o menor intensidad: desde la novela popular con gauchos hasta sus dramas militares, como *Juan sin patria* o *Ignacio Monges*. Esos dos últimos, por ejemplo, cuentan la historia desgraciada y llena de sacrificios de dos veteranos del ejército nacional durante los conflictos bélicos de los sesenta

temporalidad del mundo representado, por ejemplo, es diferente: mientras que la campaña en el texto de Hernández es un espacio anacrónico respecto del tiempo de su escritura, el ambiente rural que habita Moreira está lleno de elementos modernos contemporáneos a realidad de la Argentina en la que vive Gutiérrez. Asimismo, esa distancia temporal también está reflejada en la lengua: Hernández usa un lenguaje arcaizante que tipifica a su objeto de representación mientras que Gutiérrez narra con el lenguaje de un periodista, lo que acerca su texto al registro del documento. Otra diferencia importante es el carácter del personaje principal: tanto Fierro — el de la primera parte — como Moreira son gauchos malos; sin embargo, Fierro sufre su destino mientras que Moreira se rebela contra él. El primero padece correlativamente al campesino de carne y hueso hostigado por las levas que alimentaban las tropas enviadas al Paraguay, primero, y a la frontera, después, es decir, la guerra de la Triple Alianza y la Campaña del Desierto. Moreira, en cambio, señala a un sujeto un espacio que casi han sido extinguidos.

y setenta. Sin embargo, solo en sus ciclos históricos, es decir, en los folletines dedicados a Juan Manuel de Rosas y al caudillo riojano Ángel Vicente Peñaloza, también conocido como Chacho, más *La Muerte de Buenos Aires*, ese rasgo se vuelve un proyecto. Cada ciclo aborda la crisis que precede a tres momentos decisivos de la historia republicana argentina. Por ejemplo, *Los dramas del terror*, es decir, el grupo de novelas sobre Rosas, están dedicados a los años oscuros de la tiranía rosista, desde su gestación durante “la feliz experiencia” rivadaviana en la década de 1820 hasta su desenlace en la batalla de Caseros en 1852. El ciclo del Chacho Peñaloza cubre ese mismo periodo más los años de la Confederación argentina hasta la batalla de Pavón en 1861 y los primeros tiempos de la resistencia del Interior contra el gobierno nacional mitrista hasta la muerte de Peñaloza en 1863. *La muerte de Buenos Aires* narra los acontecimientos de la rebelión del gobernador bonaerense Carlos Tejedor contra la capitalización de su ciudad en setiembre de 1880. Gutiérrez echa una mirada a esos tres eventos cruciales en la historia republicana argentina en el contexto de una nueva refundación, es decir, en el momento en el que el Estado nacional se ha constituido¹⁶. 1880 es, como dice Maristella Svampa, un año simbólico,

¹⁶ La batalla de Caseros, llevada a cabo el 3 de febrero de 1852, fue el evento que terminó con la dictadura rosista tras más de diez años de resistencia. El éxito fue posible gracias a la alianza entre federales y unitarios sostenida por el objetivo común de sacar a Rosas del poder. Logrado eso, Caseros hizo posible dos cosas: en primer lugar, la unificación política del país y, en segundo, la reorganización y fortalecimiento del partido unitario en Buenos Aires. Así, mediante el consenso sellado con la firma del Acuerdo de San Nicolás, tratado que estipulaba la subordinación de todas las provincias a un solo gobierno nacional, el federal entrerriano Justo José de Urquiza, el vencedor del Caseros, pasó a ser el Director provisional de la Confederación Argentina y, poco después, fue nombrado presidente.

el “momento político” de la Generación el 80 (52). Es, asimismo, el año en que la Argentina entra al mercado internacional como un país agroexportador y como un lugar atractivo para las inversiones.

1880 es un año de clausura y de inauguración. Por un lado, con la federalización de Buenos Aires (cuya acta se firmó el 8 de diciembre) y la supresión de los ejércitos provinciales (con una ley sancionada el 18 de octubre), la Argentina superaba finalmente el ciclo de guerras civiles intestinas en el que había estado atrapada desde 1810¹⁷. Por otro, iniciaba una nueva era como república unificada gracias a que, como escribe Natalio Botana, se había logrado “implantar sobre bases firmes el Poder Ejecutivo Nacional que, desde ese momento, monopolizó la fuerza pública y redujo los restos del viejo federalismo a la unidad del Estado” (1980: 107).

La batalla de Pavón, llevada a cabo el 17 de setiembre de 1861, impuso en el campo de batalla a la provincia de Buenos Aires, cuyo ejército derrotó al de la Confederación al mando de Urquiza. Buenos Aires nunca aceptó los términos del Acuerdo de San Nicolás, por lo que su gobierno había existido en competencia con el de la Confederación. Urquiza la reincorporó por la fuerza tras su victoria en la batalla de Cepeda en 1859, pero Buenos Aires era demasiado rica y poderosa. Tras su victoria en Pavón, su vencedor, el unitario-liberal Bartolomé Mitre fue elegido presidente nacional, pero no logro imponer por la paz lo que había logrado con la guerra, así que, llegado el momento de las elecciones, perdió el gobierno de Buenos Aires por Adolfo Alsina y la presidencia a manos de Domingo Faustino Sarmiento.

Durante la siguiente década, Sarmiento allanará el camino a Avellaneda, quien, a su vez, lo dejará todo a manos del federal Roca.

¹⁷ Al año siguiente, en 1881, se sancionó la ley de unificación de la moneda para la República argentina.

No obstante la paz y administración prometidas por Roca, Gutiérrez percibe caos. Sus obras históricas serán, pues, un ejercicio de buscar en el pasado la explicación de ese presente que, para los unitarios-liberales porteños, era percibido como un *déjà vu* del rosismo.

En vista de eso, si, como decía Balzac, las novelas son la historia íntima de las naciones, ¿qué nos dicen los folletines de Gutiérrez sobre la Argentina del ochenta? En general, nos hablan de un país no cohesionado que todavía está lejos de los objetivos de la República verdadera¹⁸. Sus ciclos históricos, en particular, reflexionan sobre la existencia problemática del Estado nacional argentino y pasan revista a las circunstancias de dos intentos colapsados de constituirlo, Caseros y Pavón, y un presente agorero, el establecimiento del roquismo. Haciéndolo, exponen, además, la estrecha conexión entre el proceso simbólico de imaginar la

¹⁸ “República posible” y “República verdadera” son los términos que describen dos momentos del proyecto republicano argentino tal como fue delineado por Juan Bautista Alberdi en *Bases y puntos de partida para la organización política de la República argentina* (1852). La primera nombra una república “restrictiva” y jerarquizada circunscripta a unos pocos. Es un momento inicial e imperfecto, pero necesario para la formación de ciudadanos, caracterizado por un “autoritarismo progresista” llevado a cabo por una oligarquía ilustrada que, además, debía favorecer la inmigración de sujetos educados desde las zonas más cultas de Europa hacia el interior argentino para que su compañía y ejemplo educaran a sus habitantes. Llegado al punto de la “República verdadera”, esa sociedad educada sería incluida plenamente en el devenir político del país dotando de autenticidad a las instituciones republicanas. Llegado 1880, Alberdi creía que la federalización de Buenos Aires había sido el evento definitivo — después del proceso independentista (1810-1816) y la sanción de la Constitución de 1853 — que sellaba, finalmente, el destino republicano de la Argentina.

nación y el proyecto político de la maquinaria nacionalista. Su propia organización episódica, de hecho, dramatiza la imposibilidad de generar un discurso unificador concomitante con una imagen fracturada de la nación.

Es interesante el siguiente pasaje en *Juan sin patria* (1881) en el que su mujer le dice a Pedro Gómez, el padre de Juan, lo siguiente:

Lo mismo le sucedió á Pancho el ñato que como vos, habia nadado sirviendo de cabeza á la autoridad y á la Nacion.

—Es que Pancho peleó á la partida y se hizo hombre malo, sinó nadie se hubiera metido con él.

—Lo hicieron hombre malo, Pedro, pues el pobre, por defender el pellejo, tuvo que pelear con la justicia que quería echarlo por delante (7).

Esas palabras de la esposa de Pedro bien podrían ser la sinopsis de cualquier folletín de Gutiérrez. Visto de esa manera, las historias de sus folletines son ilustraciones de un mismo problema, a saber, las consecuencias del ejercicio de una autoridad en franco antagonismo con los intereses de quienes se encuentran subordinados a ella. Debido a eso, uno tiene la impresión de que la narrativa no discurre progresivamente, sino que estos héroes de folletín están suspendidos en el tiempo repitiendo el mismo argumento. Dentro de los textos, las historias son variaciones de un mismo tema de la misma manera que los folletines de Gutiérrez parecen variaciones de la matriz narrativa “pelea del gaucho contra la partida”. Pensando en los ciclos históricos que competen a esta tesis, el del Chacho Peñaloza y *La muerte de Buenos Aires* parecen variaciones del ciclo de Rosas. Si se considera que, vistas en conjunto, esas tres series combinadas cubren los setenta años de vida republicana argentina transcurridos entre 1810 y el ochenta, la Historia no parece haber seguido un transcurso progresivo tampoco. Por eso,

mientras que en el ochenta se celebraba el advenimiento del progreso deseado desde los tiempos de la resistencia antirrosista, en el recuento de los hechos realizado por Gutiérrez, la Argentina parece suspendida en el oscurantismo rosista, epítome del autoritarismo.

La primera parte de esta tesis estará dedicada al grupo de folletines que abordan estas cuestiones, a saber, *La muerte de Buenos Aires* (1882) y los que conforman *Los dramas del terror*, es decir, *Juan Manuel de Rosas* (1881-1882), *La mazorca* (1888), *Una tragedia de doce años* (1888) y *El puñal del tirano* (1888).

Gutiérrez, sentimentalmente ligado al unitarismo, veía en el roquismo la huella del rosismo (Rivera: 39). La comparación, muy usada en el discurso de oposición de periódicos como *La Patria Argentina* y *La Nación*, fue una herramienta sensacionalista para denunciar lo que, para algunos, era un gobierno autoritario. El paralelo Roca-roquismo/Rosas-rosismo colocaba en un mismo campo semántico a dos Estados que, para muchos otros, eran inconmensurables. Además, sometía automáticamente al roquismo a los rigores de la condena histórica del rosismo. Gutiérrez, pues, actualiza en el ochenta el discurso faccioso de la literatura de combate de la resistencia antirrosista¹⁹.

Por eso, antes de entrar al estudio de estos folletines, es necesario revisar algunos títulos relevantes del canon de la “literatura de combate” de la generación de los proscriptos que informan la obra de Gutiérrez con el fin de rastrear la historia de los motivos que emplea para

¹⁹ En *Una amistad hasta muerte*, Gutiérrez llama “federal” Martín García Merou, quien lo había acusado de banalizar al mítico payador Santos Vega. El epíteto es interesante porque, como explica Adolfo Prieto, Gutiérrez intenta denigrar al crítico empleando un insulto que lo sumerge en el mismo campo semántico asociado al rosismo al mismo tiempo que lo acusa de ser favorable a la federalización de Buenos Aires (2006:102).

referirse a su momento histórico. En esta parte trataré de cinco autores y cinco obras, a saber, “El matadero” de Esteban Echeverría, *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento, *Paulino Lucero* de Hilario Ascasubi, *Los misterios del Plata* de Juana Manso de Noronha y *Amalia* de José Mármol. Las he elegido porque cada una hace énfasis en un rasgo que Gutiérrez recoge y/o discute en su caracterización de Rosas. Así, de Echeverría me interesa su aproximación al héroe unitario; *Facundo*, por su parte, es el referente ineludible para hablar de Rosas y se trata del libro que establece las premisas del proyecto de construcción de la nación argentina pensado por los unitarios-liberales. Ascasubi y Juana Manso aportan su representación descarnada del terror rosista y se detienen en el papel del gaucho ante ella. Finalmente, *Amalia* es una novela compleja que explora los efectos de la violencia rosista en el ámbito del espacio doméstico.

En los folletines de Gutiérrez, la mirada escrutadora abarca más: desde el rosismo hasta el ochenta y desde Buenos Aires hasta el Interior. Igualmente, se vuelve problemática porque, superado el rosismo, el *desideratum* nacional no se concreta. Así, si bien el punto de vista de Gutiérrez sigue siendo unitario-liberal, sus folletines defienden tanto como critican ese proyecto. Por eso, aunque Gutiérrez retoma el discurso faccioso, lo hace con una inflexión, a saber, denuncia la barbarie en la civilización y revela un hilo conductor desde el rosismo hasta el roquismo de la que tampoco sale bien librado el liberalismo mitrista, asunto que se revisará a detalle en la segunda parte de la tesis que estará dedicada a los folletines sobre Peñaloza.

En *La muerte de Buenos Aires*, Gutiérrez sostiene que la federalización de su provincia inaugura un nuevo periodo de autoritarismo. Para elaborar su defensa, Gutiérrez convierte a “la provincia madre” en una cifra de la nación, es decir, transforma la causa de su provincia en un asunto nacional desplazando, de esa manera, el conflicto derivado de la competencia histórica entre Buenos Aires y el resto de las provincias. Gutiérrez representa la federalización como el

aniquilamiento de la República y, para hacerlo más dramático, compara el roquismo con el rosismo, epítome del autoritarismo²⁰. Rosas y Roca son figuras especulares porque los dos ejercen un poder autoritario. Además, su ascenso se produjo bajo circunstancias similares que justifican el paralelismo. Por un lado, Rosas entra de lleno a la escena política como consecuencia de la crisis civil durante la década de 1820, el federal Roca, por su parte, derrota a Carlos Tejedor en el campo de batalla y de la política. Su asentamiento como sucesor de Avellaneda es la consecuencia de una serie de ocurrencias que llevaron a que el liberalismo-unitarismo perdiera el liderazgo alcanzado tras Pavón. Las nuevas discusiones en los sesenta acerca de la capitalización crearon una nueva crisis dentro del liberalismo-unitarismo porteño entre nacionalistas y autonomistas de una manera parecida a lo ocurrido al final de la década del veinte. Por otro, Roca entró en escena respaldado por el enorme prestigio militar conquistado durante la Campaña del Desierto, de la misma manera como había pasado con Rosas²¹.

²⁰ Esto, en realidad, era un lugar común de la crítica de oposición al roquismo. Era, por ejemplo, el centro de la campaña contra el nuevo presidente en las páginas de *La Nación* — periódico fundado como *La Nación Argentina* por José María Gutiérrez, el hermano mayor de Eduardo Gutiérrez, y rebautizado como *La Nación* luego de que Bartolomé Mitre lo comprara — el principal vehículo de la más efervescente oposición a Roca (Ruiz Moreno: 135).

²¹ Como Ministro de Guerra de Avellaneda, el general Roca dirigió en 1879 la Campaña del Desierto con la que se incorporaron 15,000 leguas de nuevas tierras. No obstante, aunque Roca, así como la mayoría de sus colaboradores, era un militar de carrera, su gestión se caracterizó por la “ausencia absoluta de *militarismo* en la conducción del Estado, y sometimiento consciente a los postulados constitucionales” (Ruiz Moreno: 161). Por eso, pese a las severas acusaciones de autoritarismo y caciquismo, hay quienes sostienen que “lejos estaba el país de la domesticación

Aunque su beligerancia lo llevó a escribir esa crítica severa al roquismo en *La muerte de Buenos Aires*, como se verá, en conjunto, sus folletines históricos la exceden. Son también una reflexión sobre el proyecto liberal-unitario de construcción de una nación desde su fundación en las canteras antirrosistas hasta su derrota presente. Aquel es un esfuerzo consciente que forma parte del proceso de escritura en tanto Gutiérrez se impone, como proyecto, llenar los vacíos de la Historia con información secreta jamás revelada. Eso consiste, según declara en el prólogo al primer folletín de la saga, en analizar a Rosas como sujeto y como persona pública.

Gutiérrez escribe, como he dicho, en un momento de crisis. Por eso, el caudillo, protagonista natural de la crisis, vuelve a aparecer ahora que la Historia se ha vuelto a desviar del camino del progreso. Gutiérrez se concentra en la figura del caudillo — Roca, en *La muerte de Buenos Aires*; Rosas en *Los dramas del terror*; y, como se verá en la segunda parte, Peñaloza, en el ciclo del Chacho— que continúa siendo la cifra del misterio de “la vida secreta y las convulsiones que desgarran las entrañas de un noble pueblo” (*Facundo*: 17).

que la tiranía de Rosas antaño le impusiera” (138). Por el contrario, afirman, Roca — quien caracterizó a su gabinete en los siguientes términos: “¡Son cinco presidentes y un timonel!” — se esforzó por implementar el pluralismo en la composición de su plana de gobierno, organizada sobre la base del equilibrio de porteños y provincianos cuya edad oscilaba entre 40 y 60 años. Más aun, conservó a su lado a un colaborador como Carlos Pellegrini, quien siempre mantuvo su independencia respecto de las ideas del presidente en el Congreso. Quizá por eso, aunque la oposición al roquismo fue muy rígida, a la larga, no logró cuajar como grupo ni organizarse como partido político opositor. De hecho, a finales de su primer mandato, aunque Roca no había endorsado a ningún candidato, el doctor Miguel A. Juárez Celman, la opción del partido del presidente, ganó las elecciones sin problemas.

En tanto que su mirada es la del unitarismo-liberalismo, escribe desde la perspectiva del derrotado. En este contexto, sus folletines refrescan el problema de la Argentina como nación y como nación políticamente organizada. Por tanto, el alegato de Gutiérrez contra Roca traspasa el momento y ahonda en los fundamentos del proyecto de construcción de la nación argentina mediante el escrutinio de una de sus versiones, a saber, el modelo del unicato. Aunque, en principio, la comparación entre el rosismo y el roquismo parece excesiva, se debe entender que, en Gutiérrez, el Estado rosista, delirante y enajenado, como la radicalización de una manera de hacer política²². Por eso, más que los degüellos mismos, el asunto central es la desconexión radical entre el rosismo y la nación que gobierna. En los folletines, los efectos del rosismo, es decir, los procesos judiciales farsescos, los castigos ejemplares de la mazorca, las ejecuciones en Santos Lugares, son manifestaciones de un estado de cosas profundamente perturbado que se dramatiza como la pérdida del sentido. De ahí que el terror sea la manifestación superficial de un daño de fondo, a saber, la desarticulación de la nación desde su base germinal misma, el sujeto. Por eso, la disolución de linajes, el enfrentamiento entre padres e hijos y entre hermanos, la destrucción lenta de los cuerpos y de la psiques, la conversión de sujetos apacibles en mazorqueros feroces, la anulación de las convenciones que dotan de sentido a la violencia y el

²² “La República, inicialmente concebida como un espacio de deliberación de los ciudadanos virtuosos que representaban la voluntad popular fue reemplazada por otra comunidad imaginaria, a la vez más radical porque suponía llevar a la práctica el igualitarismo predicado por los Jacobinos porteños; más conservadora, porque ella subordinaba la preservación de la Libertad (Independencia) al objetivo de Orden, un orden que, entronizado en el estado y sus representantes, no reconocía la posibilidad del disenso político” (Salvatore, 1996:61).

aniquilamiento del orden de la sociabilidad en general son los elementos temáticos estructurales de las historias de las víctimas del rosismo.

2. Rosas y sus representaciones en la literatura argentina de facción.-

La literatura argentina nace asociada a la figura controversial del dictador Juan Manuel de Rosas (Viñas: 4). Como dice Josefina Ludmer, sus miembros escriben cuando el espacio de la patria es literalmente el género con Rosas (1988: 21). Surge, entonces, en el esfuerzo por definir la nación y el Estado argentinos, plasmados en esos escritos como imagen y como programa, como alteridad del tirano.

Gutiérrez retoma ese esfuerzo desde una tribuna inesperada, a saber, la literatura de folletín. Sus folletines históricos son, como aquellos textos fundadores, un esfuerzo comprensivo por explicar la situación de su momento histórico. Como esos hombres, Gutiérrez, unitario sentimental, escribe desde la perspectiva del derrotado en otro momento de asentamiento del federalismo. Apela a sus herramientas para llevar a cabo el escrutinio de su presente.

En los libros de la biblioteca facciosa — metáfora de Lelia Area para nombrar al conjunto de textos que ficcionalizan la figura de Rosas (11) —, el rosismo es una interrupción del “[...] efecto natural y lógico de la marcha del tiempo y de los progresos que la civilización paso a paso imprime a los pueblos” (*Buenos Aires desde setenta años atrás*: 2), por eso, Rosas — “que todo lo desquició, que todo lo desmoralizó y corrompió” (Wilde: 176) — es representado como una anomalía o como un monstruo. Rosas es, por ejemplo, el minotauro en una Buenos Aires laberíntica (*Ojeada retrospectiva*: 121) o la esfinge que asola al país (*Facundo*: 39) y sus opositores se presentan como Teseo o Edipo, es decir, aquellos que pueden derrotarlo y descifrar su acertijo. Veremos que Gutiérrez discute esa postura. Para él, Rosas y el

rosismo no son un paréntesis en la Historia argentina, sino la consecuencia del derrotero emprendido, muy a pesar suyo, por el unitarismo-liberalismo. Así, Gutiérrez no plantea la escisión, sino la continuidad.

De “El matadero” (1838) de Echeverría a *Recuerdos de una víctima de la mazorca (1839-1840)* (188?) de Antonio Somellera — para citar un folletín contemporáneo al ciclo de Rosas de Eduardo Gutiérrez —, la historia de la lucha contra Rosas tiene una intención colectiva, pero es una hazaña individual. Los libros de la biblioteca facciosa pueden ser leídos también como el catálogo de los mártires liberales en el rosismo. Al menos es así en los textos más preeminentes de este corpus, tales como, “El matadero”, *Facundo* y *Amalia*, y en otros no tan importantes y posteriores como el de Somellera, donde cuenta — como sus modelos — un episodio biográfico y heroico de su vida, a saber, su participación en la insurrección del Sur en 1839. Por eso, los folletines históricos de Gutiérrez, aunque se nutren del corpus faccioso, son diferentes de él. Lo son, principalmente, porque la lucha contra Rosas está personificada en la figura de Ángel Vicente Peñaloza, el caudillo riojano sucesor de Quiroga y ex rosista. La elección del héroe introduce una nueva inflexión en la narrativa antirrosista gracias al aliento nacional que anima a Peñaloza dado que el Chacho aparece representado como un héroe nacional y no un héroe de casta, como lo son los mártires unitarios de la biblioteca facciosa.

Gutiérrez también presenta la idea de un país escindido con una narrativa histórica recortada, pero la escisión es propuesta en otros términos, a saber, como fragmentación de la narrativa nacional. En ese sentido, en la saga de Rosas, la división se presenta como descomposición del cuerpo nacional llevado hasta el extremo de la desarticulación del individuo. Si bien el postulado es un aporte enteramente de Gutiérrez, la recuperación de la presencia del

excluido no es una novedad. Ella, por un lado, es el fundamento de la gauchesca y, por otro, una novedad en *Los misterios del Plata* de Juana Manso de Noronha.

2.1. “El matadero” (1838) de Esteban Echeverría: el héroe unitario.-

La poesía, gracias a los escritos de Lamartine y Madame de Staël, contaba con las credenciales que la reconocían como una fuerza mayor capaz de ayudar a construir la sociedad republicana (Altamirano y Sarlo: 22). Dicho de otra manera, la tarea de los poetas era ayudar a la construcción de la opinión pública, de ahí que Echeverría no haya considerado que su poesía entre en contradicción con su intervención política en el Río de la Plata. Por eso, “La cautiva”, aparecido junto con otros poemas en un volumen titulado *Rimas* en 1837, es el texto literario echeverriano fundador de la Generación del 37: “[...] una mitología sobre el destino rioplatense y los valores enfrentados en su dramatización” (Altamirano y Sarlo: 39). Entre los miembros del Salón Literario, Brian, el héroe de “La cautiva”, fue visto como una cifra de ellos mismos y su muerte, como un reproche y una proclama. Por eso, su imagen — veterano de batallas de otros tiempos, prisionero y herido de muerte en un espacio que no es el suyo — se les presentaba como agüero funesto de un futuro posible.

Si en “La cautiva” la violencia ocurre alejada de la ciudad, en “El matadero” es indesligable de ella. Aquello, en apariencia trivial, es un movimiento contundente concomitante con el endurecimiento del rosismo a partir de 1838. Así, conforme Rosas se vuelve una figura ubicua y omnisciente en la literatura, la violencia invadirá ámbitos cada vez más íntimos. Ese avance de la barbarie en la cartografía nacional fue significativa en la imaginación de los hombres del 37, quienes en unos pocos años habían quedado fuera de las fronteras simbólicas y reales de la nación — “[e]l vencedor de la Ciudadela ha empujado fuera de los confines de la

República los últimos sostenedores del sistema unitario” (*Facundo*: 281) — debido al desborde de la campaña en las ciudades. Por eso, su literatura — el reverso inseparable de su oposición activa contra el rosismo — intenta, por un lado, compensar su salida mediante su apropiación desde la ficción de los espacios de la patria (Fontana y Román: 56) y, por otro, contribuye al trazado de la línea divisoria entre el dominio de la civilización y la barbarie.

En el relato de Echeverría, el matadero se encuentra a las orillas de la ciudad y está habitado por personajes que son “arquetipos sociales” que coinciden con bandos políticos y mundos morales en conflicto (Altamirano y Sarlo: 43). Una vez llegado a la ciudad, el agüero se hace realidad. Hacia el final de la historia, un unitario entra despistadamente en el matadero, es hecho prisionero y muere.

El héroe unitario es casi una aparición. Es una figura completamente ajena al mundo representado. Gutiérrez, en cambio, propone un héroe que no solo es familiar con el enemigo, sino que, además, sale de sus canteras. El folletinista hace del Chacho, históricamente federal, un mártir unitario.

2.2. Domingo Faustino Sarmiento y *Facundo* (1845): naturaleza compleja del dictador.-

“Se podría decir que la historia de la narrativa argentina empieza dos veces: en El matadero y en la primera página del *Facundo*” (Piglia, 1993: 8). Comienza, como señala Piglia, con dos escenas de violencia — una imaginaria y otra biográfica, la del unitario en el matadero y la de Sarmiento en el Zonda, respectivamente — que instaurarán una manera de leer que prevalecerá en la literatura argentina. En la advertencia del autor de *Facundo*, “[e]se hombre con el cuerpo marcado por la violencia deja su marca: escribe para no ser entendido” (Piglia, 1993:

9), de tal manera que la oposición que subtitula el libro se define sobre la base de quienes pueden o no reconocer y comprender la cita en francés²³.

Como lo propone Sarmiento, esa manera de leer consiste en un complejo sistema de citas que reflejan su conocimiento y manejo de la cultura europea. Al traducir para sus lectores sus palabras en aquel baño, “nacionaliza” la cita (Piglia, 1980: 16) y la hace suya en tanto la trasplanta y se apropia de ella. El escritor empieza, primero, por definirse como tal y, en consecuencia, como un agente civilizador, así como Rosas será el epítome de la barbarie. Por eso, el texto es para él el locus donde se exhibe el bagaje cultural del escritor. Sin embargo, no es únicamente un recurso elegante, sino que tiene un valor utilitario, fundamental y decisivo, a saber, “sirve para establecer el enlace entre términos que, a primera vista, no tienen relación” (Piglia, 1980: 17). Es decir, siendo su propósito explicar la presencia del “monstruo que nos propone el enigma de la organización política de la República” (39), Sarmiento no invoca a las musas sino a la cultura en tanto repertorio de ejemplos que pueden ser empleados como términos de comparación. Esta suerte de Edipo decimonónico empieza por presentar sus recursos para descifrar el enigma de la esfinge Rosas (39). La primera traducción en el libro se presenta, entonces, como ensayo de una traducción mayor, a saber, la de la barbarie en términos inteligibles para la civilización.

²³ La Historia también deja marcas en el cuerpo de los gauchos de los folletines de Gutiérrez, por ejemplo, en Moreira, en el coronel mitrista Ambrosio Sandes y en Pedro, padre de Juan, en *Juan sin patria*: “Pedro era veterano de Caseros, Cepeda y Pavón (de la que acaba de volver), más algunas campañas contra los indios. De la primera regresó marcado por una cicatriz en la frente, de la segunda vino cojo y de la tercera volvió con un hachazo en la mejilla” (*Juan sin patria*: 7).

En *Facundo*, la civilización es un estilo de vida más que un programa de ideas (Halperín Donghi, 1996: 24). De ahí que Sarmiento no analice únicamente los hechos, sino que exponga sus secretas conexiones revisando asuntos más vastos como la geografía, la vivienda, la socialización, la ropa, las costumbres en general, y, por lo tanto, sus digresiones puedan ser justificadas como asuntos necesarios que contextualizan los eventos. Sarmiento explica la realidad argentina actual sobre la base del ordenamiento de sus causas. Dentro de ese proceso, la analogía es el mecanismo que le permite ordenar la realidad de su país en términos que la hagan inteligible en relación con el resto del mundo. Sin embargo, su método no es infalible y, como dice Piglia, no está a salvo del riesgo “de la tautología, la abstracción, la contradicción, el vacío” (1980: 18).

La civilización y la barbarie están asociadas a ciertos valores expresados a través de un repertorio definido de metáforas: “si el Oriente o la Edad Media son el pasado o el atraso como presente de América, Europa (o Estados Unidos) es el futuro de la Argentina” (Piglia, 1980: 17). Cada gesto se integra, entonces, en una vasta unidad de sentido (Halperín Donghi, 1996: 22), de tal modo que una y otra corresponden a órdenes de cosas diferentes coexistentes en el territorio de la Argentina. De acuerdo con este paradigma, el inicio de la historia republicana argentina puede verse como la alternancia de periodos donde una u otra han sido preeminentes; sin embargo, tanto para Sarmiento como para los miembros de la Generación del 37, la Argentina, en el momento en que empiezan a escribir, “es ya irrevocablemente distinta de la que fue teatro de las efímeras victorias y no menos efímeras derrotas de su héroe el gran jefe militar de los Llanos riojanos” (Halperín Donghi, 1995: 17). Lo es porque Rosas, respecto de los otros caudillos, es “un molde más acabado, más perfecto” y “lo que en los otros era sólo instinto, iniciación, tendencia, convirtiéndose en Rosas en sistema, efecto y fin; la naturaleza campestre,

colonial y bárbara, cambióse en esta metamorfosis en arte, en sistema y en política regular capaz de presentarse a la faz del mundo como el modo de ser de un pueblo encarnado en un hombre que ha aspirado a tomar los aires de un genio que domina los acontecimientos, los hombres y las cosas” (*Facundo*: 38-39).

No obstante lo dicho, las metáforas sarmientinas contribuirán sin proponérselo a alimentar una ambigüedad — apuntada por Shumway, Jitrik, Sarlo y Alonso — que echa por tierra la oposición absoluta de estos contendientes. En la representación, Rosas, en tanto creador de enigmas, es equiparable al autor Sarmiento, aunque, como se lee en la cita anterior, es denunciado como un impostor. Aun así, significativamente, no se trata de un parecido inconsciente, sino de una relación percibida por el propio Sarmiento. Véase, por ejemplo, su artículo “¡Rosas es paz con todo el mundo!” aparecido en la *Crónica* el 11 de noviembre de 1849 donde dice lo siguiente hablando de sí mismo y de Rosas:

[e]stos dos personajes son argentinos ambos, y no se entienden sobre la manera de gobernar a aquel país. Rosas sostiene que debe arruinarse a los actuales vecinos, aniquilar a los gauchos con la guerra permanente con todos los pueblos, para que los hijos de los extranjeros regeneren el país. Sarmiento cree, por el contrario, que al mismo tiempo que se proteja la inmigración europea, debe darse educación a los actuales habitantes, abrirles el comercio, darles garantías y seguridad, a fin de que no se embrutezcan y descendan a la plebe. Ambos quieren la independencia de su país; pero Rosas quiere conquistarla a fin de armar reyertas con todo el mundo, y Sarmiento cree que basta no incomodar a nadie para ser independiente. Ambos son escritores. Rosas produce volúmenes de notas oficiales al año, dirigidas a diez gobiernos sobre veinte pleitos pendientes; el otro

produce volúmenes sobre educación popular, que es su manía favorita, inmigración, correos, industria, y demás cosas necesarias para la prosperidad de los pueblos [...]” (230).

Esta será también una tensión fundante en la literatura argentina decimonónica. De hecho, en su tiempo, la imagen del caudillo riojano en Facundo fue juzgada complaciente, razón por la cual a Sarmiento se le llamó el Plutarco de los bandidos (Halperín Donghi, 1996: 23). Sin embargo, como también señala Halperín Donghi, el argumento que contradice esa acusación es que Quiroga vive en un mundo que es diferente al de Sarmiento, de ahí que la idea no sea juzgarlo, sino entender ese otro mundo.

Ahora bien, la relación entre Sarmiento-autor y Rosas no es de equivalencia, sino de inversión, como lo será en los textos de la biblioteca facciosa. Así, por un lado, tenemos al autor-demiurgo y, en su extremo opuesto, al “gaucho desorganizador”. Por eso, el caudillo no es un enemigo cualquiera, sino la encarnación de la sinrazón (Shumway: 152) que no solo representa a las masas levantadas por sus líderes populares, sino una dimensión distinta de la que habita el hombre civilizado. De ahí que sean esencialmente diferentes. Sin embargo, el caudillo, en su producto más acabado — Rosas — no se ajusta a la teoría y acaba siendo, por el contrario, una figura que conecta los dos mundos contrapuestos en tanto Rosas tampoco es el caos en estado puro, sino uno disfrazado de falso orden que hace falta desenmascarar.

Lo que era ambigüedad en Sarmiento, se convierte en certeza en Gutiérrez. En los folletines históricos de Gutiérrez, Rosas es una figura tan sofisticada que rivaliza con el autor mismo de los folletines e, incluso, con los autores de la literatura facciosa. De hecho, Gutiérrez prueba su superioridad demostrando que el dictador se encontraba asociado al secreto de la realidad argentina, no por contenerla, sino por haberla descifrado él mismo.

2.3.Hilario Ascasubi: *Paulino Lucero o los gauchos del Río de la Plata cantando y combatiendo contra los tiranos de las Repúblicas Argentina y Oriental del Uruguay (1839 a 1851) (1872): la nación ensangrentada.-*

“Si la literatura argentina encierra una página que puede equipararse con *El matadero* de Esteban Echeverría, esa página es *La refalosa* de Ascasubi” (Borges, 1999: 26). Igualmente, el relato de Echeverría y este poema de Ascasubi son las páginas más sangrientas de la literatura de facción capaces de rivalizar con los folletines amarillistas de Gutiérrez.

La refalosa apareció primero en la gaceta montevideana *Jacinto Cielo*²⁴ en 1843 y, en 1872, fue incluido por el propio autor en su edición francesa de *Paulino Lucero*. Asimismo, Rama también acusa una relación entre esos textos, pero sus términos no son positivos en tanto sostiene que uno y otro buscaban emocionar y estaban dirigidos al sector menos ilustrado de su facción, lo que explicaría su narración episódica y costumbrista (94).

“La refalosa” es la amenaza de un mazorquero a Jacinto Cielo, gaucho que forma parte de la Legión Argentina en Montevideo. El título del poema describe una práctica que es posterior al degüello:

y entonces lo desatamos

y soltamos;

y lo sabemos parar

²⁴ Josefina Ludmer apunta que Jacinto Cielo tiene el nombre del capataz letrado, Jacinto Chano, de Bartolomé Hidalgo y el apellido que remite a los cielitos patrióticos y a una esfera superior (175).

para verlo *rafalar*
 ¡en la sangre!
hasta que le da un calambre
y se *cai* a patalear,
 y a temblar
muy fiero, hasta que se estira
el salvaje: y, lo que espira,
 le sacamos
una *lonja* que apreciamos
 el sobarla,
y de *manea* gastarla (92-105).

Como el de Echeverría, es un pasaje de una crudeza chocante, pero, a diferencia de *El matadero*, no hay *pathos* en él. Tampoco tiene, como señala Borges, el poder alucinatorio de las páginas del primero. Sin embargo, estos versos tienen el poder persuasivo de la palabra escrita con urgencia e inmediatez. Los poemas que componen *Paulino Lucero* son, como conjunto, viñetas que conforman una imagen caleidoscópica del país durante el rosismo. Significativamente, el reporte de la violencia en *Los dramas del terror* tendrán ese mismo efecto.

Como en los otros textos de la biblioteca facciosa, en *Paulino Lucero* los federales son *doblemente* salvajes porque son degolladores de animales y de hombres mientras que el otro personaje es *único* en tanto no está dividido (Ludmer: 175), es decir, el contrincante del federal continúa siendo un personaje arquetípico²⁵. Sin embargo, también se introduce una diferencia

²⁵ Paulino Lucero le dice a su paisano Martín Sayago:

importante, a saber, los contendientes no son los mismos de siempre — es decir, el hombre educado de la ciudad contra el hombre rústico del campo —, sino un gaucho contra un matrero, es decir, un gaucho contra otro gaucho: se separa al patriota del malevo, oposición por la cual Ludmer llama al *Paulino Lucero* una “gauchesca paradójal” (175). Esa misma paradoja se volverá a encontrar en el ciclo dedicado a Peñaloza escrito por Gutiérrez.

Ahora bien, aunque gauchos, estos rivales no son tratados de la misma manera ni tienen el mismo estatus. Retóricamente, por ejemplo, a unos se los llama por su nombre — el héroe está individualizado — mientras que el *otro* siempre permanece anónimo. Asimismo, unos son los *gauchos liberales* y los otros, los avatares del dictador Rosas. Significativamente, los

No hablo como *lastimao*;
menos como correntino:
hablaré como argentino,
patriota y *acreditao*,
que nunca ha diferenciao
a *porteños* de entrerrianos,
ni a Vallistas de puntanos,
porque todos para mí,
desde este *pago* a Jijuí,
son mis queridos paisanos (184)

Retóricamente renuncia a su identidad para asumir una voz colectiva que proyecta su experiencia en la de todos los que se sienten patriotas.

primeros también pueden ser considerados avatares de los enemigos tradicionales del dictador. De hecho, comentando los poemas “Los misterios del Paraná” — descripción del gaucho Vicente para su querida Estanislada acerca del estado del combate de Obligado y de sus deseos para su patria — y “Los payadores” — diálogo entre tres desertores, un entrerriano, un porteño y un correntino, del ejército de Rosas acerca de las razones por las que van a unirse al ejército de Lavalle —, Ansolabehere explica el sentido ideológico de la palabra “liberal” conforme a la enumeración de las aspiraciones del personaje para su país que Vicente escucha de la boca de un cura que intenta introducirlo a los principios del liberalismo. Como los hombres del 37, este gaucho aspira a la libre navegación de los ríos, el comercio libre, la inserción del país en el mercado mundial, la inmigración para poblar el interior, la educación popular, transportes adecuados y una Constitución: “si no fuera porque sabemos que Sarmiento no insistió en la poesía, no resultaría descabellado atribuirle la invención de la décima con la que se cierra este poema” (94-95). Asimismo, se trata de un recurso del poeta que resuelve en términos ideológicos el falso dilema de los unitarios patriotas europeizantes acusado por los federales (94).

Como conjunto, en estas crónicas de la guerra civil argentina, “[a]ún más claramente que en Sarmiento, Rosas ha quedado reducido al papel de un mero perturbador guiado por su personalísimo capricho” (Haleprin Donghi, 1995: 18). De boca de Paulino Lucero se lee:

Sólo aborrezco a un *audaz*
que piensa que la Nación
es *él solo* en conclusión,
y su familia, a lo más:

y ese *malevo* tenaz,
matador, *morao* y ruin,
que ha promovido un sinfín
de guerras calamitosas,
no es una rana ... ¡ése es Rosas!
mesmito, amigo Martín —,
Que grita ¡federación!
y degüello a la *unidá*,
mientras que a su voluntá
manotea a la Nación;
y en veinte años de tesón
que mata y grita audazmente
¡federación! que nos cuente,
¿qué provincia ha prosperao
o al menos se ha gobernao
de *por sí* federalmente? (184-185)

Y en seguida se responde a sí mismo diciendo que, por el contrario, las provincias “hoy miran su destrucción/ y que en la Federación/ Rosas se ha *alzao* unitario,/ porque, a lo rey arbitrario,/ desde *San José de Flores*/ fusila gobernadores,/ niñas *preñadas* y curas, / y comete en sus locuras otra *máquina* de horrores (185). No obstante, se trata de un libro que, en general, aboga por la paz productiva: “Verás miles de artesanos,/ cuántas *fábricas* pondrán!/ y en ellas enseñarán/ á nuestros hijos ó hermanos:/ y en lugar de ejercitarnos/ en destruirnos cual lo hacemos,/ á trabajar

nos pondremos/ para curar tantas ruinas;/ y sables y *garabinas*/ ¡al infierno arrojaremos!” (“Los misterios del Paraná”: 153). Su autor, en el ambiente general de las postrimerías del rosismo, subraya la urgencia de consolidar lo alcanzado por Rosas — como Alberdi en *La República Argentina 37 años después de su Revolución de Mayo* (1847) o en *Bases* (1852) — mediante una rápida superación de esa etapa. Aunque, a diferencia de Sarmiento que tiene siempre en mente al general Paz, en el libro no está claro qué grupos son los que verdaderamente ansían completar esa tarea, Lucero celebra la decisión de Urquiza de hacer frente a Rosas: este poema fue escrito en 1846 y modificado y aumentado cuando la victoria del general entrerriano sobre Rosas.

Aunque claramente el *Paulino Lucero* es literatura de ficción, es significativo, sin embargo, que Rosas intencionalmente traicione a la suya, como en el caso de “Isidora la federala y mashorquera”, mandada a degollar por el mismo tirano por ser testigo involuntaria de un momento de frustración del tirano. Los arranques caprichosos de Rosas constantemente ponen en entredicho el orden, tanto el supuestamente suyo como el que sus enemigos ansían restaurar. Sus acciones inesperadas y su deliberada ignorancia del orden de las cosas lo sustraen de su condición de mero personaje y lo colocan a la altura de la figura del autor, o de la voz poética en este caso. Rosas es caracterizado como una figura demoníaca, pero lo es en el sentido de señor del caos debido a los disturbios severos que causa asociados a un caos esencial generado por Rosas. Sin duda, la caracterización del tirano en *Los dramas del terror* de Gutiérrez sigue este patrón.

2.4. Juana Manso de Noronha: *Los misterios del Plata* (1846): heroicidad gaucha.-

Los “misterios” a los que alude el título de su libro, según declara en ese mismo prólogo, están asociados a los que envuelven la realidad actual de la Argentina:

[m]isterios negros como el abismo, casi increíbles en este época y que es necesario que aparezcan a la luz de la verdad para que el crimen no pueda llevar por más tiempo la máscara de la virtud; para que los verdugos y las víctimas sean conocidos y el hombre tigre —conocido hoy con el nombre de Juan Manuel de Rosas— ocupe su verdadero puesto en la historia contemporánea; el de un tirano atroz y sanguinario tan hipócrita como infame (vii).

La cita, inequívocamente, conduce a *Facundo* y, en particular, a su indagación en la vida secreta del país para descubrir las razones de sus luchas internas. En efecto, “[t]he ‘mysteries’ of the title refer not to intrigues in the cosmopolitan city but to the age of tyranny that enshrouds political subjects in a cloud of darkness” (Masiello: 71). El fragmento muestra, además, cuánto su vocabulario y su línea de argumentación — la figura del “hombre-tigre” y pensar la realidad nacional como un “misterio para el mundo civilizado” (vii) — están enraizados en la literatura argentina de facción. Sin embargo, comparado con *Facundo*, en *Los misterios del Plata*, aquellos están simplificados. Por un lado, no existe la indagación en la realidad argentina tal como la había llevado a cabo Sarmiento. Por otro, pese a la lectura de Masiello, los misterios de Manso sí tratan sobre las intrigas del poder, es decir, descubre las bambalinas de las ejecuciones del poder. Sin la reflexión sobre la realidad nacional, la historia de la persecución de Valentín Alsina queda como una denuncia que expone la forma del terror rosista.

Como en varias de estas ficciones, el tirano no aparece como protagonista, sino, oblicuamente, a través de los daños que causa. La historia principal de *Los misterios del Plata* trata de las penurias del viaje de la familia Avellaneda — nombre que disfraza el de Alsina — de Montevideo a Corrientes. Vicente Avellaneda es un proscrito y junto con su familia tuvo que cruzar a la otra orilla. Sin embargo, él es una presa importante y deseada por Rosas, así que este

acude a su colega Manuel de Oribe para sacarlo del Uruguay. Su propósito es obligar a Avellaneda a reingresar a la Argentina y capturarlo antes de que pueda llegar a Corrientes. Para eso, gracias a Oribe también, reemplaza al balsero que debía conducir a los Avellaneda a su destino. En el camino, Avellaneda cae preso en una emboscada. Cuando está a punto de ser ejecutado, dos gauchos de la comisión de Rosas, el viejo Simón y Miguel, deciden traicionar al tirano porque, conmovidos por el dolor de los Avellaneda y convencidos de que las cosas marchan mal, no quieren participar de esa ejecución. Sin embargo, fallan y deben huir. Avellaneda es recluido en el Pontón Sarandí anclado en el Río de la Plata y Adelaida, su esposa, repentinamente decide hacerse cargo de la situación. Ante la inminencia del final, acude a su vieja nodriza negra, Marica, para que la ayude a conseguir información sobre los designios de Rosas respecto de su esposo. Con la ayuda de unos amigos y de la buena fortuna, logra conseguir una orden de Rosas en la que se ordena que se entreguen a los presos Avellaneda y Pueyrredón — a quien Avellaneda había reencontrado como compañero de prisión en el pontón — al portador de la nota. Ella misma — disfrazada de militar con “[...] kepis de capitán, bigote postizo negro, botas granaderas, sable y una ancha capa que envolviéndola completamente disimulaba su cuerpo de mujer” (115) — se hizo cargo de la transacción y liberó a su esposo y a Pueyrredón. Hecho eso, regresaron inmediatamente al Uruguay, donde acababa de triunfar el general Fructuoso Rivera. Al final, en medio del alivio y la alegría de verse reunido con su familia y de camino a Montevideo, Avellaneda le pregunta a Adelaida por la suerte de los gauchos que lo habían ayudado. Ella responde que los ha colocado en la hacienda de un federal “de corazón antirosín”. En la conclusión, la novela termina informando que Simón y Miguel murieron anónimamente en las filas de Lavalle en una de las ofensivas contra Rosas.

En *Los misterios del Plata* se ha estudiado enfáticamente el discurso feminista²⁶ de Manso respecto de la educación de la mujer y las prácticas familiares²⁷, como en los trabajos de

²⁶ Lo que resulta curioso dado que las últimas veinte páginas — y, por tanto, la intervención de Adelaida — fueron una añadidura de Ricardo Isidro López Múñiz en 1924. En efecto, la Adelaida travestida que libera a su marido contrasta con la esposa doliente y un tanto pasiva de las páginas de Manso. Como sostiene Masiello, por un lado, la declaración de fidelidad del editor López con las intenciones de la autora se condice con la liberalidad con la que Manso trabaja a sus personajes femeninos y marginales; por otro, su Adelaida no deja de ser excesiva. De hecho, Manuelita Rosas, el otro personaje femenino con una doble agencia en la novela, es tratado con una dureza inaudita en la literatura del periodo que no comparten ni Mármol ni su colega de género Juana Manuela Gorriti:

[el grupo de la mazorca estaba] [...] compuesto de hombres a caballo con el sable desnudo al hombre, comandados por Manuela Rosas, hija querida y digna de S.E. el Ilustre Restaurador de las Leyes. Iba la amazona vestida con el traje de los gauchos y enormes espuelas teniendo pr montura el mulato Biguán enfrenado y ensillado, a quien lo cabía en esta solemnidad el papel de caballo y que recibía de los pies de la señorita Manuela tamaños espolazos con objeto de imitar los corcobos del animal que representaba (90-91).

Masiello, por el contrario, lee en la Adelaida de López una apropiación que recupera la concepción que los hombres del XIX, e incluso los de la primera mitad del XX, tenían sobre las mujeres. Justamente, esto, en opinión de Masiello, hace que el personaje de Adelaida sea contradictorio al final porque “she engages in a civilizing mission through recourse to practices of barbarism” (75).

Masiello y de Area. Como se verá con *Amalia* después, esta novela ya se acerca al terror rosista desde la intimidad de la persona y de la familia, es decir, desde los efectos desarticulatorios del rosismo en las bases mismas de la sociedad. Dicho sea de paso, ese no es el único parecido con la novela de Mármol. Esta novela también hace un uso político de la ficción y altera las fechas de los hechos que inspiraron la novela. La anécdota de *Los misterios del Plata* tiene una base real, a saber, recrea los acontecimientos por los que Valentín Alsina tuvo que exiliarse definitivamente en Montevideo en 1835. Curiosamente, sin que Manso dé alguna explicación o se hable de una *ficción calculada* en la nota preliminar, en la novela se dice que todo esto pasó alrededor de 1838.

No obstante, me parece más importante señalar que la novela acaba, significativamente, con la noticia de la suerte de Simón y Miguel. Llamo la atención sobre esto porque en la historia de estos gauchos encuentro el aporte más significativo de Manso al repertorio de las

²⁷ La institución familiar funciona en *Los misterios del Plata* como el modelo natural de la nación: “Rosas es el amo del pueblo, por consiguiente también es el amo de la familia” (57). Sin embargo, no lo es términos alegóricos, sino en tanto la familia funciona como el núcleo ordenador de la sociedad y de la nación. Por eso, Rosas es un mal *pater familias* así como un pésimo *pater patrias* (cfr. Area). Como desarrollaré en el siguiente capítulo que trata de las novelas sobre Rosas de Eduardo Gutiérrez, una de las constantes en su representación es la de señor del caos. Eso ya está presente en esta novela de Manso: “¿Cuál es el resultado de esto? [se pregunta el narrador] Que el pueblo no eche de menos el orden y la tranquilidad y en esta perpetua orgía se entretenga, ¡mientras él reina!” (67). Como señala Masiello, la armonía familiar se ha perdido incluso en las familias más prestigiosas (73). También se ve algo parecido, como desarrollaré en la siguiente sección, en *Amalia*.

representaciones del dictador, a saber, la recuperación de una imagen positiva del gaucho²⁸. Como se verá muchos años después en las novelas históricas de Gutiérrez, más específicamente en su ciclo sobre el Chacho, acá los gauchos son vistos — aunque con menos énfasis — como los recipientes morales de la nación. Más aun, ellos contienen la memoria de la nación. Así también parece sugerirlo, sin ahondar más en el asunto, Lichtblau cuando comenta la frágil adhesión del gaucho Miguel a la causa rosista debido a su “innate sense of justice and humanity” (33). Hablando de ellos, es evidente que Manso se aleja de su modelo Sarmiento en este punto. Parece, por el contrario, estar inspirada en los primeros comentarios benévolos acerca de los gauchos hechos por los primeros viajeros ingleses en el Río de la Plata, más específicamente por los relatos de Francis Bond Head, a quien se debe esa forma de representación arquetípica del gaucho en *Rough Notes Taken During Some Rapid Journeys Across the Pampas and Among the Andes* (1826) (Prieto, 1996: 44).

²⁸ En *The Argentine Novel in the XIX Century*, Myron Lichtblau también llama la atención sobre los gauchos, sobre todo Miguel. Le parecen interesantes, pero se concentra en el valor anecdótico de la atención de Manso sobre estos personajes pintorescos de aparición restringida en la literatura nacional de la época. Al respecto, el comentario de Lichtblau está restringido a lo pintoresco vivencial del gaucho:

Particularly significant is the portrayal of a primitive gaucho. Representative of the traditional nomad of the pampas, he prefers a simple, unaffected way of life. Bred in an atmosphere of crudeness and self-sufficiency, he cherishes his freedom above most things, and it is only for reasons of convenience that he becomes a follower of Rosas (33).

Simón y Miguel traicionan a Rosas, ayudan a Valentín Avellaneda y, al final, mueren en el campo de batalla combatiendo a las fuerzas rosistas. El narrador no se expande demasiado en las razones por las que se encuentran, al principio, al servicio de Rosas. De Miguel se dice que lo servía por ignorancia — “[...] porque era el Gobernador de la Provincia que Miguel creía legítimamente electo” (5) — y porque sentía simpatía por la simpatía de Rosas hacia los hombres sencillos del campo. De Simón no se sabe el porqué, ya que, a diferencia de Miguel, él sí sabía quién era Rosas. Lo que la novela sí establece, más o menos con claridad, es que la afiliación de estos gauchos a la causa rosista es frágil porque reposa en la ventaja adquirida por el tirano al convocar a la gran población marginada en el plan nacional unitario. Uno de los hombres de la partida que espera en emboscada a los Avellaneda le dice a otro compañero:

¡Bien haya amigo Santiago, el hombre! Pucha que dende que él está en de gobernante nosotros los campesinos estamos en el candelero.

— Es verdad, contestó el que había dado principio a la conversación, y ahora si que nos respetan los puebleros; ¡cajetillas del diablo! (22).

Sin embargo, en la novela también es claro que ese vínculo es precario porque está sostenido en la pura seducción y el terror, y no en una comunión de fondo²⁹. Justamente, es eso lo que hace verosímil que Simón y Miguel se cambien de lado tan rápidamente.

²⁹ En *Amalia*, Daniel Bello reflexiona sobre esta idea en casa del señor Bouchet de Martigny en Montevideo cuando les propone un nuevo plan para la ofensiva contra Rosas a don Julián Agüero y a don Florencio Varela, cabezas de la oposición al tirano en el Uruguay. Bello, convencido de la débil afiliación entre los rosistas, está seguro de que una invasión a la ciudad de Buenos Aires por parte del ejército libertador podría acabar con el rosismo: “[...] el poder de

Simón, el gaucho viejo, es un veterano de las guerras independentistas y su rasgo principal es la memoria. De hecho, se encuentra literalmente marcado por la Historia, dramatizado en las marcas que guerra dejó en su cuerpo:

[...] descubrió su pecho cruzado de horrorosas cicatrices y dijo: —Estos son recuerdos de la Independencia de la América y de la libertad del Uruguay! Desde 1810 hasta el año 28 [...] (23).

La primera vez que su personaje habla, lo hace para recordar. Así, mientras la partida espera que aparezca la embarcación que trae a Avellaneda, los hombres de Rosas se aburren y lamentan que estén de brazos cruzados cuando podrían estar haciendo patria matando salvajes unitarios. Simón interviene en la conversación cuando uno de los hombres lo interpela sobre el desdén con el que los escucha:

— Sí, respondió Julián; pero los puebleros son unitarios y los unitarios no son nuestros prójimos porque diz que el Papa los descomulgó.

Simón sacudió la cabeza con su desdén habitual. Santiago añadió:

— Ño Simón, es medio amigo de los unitarios.

— Yo soy amigo de mis paisanos, respondió el viejo.

— Sí, pero los unitarios, ya ha dicho el viejo en su gaceta que no son argentinos.

Rosas es Rosas mismo; la República es Buenos Aires: ausentemos a Rosas, tomemos posesión de la ciudad, y no hay guerra, señor Martigny, o si la hay será insignificante y por corto tiempo” (375).

— Sí: — dijo Simón con amargura — son judíos! Y los que peliaron sobre los Andes y entre los Andes, qué eran?

— Eran porteños!, dijo Santiago.

— Y Lavalle, Suárez, Díaz, Videla Olavarría! Qué eran? Esos que llamas unitarios qué son?

— Sí, pero pa qué son ahora enemigos de la Patria?

— Y sin ellos, tendrías vosotros Patria, hoy? (22)

La réplica de Simón no es una mera reacción porque su comentario cuestiona la base de la escisión que sostenía al rosismo, que predicaba un discurso en el que la patria parecía empezar y agotarse en Rosas³⁰. Frente a él, Simón exige, pues, la continuidad.

³⁰ Al respecto, una de las representaciones frecuentes del rosismo es presentarse a sí mismo como una religión y a Rosas como su dios. En una de las escenas mejor logradas de la novela, la Mazorca, con Manuelita a la cabeza montada como una amazona en el moreno Biguá, lleva en comparsa a Avellaneda a su nueva prisión. Según avanza el gentío y la descripción de la escena, la comparsa se vuelve una procesión (91). Se hace cinco paradas en cinco iglesias diferentes, empezando por la catedral, en donde se rinde tributo a Rosas, cuyo retrato está en lugar del Cristo crucificado en los altares. Más adelante, la novela completa la analogía cuando recapitula los eventos de la captura de Avellaneda y lo presenta sometido al dictador. Dice el narrador:

[...] aquella vida consagrada al bien de sus hermanos y de la sociedad, aquella vida presente del Altísimo estaba a la merced del asesino; y bastaba el más simple gesto para aniquilar de un golpe la obra del Creador (107).

Miguel, como ya lo había adelantado, es diferente. Lo primero que se sabe de él es que había nacido para ser un ángel o un demonio (5). Esto es interesante porque a partir de ese doble potencial parece sugerirse una especularidad con Rosas que se refuerza conforme se sabe más de Miguel. Como Rosas, es rubio, de rasgos delicados, alto y atlético, inteligente, sagaz, un payador excepcional, un afamado domador, el baqueano más seguro, un jinete diestrísimo y amigo de los indios. Es, además, un personaje singular dentro del medio en el que se desenvuelve: “[...] estaban reunidos el Juez de Paz del Baradero con su gente y el gaucho Miguel” (21).

Parece, pues, programático que los rivales narrativos del tirano en la novela sean estos dos gauchos. Esto es un evento excepcional porque la norma es que la figura antagónica del dictador sea un letrado unitario: lo es en las dos ficciones fundacionales de la literatura argentina, el personaje del unitario en *El matadero* y Daniel Bello y Eduardo Belgrano en *Amalia*. El héroe alternativo corresponde a la gauchesca y, en la década del ochenta, a los folletines de Gutiérrez.

2.5. José Mármol: *Amalia* (1851): violencia interior.-

José Mármol fue una figura cercana a los miembros de la Generación del 37. Estuvo comprometido con sus asuntos, se nutrió de sus mismas fuentes, fue proscrito, vivió exiliado y, desde Montevideo, contribuyó con su pluma a la lucha contra Rosas. De hecho, es un autor cuya escritura está marcada, más que en cualquier otro caso, por su relación con el dictador. Así lo prueba la historia de la composición de esta novela y el hecho de que su vocación por la ficción se haya agotado súbitamente con la victoria de Urquiza sobre Rosas en la batalla de Caseros en 1852.

Amalia es una novela cuyo impulso y retórica la aproximan a los textos combativos de la Generación del 37. Apareció como folletín en el suplemento de *La Semana* de Montevideo en 1851, pero su publicación fue interrumpida intempestivamente el 9 de febrero de 1852, cuando Rosas fue derrotado en Caseros. Poco tiempo después, se publicó como libro, pero su autor se negó a escribirle un final debido a que no deseaba interferir con la paz entre unitarios y federales. Por eso, la novela quedó inconclusa hasta 1855, año en que Mármol, finalmente, hizo algunas modificaciones a la versión original y la completó con un final amable que no interfiriera con las nuevas buenas relaciones entre unitarios y federales³¹.

Si bien *Amalia* no es la primera obra de ficción escrita por un autor argentino, tiene, entre otros, el mérito de ser el primer texto que hace un uso político de la ficción (Laera, 2004: 99) en tiempos en los que todavía se consideraba a la ficción y la política antagónicas (Piglia, 1993: 10),

³¹ El final trágico de la novela estaba anunciado desde los primeros presentimientos de Daniel Bello. Así, no es con Rosas, obviamente, con quien se quiere conciliar. Aunque, después de Caseros, Mármol reclamaba para su novela una lectura eminentemente literaria — “el texto debía leerse por su trama y su faz literaria” (Zuccotti, 2004: 113) —, eso no estaba ocurriendo. Es famoso, por ejemplo, el episodio con Lucio V. Mansilla — hijo de Lucio Mansilla y Agustina Rosas —, en el que el sobrino de Rosas le reclama a Mármol las palabras contra sus padres, especialmente la calumnia contra su padre en el capítulo “500 onzas”. Más allá de los alcances personales de este altercado, Mármol debía, pues, encarar la difícil tarea de intentar volver a separar al partido federal de la imagen del dictador, es decir, corregir la identidad entre federalismo y rosismo. Mármol espera poder hacerlo con el padre de Daniel, don Antonio Bello, federal de vieja cepa, que al final de la novela salva a Amalia de la mazorca.

aunque, como anota Piglia, la ficción en la Argentina nace del intento de representar al otro, es decir, al bárbaro (9). A diferencia de lo que sucedía con el relato de la civilización — para el que no hacía falta ninguna imaginación, sino que el escritor echara mano de su propia vivencia—, la barbarie debía ser imaginada. Dicho eso, la publicación de *Amalia* discute el supuesto desvío que suponía *El matadero* de Echeverría (Laera, 2004: 99) dado que en ella todo es ficción. A diferencia de *Facundo* y *El matadero*, en la novela de Mármol se ficcionaliza tanto al bárbaro como al civilizado, en tanto sus personajes principales no fueron personajes históricos³². Más aun, como señala Viñas, sus personajes principales ni siquiera habitan el plano de lo real (cfr. Viñas: 125-140).

Amalia es, ante todo, una historia de amor atravesada por la política. La política, precisamente, introduce una constante tensión entre la estética romántica con la que se describe los pasajes que hablan de la historia de amor y de sus protagonistas, y el realismo necesario para hablar de Rosas y el rosismo (Laera, 2004:104). Paralelamente y de la misma manera, la violencia rosista también invade su *locus*. Dentro de la historia, la realidad contamina el idilio, como significativamente lo ilustra la imagen de la mano ensangretada y enfangada de Daniel Bello ensuciando los objetos del tocador de su prima Amalia:

³² El episodio con el que comienza la novela es verdadero. En efecto, en el día y la hora indicados por la novela, Merlo, Lynch, Oliden, Riglos y Maisson intentaron embarcarse para Montevideo, pero fueron traicionados por Merlo y asesinados por una partida de la mazorca que estaba esperándolos ocultos en el lugar de reunión. Este hecho está documentado en más de un libro. Por ejemplo, Rivera Indarte lo relata en *Tablas de sangre* y José María Paz, en sus memorias (Zuccotti, 2004: 114). Mármol agrega a la comitiva de proscritos a Eduardo Belgrano, que será el único sobreviviente gracias a la intervención oportuna de su amigo Daniel Bello.

[y] Daniel pasó al gabinete, tomó una luz de una rinconera, pasó a otra habitación, que era la alcoba de su prima, de ésta a un pequeño y lindísimo retrete, y allí *invadió* el tocador, manchando las porcelanas y cristales con la sangre y el lodo de sus manos (87, énfasis mío).

Este desplazamiento de la violencia al interior ha sido la razón por la que se ha dicho que esta novela abre una vertiente nueva en el corpus de obras que tratan de Rosas y el rosismo, a saber, la de los textos de historias familiares/intimistas (Area, 2006:). En efecto, Mármol traslada el problema de Rosas desde la esfera pública a la privada y desarrolla una narrativa que enfáticamente describe los efectos del rosismo en el ámbito del espacio doméstico. Aunque se ha dicho lo mismo de *Los misterios del Plata* y la familia es una cuestión en primer plano, los acontecimientos de la novela ocurren preeminentemente en el espacio público y están explícitamente asociados a la faceta pública de los personajes, es decir, sigue estando en primer plano la conexión entre la persecución y la violencia con la oposición pública de los enemigos de Rosas. En la novela de Mármol, en cambio, la violencia cada vez más desenfrenada y desmotivada ha empezado a diluir las buenas costumbres, lo que se presenta como un indicador de cómo la sociedad ha empezado a dar paso a una situación de caos esencial. Justamente, este es el rasgo que la hace relevante dentro del corpus que antecede a Gutiérrez porque, como Mármol, el folletinista trasladará el conflicto al ámbito del espacio doméstico.

Significativamente, la violencia del rosismo marca los cuerpos y al cuerpo simbólico del texto, algo que también ocurre en *Los dramas del terror*. Por eso, retóricamente, esa violencia aparece también como un asunto de decoro. Por un lado, la síntesis romántica entre lo americano y lo europeo que Echeverría propone en *Dogma Socialista* encuadra la obra de Mármol, pero el paralelismo “se va polarizando en sus contenidos y significaciones hasta desequilibrarse en

impugnación e ideal” (Viñas: 133). Ocurre que la mirada romántica ya no es integradora, sino antinómica y todo lo referido a Europa aparece idealizado y, como dice Viñas, estéticamente falso al tiempo que lo que está marcado como el aquí y el ahora — Rosas — se encuentra dotado de un realismo elemental que “resuelve aunque parcialmente una verdad estética” (133).

Por otro lado, sus personajes también escapan a sus convenciones. Por ejemplo, Laera nota que Daniel Bello — “quien se distingue por combinar deducción y pragmatismo” (106) — tiene un desliz interesante en sus instantes finales cuando interpreta los signos de acuerdo con la fatalidad (109). Al final de la novela, acude tarde a su cita con Amalia debido a que el reloj estaba atrasado y, tal como lo presiente, ese evento acaba desencadenando la serie de acontecimientos trágicos con los que termina la novela. Sin embargo, algo parecido había ocurrido antes en la novela, en el episodio cuando, mientras se despide de monseieur Bouchet de Martigny, de don Julián Agüero y Florencio Varela, Daniel tiene la impresión de que no los volverá a ver más:

— Un abrazo, señor Martigny, porque no os riáis de lo que voy a deciros: me parece que estoy viendo por última vez en el mundo a las personas con quienes hablo en Montevideo (397).

En contra de quienes han visto en Daniel el opuesto del tirano³³, este rasgo de su construcción es problemático en tanto coloca a Bello varios pasos detrás de él. Sagazmente, Laera — haciendo

³³ “La figura de Rosas *íntimo* develando los secretos del poder público juega en espejo con la figura de un Daniel Bello que trabaja subrepticamente dislocando ese espacio a través de la manipulación de las claves de la intimidad rosista” (Zuccotti, 2004: 117). Hasta cierto punto es así; sin embargo, como señala Laera, el personaje de Bello acaba por contaminarse debido a las necesidades del género de la ficción romántica.

referencia a los caprichosos horarios federales — comenta que “mientras uno [Daniel] sigue la lógica del reloj, el otro le hace seguir al reloj su propia lógica” (108).

Esta falta de decoro es, principalmente, una cuestión estética. Por ejemplo, se aprecia en la extravagante disposición de las habitaciones de la casa de Rosas, en la ausencia de protocolo en sus relaciones sociales, en la manera como se lleva a cabo el baile oficial el día del aniversario de la independencia, en la apariencia, en general, de los federales rosistas. Se trata de “ese no-sé-qué” que afeaba el baile (298) y que el narrador no se atreve a precisar, pero que una dignísima unitaria anónima afina con prontitud. En ese baile, Amalia, que sale por primera vez a un acto público en Buenos Aires, se queda sola un momento y conoce a la señora de N. Luego de que la dama aprueba la compañía de la joven tucumana, empieza a criticar todo. Veamos lo que dice sobre la famosa belleza de Agustina Rosas de Mansilla:

— [...] ¿le habrán dicho a usted que Agustina es una belleza?

— Cierto, ésa es la opinión universal. ¿No es así en la opinión de usted?

— Cierto que sí; solamente que yo la llamo belleza federal.

— ¿Lo que quiere decir?

— Qué es una belleza con la cara punzó.

Amalia se rió.

— Ése no es un defecto, señora; ése es el color de las rosas — dijo a la señora de N...

— Usted lo ha dicho: es el color de las *rosas*.

— Pero en fin, ¿es una linda mujer?

— No.

— ¿No?

— Es una linda aldeana, pero aldeana; es decir, demasiado rosada, demasiado gruesos sus brazos y sus manos, demasiado silvestre para el buen tono, y demasiado frívola entre la gente de espíritu (311-312).

Poco después, Daniel llega y la rescata. Amalia, todavía confundida, le cuenta a su primo la conversación con la señora de N. En seguida, este le explica que el comentario de la dama es, en realidad, una caricatura inspirada por los malos tiempos por los que atraviesan los unitarios.

Sin embargo, las acotaciones del propio narrador sobre esos asuntos compiten con las buenas intenciones de Bello porque no es más benévolo que la señora de N. Por eso, es claro que la apariencia, el buen gusto, los modales y el lenguaje no son únicamente rasgos de la caracterización y meros indicadores de clase. Antes bien, son marcas con un contenido político, a saber, el de la civilización, dado que en *Amalia*, como en *Facundo*, sigue estando en juego el manejo y la apropiación de la cultura europea (Piglia, 1980: 16). En el caso de Mármol, el decoro cumple el papel que las citas tenían en *Facundo*, es decir, es la marca de la civilización en esta novela. De ahí que la argumentación de la novela siga descansando en la oposición radical entre los personajes asociados al tirano y los que se oponen a él: los enemigos de Rosas están, pues, dotados de una belleza armónica afrancesada concomitante a sus buenos sentimientos y su bizzarria patriótica. Todo esto está relacionado, pues, con una idea muy arraigada en la Generación del 37, a saber, pensar a Rosas como un ente desarmonizador — un “desorganizador argentino”³⁴ — y caracterizar a los agentes de la civilización como lo contrario, es decir, como cúlmenes de la armonía.

³⁴ Sarmiento, Domingo Faustino. “Política exterior de Rosas” (*El Progreso*: 2,5 y 8 de octubre de 1844). En *Obras completas de Sarmiento. VI Política argentina 1841-1851*. Buenos Aires: Luz del Día, 1949: 127.

Es interesante porque, conforme arrecia la lucha antirrosista y se hacen más claros los balances y el cálculo de los daños del rosismo en el cuerpo y alma de la nación, la ficción — de “El matadero” a *Amalia*, pasando por *Los misterios del Plata* — desplaza el conflicto desde la esfera de lo público a lo privado³⁵. Es decir, ha pasado de la representación exclusiva de la persecución y la ejecución públicas a la manera como la cotidianeidad doméstica se ha transformado. Por eso, tan importante como el develamiento de las bambalinas de la ejecución del poder rosista, es la mirada hacia la manera como éste se introduce, contamina y, finalmente, pervierte los interiores de esos hogares.

No obstante, *Amalia* tiene, además, otro aporte significativo. A diferencia de *El matadero* y *Facundo*, donde el jefe del matadero y el caudillo Quiroga eran, respectivamente, avatares del dictador, Mármol construye un retrato de Rosas sin mediaciones. En efecto, cuatro capítulos de la primera parte — “La hora de comer”, “El comandante Cuitiño”, “Victorica” y “El caballero Juan Enrique Mandeville” — están dedicados exclusivamente a él. La primera vez que aparece el dictador, está sentado en un estudio, leyendo, rodeado de escribanos que transcriben diligentemente lo que les ha pedido:

[e]l primero era un hombre grueso, de cómo cuarenta y ocho años de edad, sus mejillas carnudas y rosadas, labios contraídos, frente alta pero angosta, ojos pequeños y encapotados por el párpado superior, y de un conjunto, sin embargo más bien agradable pero chocante a la vista. Este hombre estaba vestido con un calzón de paño negro, muy ancho y una chapona color pasa, una corbata negra con una sola vuelta al cuello, y un sombrero de paja [...]

³⁵ “En el *Facundo*, Sarmiento presenta un despliegue urbanístico como un abajo que es observado. En *Amalia* es un adentro” (Torre: 78).

El hombre de sombrero de paja leía un montón de cartas que tenía delante, y los jóvenes escribían.

[...]

El silencio era sepulcral. Pero de repente uno de los escribanos levanta la cabeza y pone la pluma en el tintero.

— ¿Acabó usted? — dice el hombre de sombrero de paja dirigiéndose al joven.

— Sí, Excelentísimo Señor.

— A ver, lea usted (119-120).

Eso es importante porque, hasta ese momento, el dictador solo ha aparecido oblicuamente en la literatura de combate. Luego de conocer a Daniel Bello, el letrado emblemático de la novela, y verlo despachar sus propias misivas, esta escena de Rosas tiene mucho de farsesco, característica que domina en el lado federal. Sin embargo, no deja de ser interesante que el dictador sea presentado, en primer lugar, como una figura autorial. Ahora bien, como tal, Rosas no está en competencia con sus escribientes — con quienes tiene una relación de amo y esclavos — ni con Bello — como lo ha demostrado Laera —, sino, por lo tanto, con el narrador mismo, lo que pondría de manifiesto una relación entre los motivos de la autoridad y de la creación.

Como se había visto en la revisión de *Facundo*, aunque la civilización y la barbarie no son categorías intercambiables, tampoco se encuentran en lados absolutamente opuestos del espectro. Si bien Sarmiento las presenta como dos órdenes de cosas distintos, se había visto también que, pese a sí mismo, su escritura no está libre de violencia y es, por el contrario, excesiva y espectacular, asunto que lo asemeja a Rosas. Por eso, — como se verá en las novelas sobre dictadores en el siglo XX— se puede decir que el dictador y el escritor son figuras especulares en tanto los dos son creadores de mundos no naturales. De ahí que la violencia de la

tiranía sea commensurable, solo en ese sentido, a la violencia implícita en toda escritura.

Asimismo, si bien es cierto que, respecto de Bello y de los otros letrados en la novela, las acciones letradas del tirano son paródicas, la parodia en este caso expone la semejanza.

Significativamente, Rosas fue, en la vida real, un autor. Es conocido que ante la posibilidad del triunfo de Urquiza, Rosas preparó y trasladó de Palermo a Buenos Aires su archivo — compuesto de diecinueve cajas, más otros papeles que se agregaron en último minuto — el 26 de enero de 1852, ocho días antes de Caseros. Sorprendentemente, aquel fue el único preparativo que llevó a cabo, dado que ni siquiera había tomado alguna previsión económica para el exilio³⁶ (Lynch: 327) porque aquellos papeles “eran mil veces más valiosos que mis bienes”, según explicaba el mismo Rosas (citado por Lynch: 327). En 1865 recibió unas diez cajas más. Exiliado en Southampton, Inglaterra, se dedica a escribir³⁷. Según explica Area, “[...] no solo ensaya una escritura seria, legadora de su pensamiento de caudillo, de *pater* derrocado y una escritura testamentaria de bienes de los que carece en lo real (y a los que apela simbólicamente), sino que lo encontramos ‘garabateando’ un relato literario” (309). En 1933, el

³⁶ “Llevaban solamente setecientas cuarenta y dos onzas, doscientos pesos fuertes y veintidós reales que habían podido juntar apresuradamente en Buenos Aires al huir, en los últimos instantes” (Ibarguren: 291).

³⁷ “Rosas aspiraba a ser escritor y hablaba de los libros sobre política y filosofía que estaba preparando, además de una autobiografía, pero ninguno de ellos fue escrito. El único trabajo que completó fue una gramática y diccionario del lenguaje de las pampas, cuyo manuscrito fue confiado en su momento a Saldías. En cambio, la mayor parte de los escritos de Rosas estaba en formato de cartas y, de éstas, especialmente las de su correspondencia con Josefa Gómez, es posible reconstruir su pensamiento político y social” (Lynch: 327).

historiador Dardo Corvalán Mendilaharsu³⁸ descubrió — entre unos papeles en el Museo Histórico Nacional — un cuento de Rosas de tema amoroso titulado “Desespera y muere” que publicó en *El Hogar*³⁹. Aquel relato es una curiosidad y, por sí mismo, carece de valor literario. Sin embargo, no carece de interés porque su autor reproduce dos motivos frecuentes de la literatura argentina del periodo — es decir, de aquella que lo combatía —, a saber, la escritura y la cita en otro idioma. El personaje femenino, María, escribe; de hecho, la historia de su desventura amorosa con Andrés se lee en el diario que ella deja. El otro motivo, que hace eco — guardando las distancias — de la escena de Sarmiento en el Zonda, es la inscripción que deja en una roca en un idioma — inglés — que nadie entiende.

Hablando de la escritura de Rosas, Lelia Area no puede evitar sorprenderse: “[f]igura extraña y (hasta) incómoda para referirlo” (308), dado que se trata de una imagen que desestabiliza su condición monstruosa. Precisamente, debido a que Rosas no era, en el fondo, tan diferente, los autores de la literatura facciosa lo representaron asociado al motivo de la inversión. En efecto, el mundo de Rosas es uno carnavalizado — construido sobre la base de la inversión del mundo y la parodia de la vida normal —, de ahí que la espectacularidad haya sido una constante en su representación. Habíamos visto un buen ejemplo de ello en la escena de la comparsa/procesión en *Los misterios del Plata*, donde también se desliza una sugerencia veloz sobre su commensurabilidad con Dios, en tanto creador (107).

³⁸ Area explica el origen de ese dato en la segunda nota a esa sección de su libro. Allí declara que la información ha sido sacada del libro *La libreta de Rosas* de Fermín Chávez.

³⁹ Incluido como apéndice en Area, Lelia. *Una biblioteca para leer la nación. Lecturas de la figura de Juan Manuel de Rosas*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2006.

En los capítulos señalados de *Amalia*, el narrador se detiene extensamente en la intimidad del dictador un día cualquiera de despacho, más precisamente, en una noche cualquiera de despacho, porque así como “invertía los principios políticos y civiles de una sociedad, invertía el tiempo, haciendo de la noche día para su trabajo, su comida y sus placeres” (127). Rosas era, en efecto, conocido por recibir visitas muy tarde en la noche, cenar pasada la medianoche y convocar reuniones acerca de asuntos de Estado en la madrugada. No obstante, su rutina guardaba una forma protocolar que contrastaba con sus variaciones. Sarmiento, en su artículo “Política exterior de Rosas” — publicado en el diario chileno *El Progreso* el 2, 5 y 8 de octubre de 1844 —, describía horrorizado como las misiones diplomáticas enviadas a Buenos Aires eran recibidas por la hija. Según declara, todo enviado

[...] obtendrá el honor de visitar a la hija del general Rosas; de enviar por su conducto recados amistosos a S.E., y de recibirlos en retorno del mismo modo; obtendrá el honor de conocer personalmente a los más famosos miembros de la *Sociedad popular* (alias *mas-horca*) pasará un año, pasarán dos años¿y su misión diplomática? ¿y todas la ventajas recíprocas que iba a proponer?... ¡Sea todo por Dios! Nuestro pobre ministro no ha podido ni ver tan solo al señor gobernador, y después de cien visitas hechas a *misea* Manuelita, o a los locos que muchas veces reciben en lugar de soberano, tiene que volverse al país que lo envió, dando por terminada su misión (124)

Igualmente, en *Amalia*, se describe la distribución excéntrica de las habitaciones de la casa de Rosas; su corte de bufones, indios, gauchos y negros; las cenas a medianoche; las reuniones con diplomáticos a la una de la madrugada.

La novela de Mármol se sostiene en el contraste radical entre Rosas y sus contendientes. Siguiendo el postulado echeverriano de mantener la vista clavada en las entrañas de su país y en Europa, Mármol acaba corroborando la antítesis y reafirmando la imposibilidad de la síntesis entre esos mundos. Como en sus colegas generacionales, su mirada romántica tampoco es integradora, sino antinómica (Viñas: 133) y sostenedora del maniqueísmo liberal que se mantendrá hasta bien entrado el ochenta cuando se degrade en “el suicidio de *Sin rumbo* o se desplace y disuelva cuantitativamente en las masas de Sicardi, Almafuerte o Ghiraldo [...]” (Viñas: 140).

No obstante, *Amalia* aporta algo diferente también, a saber, el cambio en la *estructura de sentimiento* (Williams, 1977) es un motivo central de la novela. Es cierto que, por un lado, en todos los textos de la biblioteca facciosa aparece, aunque un tanto inadvertidamente, ese quiebre: por ejemplo, en el lenguaje bajo de “El matadero” o en la retórica de *Facundo*. Mármol apela a lo europeo y, sin embargo, su opción acaba distorsionándose en la realización propiamente literaria (Viñas: 137), de la misma manera que sucede con Echeverría, Sarmiento, Juan María Gutiérrez, Cané, Vicente Fidel López o Mitre. Paradójicamente, esa interferencia conduce a la modernidad literaria en la Argentina, la que, significativamente, se encuentra asociada con la representación del rosismo. Por otro lado, sin embargo, a diferencia de todos ellos, en *Amalia*, su percepción — aunque no necesariamente su comprensión — preocupa tanto al narrador como a los personajes. Se presenta, por ejemplo, en la cotidianeidad de la vida de los personajes así como en la tensión entre *el aquí* y *el allá* que domina la novela.

3. Rosas/Roca: Civilización y barbarie: *La muerte de Buenos Aires.*

3.1. El debate en torno a la federalización de Buenos Aires.-

Entre el 17 y el 21 de junio de 1880 se llevaron a cabo tres encuentros encarnizados en la zona sur de la ciudad de Buenos Aires: Barracas, Puente Alsina y Los Corrales. Buenos Aires luchó con 20,000 hombres y 80 piezas de artillería contra el ejército del presidente Avellaneda conformado por milicias reclutadas en Buenos Aires, Entre Ríos, Santa Fe y Córdoba, y organizadas por su ministro de guerra Roca desde Rosario. Cuatro días después de haberse iniciado el encuentro bélico y tras haber perdido 3,000 soldados, Buenos Aires solicitó una tregua donde negoció su rendición.

La federalización de la provincia y la designación de la ciudad de Buenos Aires como capital federal dio pie a los opositores de Roca a cuestionar la legitimidad del nuevo Estado constituido. Los argumentos empleados para ello retomaron la vieja y persistente disputa acerca de la diferencia entre centralismo y despotismo, y oligarquía y republicanism. Esa asociación entre “poder central” y “autoritarismo” había sido una tensión inherente al proyecto republicano argentino que, lejos de sosegar con los últimos levantamientos armados de inicios del 80, se había vuelto a encender.

Desde la salida de Rosas, quienes teorizaban acerca de la forma de la República argentina — con Domingo Faustino Sarmiento y Juan Bautista Alberdi a la cabeza — habían estado persiguiendo dos objetivos contradictorios. Por un lado, buscaban un gobierno de unidad y, por otro, intentaban mantener un acuerdo equitativamente satisfactorio entre todos aquellos que detentaban posiciones de poder (Botana, 1980: 47). Por eso, la victoria militar de Roca y la adjudicación del monopolio de la violencia al gobierno nacional no clausuraron una etapa, sino,

por el contrario, hicieron realidad problemas que hasta ese momento habían sido hipotéticos en el contexto de la “República posible”.

Los defensores de Buenos Aires, entonces, acusaron al gobierno central de haber traicionado el equilibrio entre él y los poderes provinciales. Su principal argumento consistía en que la supresión de los ejércitos provinciales dejaba a las provincias a merced de las disposiciones del poder central, sujeto, a su vez, al albedrío del presidente. La oposición denunciaba la traición roquista a los ideales del proyecto federal a favor de uno unitario que había pasado por alto “los derechos federales de los Estados”. No obstante eso, el tucumano Roca entró a Buenos Aires con el apoyo del resto de las provincias defendiendo “la misma unidad conquistada en tres grandes batallas: Caseros, Cepeda y Pavón” en desmedro del candidato presidencial bonaerense Carlos Tejedor, “que no ha pasado el arroyo del Medio y siente desprecio por las provincias, a las cuales llama trece ranchos”⁴⁰. Logrado eso, la federalización redujo la influencia de Buenos Aires y la sometió a los rigores del sistema electoral habiendo reducido dramáticamente su número de electores representantes de la provincia⁴¹.

⁴⁰ Palabras del cordobés Ramón J. Cárcamo citadas en Lobato, Mirta Zaida. “Estado, gobierno y política en el régimen conservador”. En Lobato, Mirta Zaida (directora). *Nueva historia argentina. El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*. Tomo V. Buenos Aires: Sudamericana, 2000: 182.

⁴¹ “La federalización de la ciudad-capital partió el número de electores pertenecientes a la provincia de Buenos Aires que de 54 pasaron a 36, mientras el resto quedó en manos de un nuevo distrito: la Capital Federal. El desmembramiento de Buenos Aires acortó la diferencia que existía entre los bloques de electores de 1880” (Botana, 1980: 91).

Las posturas que alimentaron la discusión y el debate originados por esta nueva situación fueron dos. Por un lado, estaba la que defendía la idea de un “federalismo pluralista” que apostaba por mantener la autonomía de las provincias. La otra estaba a favor de “una centralización más acentuada del Estado y del régimen político que lo gobernaba” (Botana y Gallo, 1997: 15). La primera fue derrotada en el campo de batalla, pero defendida por Leandro N. Alem ante la Legislatura de Buenos Aires en noviembre de 1880 y por Carlos Tejedor en su libro *La defensa de Buenos Aires* (1881). La segunda, por su lado, fue impuesta con la victoria de Roca y defendida por Juan Bautista Alberdi⁴² en su libro *La República argentina consolidada en 1880 con la ciudad de Buenos Aires por capital* (1881)⁴³ y por José Hernández en la misma Legislatura donde Alem se pronunció.

El conflicto de la federalización fue una lucha militar y legal. Derrotados en el campo de batalla, los defensores de la provincia trasladaron el enfrentamiento al terreno de la discusión constitucional. En noviembre de 1880, en la Legislatura de Buenos Aires, Alem leyó, durante tres jornadas, su discurso “La profecía del ochenta”. Allí se pronunció en contra de la centralización y a favor de un gobierno federal en el que las provincias mantuvieran su autonomía e, incluso, dispusieran de una fuerza militar que respondiera a su mandato y no al del Gobierno Central. Anunció la muerte del federalismo y la aparición de un poder central

⁴² Siendo diputado nacional en 1880, Alberdi no votó la ley de federalización de Buenos Aires a pesar de que la creía necesaria desde 1859 (cfr. Botana, 1994: 67).

⁴³ Por testimonios de la época, se sabe que Roca fue el presidente que más se acercó a los preceptos alberdianos y quizá esa compatibilidad de pareceres haya sido la motivación detrás de su decisión de destinar fondos del Estado para costear una edición oficial de las obras completas de Alberdi (Botana, 1994: 79).

despótico e irresistible (Luna: 249). Asimismo, respondiendo a quienes apelaban a la fuerza de la historia y de la tradición para justificar este hecho, denunció que la federalización de Buenos Aires no era una consecuencia del devenir histórico sino, por el contrario, la regresión a una época superada en la historia argentina que no se correspondía con un pensamiento racional y liberal (131). En su opinión, este acontecimiento era un atentado contra el progreso porque cedía a una tendencia autoritaria que dejaba al país desprotegido. Asimismo, temía que la historia de resistencia ininterrumpida de las provincias fuera el pretexto que diera pie al Estado nacional para ejercer una política autoritaria a favor de intereses particulares y no nacionales:

[l]a dictadura sería inevitable siempre que un mal gobernante quisiera establecerla, porque no habría otra fuerza suficiente para controlarlo y contenerlo en sus desvíos (129)

Por su lado, el ex gobernador de la provincia de Buenos Aires, Carlos Tejedor, doblemente derrotado en el campo de batalla y en la contienda política como candidato presidencial, condena la federalización de la provincia de Buenos Aires apelando a un estricto acatamiento de la Constitución nacional. Como Alem, para él, la derrota de Buenos Aires también era una traición a los ideales del federalismo, pero lo admite dándole una nueva inflexión. Tejedor, muy consciente del bamboleo entre la anarquía y el centralismo en la historia de su país, sabía que el problema de fondo poco tenía que ver con el equilibrio de la fórmula federal (Botana, 1997: 18). Su convicción, trasladada al terreno de la lidia militar y legal, se tradujo en una posición terca y defensiva y no combativa. El ex gobernador de la provincia creía que la República sufriría igualmente si las provincias fueran absorbidas por el gobierno central o si ellas no reconocieran una autoridad común y superior. Desde esta perspectiva,

Buenos Aires era la víctima de un problema diferente, a saber, una persistente mala aplicación del federalismo.

Pero la defensa de la causa de Buenos Aires estaba entrampada en una paradoja creada por las circunstancias particulares del Río de la Plata. Sus defensores argumentaban a favor de un federalismo pluralista oponiéndose a la idea de un Estado nacional sostenido en la primacía de una sola provincia. Al mismo tiempo, apostaban por la defensa de la única provincia que reclamaba para sí un poder commensurable al del gobierno central (Botana y Gallo, 1997: 17). Dicho de otra manera, defendían encarecidamente una posición tan centralizante como la que objetaban.

La opción del federalismo pluralista, en cambio, descansaba “en un punto de equilibrio entre el Gobierno Nacional y un conjunto de estados o provincias de tamaño, economía y poder equivalente” (Botana, 1980: 108). Ese balance debía frenar las tendencias centralizadoras del Estado nacional. En el Río de la Plata, sin embargo, más que un equilibrio, desde el triunfo de Caseros, hubo, en realidad, una competencia de poderes entre tres fuerzas, a saber, Entre Ríos, Buenos Aires y el Gobierno Nacional. Hasta la década del setenta, la presencia entrerriana balanceó la de Buenos Aires, pero esa situación cambió tras la rebelión jordanista en Entre Ríos. Tal levantamiento, desencadenado por el asesinato de Justo José de Urquiza y sus hijos en 1870, provocó que el Gobierno Nacional neutralizara la provincia mediante el desmantelamiento de su ejército. Como consecuencia, Buenos Aires se quedó sola y se arrogó la potestad de contener las ambiciones del Gobierno Nacional. Sin embargo, gracias a las victorias del ejército nacional en Entre Ríos en 1870, en Buenos Aires en 1874⁴⁴ y la Conquista del Desierto en 1879, el gobierno nacional afianzó su poder.

⁴⁴ Aludo a las revueltas desatadas en Buenos Aires por la sucesión presidencial ese año.

Para José Hernández pensaba que la federalización de Buenos Aires era un paso necesario y decisivo para instaurar, finalmente, una verdadera era de paz. Era, pues, el corolario de ese proceso llevado a cabo por el Gobierno nacional durante los setenta. No veía en ello el riesgo del autoritarismo que denunciaba Alem, sino el paso firme en el camino correcto hacia un verdadero republicanismo. Asimismo, pensaba que este acontecimiento corregía definitivamente el federalismo argentino en tanto había pasado de ser una “confederación de intereses” (Botana y Gallo, 1997: 20) a representar una postura verdaderamente nacional. Asimismo, Alberdi, en *La República argentina consolidada en 1880 con la ciudad de Buenos Aires por capital*, ratifica su propuesta de las *Bases*, es decir, la idea de organizar la nación alrededor de un Estado nacional centralizado. Como Hernández, él creía que la federalización de Buenos Aires había puesto un final definitivo a la competencia de poderes entre Buenos Aires y el Gobierno nacional.

Para quienes defendían la federalización, las luchas civiles derivadas de la competencia entre la provincia de Buenos Aires y el gobierno nacional eran la consecuencia de una tendencia monárquica — rezago colonial — enmascarada y enquistada en la práctica política porteña, en particular, y en la tendencia a anteponer los intereses provinciales a los de la nación, en general. Por eso, de acuerdo con Alberdi, la federalización de Buenos Aires “venía a completar, como en un tríptico, la formación definitiva del país: 1810-1816, 1853, 1880”, es decir, la consolidación de la independencia de la Argentina, la sanción de la Constitución liberal y la federalización de Buenos Aires, respectivamente (Botana y Gallo, 1997: 21).

3.2. *La muerte de Buenos Aires (1882).*

3.2.1. La historia que cuenta.-

Este folletín histórico empieza cuando la Liga de Gobernadores⁴⁵ — compuesta únicamente de doce provincias dado que Corrientes y Buenos Aires no la suscribían — decide sacar partido de las ambiciones autoritarias del presidente Nicolás Avellaneda para darle el golpe final a Buenos Aires. Envidiosas de su riqueza, el plan es someterla para poder repartirse al “*Cordero gordo*”. El primer paso, entonces, es la farsesca Campaña del Desierto. Aquella fue una estratagema para, por un lado, dotar de prestigio inmediato al opaco Roca, candidato a la medida a la sucesión presidencial de Avellaneda, y, por otro, entrenar al ejército nacional antes de la campaña de Buenos Aires y reclutar entre la indiada nuevos soldados.

El siguiente paso fue la desmilitarización y desarmamiento de la provincia. Cuando Avellaneda deslizó el rumor acerca de sus intenciones de prohibir la tenencia de armas en la provincia, su medida fue recibida con sospecha entre los bonaerenses. Era un movimiento extraño dado que el gobierno nacional había secundado y promovido el armamiento de las otras

⁴⁵ A las provincias interiores les convenía acelerar el proceso de nacionalización de Buenos Aires como la única medida para aumentar su “peso” político; por eso, “los ejecutores naturales en ese interés común serían los gobernadores vinculados con Roca a través del ministerio de guerra y cobijados por Avellaneda. Organizados en una así llamada ‘Liga’, cuyo epicentro fue la provincia de Córdoba con el gobernador Antonio del Viso y su ministro de gobierno Miguel Juárez Celman, Simón de Iriondo en Santa Fe, José Francisco Antelo en Entre Ríos, Domingo Martínez Muñecas en Tucumán, Moisés Oliva en Salta, Vicente A. Almonacid en La Rioja, Absalón Rojas en Santiago del Estero y P. Sánchez de Bustamante en Jujuy, entre otros, tejieron una trama electoral que condujo a Roca hacia la presidencia” (Botana, 1994: 34).

provincias. Por eso, adivinando las verdaderas intenciones del presidente, la provincia asumió el deber de frenar las apetencias de poder de los miembros de la Liga encubiertas tras la fachada del gobierno nacional.

Como protesta a la medida contra Buenos Aires, el aforo de las reuniones de práctica en el Club de Tiro de la ciudad se incrementó drásticamente. Sin embargo, esa medida acabó siendo contraproducente porque la provincia reaccionó como esperaba el gobierno. La enorme cantidad de civiles armados fue el pretexto que necesitaba Avellaneda para trasladar a la ciudad un gran contingente militar que frenara un probable alzamiento. El gobierno exacerbó la tensión al filtrar la noticia de un supuesto decreto de desarme un día de reunión ordinaria en el Club de Tiro. Ante tal noticia, los miembros del Club salieron a la calle a protestar llevando consigo su armamento de práctica. Aunque era lo que buscaba Avellaneda, el inesperado y masivo respaldo popular a los miembros del Club arremolinado a las puertas de la Casa Rosada hizo que el presidente pospusiera el enfrentamiento.

Avellaneda decidió ganar tiempo atendiendo la petición de los notables de Buenos Aires — con Rufino Varela y Félix Frías a la cabeza — de una negociación pacífica con la provincia. Avellaneda y el gobernador de Buenos Aires, Carlos Tejedor, acordaron retirar de las calles a los hombres armados y de abstenerse de todo tipo de ostentación militar. Sin embargo, seguro de que Tejedor mantendría su palabra, el presidente faltó a la suya una semana después. Ante la negativa de Tejedor de tomar la ofensiva, quienes no comulgaban con la decisión del Gobernador se aliaron con otros disidentes para enfrentar a la Liga. Avellaneda desarmó al ejército de la provincia sin que su Gobernador hiciera nada por impedirlo. Como resultado, cuando los enfrentamientos se desataron en Buenos Aires, la resistencia no pudo contener al ejército nacional y cayó sucesivamente en el puente Alsina, Barracas y la meseta de Corrales.

Pese a los esfuerzos de militares de la talla de los coroneles José Inocencio Arias, Hilario Lagos y José María Morales, la campaña acabó con la renuncia de Tejedor y de Arias, y la supresión de la Legislatura de Buenos Aires.

3.2.2. *Déjà vu*: autoritarismo del ochenta.-

La muerte de Buenos Aires celebra, por un lado, el heroísmo del pueblo bonaerense, su protagonista colectivo, que se batió una vez más intentando preservar su libertad. Por otro, acusa al régimen despótico roquista de ser otro paso atrás en el avance republicano de la Argentina.

Para demostrarlo, traza una línea que conecta al rosismo con el régimen actual:

[Buenos Aires] [h]abía visto sus derechos de pueblo libre arrebatados y sus libertades escarnecidas, teniendo que soportar un sucesor dejado por el señor Sarmiento, que le nombraba un mandon de comedia, suplantando sus derechos de elegirse su propio gobierno (4).

[...]

[Roca] poco versado en literatura, y sin conocimiento de la historia, no sabía que este era el famoso plan de Rosas, que le dió tan brillantes resultados y que Avellaneda no hacia mas que copiar (5).

La toma de Buenos Aires había sido el resultado de una conspiración entre el gobierno central y los caudillos provinciales madurada por más de diez años. En la historia bonaerense, es otro episodio más de asedio, un *déjà vu* del conciliábulo entre Rosas y la Liga de Gobernadores. Roca no instaura un gobierno con una aspiración republicana legítima, sino uno animado por el

deseo de rapiña y decidido a tomar el control del “cordero gordo” de la Argentina⁴⁶. Los enemigos son Sarmiento, Avellaneda y Roca y la estrategia de sometimiento de la nación sustentada en la elección de personajes claves para ser los gobernadores de las provincias es un recurso cuya puesta en marcha proviene del viejo clientelismo rosista. Gutiérrez denuncia una intromisión violenta y foránea que pretende aniquilar a la provincia asimilándola como quien la digiere. Expone a un puñado de ambiciosos asentándose en el poder. Visto en perspectiva histórica, Gutiérrez parece anticipar un asunto que se radicalizará durante las dos décadas siguientes y que será un tema de reflexión y contricción en la conmemoración del Centenario, a saber, el gobierno oligárquico⁴⁷ (Botana, 1994: 73). Gutiérrez, sin embargo, denuncia enfáticamente la invasión. Aun así, vuelve a escamotear la causa de Buenos Aires justificando el rechazo mediante la acusación de que el roquismo corrompe, en realidad, un principio de

⁴⁶ “La liga de Gobernadores había calificado á Buenos Aires de *Cordero gordo*, cordero gordo que podían devorar entre todos el día del triunfo” (*La muerte de Buenos Aires*: 12).

“Los hambrientos contra la opípara perspectiva de comerse el cordero gordo, afilaban sus dientes sin dejar de choricear las uñas.

Los guardias santafecinos, los *Lanceros de la muerte* cordobesa, y los greñudos del interior del monte, afilaban ya las chuzas con que habían de entrar á la gran ciudad” (31).

⁴⁷ “Tres puntos de vista se entrecruzan cuando se emprende una análisis del fenómeno oligárquico en la Argentina: la oligarquía es una clase social determinada por su capacidad de control económico; la oligarquía es un grupo político, en su origen representativo, que se corrompe por motivos diversos; la oligarquía es una clase gobernante, con espíritu de cuerpo y con conciencia de pertenecer a un estrato político superior, integrada por un tipo específico de hombre político: el notable.” (Botana, 1994: 73).

gobierno. De ahí que la legitimidad del poder, es decir, la naturaleza del poder que detenta el presidente de la República, sea una preocupación central en sus ciclos históricos.

El general Roca es el último eslabón de una cadena de autócratas que va, retrospectivamente, de Avellaneda a Sarmiento y se remonta, últimamente, hasta Rosas⁴⁸. Roca había sido Ministro de Guerra de Avellaneda, quien, a su vez, había sido Ministro de Instrucción Pública del gobierno de Sarmiento. Gutiérrez encuentra un denominador común entre ellos, a saber, los tres detentan un poder ilegítimo porque no se encuentra sustentado por el pueblo y que ejercen, además, en abierto antagonismo con él: al inicio del folletín, Roca, todavía inseguro de sí mismo y de la oferta de Avellaneda, se anima pensando lo siguiente: “[Avellaneda] no subió al poder contra la voluntad de todo el país que protestó con las armas en la mano?” (5).

El asunto de la sucesión presidencial es una cuestión importante porque es el marco jurídico dentro del cual se condena el régimen actual. En la Argentina de ese entonces, la transmisión del poder dependía de la elección y de la fuerza. Aquel doble proceso había sido racionalizado de la siguiente manera: “la elección se trastocó en designación del gobernante por su antecesor y la fuerza se concentró en los titulares de los papeles dominantes, revestidos con la autoridad de *grandes electores*” (Botana, 1994: 71, énfasis en el libro). La agencia política estaba restringida por la riqueza, la educación y el prestigio, asunto, dicho sea de paso, que había sido previsto en el diseño republicano de los teóricos argentinos. Sin embargo, una cosa era la

⁴⁸ “Cuál fue la conducta del gobierno que dejó implantado el señor Sarmiento? El despilfarro de los dineros del pueblo y la mas inícua supresion de sus libertades. Toda la prensa se lo dijo, todo el pueblo se lo repitió á sus oídos. En pleno Congreso se le azotó el rostro con los calificativos mas sangrientos” (4).

fórmula prescriptiva y otra, la realidad. Especialmente, cuando la primera aspiraba a gobernar un territorio que debía ser poblado *a posteriori*⁴⁹. Ese primer cálculo tampoco anticipó la manera cómo el desarrollo económico del país afectaría este sistema. No se consideró, por ejemplo, que la prosperidad económica produciría nuevos ricos. Esa nueva riqueza expandió automáticamente el universo de los electores, lo que, como explica Botana, consolidó en el poder a un nuevo grupo que, por su fortuna, se volvió naturalmente apto para ser cabeza de gobierno. El poder económico, por tanto, se convirtió en poder político. No obstante, a diferencia de las figuras de antaño como Domingo Faustino Sarmiento, José Manuel Estrada o Vicente Fidel López, quienes resentían esta situación en función de su propio desplazamiento, Gutiérrez afronta el problema

⁴⁹ El proyecto de construcción de una nación emprendido por la Generación del 37 tuvo como punto de partida una concepción del país como *tábula rasa*. Para ellos, la Argentina era un inmenso territorio vacío que era necesario poblar. En *Las Bases*, Alberdi sentenciaba que “gobernar es poblar” mientras que, en *Facundo*, Sarmiento identificaba la raíz del problema argentino en la extensión de su territorio: “[...] el desierto la rodea por todas partes y se le insinúa en las entrañas; la soledad, el despoblado sin una habitación humana, son, por lo general, los límites incuestionables entre unas y otras provincias” (31). Por eso, en el discurso de la Joven Generación, el interior de la Argentina era referido como “desierto”, “espacio vacío” y entendido como “ausencia” que debía ser llenado con gente importada de las ciudades más civilizadas de Europa y Estados Unidos. La Constitución de 1853, hecha a la medida de *Las Bases*, “fue la caja de resonancia de esta preocupación, y cayó por ellos en las redes de una extraña paradoja: pensada para dotar de un cuadro institucional al país y garantizar, junto a ello, los derechos de sus habitantes y ciudadanos, fue en realidad concebida en función de otros ciudadanos” (Svampa: 47).

desde el impacto en el hombre corriente, público natural de sus folletines⁵⁰. Esto último, justamente, es la base de su mirada problematiza, es decir, de la tensión entre la defensa y la crítica involuntaria de la provincia.

Entonces, para Gutiérrez, el gobierno republicano de la Argentina de 1880 seguía siendo una fórmula imperfecta más cercana al autoritarismo ilustrado de la “República posible” que a la “República verdadera”. Sin embargo, como se verá a la luz del ciclo de Peñaloza, para el autor de *La muerte de Buenos Aires*, el problema no consiste en que no se haya alcanzado el estadio final, sino que la “República posible” había acabado barbarizándose. De ahí que, en su versión,

⁵⁰ Durante el roquismo, hubo una presencia participativa de las masas, lo que dotó de un aura popular al nuevo régimen. Eso reavivó la discusión acerca de quiénes debían ser las verdaderas cabezas del Estado. Asimismo, el cambio en la conformación y contenido de los discursos de la voz pública desplazó la reflexión política — cuyos autores seguían siendo los intelectuales asociados al aristocratismo ilustrado anterior al 80 — a los márgenes de la vida pública. Justamente, esto será lo que algunos intelectuales de la vieja guardia tan disímiles como José Manuel Estrada, Vicente Fidel López y Domingo Faustino Sarmiento le echen en cara al roquismo. Tanto en *Problemas argentinos*, en el prólogo a *Historia de la República Argentina* como en los ensayos reunidos en *Condición del extranjero en América*, respectivamente, los tres coincidían en “[...] denunciar en la excesiva autonomía ganada por el Estado frente a la entera sociedad el problema y el defecto central del orden roquista” (Halperín Donghi, 1980: 21). Estos intelectuales criticaban que las cabezas del Estado no fueran quienes se encontraban “en la cumbre de la sociedad nacional” (21), es decir, ellos mismos. Estrada, por ejemplo, sostenía que en la Argentina del 80 “nadie permanece en el poder con tanta firmeza como los representantes del elemento democrático más enfermizo y bárbaro” (citado por Halperín Donghi, 1980: 21).

la federalización no haya consolidado la República, sino, por el contrario, haya entronizado un sistema pervertido. Gutiérrez retrocede en el tiempo y la asociación con Rosas nos remonta hasta otro momento fundacional, a saber, en el que los padres fundadores de la Generación del 37 reformularon el proyecto republicano. Gutiérrez vuelve a formular el conflicto en torno a la federalización en los términos del liberalismo-unitarismo, es decir, como la disputa entre los caudillos del interior contra aquellos que defienden el principio republicano y, como ellos, convierte a Buenos Aires en una cifra de la nación. Así, el conflicto del ochenta aparece como el más reciente de la extensa serie de enfrentamientos civiles asociados con el establecimiento de la República argentina desde 1810⁵¹. Por tanto, la campaña contra el gobierno nacional no solo es la campaña solitaria del insurgente Tejedor, sino la de los hombres ilustrados que defienden la República de los empeños bárbaros de quienes insisten en destruirla:

La causa por la que se había levantado Buenos Aires como un solo hombre, no era la causa mas o menos pequeña de una personalidad.

Era algo mas grande y mas santo, que latía en todos los corazones.

Era la causa de las libertades públicas que, muertas en Buenos Aires, morían en toda la República (53).

De esa manera, esa causa de despersonaliza y se vuelve, por el contrario, colectiva: “Roca y Tejedor habían desaparecido de la mente de todos. Solo quedaba el pueblo, el pueblo soberano y amenazador, frente al palacio de Avellaneda y su ejército” (16). Pero tampoco es la causa de

⁵¹ “Principiamos hoy la narración de la epopeya de 1880, en que Buenos Aires mostró a la América y al mundo que, a pesar de los 70 años transcurridos, la sangre de sus hijos en el 80, en nada desmentía la sangre de sus abuelos en 1810!” (3).

Buenos Aires únicamente, sino que aquella provincia sigue teniendo la posta en la campaña por la libertad. Por eso,

Una vez desarmada Buenos Aires, quién desarmaba el resto de la República?

¿El gobierno nacional que las había armado?

¿El general Roca que las organizaba en aquellos momentos? (12).

3.2.3. Estado desintegrador.-

Hay varios motivos importantes en *La muerte de Buenos Aires* que serán constantes en el corpus de los folletines históricos. Uno es la traición, dramatizada en como fratricidio, una de sus formas más violentamente radicales⁵². Otro es el espectáculo de la ejecución histriónica del poder. Para Gutiérrez y su facción, la federalización fue un acto de traición contra la República, un atentado contra la libertad del pueblo soberano que instauró, en su lugar, una República de opereta. El aniquilamiento de las libertades elimina al pueblo y extermina la República porque ella no existe sin pueblo. En esta hora difícil, Buenos Aires es empujada a defenderse y ser un ejemplo para el resto de las provincias⁵³. Gutiérrez, pues, le devuelve a la provincia la función rectora que le había sido delegada por los padres fundadores del 37.

⁵² En el discurso maniqueo rosista, los unitarios eran los verdaderos traidores de la nación disfrazados de patriotas. Por el contrario, la república rosista estaba ordenada por la ley y la razón, liderada por generales valientes y unida como una familia (Salvatore, 1996: 46).

⁵³ “Los defensores de Buenos Aires se sentían más entusiastas que nunca, deseando que llegara el momento de mostrar a Avellaneda que el pueblo de Buenos Aires existía, a pesar de su creencia, y que era capaz de poner a raya la ambición desmedida del caudillaje” (100).

Revisando la literatura sobre Rosas, se había visto que la metáfora familiar funciona como una matriz de sentido⁵⁴. En Gutiérrez, ella claramente es el núcleo social cuya desintegración es la manifestación más radical del caos, asunto que el autor desarrollará extensamente en *Los dramas del terror*. En *La muerte de Buenos Aires*, se hace énfasis en la lucha de hermano contra hermano:

Cuando se dió la orden de cargar las armas, aquel oficial se adelantó hacia el Ministro que la daba, y con ademan noble y resuelto le dijo golpeando sobre la vaina de su espada.

— Señor! entre aquel pueblo están nuestros padres, están nuestros hermanos, están nuestros amigos!

Contra ellos, señor, estas armas no solo no se disparan, sinó que no se cargan tampoco! (17).

La lucha armada obliga a pelear a pueblos que son hermanos y padres contra hijos y hermanos contra hermanos. En este caso, el fratricidio, sin ningún efecto sosegante, es la marca de un caos esencial en el sistema cuyo efecto es el desintegramiento social desde su núcleo mismo⁵⁵. En

⁵⁴ Patria y familia son palabras que siempre aparecen juntas en Gutiérrez. Por ejemplo, Ignacio Monges sueña con ellas fuera del país en el campo de batalla de la Guerra de la Triple Alianza: “Monges pensaba en la patria y en la familia, a cuyo lado podría volver, a cuyo lado podría volver relativamente rico el día que Corrientes volviera a ser gobernada por un hombre de su partido” (*Ignacio Monges*: 93).

⁵⁵ El “fratricidio tranquilizador”, metáfora empleada por Benedict Anderson, es uno de los mecanismos de afirmación de las naciones que consiste en el enfrentamiento entre naciones que

Los dramas del terror, la disolución de los linajes será la metáfora que ilustre los alcances del vaciamiento de sentido de las instituciones hasta el centro familiar mismo.

La desarticulación debe ser suturada. Sin embargo, como el Estado está disociado del pueblo, es incapaz de generar un discurso integrador que repare la unidad de la *comunidad imaginada*. Por eso, debe suplirlo de otra manera. La forma de hacerlo es mediante el despliegue histriónico del poder:

La fiesta en honor a Rivadavia fue el prestesto que [Avellaneda] tomó para mostrar al pueblo todo su poder militar. Y efectivamente, los cañones y las ametralladoras se hicieron rodar por nuestras calles.

Aquel espectáculo de armas y batallones de indios armados á remington, aquellos cañones Krupps y Armstrong, ¿querían significar una amenaza terrible lanzada al pueblo? (8).

se reconocerán como hermanas al término de este o entre grupos heterogéneos dentro del universo de una misma comunidad imaginada que, una vez pasado el conflicto, serán reconocidos como parte de ella. Dado que se trata de luchas entre pares, no buscan el aniquilamiento del enemigo, de ahí el efecto tranquilizador del fratricidio. En la segunda parte de esta tesis, la dedicada a los folletines sobre Peñaloza, se verá que hay dos momentos en el enfrentamiento entre la montonera chachista y el ejército nacional, a saber, el que se lleva a cabo entre las fuerzas civilizadoras del Chacho y el ejército nacional rosista barbarizado, y la lucha entre los bandos civilizados de Peñaloza y Arredondo, coronel del ejército nacional mitrista cuya presencia fue clave en su transformación. La conmensurabilidad entre el Chacho y Arredondo convierte la guerra en un evento épico y vuelve al Chacho una figura asimilable dentro del panteón patriótico.

Ese despliegue patriótico recuerda a las fiestas federales — el conjunto de actividades ritualizadas y representacionales llevadas a cabo durante el rosismo — de una manera parecida a como se ven en *Los misterios del Plata* de Juana Manso de Noronha⁵⁶. Para Gutiérrez, estos gobiernos son pura exterioridad, es decir, descansan en los grandes gestos públicos que generan una mera ilusión de cohesión nacional sostenida en una solidaridad momentánea impulsada por la exaltación del patriotismo. Para Gutiérrez, se trata de un patriotismo vacío como el que finalmente altera a Ignacio Monges, personaje principal del folletín del mismo nombre y que, como *La muerte de Buenos Aires*, es también una crítica al roquismo. Monges, liberal por tradición⁵⁷, nacido en los últimos años del rosismo y veterano de los enfrentamientos armados, internos y externos, más relevantes durante los sesentas y setentas, espera condena por haber atentado contra el presidente Roca durante las festividades mayas de 1886 debido a que

Aquel era el Gobierno que había arruinado a mi provincia, imponiéndole un gobierno de bárbaros que había empezado por arrebatar la fortuna a los liberales y había concluído por arrebatar las libertades públicas. Por aquel gobierno andábamos como parias miserables los liberales de Corrientes, viviendo de la limosna de los amigos. Aquél era el Gobierno que no había hecho caso a mi reclamación, cuando lo que en Uruguayana se había cometido conmigo era un ultraje inferido a la patria en la persona de un ciudadano argentino.

⁵⁶ Véase: Salvatore, Ricardo. “Fiestas federales: representaciones de la República en el Buenos Aires rosista”. En *Entre pasados: revista de historia*. 5 (1996, 11): 45-68.

⁵⁷ “Hijo de Cecilia, espíritu fuerte y valeroso y con toda la tradición de Marcos y los suyos, Ignacio Monges abrió los ojos a la razón, aprendiendo a odiar la tiranía federal y los déspotas que habían reducido a la miseria y a la ruina la provincia de Corrientes” (*Ignacio Monges*: 28).

Y mientras yo contemplaba ese espectáculo con hambre en el estómago, ellos paseaban la línea de bayonetas con que oprimieron al pueblo, satisfechos y sonrientes y llenos de honores y felicidad. Un sentimiento de profunda pena envolvió mi espíritu y sentí ganas de llorar, necesidad de llorar (*Ignacio Monges*: 102).

En esta República de opereta, sus protagonistas son personajes de comedia. Avellaneda y Roca son personajes caricaturescos en la pluma de Gutiérrez. El folletinista explota al máximo cierto racismo porteño hacia el presidente tucumano que se nota cuando, por ejemplo, se le contrasta con el siguiente retrato de Avellaneda elaborado por el francés Paul Groussac:

Avellaneda contaba a la sazón treinta y tres años. Su baja estatura y endeblez eran proverbiales entre estos porteños que, por lo regular, blasonan de gentil apostura y gallardía: de ahí los motes populares de “chingolo”, “taquito”, etc., con que sus mismos amigos, sin intención denigrantes, lo designaban. Pero todo lo que él aparentaba de cansancio o falta de vigor en su delgada persona y andar inseguro — casi de puntillas, por lo exagerado de los tacones — lo compensaba la vivaz y expresiva fisonomía, embellecida, a pesar de la cetrina palidez criolla y la profusa barba de corte asirio (más tarde felizmente cercenada), por la noble frente pensadora, que ensanchaba un principio de calvicie [...] sobre todo por el brillo y extraordinaria agudez de la mirada [...] La voz, de timbre un tanto agudo en la conversación, no carecía, al esforzarse, de alcance ni vibración oratoria (140).

En cambio, en el folletín de Gutiérrez, todo lo que Groussac describe con un humor cariñoso, al porteño le sirve para hacer un retrato moral del personaje:

Avellaneda enfiló al balcón, presa del mayor espanto, y allí se dio un encuentro formidable con el ministro Plaza que venía en sentido inverso.

El pobre Avellaneda casi se vino al suelo, pero se acomodó en seguida sobre los tacos enormes y cerró el balcón precipitadamente (18).

Avellaneda debía dirigirse al pueblo bonaerense que empezaba a agolparse a las puertas de la Casa de Gobierno tras la inminencia del enfrentamiento armado con las fuerzas nacionales.

Tenía que pronunciar un discurso que fuera suficiente para apaciguar los ánimos de ese pueblo, pero su vehemencia y determinación, pese a que solo se encontraba plantado frente al edificio, fue suficiente para amedrentar a todos los que, en ese momento, estaban atrincherados ahí. La escena es cómica y el tropiezo del presidente es, a su vez, una representación de una decisión tomada a trompicones.

Aunque la federalización es la consumación de las aspiraciones federales y una doble derrota, militar y política, del liberalismo-unitarismo, Gutiérrez también la considera un error de quien, en el momento de los hechos, no estuvo a la altura de su posición política e histórica, el gobernador bonaerense Carlos Tejedor⁵⁸. Visto diacrónicamente, en el corpus de los folletines históricos, el error de Tejedor repite la equivocación táctica del general unitario Juan Lavalle en las revueltas antirrosistas de 1840 y el abandono del caudillo entrerriano Justo José de Urquiza de sus tropas en el campo de Pavón en 1861. La consecuencia en los dos casos fue la dudosa victoria del enemigo en condiciones que no probaban su fortaleza, sino únicamente la debilidad del oponente. Ambos hechos son narrados en el ciclo del Chacho Peñaloza, donde el caudillo riojano es un héroe unitario gracias a la pluma de Gutiérrez de la misma manera que La Rioja es

⁵⁸ Abandono fuertemente criticado en este folletín y que recuerda a otro, a saber, el de Urquiza en la batalla de Pavón en 1861.

una metáfora de Buenos Aires. La prolongación de la dictadura rosista así como la expansión del control del ejército nacional en el Interior aparecen como resultado de las malas acciones de quienes debían detenerlos.

De ahí que no haya heroicidad en el triunfo. Roca, por el contrario, es un personaje opaco, cuyo retrato está lejos de la imagen de hombre de armas y estadista con la que ha pasado a la historia. En estos folletines, es una figura pusilánime cuyo despiste llega al punto de ignorar el papel que cumple en esta trama: “[p]oco versado en literatura, y sin conocimiento de la historia, no sabia que este era el famoso plan de Rosas, que le dio tan brillantes resultados y que Avellaneda no hacia mas que copiar” (5). Es, por tanto, el presidente fantoche que la Liga de Gobernadores necesitaba para manipular en tanto no era ni una figura ilustrada ni un militar sobresaliente:

El general Roca era un mozo digno, formado en la carrera de las armas sin ningun otro estudio ni preparacion que la necesaria para llegar a ser un buen comandante [...]

El coronel Roca, una vez general, habia llegado al colmo de su ambición en su carrera.

Su foja de servicios, distinguida y limpia, no tenia ninguna de aquellas páginas luminosas que hacen á un militar esperar el primer puesto en el ejército.

En cuanto á la política, nunca se habia mezclado á ella, ni de ella esperaba nada.

Completamente ageno á sus manejos y sin la menor preparación, se habia concretado siempre á su servicio y á cuidar la frontera que le habia sido encomendada (4).

El retrato de los folletines contrasta con su figura histórica: militar de carrera — “[l]a personalidad de Roca define, y se explica, por su condición militar” (Lugones: 69) — y antiguo oficial de Urquiza que “sirvió al ejército nacional participando en todas aquellas acciones que contribuyeron a consolidar el poder político central” (Botana, 1994: 33).

Su vida pública empezó en 1858 cuando se enroló voluntariamente en el ejército antes de los quince años para la campaña que concluyó con Cepeda⁵⁹. De ahí en adelante, fue ascendido a Teniente 1º por su heroico servicio en la Batalla de Pavón, peleó a las órdenes del general Paunero contra Peñalosa, luchó en la guerra contra el Paraguay como Mayor, se enfrentó a Felipe Varela en “Las Salinas de Pastos Grandes”, fue nombrado Coronel por la derrota de Ricardo López Jordán en la batalla de Ñaembé en 1871, ascendió a General luego de sofocar el levantamiento mitrista de 1874 y derrotar a Arredondo en “Santa Rosa”, e, incorporado al ministerio de Avellaneda después de la muerte de Alsina, sometió a caciques indios como Ramón Cabral el Platero y capturó a Pincén y Epumer en la Campaña del Desierto de 1879, con la que incorporó 15 000 leguas de tierra nuevas para el beneficio de la República.

⁵⁹ El 22 de octubre de 1859 se enfrentaron en la cañada de Cepeda las fuerzas de la secesionista Buenos Aires con las de la Confederación Argentina. La Confederación Argentina, con Urquiza a la cabeza, había tratado en vano de reincorporar pacíficamente a esa provincia a su seno luego de lo ocurrido con el Acuerdo de San Nicolás en 1852. El 1 de abril de 1859, el congreso de la Confederación finalmente aprobó una ley según la cual la provincia debía ser sometida por la paz o por la fuerza. Buenos Aires tomó ese decreto como una declaración de guerra e inició una campaña bélica contra la Confederación que acabó con su derrota en el encuentro en Cepeda y la firma del Pacto de San José de Flores o de Unión Nacional.

En contraste, Gutiérrez sostiene que hasta que fue apadrinado por Avellaneda, Roca había sido un personaje oscuro en la historia de la Argentina. No era una personalidad política y no tenía ningún antecedente glorioso en su foja por algún servicio prestado al país. Por eso, cuando fue designado el sucesor de Avellaneda, hizo falta compensar inmediatamente esa carencia:

Los hombres de la federación que se creía muerta fueron llamados á conciliábulo:

— Es necesario contraer méritos con el país, pensaron, méritos que nadie pueda negar aunque sean una farsa.

La conquista del desierto! Esclamaron — he aquí la piedra filosofal — la reputación que mas fácilmente puede adquirirse.

No hay mas que seguir la obra de Adolfo Alsina, pasear un poco por la Pampa, con una fuerte division, tomar todos los indios que se pueda, y volver con el título positivo de conquistador.

Gutiérrez resta méritos a la Campaña del Desierto y la presenta como otra puesta en escena política, una triquiñuela para dotar de atributos militares inmediatos a Roca y volver atractiva una carrera insignificante. Sin duda, esta es una lectura idiosincrásica. Históricamente, con la muerte, más o menos súbita, de Valentín Alsina, la Conquista del Desierto⁶⁰ quedó truncada, así

⁶⁰ Desierto era la palabra que se usaba para designar amplios espacios geográficos al sur, sudoeste y nordeste de la Argentina, siendo la frontera sur — que cubría las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Santiago del Estero, San Luis y Mendoza — la más vulnerable y la de mayor perjuicio para la nación. Su área, en kilómetros cuadrados, era significativamente mayor que las ocupadas por las poblaciones y las tierras trabajadas juntas (Auza: 61). Estaba poblado por numerosas tribus indígenas cuyo número, se sospecha, era mayor que el imaginado si se consideran las cifras de las expediciones militares llevadas a cabo entre 1876 a 1900. Asimismo,

como el asunto de la sucesión presidencial, para la cual, el gobernador de Buenos Aires se creía el candidato natural. Roca, como Ministro de Guerra de Avellaneda (a partir de junio de 1878), tomó la posta en ambas carreras y, durante su campaña militar de 1879, llegó hasta la primera meta de Alsina, Río Negro y Confluencia (de los ríos Limay y Neuquén).

4. El ciclo de novelas históricas sobre Juan Manuel de Rosas.-

En 1879, en plena Campaña del Desierto y asegurada la sucesión presidencial, los diarios de oposición, como *La Patria Argentina* y *La Nación*, habían delineado el perfil político de Roca y los recursos a los que estaba echando mano para asegurar su triunfo: los gobernadores confabulados, el ejército nacional, una parte del presupuesto del Ministerio de Guerra, su influencia como Ministro para manipular eficazmente armas y dinero, y el visto bueno del presidente Avellaneda (Botana, 1994: 39). En ese discurso, esos elementos combinados traían consigo el recuerdo de una época pasada y conjuraban el fantasma de Rosas.

Sabemos que el desafío del proyecto de construcción de la nación argentina fue integrar el territorio y construir una identidad nacional sobre la base de un gobierno ordenado y estable. En palabras de Alberdi, se trataba de “cómo realizar una organización constitucional que abrace y concilie las libertades de cada provincia y las prerrogativas de toda la Nación”. Sin embargo, hacia 1880, como ya he esbozado, esa seguía siendo una tarea pendiente en tanto “la centralización y la descentralización, la federación y la unidad” seguían en debate (Lobato: 190). Más aun, como he explicado, para Gutiérrez, aquella era una tarea en la que no había ocurrido un

era territorio muy frecuentado por las tribus araucanas y se volvió un espacio codiciado por los chilenos

avance significativo, asunto que era más flagrante en momentos en que los caudillos habían vuelto a tomar el país.

El presidente Roca había instaurado un Estado nacional que era, en realidad, un gobierno oligárquico. *Los dramas del terror* reflexionan sobre los alcances de la escisión entre los intereses del Gobierno nacional y los del pueblo. Estas novelas dramatizan esa ruptura y exploran — un poco rudimentariamente — la compleja relación entre la escritura de la Historia y el proyecto político de la empresa nacionalista mediante la recuperación y análisis de una figura central en la historia argentina, a saber, el caudillo. Siendo estos folletines históricos extensas reflexiones sobre el fracasado proyecto republicano argentino y que “caudillo” es una palabra que describe la relación entre un líder popular y su comunidad, la atención hacia ese personaje apunta hacia la relación que es la base de la República misma, a saber, el pueblo y el Estado que lo representa. Sin embargo, en sus folletines históricos, “caudillo” tiene dos usos, uno espurio y otro legítimo, y nombra a dos personajes icónicos diferentes, a Rosas y al Chacho Peñaloza. Refiriéndose a Rosas, el uso de “caudillo” es una apropiación ilegítima que refleja una tergiversación del tipo de relación que nombra. La relación entre Rosas y el pueblo es superficial y utilitaria. Por otro lado, la de Peñaloza y el pueblo es sincera y empática, es decir, el Chacho es un verdadero representante de los intereses de su comunidad.

En las cuatro novelas que componen *Los dramas del terror*, a saber, *Juan Manuel de Rosas*, *La mazorca*, *Una tragedia de doce años* y *El puñal del tirano*, Gutiérrez actualiza la retórica facciosa de los años del combate antirrosista. Recoge los motivos y la retórica de esa literatura de facción, pero lo hace con una nueva inflexión. A diferencia de los enemigos del tirano, para quienes Rosas habitaba el orden de la barbarie en radical oposición a la civilización, Gutiérrez sostiene la continuidad entre la civilización y la barbarie, asunto que será muy claro en

el ciclo del Chacho en el que el conflicto entre las fuerzas civilizadas y las bárbaras se extiende más allá de Pavón. De hecho, Rosas proviene del seno de la civilización, más aun, él es un hijo de Buenos Aires⁶¹. Gutiérrez explora en la historia argentina las raíces de la crisis del 80 utilizando los mecanismos retóricos estandarizados en la retórica antirrosista para reflexionar sobre la forma del Estado constituido.

Mi hipótesis para estos folletines es que, a través de la figura del tirano, la nación y la Historia como escritura colapsan. El terror y la violencia contra los cuerpos es concomitante con la narrativa fracturada de los folletines históricos de Gutiérrez, cuya estructura episódica de folletín dramatiza aun más. Este Rosas es más *bárbaro* porque la sangre y los cuerpos mutilados de las víctimas del rosismo son las manifestaciones más visibles de un daño mayor, a saber, la descomposición del cuerpo nacional que se produce desde la desarticulación, física y mental, de sus individuos. Algo de esto hay en “El matadero” de Echeverría, pero, en Gutiérrez, hay un énfasis diferente puesto en la correlación entre desmembramiento de los cuerpos y la desarticulación de la narrativa histórica. La reflexión se plantea a partir de los efectos la tiranía dramatizada como recuento, es decir, como una acumulación paratáctica. La historia se construye sobre la base de la enumeración de atrocidades cometidas contra las víctimas del

⁶¹ Aunque es en el campo donde Rosas se “barbariza”, pasa su niñez y pubertad en una de las escuelas más prestigiosas de la ciudad. A los trece/ catorce años, la edad del aprendizaje en el *bildungsroman*, Rosas decide cambiar su vida. Abandona la ciudad y se muda a la estancia. Sin embargo, su transformación no es un proceso paulatino ni ocurre inadvertidamente, se trata de un proyecto al que el joven Rosas se entrega con ahínco. Esto es importante porque, en las novelas populares con gauchos y en el ciclo de Peñaloza especialmente, el campo no es representado como un lugar condenado, sino, por el contrario, como el reservorio moral de la nación.

rosismo, una estrategia que se radicaliza hacia el final de la saga cuando esta incorpora la reproducción de páginas enteras del libro de entradas de Santos Lugares, la prisión rosista, en *El puñal del tirano*, la última de las novelas del ciclo.

4.1. La historia que cuentan.-

La saga de Rosas cubre un periodo extenso que va desde los últimos años del siglo XVIII, los años finales del virreinato del Río de la Plata, hasta 1852, año en que la batalla de Caseros puso fin a la tiranía rosista.

El primer folletín, *Juan Manuel de Rosas*, está dedicado a la formación del tirano: desde su infancia hasta . La novela empieza con la historia de la muerte de su abuelo materno don Clemente López de Osornio en una emboscada india a El rincón de López, la estancia familiar y la trayectoria militar de su padre, don León Ortíz de Rosas, como destacado oficial del ejército realista. Rosas entra en escena como un niño con una esmerada educación y una vocación natural por la carrera militar. Hace su primera aparición pública a los catorce años al lado de Santiago de Liniers para defender Buenos Aires de la invasión inglesa en 1807 donde se bate hasta la victoria⁶². Sin embargo, tres años más tarde, vísperas de la revolución de mayo, se retira

⁶² Fueron, en realidad, dos invasiones inglesas llevadas a cabo entre 1806-1807. Las tropas inglesas desembarcaron en Buenos Aires primero en junio de 1806. Gran Bretaña buscaba asentar una base militar que garantizara la expansión de su comercio en una zona de la colonia española que se creía desprotegida. La expedición se llevó a cabo con 1,500 hombres bajo la dirección de Home Pophan y William Carr Baresford. Ellos intentaron una conquista pacífica aprovechando la coyuntura de las disputas entre criollos y españoles; sin embargo, fueron rechazados por los criollos que se negaron a someterse a otro imperio. El resultado fue una crisis

al campo para hacerse cargo de la estancia familiar. De ahí en adelante, su vida transcurrirá paralelamente a la de la patria. Aunque su administración multiplica significativamente el patrimonio familiar, Rosas rompe con su familia debido a sus relaciones y negocios con los indios. Ya casado con Encarnación Ezcurra, empieza su propia fortuna de cero y, en tiempo récord, Los Cerrillos se vuelve una estancia más rica que El Rincón de López. Como estanciero, amasa también un enorme capital simbólico entre su peonada debido a sus frecuentes exhibiciones de sus destrezas gauchas. Su peonada se hace conocida como “Los Colorados” debido a su disciplina militar y el “uniforme” colorado que lucían y, en poco tiempo, se convierte en una fuerza necesaria en la resolución de conflictos armados. Durante los conflictos civiles de los veinte, Rosas decide no tomar partido amparándose en su dedicación a la estancia y en su desinterés por cualquier situación que lo vaya a catapultar a la vida pública. Tampoco participa en la guerra contra el Brasil. A pesar de su neutralidad, no es del todo ajeno a los apuros de su provincia madre y colabora con ella estratégicamente. Sin embargo, Rosas tiene aspiraciones

al interior del gobierno del virreinato debido a que, durante la crisis, el virrey Sobremonte había huido al interior abandonando y perdiendo los depósitos militares y el tesoro real. Por eso, la reconquista fue organizada bajo el mando militar de Santiago Liniers, oficial francés al servicio de España, quien, con ayuda del gobernador de Montevideo Pascual Ruiz Huidobro, Juan Martín de Pueyrredón y Martín de Alzaga, expulsó a los ingleses cuarenta y seis días después de su desembarco. Sin embargo, los ingleses regresaron en febrero de 1807 y desembarcaron en el puerto de La Ensenada 8,400 hombres. Capitularon en junio de ese año luego de haber perdido mil hombres ante las fuerzas criollas. En medio de esa segunda campaña, el Virrey fue depuesto por haber abandonado por segunda vez a la ciudad y el gobierno fue dividido entre la Junta Militar y la Audiencia.

políticas y mantiene una vida pública de delicado equilibrio entre sus transacciones políticas y comerciales con los enemigos de la provincia y su apoyo a ella. Habiéndose convertido en el apoyo militar y económico de su provincia, emprende una campaña más agresiva con el fin de conquistar el gobierno de su provincia y de la nación. Para eso, Rosas pacta con los caudillos del Interior y se enfrenta a las fuerzas bonaerenses de Juan Lavalle, uno de los más reputados héroes de la guerra contra el Brasil. Es una lucha desigual porque el ejército de Lavalle no es rival para el que dirige Rosas. Lavalle, movido por el bienestar de su provincia, pacta con Rosas y propone lanzar una plancha de gobierno de la provincia a gusto del futuro tirano. El partido unitario, que había endorsado la campaña de Lavalle, trata de evitarlo, pero los federales son mayoría y logran abrir el camino político de Rosas.

Una vez nombrado Gobernador de Buenos Aires, su primer paso fue someter al general Paz, bastión de los unitarios, como medida necesaria para debilitar al partido. Estas nuevas movidas obligaron a Lavalle a convocar las tropas de Entre Ríos y Corrientes para frenarlo. De ahí en adelante, la guerra entre los partidos recrudecería. Como consecuencia, los excesos del sometimiento de los disidentes fortalecieron la oposición en la Legislatura y los poderes extraordinarios con los que había sido embestido en su elección fueron suprimidos. Pese a eso, Rosas terminó su mandato con éxito y se dio el gusto de declinar dos veces la petición de su reelección. Balcarce fue elegido su sucesor y, mientras tanto, Rosas salió siguió expandiendo la frontera en una segunda Campaña del Desierto. En otra de sus jugadas políticas, Rosas provocó el derrocamiento de Balcarce, pero, de nuevo, declinó el puesto de gobernador de la provincia. En su lugar, se nombró gobernador itinerante a don Manuel Vicente Maza. Al mismo tiempo, los federales, insuflados por el prestigio de Rosas, hicieron lo imposible para devolverle el gobierno por segunda vez y Rosas regresó embestido con las Facultades Extraordinarias.

Los tres folletines siguientes, *La mazorca*, *Una tragedia de doce años* y *El puñal del tirano*, cubren el periodo que va de 1832 a 1852. El primero de ellos está dedicado a La Sociedad Popular Restauradora, mejor conocida como La Mazorca, y a sus infames y más temidos miembros: Julián González Salomón, el sereno Cirilo José Moreira — padre del gaucho Juan Moreira —, Carpincho, Cuitiño, Manuel Troncoso, entre otros. También se dedican algunas páginas al servicio de espionaje doméstico organizado por María Josefa Ezcurra, la cuñada de Rosas. El folletín se concentra, principalmente, en los años comprendidos entre 1837 hasta entrados los años cuarenta, es decir, los años en los que el rosismo se hizo más sanguinario persiguiendo a los unitarios y a los federales detractores, conocidos como “lomos negros”. Se muestra la ciudad de Buenos Aires invadida por hordas de gente de malvivir: la gente de bien, encerrada en sus casas, se esconde de los mazorqueros que patrullan las calles y allanan las propiedades de los vecinos respetables; en los mercados se exhibe las cabezas de los unitarios adornadas con perejil; se habla de bandidos cabalgando con sus trofeos amarrados de los pelos a las crines y las colas de sus caballos.

Este folletín da cuenta de dos de los ajusticiamientos más sonados durante el rosismo, a saber, el de los hermanos Reynafé, acusados falsamente de haber conspirado y asesinado a Quiroga, y el de los Maza, acusados de traición al régimen. Los Reynafés, miembros de una distinguida familia cordobesa, fueron difamados por Rosas para eliminar a los únicos testigos que podían asociarlo al asesinato de Facundo Quiroga. Rosas había mandado matar a Quiroga como prevención contra el único caudillo capaz de rivalizar con él en popularidad. El caso de los Maza es, como se verá, particularmente simbólico. Don Manuel Vicente Maza, colaborador cercano de Rosas y presidente de la Sala de Representantes, fue el fiscal en el juicio contra los Reynafé. Maza era, pues, otro cabo suelto en el asunto Quiroga. El pretexto del tirano fue la

Revolución del Sur liderada por el hijo de Maza, Ramón. Los hacendados del Sur, lugar que había sido al inicio la fuente del prestigio y de la fuerza de Rosas, llevaban mucho tiempo inconformes con el vuelco que habían dado las cosas; por eso, unieron fuerzas y apelaron a Lavalle, el viejo general unitario, para intentar derrocar a Rosas. Sin embargo, fueron traicionados por uno de sus oficiales, Martínez Fontes. Ramón fue hecho prisionero, juzgado, ejecutado y sus restos fueron paseados por la ciudad como escarnio. Aprovechando el contexto de sofocamiento de la revolución y el escándalo provocado por la participación de Ramón Maza, su padre fue asesinado por La Mazorca en su despacho de la Sala de Representantes.

Una tragedia de doce años y *El puñal del tirano* son un compendio de atrocidades del rosismo que no aportan nada nuevo respecto de los dos folletines anteriores⁶³. El primero repite el juicio y la ejecución de los Reynafé y de los Maza; vuelve a hablar de la red de espionaje doméstico organizada por doña Josefa Ezcurra; se dan algunos detalles adicionales sobre los asesinatos de las familias unitarias Lastra y Manterola; y se expande un poco más la historia del sereno Moreira, uno de los matones favoritos del tirano. Moreira le había fabricado una cortina de humo en un momento en el que era necesaria: aprovechando que le hacía falta deshacerse de un rival, una noche, el sereno Moreira lo retuvo con engaños en el patio de la casa de Rosas en Palermo y, al día siguiente, lo acusó de haber intentado asesinar al tirano. Las cosas fueron favorables a Moreira, quien fue ascendido, y el conspirador, ejecutado como traidor. Sin

⁶³ El primer libro de la saga de Rosas fue publicado entre 1881 y 1882, en su momento de mayor beligerancia contra el roquismo, mientras que los tres finales fueron publicados seis años después en 1888, el mismo año en que Gutiérrez murió de una tuberculosis adquirida durante su servicio militar. La distancia temporal y las circunstancias de su escritura podrían explicar esa irregularidad en la serie y las repeticiones.

embargo, un tiempo después, Rosas se deshizo de Moreira para eliminar a la única persona que conocía la verdad sobre el atentado. El folletín acaba, sin embargo, con una historia no conocida, la de José María Salvadores, único sobreviviente de una emboscada que acabó con su para asesinar a Rosas.

El puñal del tirano empieza en agosto de 1840 con la noticia de la supresión de la revuelta de Lavalle en Entre Ríos y la revolución en el Sur. Rosas vence a Lavalle con una triquiñuela y no en el campo de batalla: le hace creer, a través de una delación falsa, que tiene más tropas. Ante la noticia de la cantidad exuberante de tropas rosistas, Lavalle decide retirarse y terminar la campaña para evitar el aniquilamiento de sus hombres. De ahí en adelante, el folletín reinicia su narración de casos que, poco a poco, quedan reducidos a la reproducción de páginas completas de los cuadernos de Santos Lugares, la prisión rosista, y otros libros de actas en los que se consignan a otros criminales y se citan las órdenes firmadas de puño y letra por el propio Rosas. Se entra en el detalle de las torturas aplicadas a los reos en Santos Lugares y de varias otras anécdotas de prisioneros que retratan el talante del régimen.

4.2. Juan Manuel de Rosas: el *bildungsroman* de la tiranía.-

La gran diferencia el Rosas de Gutiérrez y el arquetipo sarmientino es que, aunque Rosas sigue siendo una figura excéntrica y extraordinaria, se encuentra dentro del orden de lo comprensible. Para demostrarlo, recupera al personaje histórico.

Comienza por cuestionar su filiación simbólica — de acuerdo con Sarmiento, Rosas era parte de una genealogía de bandidos que iba desde Juan Gervasio Artigas hasta el Chacho Peñaloza — mediante la recuperación del linaje familiar paterno y materno de Rosas. El ciclo, significativamente, empieza con las historias de la muerte de don Clemente López de Osornio, el

abuelo materno de Rosas, y el cautiverio de don León Ortiz de Rosas, su padre. Estas serán un punto de referencia para juzgar ciertas acciones tempranas y claves de Rosas. De hecho, estas historias familiares cifran lo que será después su vida pública.

López de Osornio murió, junto a su hijo Andrés, defendiendo su estancia, el Rincón de López, de los indios. Don Clemente, un ex general de campaña, se había retirado al campo con la intención de “[...] poblar dilatados establecimientos y verlos cubiertos de ganado, que como una bendición del cielo, esmalten los inmensos espacios que matiza el suavísimo verde de los campos” (6-7). Cambió su brillante carrera militar para, en cambio, dedicarse devotamente a la patria incentivando el desarrollo de la ganadería y ganando territorio a la pampa. En 1783, vísperas del nacimiento de su ilustre nieto, los indios llevaron a cabo una de las invasiones más sangrientas de las que se haya tenido noticia. El episodio, que es una de las escenas con más *pathos* de toda la saga, es tanto una estampa de amor filial y paternal como una escena de dedicado y heroico patriotismo. Acorralados por los indios, padre e hijo corren a guarecerse en un foso:

En seguida lo puso a su espalda, amarrándolo á su cuerpo con el brazo izquierdo, miéntras en su mano derecha blandia su espada de una manera terrible.

Y asi cubriéndolo con su cuerpo, fué á pasar el foso.

Pero entonces el hijo querido se desprendió de su espalda y avanzó junto con él tomándolo y besando su mano izquierda como última despedida.

—Al lado los dos padre mio, le dijo sonriéndole como un ángel bueno.

Ya que hemos de morir muramos juntos.

Cuál de los dos podría resistir la vista de la muerte del otro!

[...]

Los indios, comprendiendo lo que pasaba por aquel hombre estrecharon el círculo y para mortificarlo más, uno de ellos clavó su chuzo en el pecho del noble joven, que siempre sonriente esperaba su fin deseando únicamente caer antes que su padre.

Al ver este correr la sangre del hijo, que recibió el lanzazo sin hacer un gesto, lanzó un grito terrible, se precipitó sobre el indio que lo había herido y antes de que este pudiera evitarlo, le pasó su espada por el cuerpo.

Los indios se lanzaron entonces sobre sus víctimas y empezó aquella agonía formidable.

[...]

Heridos por el mismo pensamiento, se buscaron con la mirada ya opaca por el soplo de la muerte, y se arrastraron hasta encontrarse.

Entonces se abrazaron y uniendo sus labios por el último beso, quedaron así esperando la muerte (11-12).

Por otro lado, la historia de don León Ortiz de Rosas es diferente. Es menos dramática, pero no menos heroica y trágica. Don León era hijo del noble español y mariscal de campo de los ejércitos españoles don Domingo Ortiz de Rosas y nieto de un noble que había venido a Buenos Aires como Gobernador. Se inició en la vida militar desde muy joven: a los quince años, ya era teniente de la quinta compañía del segundo batallón del regimiento de infantería de plaza y se había ofrecido como voluntario en una campaña liderada por el marqués de Lora contra los indios que habían atacado a los adelantados de Puerto Deseado. No obstante su bravura y pericia, fue tomado prisionero al final de una lucha desigual y cruenta:

[d]on León se lamentó entonces el no haberse hecho volar los sesos con el último tiro.

Comprendió que los indios iban á llevarlo cautivo, y el cautiverio entre los salvajes era mil veces peor que la muerte.

Asegurado don León y algunos otros oficiales y soldados, los indios se entregaron al despojo de los muertos, y á despenar, degollándolos, á los que aun conservaban un resto de vida (23).

Vivió cautivo en las tolderías diecinueve meses y veintiún días.

Los primeros episodios importantes en la vida de Rosas son un *déjà vu* del abuelo y del padre: era un veterano de guerra a la tierna edad de 14 años, como su padre, y, tras un breve y significativo paso por el ejército, se retiró a la estancia, como su abuelo⁶⁴. Rosas había participado, al lado de Santiago Liniers, en la resistencia bonaerense contra la segunda invasión inglesa en 1807:

Aquel ejército [inglés] compuesto de la flor de los soldados ingleses, armado y municionado de una manera imponente, venia convencido de que nadie ni nada podría resistirlo.

⁶⁴ Allí empieza otra carrera destacada, esta vez como estanciero, tal como lo documenta John Lynch en su bien informada biografía de Rosas, donde “[...] he concentrated on the administration of his parent’s estates, taking no salary, only the opportunity to learn” y que, después de un periodo relativamente corto, abandonó para empezar su propia hacienda, Los Cerrillos, con la que, “[...] he became one of the precursors of a new stage in the development of Buenos Aires, the age of land boom, estancia expansion, and ranching export” (3).

Su misión única era apoderarse de Buenos Aires, presa que habían tenido que abandonar el año anterior.

Y aquellos soldados, héroes de cien jornadas, creían que con solo formar en batalla harían huir a los defensores.

Al saber esto Rosas, buscó con sus ojos azules, brillantes por el entusiasmo en que ardía su espíritu, al general Liniers y a él se dirigió.

—General, le digo, general, de poco puedo servirle, pero tendré a alto honor el morir a sus órdenes bajo la bandera de la patria.

Al oír estas palabras, pronunciadas en aquellos momentos por un joven tan hermoso y atractivo, Liniers se mostró visiblemente conmovido.

—A mi lado entonces joven, respondió, partiremos al peligro y la gloria (39-40).

Aquella escena recuerda la de la muerte de su abuelo materno junto con su tío Andrés: Rosas se acerca a Liniers de la misma manera como Andrés lo había hecho con su padre en el momento crucial de la lucha y a sabiendas de su desventaja respecto de su enemigo. Tras su victoria, Liniers se vuelve un modelo tutorial para Rosas e incentiva y cultiva la formación militar de su pupilo. Sin embargo, en 1810, Rosas decide no tomar parte en las batallas revolucionarias de ese año y se retira a la campaña. Sin embargo, a diferencia de don Clemente, para quien el trabajo en la estancia era una labor patriótica, para Rosas se vuelve un negocio. El campo también es una tribuna desde la que Rosas mira distante el devenir revolucionario durante la siguiente década⁶⁵. Este es el momento en que Rosas se separa de la patria y la primera ruptura significativa de su vida. La otra será la renuncia a su linaje.

⁶⁵ “Ajeno a todo lo que no era el negocio de campo o sus miras personales, Rosas vio sucederse tranquilamente todos aquellos acontecimientos que ensangrentaban al país y otros que debían

Se muda, entonces, a la estancia materna y en ella se ejercita en los manejos administrativos de la finca. A pesar de las diferencias con López de Osornio, Rosas es un digno sucesor. Logra, por ejemplo, ser “[...] el primer hacendado agricultor que hubo en la República Argentina, y tal vez en la América” (57). Sin embargo, buena parte de la prosperidad de El Rincón de López tiene que ver con la capacidad de su joven administrador de mantener a raya a los indios. No pelea contra ellos, sino que sostienen una alianza basada en el intercambio de servicios: él les provee buen ganado a cambio de su promesa de no invadir sus propiedades. Rosas establece una relación de dominación a partir de ese intercambio. Estando en una clara posición de poder en tanto su generosidad excede con creces la capacidad de retribución de los indios, el futuro tirano acumula capital simbólico que, en el momento adecuado, transformará en un bien práctico, a saber, soldados en reserva que, llegado el caso, podrán engrosar sus fuerzas.

Mientras tanto, un día que Rosas se encontraba fuera de la estancia, un grupo de indios viene a buscar el ganado que, sin ningún tipo de restricción ni límite de cabezas, les ha ofrecido Rosas. Dos empleados a cargo de la hacienda en ausencia del patrón e ignorantes de estos acuerdos entre Rosas y los indios se niegan a dárselo. Enterado de lo ocurrido, Rosas los despidió. Sin embargo, estos hombres son los peones más antiguos de El Rincón de López,

hundirlo en la ruina. Las luchas civiles no lograron sacarlo de Los Cerrillos, donde se hallaba desde que obtuvo su separación del servicio.

El movimiento que regeneró el país en la segunda mitad del Gobierno de Rodríguez, bajo la iniciativa del espíritu poderoso de Rivadavia, su ministro, no logró tampoco arrancar su atención de los negocios de campo y de los grandes planes políticos que combinaba ayudado por su amigo el doctor Maza [...]” (*Juan Manuel de Rosas*: 180).

empleados en tiempos de don Clemente. Por eso, sorprendidos por el trato de Rosas, acuden a doña Agustina, la madre de Rosas. Ella, movida por el recuerdo de su padre, los repone inmediatamente en sus puestos sin consultárselo a su hijo. Rosas, insensible ante esa debilidad de espíritu, solo presta atención a su autoridad mellada. Como consecuencia, renuncia a la administración de las haciendas, El Rincón y La Atalaya, la hacienda paterna, y rompe definitivamente con su familia. Ya casado con doña Encarnación Ezcurra, se refugia en casa de sus suegros. Poco tiempo después y de la nada, levanta Los Cerrillos, su célebre hacienda, donde vive con su propia familia, su esposa y sus hijos Juan Manuel y Manuela.

A pesar de eso, tampoco inicia su propia dinastía. Aunque tiene hijos, su descendencia se frustra porque su primogénito es una cabeza “destituida de toda inteligencia” que “[...] torpe y sin ninguna educación, según sus parientes más cercanos, pasó sin dejar un solo rasgo digno de ser consignado en esta historia” (*Juan Manuel de Rosas*: 97). Manuelita, muy conocida entre los allegados al tirano por haber permanecido devotamente cerca de él, tampoco es, en realidad, una sucesora. Por el contrario,

[Manuela] crecía bajo su mirada de hiena, sin inspirarle la menor acción, el menor ademán que pudiera traslucirse en un rasgo de cariño. Cuando doña Encarnación pudo entrever la clase de monstruo que era su esposo, gimió de una manera profunda y reconcentró entonces su espíritu sollozante en el inmenso amor de su hija (51).

En el folletín se explica que solo buscaba la compañía de su familia para retirarse, bajo un pretexto fiable, a observar a la distancia el movimiento político y afianzar sus vínculos con los caudillos del Interior, especialmente con el santafecino Estanislao López (211).

Los letrados que se oponían a Rosas lo acusaban de haber establecido un orden patriarcal y haber viciado el Estado y haberlo convertido en una enorme estancia (cfr. la lectura que Juan María Gutiérrez hace de *El matadero*, de Esteban Echeverría)⁶⁶. Las metáforas para referirse al tirano eran imágenes que lo asociaban con el pasado y lo alejaban de la modernidad que sus opositores representaban. Sin embargo, en la matriz del patriarcado, el primogénito es el heredero y el sucesor. Es un modelo sostenido en la sucesión y la herencia en tanto la piedra angular de la relación patriarcal es la sucesión del legítimo heredero. La relación que garantiza la continuidad del orden es la que existe entre el padre y el primogénito. Por tanto, si se quiebra esa relación, el orden entra en crisis y se corre el peligro de involucionar en caos. La ruptura de la cadena de las generaciones no es un gesto tradicional, sino de la modernidad cuyo principio radical (es decir de raíz) es lo nuevo. En esa voluntad de la soberanía del yo, prima la renuncia a los valores del orden tradicional; de ahí que Rosas no sea un reaccionario, sino una figura enfáticamente moderna⁶⁷.

Igualmente moderna es la fantasía de la autogeneración. Rosas se substraе a sí mismo del orden de las generaciones y se presenta como una hechura de sí mismo. Su “orfandad” es, pues, un signo de plenitud porque lo libera de cualquier deuda con el pasado. Sin embargo, el que

⁶⁶ La formación de un *feudalismo ganadero* es la teoría sobre el rosismo elaborada por la Generación del 37 y convertida en una verdad histórica en *Historia de Belgrano* por el historiador liberal Bartolomé Mitre.

⁶⁷ Ricardo Salvatore, en un artículo sobre las fiestas federales, apuntaba también que la secularización de la religión en los rituales federales tienen un carácter moderno porque “se refieren a conflictos que están orientados, no a una renovación religiosa, sino al sostenimiento del Estado republicano y de las prácticas políticas que lo hacen posible” (49).

afirma la autogeneración tiene, curiosamente, una relación con el país en la que él es el padre y es, por tanto, el fundador de una tradición. Pero no es hijo-padre, sino alguien que es solo padre. Asimismo, tampoco tiene un heredero, que sería una figura equivalente, sino que esa otredad es una figura complementaria, lo que previene el riesgo del parricidio, inminente entre figuras equivalentes. Por eso, en estos folletines, la peonada, primero, y, más adelante, el país son importantes para Rosas en la medida que le permiten cumplir su función.

Por eso, Rosas tampoco estrecha vínculos con su peonada. Por el contrario, pasada la fascinación inicial que su presencia provocaba en ella, “[...] al mismo tiempo que lo querían, los gauchos empezaron a temerlo” (95). La razón del distanciamiento se debió a sus intempestivos estallidos de ira y demostraciones de crueldad cada vez más radicales. La anécdota del desenmascaramiento es al mismo tiempo pedestre y brutal: se trata del episodio de los gallipavos. En Los Cerrillos, Rosas tenía una espléndida cría de gallinas, conocida por la época como gallipavos, que cuidaba con un esmero paternal:

El mismo les daba de comer, las echaba cuando estaban cluecas, y las ayudaba a romper los huevos cuando creya que los pollitos no tenían fuerza suficiente para hacerlo.

[...]

Una vez, uno de sus caballos favoritos, pisó unos cuantos pollitos que se cobijaban bajo el ala de una clueca, causando entre ellos varias muertes.

Pues sin miramiento alguno a los méritos sobresalientes del caballo, que eran muchos, lo mandó degollar, operación que presencié él mismo.

Se cree que esta fue la primer prueba de barbarie que dio Rosas (166).

Sin embargo, un día, ocupado en una de sus múltiples tareas, dejó pasar accidentalmente la hora de comer de sus mascotas. Las gallinas, traviesas, entraron a su oficina buscándolo y causaron un destrozo descomunal a su paso. A su vuelta y tras haber visto el daño, Rosas

[...] tomó el rebenque que acababa de dejar sobre la cama y empezó á sacudirles una tunda en toda regla.

Las gallinas espantadas de aquel tratamiento nuevo, comenzaron á huir al patio, cual con la pierma rota, cual girando como trompo á consecuencia de un lonjazo en la cabeza.

Los peones estaban aterrados con aquello, pues presumian que despues de concluir con las gallinas, empezaria la danza con ellos.

¿Qué no haria con ellos el patron, cuando así despernancaba y deslomaba á sus animales más queridos?

Cuando hubo desahogado un tanto su cólera, de esta manera, llamó á cuatro de sus soldados, ordenándoles que en aquel mismo momento precedieran á torcer el pescuezo á las gallinas, hasta no dejar con vida una sola.

Fue necesario que repitiera la órden para que esto fuera creido (167).

La anécdota es *uncanny* porque introduce el desconcierto y aporta una cuota de absurdo. Ella cifra el carácter del tirano y establece el registro de la narración. Pensando de nuevo en el referente sarmientino, aunque los folletines de Gutiérrez son empresas muy modestas comparadas con el monumental *Facundo*, su Rosas es mucho más complejo y vil que el de Sarmiento. Gutiérrez lo presenta sin metáforas y se concentra en el sujeto histórico en control de la situación y de sí mismo. Si Rosas ya no es un tigre, su barbarie es vileza.

Es importante distanciar a Rosas de los gauchos porque el gauchaje no solo es la reserva moral del país sino que no es antagonista del Estado. Esto tampoco es una sorpresa porque en “El truquiflor”, segundo poema de *Paulino Lucero o los gauchos del Río de la Plata cantando y combatiendo contra los tiranos de la República Argentina y Oriental del Uruguay (1839-1851)* de Ascasubi, se distingue entre *gauchos* y *gauchos liberales* — donde liberal tiene una carga ideológica reconocida (Ansolabehere: 111). Gutiérrez hace algo similar, pero sus gauchos están desprovistos de ideología. En los suyos, la ideología es intuición y sentido común. Para ellos, la libertad, que, para Gutiérrez, es uno de los axiomas del proyecto republicano argentino, coincide con el principio que rige su estilo de vida. De acuerdo con esta argumentación, el rosismo también es un atentado con su forma natural de vida. Por eso, cuando Rosas revela su verdadera cara, los gauchos se rebelan:

[h]abían comprendido lo tremendo de aquella tiranía monstruosa, y al grito de ¡viva la Patria! Se habían agrupado alrededor de sus patrones, jurando morir por la de la libertad. En la cocina de todas aquellas grandes estancias se reunían las peonadas a la noche, y el patrón les leía los diarios que se habían recibido de Montevideo, donde se narraban todas las iniquidades cometidas en Buenos Aires por la Mazorca (*La mazorca*: 225).

Los agentes del rosismo no son gauchos, sino maleantes, asaltantes, parias, asesinos. Son sujetos desarraigados como su señor, más parecidos a los indios.

El motivo que domina a Rosas es la excepcionalidad: todo en él es excepcional⁶⁸. De Sarmiento en adelante, lo fue en tanto problema epistemológico (Dabove, : 56) y de lenguaje:

⁶⁸ Al principio, de niño y de joven, su hermosura, su abolengo, su inteligencia, su juicio moral, sus habilidades militares y luego su destreza para manejar las estancias son inconmensurables a

“[h]ay impresiones que el lenguaje humano no tiene colores con que pintarlas” (*Juan Manuel de Rosas*: 317). Sarmiento, por ejemplo, registra la excepcionalidad como monstruosidad (*Facundo*: 39)⁶⁹, de ahí que Rosas haya sido generador de una narrativa teratológica (Area: 108).

las de cualquier otro personaje. Su sola presencia fascina indistintamente a sus jóvenes compañeros en el colegio de Argerich:

A la superioridad de los antecedentes de familia, que tenía sobre sus compañeros, se unió la superioridad del talento y de los conocimientos que iba adquiriendo día á día, superioridad que hacía pesar sobre ellos cada vez que hallaba una oportunidad para ello, llegando á dominarlos por completo (33).

A sus compañeros en la escuela militar:

Los soldados por su parte le profesaban un cariño intenso atraídos por su bondad y bravura natural, su belleza escepciona[1] y su figura seductora (49).

A los gauchos de sus estancias:

Y los capataces como los peones tenían locura por el hermoso jóven, estremeciéndose de alegría á la idea de que algun día pudiera ir á hacer cabeza en las estancias.

Porque el jóven los trataba con una cordialidad fraternal, tratándolos como á amigos más que como peones, pues los obligaba á sentarse á su lado, hablándoles con un lenguaje familiar y cariñoso, á que no estaban habituados (37).

Pero Rosas da un vuelco moral de 180 grados en 1810.

⁶⁹ “Tirano sin rival hoy en la tierra, ¿por qué sus enemigos quieren disputarle el título de Grande que le prodigan sus cortesanos? Sí; grande y muy grande es para gloria y vergüenza de su patria;

En Gutiérrez, sin embargo, su excepcionalidad adquiere otro matiz. Si, en Sarmiento, surgía del contraste con la civilización, es decir, como irrupción de un elemento extraño en el ámbito de ella; en los folletines de Gutiérrez, se lo representa como una presencia anómala incluso dentro del que, hasta ese momento y de acuerdo con toda la tradición de textos facciosos, había sido su espacio natural, a saber, el gauchaje. Así, si, para Sarmiento, era la encarnación de un problema nacional endémico, para Gutiérrez, era extraño en todos los ámbitos.

Es bien sabido que Rosas no era un gaucho, sino que se volvió uno⁷⁰. Aquel era, en efecto, un dato conocido (Sarmiento: 39; Myers: 281; Halperín Donghi, 1972: 401) que

porque si ha encontrado millares de seres degradados que se unzan a su carro para arrastrarlo por encima de cadáveres, también se hallan a millares de almas generosas que en quince años de lid sangrienta no han desesperado de vencer al monstruo que nos propone el enigma de la organización política de la República. Un día vendrá, al fin, que lo resuelvan; y el Esfinge Argentino, mitad mujer por lo cobarde, mitad tigre por lo sanguinario, morirá a sus plantas, dando a la Tebas del Plata el rango elevado que le toca entre las naciones del Nuevo Mundo” (*Facundo*: 39).

⁷⁰ Este rasgo de Rosas incorpora la dualidad que caracterizó a la elite criolla argentina postrevolucionaria (Halperín Donghi, 1972: 401), aquella que, proveniente de la ciudad, se ruralizó para utilizar las ventajas que la nueva coyuntura ofrecía. Rosas se aprovechó mejor de esa nueva situación y está registrado que, gracias a sus dotes personales, se convirtió “[...] en un hombre culturalmente anfibio, con capacidad de moverse entre mundos tan disímiles como lo eran entonces la ciudad y el campo” (Myers: 287). Esa cualidad que destaca Myers es,

Gutiérrez incorporó bien en su caracterización. Sin embargo, Rosas tampoco es como sus asalariados o sus matones. Lo que hace no deja de ser criminal, pero es perpetrado por alguien que es muy superior a esos secuaces.

Rosas es un observador atento de la realidad nacional⁷¹. Como explica el narrador, “[é]l comprendió que el hombre que llegara á dominar á esas masas inocentes y medio salvajes, sería lo que quisiera ser” (6), es decir, a ese mismo universo de personas dejadas de lado en el proyecto de construcción de la nación de los unitarios-liberales y, significativamente, las mismas a las que están dirigidos estos folletines. De hecho, es su estudio acerca de las fiestas federales, Ricardo Salvatore apuntaba a una relación más compleja entre el gobierno y sus gobernados que aquella que se traducía a partir del modelo del caudillismo (1996: 64). Las llamadas fiestas federales eran actividades organizadas desde el Estado con la finalidad de incorporar activamente a las masas. Eran lecciones educativas que las instruían en el conocimiento de los eventos de la

justamente, uno de los atributos que más explota Gutiérrez y que desarrolla escrupulosamente en la primera novela de la saga, lo que contribuye a la densidad de su personaje.

⁷¹ “El comprendió que la población de la campaña era una población inocente, de hombres bravos y generosos, que tenían que adorar al que por ellos se interesara y supiera inspirarles amor” (*Juan Manuel de Rosas*: 54). Así, “[p]ara valerse del gauchaje como un elemento poderoso, Rosas comprendió que necesitaba militarizarlo á su manera, de modo que no reconocieran más jefe ni más poder que él mismo. Y á esto dedicó toda la atención que pudo robar á sus negocios. [...] Valiéndose de sus conocimientos militares, como oficial de Migueletes, dió á aquella escolta una educación militar que pocas tropas la tenían entonces (*Juan Manuel de Rosas*: 123).

política nacional e internacional y que cumplían un rol en la construcción de la memoria histórica de la federación.

Todo esto es doblemente significativo porque, en primer lugar, Gutiérrez parece coincidir con Sarmiento en que Rosas está asociado con el secreto “de la organización política de la República”. No obstante, de acuerdo con Gutiérrez, Rosas no lo contiene, sino que lo ha descubierto en el estudio y la reflexión sobre la Argentina. Este giro en la representación del dictador lo transforma en la imagen especular de los intelectuales que tanto lo combatieron. Como ellos, Rosas es también un observador — más eficiente — de la realidad. Esto no los hace iguales, pero pone en primer plano sugerentes coincidencias que ratifican anticipadamente una percepción que se hará clara entre historiadores contemporáneos como, por ejemplo, Halperín Donghi o Myers, para quien “[l]a categoría ‘caudillo’ nunca ha calzado del todo bien a la figura de Rosas” (1999: 285).

En *Juan Manuel de Rosas*, sus años formativos se caracterizan como el meticuloso proceso de construcción de una carrera pública orientada a convertirlo en cabeza de la provincia de Buenos Aires, primero, y de la nación, después. La novela privilegia un aspecto ignorado en las caracterizaciones anteriores, a saber, su figura política. Es conocida la colaboración entre Rosas y el gobierno de Bernardino Rivadavia (Myers, 1999: 290) y del republicanismo de inspiración rivadaviana de su segundo gobierno (cfr. Myers, Jorge. *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista.*), lo que delata una continuidad y no una ruptura entre el rosismo y la política unitaria de los años 20. Myers, por ejemplo, explica que Rosas

[...] debió adecuar los elementos carismáticos de su autoridad a la preexistencia de un orden institucional complejo y tan sólido que no sólo pudo sobrevivir al período de crisis de 1826 a 1829, sino que seguiría proveyendo los rudimentos del

armazón institucional de la provincia hasta mucho después de su caída” (1999: 286; ampliamente desarrollado en su libro *Orden y virtud.*).

Es decir, Rosas mantuvo un *modus operandi* político cuyo modelo no fue otro que el rivadaviano. Más aun, *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* (1852) de Alberdi fue pensado a partir de un nuevo escrutinio y revaloración de la figura de Rosas en vísperas de su caída. De hecho, fue escrito como una propuesta para aprovechar la unidad nacional que Rosas había logrado y darle una verdadera forma política al gobierno dejado por él. *Bases* fue escrito para Urquiza, el vencedor de Caseros, como un manual que le serviría para sentar los fundamentos constitucionales con los que se delinearía un gobierno general que trascendiera a la sucesión de gobiernos partidarios. En 1853 se sancionó la Constitución conforme a *Bases* y el *progresismo autoritario* de Alberdi se impuso como modelo de gobierno a cuya imagen se constituyó, finalmente, el Estado argentino en los ochenta.

4.3. La mazorca: política doméstica.-

El último episodio de *Juan Manuel de Rosas* acaba con “un hecho desconocido que no debemos pasar por alto, porque en él está estereotipado el carácter de Rosas y porque es muy poco conocido á la par que curiosísimo” (376), a saber, la formación de un pueblo fronterizo en el Azul antes de que renunciara a su primer periodo. Al final de su primer gobierno, Rosas, el Conquistador del Desierto, se sentía en condiciones de coronar su hazaña militar de expansión del territorio de la provincia de Buenos Aires poblando la frontera. Sin embargo, la dificultad de la tarea consistía en que, excepto el pequeño grupo de militares permanentemente asentado en esa zona, nadie más quería ir a allá. Mucho menos alguna mujer. Eso no detuvo a Rosas, quien les prometió a sus soldados que algunas irían y hasta envió refuerzos para que construyeran

quinientos ranchos y chacras. La manera cómo logró movilizar a esas damas es el hecho curioso que retrata al gobierno rosista. Una noche, a las diez, Rosas mandó recorrer la ciudad a dos levadas con la orden de apresar a toda mujer que anduviera sin compañía de hombre:

— Habrá que hacer alguna excepción? Preguntó Pedriel, sin saber de lo que se trataba.

— Ninguna, absolutamente ninguna, replicó Rosas.

Si mi propia hija anda sola por la calle, la hará usted tomar y conducir á la Policía.

Mañana al toque de la diana formará usted un grupo de todas las mujeres que hayan caído, y las entregará usted al capitán Avelino Garmendia á quien se hará cargo de ellas.

Enseguida hace usted ordenar á Genaro Chaves, en la plaza de la Concepcion, que se ponga inmediatamente en marcha hácia Azul, conduciendo al referido capitán la carga que él le indique (*Juan Manuel de Rosas: 378*).

Una vez que las carretas llegaron a Azul, los soldados se casaron con la mujer que eligieron o les tocó, entre las que había ancianas y jóvenes, mujeres decentes y de mal vivir. La anécdota es importante porque ilustra cómo el poder rosista era un ejercicio de voluntad y prepotencia.

La mazorca cuenta la forma cómo se constituyó el Estado rosista y cómo se desempeñó. De aquí en adelante, Rosas no vuelve a ser el centro de la narración, sino que ella se desarrolla con las historias de las víctimas del rosismo. El folletín, como su nombre lo indica, se concentra en la Mazorca, ex Sociedad Popular Restauradora⁷² y, también, en el servicio de la red de espionaje de sirvientas bajo el mando de doña María Josefa Ezcurra, la cuñada de Rosas, es

⁷² Cuyo cambio de nombre se debía a la práctica habitual de sus miembros de sodomizar los cadáveres de sus víctimas con una mazorca, ocurrencia que se cuenta al inicio de la obra.

decir, en el aparato “policial” del Estado rosista⁷³. De la misma manera que su ejército nacional es una agrupación de maleantes que pelean sin estrategia militar y con astucia criminal. En Gutiérrez, la deformación del Estado y sus instituciones va de la mano con la distorsión de todo lo demás: el Estado rosista no gobierna a un pueblo, sino a la chusma, al populacho, la muchedumbre, como el narrador llama al “pueblo soberano” rosista. En los folletines, el Estado enajenado rosista es otra de las formas que refuerza su condición *de facto* del rosismo y antinatural. Debido a eso, el Estado rosista está representado como una deformación paródica de la República, de ahí que el rosismo sea su carnavalización.

La teatralidad de las acciones estatales delata un Estado oportunista y no una nación políticamente organizada. Su eficiencia dependía, pues, de su capacidad de dominación y contención por el terror. No en vano el Estado rosista se caracteriza por su inmanencia y no por su trascendencia. Dado que su poder residía en su capacidad de someter por el terror, el histrionismo y la exhibición eran necesarios en la manera en que ejecutaba su poder. De ahí que el histrionismo y la espectacularidad sean necesarios en sus ejecuciones de poder:

⁷³ “Rosas estudió pacientemente aquel carácter maldito, y la encargó de su policía secreta, una policía admirablemente organizada y que dió frutos tremendos. Era la policía del espionaje, por medio del servicio de las casas de familia. La servidumbre se entendía directamente con ella, a quien reconocía como único jefe supremo. Ella se entendía directamente con Rosas para transmitirle las declaraciones que le llevaban las sirvientas de la casa. [...] Así el servicio había tomado una preponderancia terrible sobre los patrones. Bastaba el mal trato de una señora, o que ésta se negara simplemente a aumentar el jornal, para que fuera en el acto delatada a la terrible doña María Josefa, que procedía inmediatamente a tomar sus medidas de sangre. Esta terrible mujer causó tanto mal como el mismo Rosas (49).

El espectáculo de los cadáveres suspendidos en horcas durante seis horas, era para él [Rosas] la parte maestra de la sentencia (121).

[...]

[s]e bailaba alrededor de los cadáveres, y se mojaban los dedos en los charcos de sangre, para persignarse por la señal de la santa Federación, y había mazorquero que se mojaba con ella los labios, para librarse de caer en malas tentaciones o para ser buen restaurador.

Las cabezas cortadas a los salvajes unitarios servían para diferentes usos y diversiones. Unos jugaban con ellas a las bochas, otros las metían en un carro y las ofrecían en venta como duraznos del monte.

Y otro, en fin, como Moreira, el célebre Moreira, las ataban de los cabellos a la cola de su azulejo para salir a darse un corte por los barrios del Sud (25).

O más claramente, como se lee en la narración de la ejecución de los hermanos Reynafé. Parado en el patíbulo de cara al pelotón de fusilamiento, Guillermo Reynafé le grita a la muchedumbre:

— ¡Respetable público! — exclamó Guillermo como si tratara de parodiar a esos avisadores de teatros. — Respetable público, sospecho que en esta función les roban la plata. ¡Aquí hay un banquillo vacío que no se llenará! ¡Muera el bandido Rosas!, canalla (146).

Más aun, sus gestos deforman las prácticas sociales en general. De tal manera que la religión es el culto a Rosas y las prácticas civiles, pantomimas judiciales sin expectativas de justicia⁷⁴.

⁷⁴ “Los retratos [de Rosas y de su esposa] fueron negados modestamente al principio, pero como era necesario cumplir con la suprema voluntad del soberano pueblo, se entregaron en el acto.

Las anécdotas que conforman las novelas repiten una espiral de violencia ritualizada. La violencia tiene un doble valor. Por un lado, ella es celebrada en pasajes épicos que narran enfrentamientos justos y comprendida dentro de un contexto determinado, como cuando, en el ciclo de Peñaloza, el Chacho permite que uno de sus soldados, caído en desgracia debido a que había asesinado a otro hombre sin motivos, se mate delante de él:

El jóven no pudo pudo resistir aquellas severas palabras, y sacando de su cintura un largo puñal, miró fijamente al Chacho y le dijo:

— Mi General, yo estoy arrepentido de lo que hice y demasiado me ha castigado usted ya, quiero volver al ejército, permitámelo usted, ó me abro el corazón de una puñalada.

— Usted sabrá lo que hace, respondió Peñaloza: lo que es en mi ejército, he dicho ya que no pueden formar ni los asesinos ni los ladrones.

El jóven levantó lentamente el puñal, y miró con fijeza al Chacho, que no hizo el menor movimiento para turbar su acción, como no lo hicieron tampoco los numerosos testigos de aquella tocante escena.

Después de [a]rrodillarse en presencia de aquellas dos imágenes, con profunda veneración, fueron colocados en un carro triunfal que había sido conducido a propósito, y paseándoles por toda la ciudad a los gritos de mueran los inmundos salvajes unitarios. Aquellos miserables, entre los que iban confundidos los representantes del pueblo y otros personajes de posición, iban entrando en cuanta pulpería hallaban al paso, para calmar con un poco de bebida su devorante sed patriótica” (*La mazorca*: 46).

El jóven entónces bajó el brazo en un movimiento rápido y enérgico y hundió en su pecho aquel largo puñal que fué á atravesarle el corazón.

Y cayó como herido por un rayo á los pies de Peñaloza.

— ¡Es lo que debía haber hecho desde el primer momento! Exclamó el Chacho:

los asesinos cobardes están demás en el mundo (*Los montoneros*: 132).

Mientras que es severamente condenada cuando esta se ejerce sin motivos aceptables, es decir, fuera del duelo o de la guerra. Rosas ejerce la violencia de una manera caprichosa, como en el episodio de los galli-pavos. La violencia es utilitaria. La manutención de un estado permanente de terror es la manera como el rosismo puso fin a la “anarquía” social y política de la década de 1820 mediante la imposición de un sistema que presentaba a la nación como una comunidad orgánica luchando una guerra santa contra sus enemigos (Salvatore, 1996: 65).

4.4. *Una tragedia de doce años y El puñal del tirano: la Historia a pedazos.*

En las novelas que me conciernen, hay una violencia contra los cuerpos concomitante con la idea de una nación fragmentada.

Desde el punto de vista de los efectos de esta violencia en el cuerpo de la nación, la historia nacional es vista como la sucesión de aniquilamientos y sacrificios de individuos más comprometidos con la patria que sus propios verdugos. Leyendo el ciclo del Chacho se verá que esta situación se prolonga más allá de la batalla de Caseros, la que puso fin al rosismo.

Si, para Sarmiento, la Argentina era un espacio fragmentado debido a la coalición de comunidades que pertenecían a espacios temporales diferentes, para Gutiérrez, la fragmentación de la Argentina consistía en que el Estado habitaba en una dimensión divergente respecto de la realidad que gobernaba. Por ello, en sus ficciones sobre Rosas, la violencia es literal, pero

también es una metáfora que dramatiza esa separación. La violencia contra los cuerpos ocupa la mayor parte de estas novelas y su importancia excede su valor testimonial. Dicha violencia se vuelve cada vez más significativa en la narración porque, según ella recrudece y van avanzando los hechos, el desmembramiento de los cuerpos coincide con la desarticulación del cuerpo simbólico del texto: el ciclo comienza como un *bildungsroman* y termina reproduciendo páginas enteras del libro de entradas de Santos Lugares, la prisión rosista:

Condenados a muerte

José Masculino, Ciriaco Basualdo, Ramón Cáceres, José Centurión, José Gomez, Enrique Nemes, Felipe Sgena por varios delitos, Diego Latorre, por salvaje unitario, Doroteo Peralta, id., Raimundo Pedriel, id., Felipe Marquez, id., Cleto Videla, id., 6 indios por tentativa de fuga.

1837.— Feliciano Almurán, por desertión, Andrés Aguino, por desertión, Pedro Acosta, por salvaje unitario, Ignacio Merón, id.

1837.— Miguel Berrios, id., Lorenzo Cole, id., Avelino Cufre, por herida, Prudencio Enrique, id., Bernardo Guillen, fue mandado fusilar estándosele procesado por Juez competente, Martiniano Gaetán, por id., Manuel Gutiérrez, por desertión, José López, por vago.

1837.— Francisco Moreno, por haber acometido con armas á un federal, Pedro Palavecino, por salvaje unitario, José María Rojas, id., Cárlos Rodriguez, id., Juan Sanchez, por fuga de la cárcel, Luis Sosa, por salvaje [...] (83).

Y la lista continúa por seis hojas más. La escritura dramatiza los efectos de la violencia como recuento. En efecto, de libro a libro, la narración pierde paulatinamente su unidad y acaba por

convertirse en las historias sucesivas de casos individualizados. Eso es significativo porque, al igual que con sus víctimas, Rosas destruye el cuerpo de la nación lenta pero irreversiblemente.

Aunque lo que está en juego en este corpus es la Historia, los eventos de la memoria no están enmarcados dentro de una narrativa, sino disociados. Significativamente, abundan los cuerpos descabezados, imagen y metáfora del rosismo, cuya presencia acusa un Estado descabezado y una nación sin norte. Como figura desarraigada, Rosas está definido por la fisura y la negación, motivos constantes en su biografía y en la narración histórica que protagoniza: interrumpe la continuidad entre la historia de sus antepasados y la suya, renuncia a su linaje y, significativamente, tampoco crea uno. Por el contrario, Rosas será sistemáticamente un interruptor de genealogías y destructor de lazos, motivo constante en la obra de Gutiérrez. En sus ciclos de novelas populares con gauchos, por ejemplo, la violencia del Estado arroja al gaucho en la pendiente del crimen, lo que lo obliga a abandonar a su familia y a su tierra.

En *Los dramas del terror*, las historias sobre separaciones familiares abundan. Una de la más dramáticas y significativas es la del socio de Rosas, don Manuel Vicente Maza, presidente de la Sala de Representantes, y su hijo Ramón, uno de los hombres fuertes de la Revolución del Sur, a espaldas de su padre. El joven Maza es hecho prisionero debido a una traición. A pesar de su influencia en el gobierno, don Vicente decide no interceder por él (*Una tragedia de doce años*: 168). Sin embargo, sufre igual la suerte de los enemigos del Estado, que paradójicamente, ayudó a establecer:

El doctor Maza, sin atreverse á afrontar la situación se resignó á su suerte, aceptándola como una expiación á sus muchos delitos.

La sombra de los Reynafé, lo perseguía sin dejarle un momento de reposo.

[...] (*Una tragedia de doce años*: 177).

Tampoco se salva la familia del tirano. Su hermano Gervasio, implicado en la conspiración, es sentenciado por Rosas: “¡muera el traidor Gervasio Cardo!” (187), a quien solo la furia de doña Agustina logra salvar:

A los crímenes de que es Ud, autor diariamente, solo le faltaba añadir un escarnio á la memoria de su padre, y un puñado de lodo sobre mis canas (187).

Significativamente, el ciclo termina con la historia de varios sobrevivientes del rosismo, todas ellas sobre padres que, en diferentes circunstancias, fueron separados de sus hijos. Uno es el caso de la familia Salvadores, cuya cabeza de familia debió vivir durante años oculto en el ático de su propia casa debido a que había participado en un atentado contra Rosas. Durante ese tiempo, solo su esposa conoce su paradero y en aras de la protección de su marido no puede revelarlo ni a sus hijos ni a los vecinos, ni siquiera cuando los mazorqueros la despojan de sus bienes y queda en la miseria ni cuando ella queda embarazada de su marido sin que lo pueda admitir. Cuando Rosas ya no está en el poder, los Salvadores pueden estar juntos, pero los hijos ya no reconocen al padre:

— Este es vuestro padre, hijos míos, decía á los niños, que llenaban el cuarto, dominados por un franco espanto.

Este es vuestro padre, vengan á abrazarlo y á pedirle la bendición, que hartos ha sufrido.

Pero cuando Salvadores tendía los brazos hácia ellos, todos retrocedían, poniéndose en actitud de disparar.

— Será nuestro padre, desde que tú lo acaricias así, decía José María, pero nosotros no lo conocemos.

Déjanos por lo ménos acostumbrarnos á mirarlo (257).

Otro es el caso de la anciana doña Josefa C. de Orona, viuda del coronel don Pedro Orona, jefe del ejército de la independencia por quien no pudo guardar el luto debido por ser una honra a un unitario. Su hijo mayor, Eustaquio, al igual que sus tres hermanos menores, juró vengar a su padre, pero acabó ejecutado en Santos Lugares debido a una traición. Sus hermanos fracasaron también y, aunque corrieron mejor suerte, tuvieron que emigrar al Uruguay. La viuda Orona queda separada de sus hijos y sin conocer la suerte de ellos.

En la siguiente parte se verá que, si Rosas crea caos, Peñaloza genera orden. Si la historia de Rosas está marcada por la ruptura y la incoherencia, la del Chacho está marcada por la continuidad y la memoria. Con el Chacho, Gutiérrez se aleja, pues, de la norma establecida por los padres fundadores del 37 y lo presenta como la contrapartida de Rosas. En los folletines del ciclo dedicado a Peñaloza, el Chacho es, en efecto, lo opuesto del dictador, pero también de Quiroga (caudillo de La Rioja), del fraile Aldao (caudillo de Mendoza), de Manuel Oribe (caudillo de la Banda Oriental) e, inclusive, de Justo José de Urquiza (caudillo de Entre Ríos). Como se verá, Gutiérrez hace una recuperación del caudillo problematizando la genealogía de caudillos que, según Sarmiento, iba desde José Gervasio Artigas hasta Peñaloza. Al hacerlo, Gutiérrez inicia otra. En esa, Rosas sigue siendo el modelo, pero de ella descienden también personajes asociados al afianzamiento del Estado liberal, como Ambrosio Sandes, el monstruoso general del ejército nacional mitrista. Así pues, el Chacho está en la orilla opuesta a lo que Rosas representa y es recuperado como uno de los tantos proscriptos que lucharon a favor de la causa unitaria durante el rosismo y comprometido con los ideales de Mayo.

Segunda parte

Caudillismo y civilización en el ciclo del Chacho Peñaloza

La segunda parte de esta tesis está dedicada a la figura del caudillo riojano Ángel Vicente Peñaloza, también conocido como Chacho. La primera mitad de la segunda parte de esta investigación concierne a tres de las obras más representativas en las que se habla de su vida y su participación en los levantamientos contra Rosas y su persistente campaña contra el Gobierno Nacional mitrista. Me concentraré, en primer lugar, en Olegario Víctor Andrade y José Hernández, autores del poema “Al general Ángel Vicente Peñaloza” y *Vida del Chacho*, respectivamente, por ser los dos pilares de la *intelligentsia* federal-nacionalista⁷⁵. Tanto el poema de Andrade como el texto de Hernández, ambos compuestos inmediatamente después del asesinato del Chacho, pueden ser vistos como el compendio de motivos que modelan las representaciones positivas de Peñaloza y elaboran una épica alternativa en competencia con la versión unitaria-liberal de los levantamientos del Chacho. En segundo lugar, analizaré *El Chacho* de Domingo Faustino Sarmiento, gobernador de la provincia de San Juan, en el

⁷⁵ Junto con Juan Bautista Alberdi y Carlos Guido y Spano. Todos ellos fueron miembros del círculo de Urquiza durante su gobierno nacional desde Paraná, la capital del gobierno Confederación en la provincia de Entre Ríos. “Nacionalismo” es un término elegido por Nicolás Shumway para nombrar una de las corrientes de pensamiento que una de las ficciones orientadoras, a saber, la federal, en oposición a la unitaria-liberal. Su empleo obedece a la nomenclatura utilizada por sus propios autores, como Andrade mismo, quien, en su ensayo “Las dos políticas”, opone a los federalistas-nacionalistas contra los unitarios-liberales (citado por Shumway: 215).

momento de la muerte de Peñaloza, y uno de los responsables políticos de su asesinato. Sarmiento escribe la otra versión, la que acusa a Peñaloza de criminal y encubridor de criminales. El tercer volumen de sus biografías de bandidos⁷⁶ es, primer lugar, una explicación jurídica de la ejecución del Chacho y un corolario de *Facundo*. Asimismo, contextualiza la persecución y ejecución del Peñaloza como el episodio final del enfrentamiento entre civilización y barbarie, los términos opuestos del binomio que cifra su teoría acerca de la desorganización nacional en la Argentina. Este ensayo de Sarmiento es el contrapunto de la versión federal-nacionalista de Andrade y Hernández, y la síntesis de una teoría acerca de la Argentina que Gutiérrez discute con sus folletines históricos.

La otra mitad estará dedicada al ciclo del Chacho Peñaloza escrito por Gutiérrez. Los libros que lo componen son *El Chacho* (1884), *Los montoneros* (1886), *El rastreador* (1886) y *La muerte de un héroe* (1886). En él, Gutiérrez transforma a Peñaloza, el heroico general federal, en un héroe unitario y La Rioja en una imagen especular de Buenos Aires. Sin duda es una apropiación interesante que antecede a otra parecida, a saber, la del poema de Andrade dedicado a Peñaloza publicado como homenaje al héroe unitario por antonomasia, Juan Lavalle, en la primera compilación de las obra completa del poeta entrerriano publicada en Buenos Aires en 1887. Aunque el paralelo no deja de ser atractivo, no parece haber una conexión entre los dos casos y son, por el contrario, el resultado de circunstancias desconectadas. Para Gutiérrez, la apropiación de Peñaloza se encaja en una reflexión extensa y compleja iniciada como crítica a la federalización de su provincia natal y la designación de la ciudad de Buenos Aires como capital federal. Gutiérrez, acérrimo porteñista, elabora, entonces, una argumentación que aboga por la libertad provincial en desmedro de su sometimiento a una oligarquía autoritaria disfrazada de

⁷⁶ Los dos primeros son *Facundo* y *El general fray Félix de Aldao*, los dos escritos en 1845.

gobierno nacional. De ahí que la obra de Gutiérrez, en general, y sus ciclos de Rosas y el Chacho, en particular, ofrezcan una revisión panorámica de la historia republicana argentina y sean un comentario crítico de ella⁷⁷.

Los dos ciclos funcionan como un díptico en el que sus protagonistas cifran los valores de los dos proyectos de construcción de una nación en disputa. Sin embargo, Gutiérrez no toma partido por una de las partes de la literatura de facción, al menos no lo hace por una de ellas tal como había sido planteada en la literatura argentina fundacional durante el combate antirrosista. Por un lado, Rosas representa a una oligarquía cuyo propósito es depredar el país y, por otro, el Chacho encarna una vocación republicana sincera que aboga por un gobierno nacional que no atente contra las libertades provinciales. De ahí que Rosas sea el miembro más prominente de un linaje ideológicamente heterogéneo en el que están incluidos Bartolomé Mitre, Domingo Faustino Sarmiento, Nicolás Avellaneda y Julio Roca. Peñaloza, sin embargo, es la fuente de uno que proviene de Urquiza, pero que ha sido truncado.

⁷⁷ “Gutiérrez, sin embargo, creó (quizá por primera vez) un universo narrativo que abarca la entera historia argentina posterior a la colonia en todas sus dimensiones: de las postrimerías de la colonia los años ochenta; de La Rioja a Corrientes y de Tucumán a la frontera Sur; de los destinos exaltados para la gloria o la infamia de caudillos y presidentes a los humildes destinos de los penados que ya son solo un número; de los delfines del ochenta que hacían de su participación en el ejército un modo de ser un verdadero gentleman argentino [...] a los gauchos cuyo servicio bajo las armas parece poner a prueba las posibilidades del sufrimiento y la humillación [...]; de los oscuros archivos policiales a las ilustres memorias de los mayores sobre la Tiranía” (Dabove, 2010: 300).

Debido a eso, no se percibe como aberrante que La Rioja y el Chacho puedan ser emblemas de Buenos Aires. De hecho, tal identidad se sugiere en los títulos de *La muerte de Buenos Aires* y *La muerte de un héroe*, cuya coincidencia se ahonda en la preeminencia del pueblo como sujeto político y como protagonista en esos folletines. Más aun, en los *Dramas del terror* se sugería otra especularidad, a saber, la de Buenos Aires y la patria; de ahí que Buenos Aires y La Rioja, en todos estos folletines, sean también sinécdoques de la Argentina y su devastación equivalga a la de la patria. Por eso, es interesante que Rosas y Peñaloza sean las figuras axiales de los dos ciclos. Cuando se confronta los dos ciclos, es evidente que los caudillos están en los dos bandos, liberales o federales, por lo que su presencia no distingue a ninguno. Sin embargo, cuando se compara a Rosas y Peñaloza, es claro que los dos son figuras marcadamente contrapuestas. Para Gutiérrez, Rosas representa a un Estado en el que la idea de nación se diluye porque se encuentra totalmente desconectado de la Historia nacional. Por el contrario, en el ciclo del Chacho, la Historia se construye a través de la recuperación de una idea positiva del caudillo cuya representatividad popular y sometimiento a los mandatos de un Estado ideal recuperan la relación entre la Historia nacional y una nación políticamente organizada. Peñaloza es, pues, una figura invertida de Rosas. Así, si la biografía de Rosas se define por la escisión y la renuncia, la del Chacho está marcada por la continuidad. Es significativo, por eso, que el linaje de Peñaloza sea simbólico.

1. De Moreira a Peñaloza: evolución del gaucho malo al caudillo.-

Las novelas populares con gauchos de Gutiérrez tienen una densidad simbólica “producida por los contenidos políticos que sostienen cada una de las escenas codificadas en las que se enfrentan el bien y el mal” (Laera, 2005: 309). Leídas en el contexto del periodo de su

publicación⁷⁸, son una reflexión y un comentario sobre las políticas de partido y del Estado, las transformaciones económicas y sociales, la ley y su aplicación, la constitución del gaucho como sujeto jurídico y la noción de responsabilidad ciudadana (291). Más aun, su forma episódica y su fórmula reiterativa dramatizan, en tanto que acentúan, una situación no resuelta en el proyecto nacional argentino, a saber, el de ser un país que está lejos todavía de ser una nación cohesionada. Aunque Laera no estudia el corpus que me incumbe, su mención es importante porque ella ha descubierto en el grupo de las novelas populares con gauchos un patrón de compromiso de Gutiérrez que es relevante para los propósitos de esta tesis.

En general, los folletines de Gutiérrez tienen una dimensión educativa comprometida con la formación de ciudadanos en un contexto en el que existe un porcentaje elevado en la población ignorante de los discursos formativos de la nación argentina⁷⁹. De hecho, siendo “gaucho” una noción desterritorializada en Gutiérrez, es, justamente, la condición necesaria para esa tarea pedagógica porque permite, por un lado, articular conflictos contemporáneos y, por otro, ser leídos como una metáfora de integración (Dabove, 2010: 307). Así, sus gauchos funcionan como una suplantación simbólica de su persona política en la vida real porque “[...] mientras el

⁷⁸ El ciclo de sus folletines gauchescos comprende el periodo entre 1879, año en el que se publicó el primero de ellos, *Juan Moreira*, y 1886, año en el que se publicó *Pastor Luna*, que cierra el ciclo de sus novelas populares con gauchos.

⁷⁹ Gutiérrez traduce en sus folletines la prédica unitaria-liberal alturada al lenguaje sencillo de las publicaciones seriales populares. Igualmente, busca y descubre equivalencias entre el discurso republicano y los valores imbricados en la cultura rural argentina. De ahí que sus gauchos sean intrínsecamente liberales.

gaucho no sea un ciudadano de derecho y de hecho será un personaje de novela” (Laera, 2005: 291).

Leyendo los ciclos históricos de Rosas y Peñaloza en el contexto de los libros fundadores de la literatura argentina que los informan, vemos que ellos intervienen y retoman esa reflexión inicial acerca de lo argentino y la actualizan en el ochenta. En efecto, pasan revista por cuestiones críticas tales como el unitarismo, el federalismo, el liberalismo, el autoritarismo, Buenos Aires, el Interior, el gaucho y el caudillo. Más aun, como lo hace Sarmiento en el *Facundo*, Gutiérrez se centra en el caudillo, que, como se verá, continúa conteniendo el misterio de la realidad nacional argentina. Sin embargo, Gutiérrez no suscribe el proyecto Sarmientino. Una de las diferencias respecto de él consiste en que, para Gutiérrez, el Interior no es un desierto y está, por el contrario, poblado de gauchos tan patriotas y liberales como los caballeros letrados de sus libros. La otra diferencia es la reconsideración del caudillo como líder legítimamente popular que encarna los valores liberales defendidos en el proyecto de construcción de la nación argentina iniciado con la Generación del 37.

En los folletines de Gutiérrez, cuando el gaucho toma la justicia en sus manos, su rebeldía pone al desnudo la violencia del orden jurídico que lo subalterniza y es percibida como restauradora del orden que la justicia regular tendría que mantener. Es decir, esos gauchos liberales tienen un rol ordenador que es nuevo en la literatura argentina. En sus libros, pues, el gaucho alzado, como el bandido social hobsbawmiano, es un síntoma de la disfuncionalidad de la estructura social-política contemporánea a Gutiérrez y, sobre todo, un agente que intenta corregirla⁸⁰.

⁸⁰ A propósito de *Juan Moreira*, el folletín que abre la serie de novelas populares con gauchos, Josefina Ludmer dice lo siguiente: “Para decirlo de otro modo: la violencia aparece donde el

Así, por un lado, Gutiérrez recupera al gaucho como ciudadano de la República y, por otro, señala el Interior como reservorio de valores nacionales⁸¹. En esa medida, este asunto es

poder está amenazado. Moreira surge en el momento de emergencia del estado liberal y también de una oposición política extrema, ‘nacional’ y populista, que amenaza al estado en el interior mismo del liberalismo. (Y su primer gesto violento es matar a un inmigrante por un problema económico, y el segundo matar al representante de la ley político-militar, que lo puso en el instrumento de tortura y se alió con el italiano). Y es inventado o narrado por un sujeto moderno de esa oposición política: el escritor de historias policiales nacionales como folletines gauchescos

⁸¹ Siete años después de la publicación del ciclo del Chacho, en 1893, Joaquín V. González publicará *Mis montañas*, una evocación nostálgica de su provincia natal, La Rioja. González y Gutiérrez coinciden en esa revalorización, pero provienen de espectros ideológicos opuestos puesto que González está plenamente identificado con el proyecto puesto en marcha con el roquismo. Igualmente, aunque los dos reactualizan un discurso familiar asociado con *Facundo* para tomar distancia de él, lo hacen con dos proyectos diferentes en mente. Por un lado, Gutiérrez critica el roquismo; por otro, González lo hace para afirmar el proyecto nacional iniciado con Roca. A pesar de eso, existen coincidencias entre ellos; por ejemplo, los dos desarticulan la triada tradición-Interior-caudillismo y explican el caudillismo teniendo en cuenta las circunstancias históricas de las provincias sin asumirlo como rasgo etnográfico de la zona. Asimismo, para los dos, el gaucho, a diferencia de la representación sarmientina, es un individuo complejo que reúne en sí mismo lo que Sarmiento había separado en diferentes personajes, a saber, el cantor, el malo, el rastreador, el caudillo. Sin embargo, mientras que Gutiérrez lo representa en pleno uso de sus facultades políticas, en *Mis montañas* aparece como un elemento en extinción desplazado por el avance progresista inmigratorio.

también un comentario a un problema contemporáneo, a saber, la ola de inmigración en los ochenta⁸². Durante esa década, los inmigrantes que llegaban al puerto de Buenos Aires, mayoritariamente italianos y españoles, se concentraron poco a poco en el área metropolitana de la capital y en las ciudades del litoral, que eran las zonas de mayor desarrollo económico (Svampa: 76). Así, Gutiérrez escribe en un momento en que Buenos Aires se encuentra en una posición de vulnerabilidad debido, por un lado, al fracaso de la rebelión tejedorista y, por otro, a la transformación del mapa urbano bonaerense debido a las masas inmigratorias que seguirán inundando la ciudad durante toda la década. Por eso, su mirada, como la de otros escritores del ochenta, se dirige al Interior cuando se trata de reconocer lo verdaderamente argentino. Gutiérrez, por ejemplo, escribe sobre Peñaloza y su montonera patriótica mientras que Eugenio Cambaceres, en *Sin rumbo* (1885), escribe sobre un porteño, Andrés, que busca refugio del hastío de la ciudad en su estancia en la provincia. Sin embargo, el acercamiento de estos dos escritores es diferente: Gutiérrez escribe una épica y *Sin rumbo* tiene un tono nostálgico que se agrava cuando la estancia queda reducida a cenizas mientras que la hija de Andrés agoniza y muere.

Pero lo que esos dos autores ven es diferente. En la escena final de la novela de Cambaceres, el chino Contreras, el gaucho que ha prendido fuego a la estancia de Andrés,

⁸² “El impacto que tuvo la inmigración sobre un país escasamente poblado fue enorme. En 1869 la Argentina contaba con 1.737.000 habitantes, de los cuales el 12,1% era de origen extranjero. El 1895, de un total de 3.959.000 habitantes, el 25,5% era extranjero, y en 1914, el país llegó a concentrar el porcentaje más alto de extranjeros: de una población de 7.885.000 habitantes, el 30,3% era inmigrante” (Svampa: 75). Hacia 1885, los extranjeros componían el 37,5% de la población económicamente activa (76).

aparece una última vez como una sombra que se desvanece en la claridad del fuego. Ese desvanecimiento coincide con otra desaparición, a saber, la del payador Santos Vega, en la versión de Rafael Obligado aparecida también en 1885. En el poema de Obligado, Juan sin Ropa, un humilde inmigrante cantor, desafía y vence a Santos Vega en una payada porque el gaucho no sabe replicar los temas que su contrincante propone — el progreso y el trabajo — y se queda callado. Una vez que Vega reconoce a Juan sin Ropa como vencedor, desaparece. No se sabe más de él, solo lo que la última estrofa del poema dice:

Ni aun cenizas en el suelo
De Santos Vega quedaron
Y los años dispersaron
Los testigos de aquel duelo
Pero un viejo y noble abuelo
Así el cuento terminó
“Y si cantando murió
Aquel que vivió cantando
Fue — decía suspirando —,
Porque el diablo lo venció”

Obligado, que en 1885 todavía es un creyente convencido de la propuesta sarmientina-alberdiana acerca de la inmigración, representa el sentimiento de realización de los ideales liberales y lo

dramatiza como la muerte de lo viejo y el nacimiento de lo nuevo⁸³. En su *Santos Vega*, el progreso está encarnado en un inmigrante que representa, anacrónicamente en la década del 80, el ideario liberal de las *Bases* de Alberdi y *Facundo* de Sarmiento⁸⁴. Svampa comenta este final de la siguiente manera:

El gaucho desaparecía, sin dejar trazas, del cuadro social del país. Aún más: desaparecía porque ya no era necesario, y su presencia era vista menos como un obstáculo para el progreso avasallador (puesto que el inmigrante lo vencía fácilmente) que como vestigio del pasado que ya se creía superado (89).

Sin embargo, en Gutiérrez los gauchos no son un vestigio, sino una fuerza viva. En sus folletines, la Argentina está poblada con gauchos. En esos libros no hay desierto, metáfora usada por la Generación del 37 para describir el Interior sin ciudadanos.

Aunque la novela popular con gauchos de Gutiérrez no dialoga con la tradición liberal del 37 de la manera como ocurre con sus ciclos de novelas históricas, los conflictos de sus protagonistas con la justicia transponen los asuntos de la vida pública a la esfera de lo privado de una manera que recuerda *Los dramas del terror*. En las novelas sobre Rosas, se ha visto cómo la disfuncionalidad del sistema afecta la constitución de la sociedad como nación y la corrompe.

⁸³ Obligado se arrepentirá de esta apología del inmigrante. En 1893 escribió una carta prólogo para la primera edición de *Mis montañas* de Joaquín Víctor González en la que se nota el cambio de visión. Asimismo, unos años después, en 1906, añadió otro canto a su poema originalmente compuesto de tres, a saber, “Himno al payador”, dedicado a defender al cantor que se desvaneció en el desierto en 1885.

⁸⁴ Es anacrónico en el sentido de que en la década del 80, el inmigrante era la mera fuerza laboral y no la fuente civilizadora prevista por Sarmiento y Alberdi.

He explicado de qué manera la tiranía de Rosas y el roquismo en *La muerte de Buenos Aires* convirtieron la ley en capricho y el federalismo en unitarismo radical sacrificando el bienestar nacional a favor de la rapiña. Asimismo, me he detenido, hablando del ciclo de Rosas, en cómo Gutiérrez dramatiza el caos nacional provocado por ese sistema a través de la metáfora familiar, es decir, como la destrucción de los linajes familiares. Se ha visto, pues, cómo, en esas novelas, la disfuncionalidad del Estado es concomitante a la del núcleo social, a saber, la familia.

Esos asuntos aparecen también en su serie de novelas populares con gauchos porque, en ella, el abuso de la autoridad también crea caos. Hablando de Moreira y de la fórmula de la serie, Adolfo Prieto también apunta a la correlativa pérdida del sentimiento de integración social que acompaña la carrera delincencial de la pendiente del crimen (2006: 90). Considerando eso, se puede decir que la familia, en los folletines de Gutiérrez, funciona como un núcleo de sentido y principio ordenador. Como en las novelas sobre Rosas, la injusticia destruye a la familia porque obliga al gaucho a abandonar la estancia y la familia. Los gauchos, una vez que entran en la pendiente del crimen, abandonan su hogar y no regresan a él.

Allí también la justicia incumplida contrasta con la que el gaucho justiciero intenta reponer. Si la ley ordena la vida política y las costumbres, las relaciones sociales, ante la imposibilidad de apelación a la primera, el gaucho se ve obligado a recurrir a los códigos de honor de su comunidad como única medida de obtener satisfacción por la falta cometida en su contra⁸⁵. Por ejemplo, Juan Moreira, protagonista de la novela de ese título, “[...] convencido de

⁸⁵ Juan Moreira, ante el fracaso de su apelación a la justicia de paz, amenaza al pulpero Sardetti con abrirle diez bocas en el cuerpo en sustitución de los diez mil pesos que le prestó para que, a través de cada una de ellas, pueda contarle a todos cómo Moreira sí cumple su palabra (48). En el momento final, Moreira tiene un gesto que ratifica el carácter de su proceder: “[...] Moreira

que para él no había más derecho que el que le proporcionara el filo de su puñal, ni más justicia que la que él mismo se hiciera” (37). El duelo surge, entonces, en lugar de la justicia regular, es decir, llena el vacío de la legalidad del espacio exterior en el que transita (Laera, 2004: 298). Sin embargo, pese a eso, Moreira y los de su estirpe⁸⁶ son personajes que se encuentran en una situación paradójica porque son más heroicos cuanto más hundidos están en “la pendiente del crimen”⁸⁷.

Para salvarlos del desbarrancamiento delincencial y moral, el narrador apela, de acuerdo con Laera, al paternalismo y al reformismo (310) como estrategias que dirigen su educación⁸⁸ y

había cedido a un sentimiento de hidalguía; había visto al pulpero desarmado y no se había atrevido a herir, porque no había ido allí a cometer un asesinato ni a dar muerte a un hombre indefenso” (49). Una vez armado Sardetti, el enfrentamiento se lleva a cabo como un duelo.

⁸⁶ “Dentro de ese grupo [el de los bandidos sociales], la narrativa de Gutiérrez propone primero a los vengadores, los gauchos malos a los que Gutiérrez debe su celebridad: *Juan Moreira* (1879-1880), *Juan Cuello* (1880), el ciclo de Santos Vega (*Santos Vega* y *Una amistad hasta la muerte*, 1880), *El tigre del Quequén* (1880), *Hormiga Negra* (1881), *Juan sin Patria* (1881), *Los siete bravos* (1885), *Los hermanos Barrientos* (1886), *Pastor Luna* (1886)”. (Dabove, 2010: 301).

⁸⁷ Nombre del cuarto capítulo de *Juan Moreira* usado por la crítica para describir la fórmula narrativa que usa Gutiérrez para echar a andar sus folletines. Es el conjunto de acontecimientos trágicos en los que se ve envuelto su personaje principal luego de “haberse desgraciado” con la autoridad al principio de cada libro.

⁸⁸ Alejandra Laera argumenta que las novelas populares con gauchos de Gutiérrez tienen una doble tarea pedagógica. Por un lado, buscan educar a la autoridad e instruirla en las maneras de razonar con el paisano y, por otro, están orientadas a formar a su lector: “por sus propias

controlan su “segunda naturaleza”, es decir, su tendencia a la violencia ostentosa, únicamente contenida por los afectos (a la familia, al patrón), pero liberada en la “pendiente del crimen”.

Paternalismo nombra la manera como el gaucho configura su relación con el patrón y la manera como su devoción filial es un norte que guía su juicio en momentos cruciales. Lo segundo alude al propósito de enmienda enunciado por el gaucho cuando se encuentra al fondo de la pendiente. Gutiérrez no coloca al gaucho ni en el terreno de la complacencia ni en el de la condena, sino que lo mantiene como una figura problemática, como en el *Facundo*, donde Sarmiento se debate entre su condena y su incipiente potencial civilizatorio.

A diferencia de los gauchos malos como Moreira, Ángel Vicente Peñaloza es un gaucho ejemplar: si, para Sarmiento, Rosas es el epítome de la barbarie caudillesca, Gutiérrez forja un arquetipo nacional personificado en el más puro de todos los gauchos, a saber, el Chacho. En su repertorio, el Chacho puede ser visto como la figura acabada de Juan Moreira, Juan Cuello, Pastor Luna y sus otros gauchos heroicos. La diferencia fundamental entre Peñaloza y todos ellos consiste en que la historia de sus personajes malevos se plantea como una carrera personal mientras que la del Chacho forman parte de la Historia nacional, es decir, sus peripecias trascienden la mera biografía y se insertan en la historia de la patria. De un lado, las historias de los personajes como Moreira son épicas personales, episodios aislados que en conjunto dan forma a cierta imagen nacional de la misma manera como el recuento de las historias de las condiciones de producción y recepción, [la novela popular con gauchos] no puede constituirse solamente como la narración de todas las variantes de una historia protagonizada por héroes gauchos, sino que propone también un modelo para su encauzamiento que solucione de manera más efectiva y duradera el conflicto del gaucho con la justicia en el marco del Estado modernizador” (318).

víctimas del rosismo conformaban una visión caleidoscópica concomitante con la idea de un país profundamente trastornado. De otro, el Chacho representado por Gutiérrez tiene una dimensión conmensurable a la de los padres fundadores, como el San Martín y el Belgrano de Mitre, en tanto está convertido en un modelo formativo de la nación, lo que es perfectamente coherente con el hecho de que sus ciclos históricos cumplen un rol de divulgación de historias y valores nacionales destinados, como se había dicho, a un público lejano⁸⁹ al momento fundacional de la nación argentina. En ese contexto, se puede decir que el Chacho es para Gutiérrez lo que Facundo fue para Sarmiento, esto es, el caudillo sigue funcionando como clave que contiene el secreto de la realidad argentina. Aunque, si para Sarmiento, el caudillo — que en *Facundo* es sinónimo de bandido criminal — era la cifra de una contradicción (Dabove, 2007: 59), en Gutiérrez encierra la solución del enigma de la esfinge argentina⁹⁰.

Gutiérrez no invoca a Facundo Quiroga, pero sus ojos se quedan clavados en La Rioja, tierra fecunda en caudillos, y rescata al Chacho Peñaloza, lugarteniente de Quiroga. Fue

⁸⁹ “La imagen que él [Gutiérrez] propone, indudablemente, sirve como reacondicionante de la mitología liberal antirrosista, muy oportuno desde esa perspectiva en momentos en que una masa aluvial, desconectada del ayer en que esos mitos tuvieron vigencia plena, se incorpora a la vida de un país en pleno proceso de transformación” (Rivera: 37).

⁹⁰ Sarmiento llama a Rosas “esfinge”: “un día vendrá, al fin, que lo resuelvan; y la Esfinge argentina, mitad mujer, por lo cobarde, mitad tigre, por lo sanguinario, morirá a sus plantas, dando a la Tebas del Plata, el rango elevado que le toca entre las naciones del Nuevo Mundo” (*Facundo*: 15). Es una de las varias maneras como Sarmiento ilustra la excepcionalidad negativa de su figura y de condensar la dualidad que define su ser: “hijo de la culta Buenos Aires sin serlo él” (Alianza:18), a su vez que alude al monstruo mitológico que le propone un enigma a Edipo.

Sarmiento precisamente quien hizo del caudillo una cifra. En *Facundo*, el sanjuanino invoca, en esos tiempos de crisis — la tiranía de Rosas — a la sombra de Quiroga para intentar desentrañar el misterio de la desorganización de la Argentina. En 1880, cuando muchos casi han perdido la fe en el proyecto de construcción de la nación argentina, Gutiérrez vuelve su mirada a él. En ese nuevo momento de crisis, no es el único que mira al pasado para encontrar en él la fuente de los elementos negativos que continúan gravitando en el presente, eso ocurre también en *Conflicto y armonías de las razas en América* (1883) de Sarmiento. Aunque la reflexión del ochenta tiene una nueva inflexión influida por el positivismo y Gutiérrez es contemporáneo a esos esfuerzos positivistas por desentrañar la razón sociológica del problema del caudillismo, el folletinista dialoga, en realidad, con la literatura que delineó el programa del proyecto de la construcción de la nación argentina. Gutiérrez también se concentra en la relación entre la figura del caudillo y la formación del Estado argentino, pero con una diferencia relevante: si para el proyecto que se impuso con Caseros el caudillo era un elemento disociador, Gutiérrez lo representa, en la figura del Chacho, como la encarnación de un modelo de gobierno que se corresponde con los ideales liberales. En el ciclo de Peñaloza, el Chacho y su montonera son un imagen especular del Estado y del ejército nacional que no refleja a las instituciones regulares deformadamente sino como deberían ser, no es un sentido institucional *per se*, sino como modelo de la legitimidad que esas instituciones deberían tener.

Más adelante se verá que Peñaloza no es el único al que se llama “caudillo”. Sin embargo, el folletinista, como Mitre, discrimina entre los patriotas y los que no lo son. El gran historiador argentino⁹¹ discrimina entre dos linajes de caudillos, a saber, los secesionistas como

⁹¹ La *Historia de San Martín* es, por ejemplo, un libro citado en *El rastreador*, la segunda de las entregas sobre el Chacho (222).

Artigas y los patriotas como López y Ramírez, “caudillos verdaderamente nacionales y defensores de la autonomía provincial en un marco nacional” (37). De hecho, Mitre creía que los miembros de esa segunda estirpe cultivaban el germen de una democracia bárbara, en ciernes, y encarnaban el sentir de las multitudes. Aunque estaban fuertemente marcados por su localismo, reconocían, sin embargo, que el bienestar de las provincias individuales no debía entrar en conflicto con el de la nación entera. Esa es una reflexión *a posteriori* de quien era presidente en 1863 y, en calidad de tal, firmó el decreto a cuya autoridad apela el gobernador, en ese entonces, de San Juan Sarmiento para justificar su orden de ejecución de Peñaloza en cautiverio.

El Chacho de estos folletines, en tanto caudillo ejemplar, es un paladín verdaderamente popular porque representa cabalmente al pueblo, cuya aspiración es una sola que se mantiene inalterable de folletín en folletín: el pueblo bonaerense de *La muerte de Buenos Aires*, La Rioja en el ciclo del Chacho y los variopintos opositores a Rosas en *Los dramas del terror* luchan por un orden que defiende a un Estado nacional en armonía con los intereses particulares de las provincias.

2. Caudillismo en el Río de la Plata.-

De acuerdo con Tulio Halperín Donghi, existen dos definiciones de caudillo asociadas a dos momentos específicos en la Argentina decimonónica⁹². En la década de 1810, caudillo designaba a un jefe rebelde que le disputaba al Estado el control de alguna zona del territorio argentino. Se le relacionaba a montonera, que era una fuerza armada irregular caracterizada por la indisciplina y la desorganización en oposición a las fuerzas regulares del ejército. Asimismo,

⁹² En el “Estudio preliminar” al libro editado por Jorge Laforgue llamado *Historias de caudillos argentinos* (Buenos Aires: Alfaguara, 1999: 19- 48).

esa definición tenía dos nuevas connotaciones negativas, a saber, por un lado, estaba contaminado del primitivismo frecuentemente asociado a las zonas marginales que controlaba y, por otro, su presencia era considerada un serio obstáculo para el desarrollo de un Estado nacional en aquel territorio fragmentado post colonial. Aunque, para las elites porteñas, los caudillos fueron los responsables de las crisis de 1820 y 1824-1827, su dimensión política y la de la montonera fue ignorada y su causa, desestimada⁹³. Luego de 1824, “caudillo” se usó para

⁹³ En 1820, la rebelión de las provincias de Santa Fe y Entre Ríos llevó a la desintegración del Gobierno Central y la imposición del modelo federal. Cuatro años después, las autonomías propiciadas a raíz de la crisis de 1820 obstaculizaron la organización de una nueva Asamblea Constituyente entre 1824. Esta segunda crisis duró hasta 1827, año en que Manuel Dorrego, representante de la facción federal bonaerense, fue elegido gobernador de la provincia y principal gobernante de las Provincias Unidas. Dorrego fue derrotado y asesinado al año siguiente en una rebelión liderada por Juan Lavalle, cabeza notable de la facción unitaria bonaerense, el 13 de diciembre de 1828.

En enero de 1820, un grupo de oficiales porteños, entre los que estaban Juan B. Bustos, José María Paz y Alejandro Heredia, marchó hacia Santa Fe para sofocar a la disidencia artiguista en esa provincia y Entre Ríos. El 1 de febrero se produjo el encuentro bélico en los campos de Cepeda, Santa Fe, que concluyó con la victoria del santafecino Estanislao López y el entrerriano Francisco Ramírez. Las consecuencias políticas en Buenos Aires fueron catastróficas: se disolvieron el congreso y el Directorio; su cabildo tomó el control de la gobernatura de la provincia y renunció, a nombre de ella, a su papel director dentro de las Provincias Unidas; la provincia se polarizó entre centralistas y confederacionistas, lo que llevó a la designación de hasta veinte gobernadores en el lapso de ese año. El conflicto con las

provincias del litoral terminó oficialmente con la firma del Tratado del Pilar el 23 de febrero, que impuso, a cambio de la paz, el modelo federal como forma de gobierno para el país. Luego de esa crisis, Buenos Aires se replegó y empezó el proceso de reorganización interna conocido como la “feliz experiencia” (1821-1829).

Sin embargo, una vez que la provincia se sintió recuperada, puso a prueba su fuerza asumiendo el liderazgo en el conflicto con el Brasil. Buenos Aires convocó al Congreso en 1824 con el pretexto de enfrentar el problema de la Banda Oriental, ocupada por los portugueses desde 1817, incorporada al reino de Portugal en 1821 y al Imperio del Brasil en 1822. Para tal razón, se creó un gobierno nacional provisorio que declaró formalmente la guerra a Brasil a finales de 1826. No obstante, este nuevo proyecto constituyente iniciado en 1824 enfrentó una fuerte resistencia de por parte de otras provincias, a saber, el bloque central conformado por Cuyo, La Rioja, Córdoba y Santiago del Estero y, el litoral, la de su ex aliado Estanislao López. A causa de ello, se disolvió el Congreso y el sucesor de Rivadavia, Vicente López y Planes, renunció a la presidencia provisorio. Aunque luego hubo un nuevo intento de reunir en Santa Fe una nueva Convención nacional, la crisis de Buenos Aires la frustró casi inmediatamente. Aquella crisis se desató con el fusilamiento del su gobernador Dorrego. Aquel fue el primer episodio del nuevo periodo de guerras civiles al interior de la provincia entre los partidarios del unitarismo y el federalismo, las dos facciones que se radicalizaron durante esta década y cuyos enfrentamientos serán decisivos durante las dos siguientes. La guerra con el Brasil no tuvo un final satisfactorio para la Argentina porque el pacto que le puso fin declaró la independencia de la Banda Oriental.

designar a funcionarios que habían transformado las instituciones estatales en meras fachadas que encubrían sus apetencias de poder. Estos nuevos caudillos tampoco tenían una inclinación ideológica ni política reconocible⁹⁴.

Con la independencia, el pueblo soberano reemplazó al rey, lo que abrió espacio para la aparición de nuevos personajes que cumplieran la función de intermediario frente a ese nuevo soberano como antes habían sido los letrados para el antiguo. De acuerdo con Sarmiento y el brigadier general José M. Paz, autores de dos volúmenes donde se caracteriza al caudillo argentino, *Facundo* y *Memorias póstumas* (1855), respectivamente⁹⁵, aquel personaje se

⁹⁴ La carrera de ascenso político de un caudillo empezaba como carrera militar. De hecho, la militarización fue crucial para el surgimiento y consolidación del poder de las autoridades locales de justicia, de policía y de milicias (Goldman: 119). De tal manera, los caudillos emergieron en conformidad con las estructuras de poder establecidas en 1810 y, al inicio, no representaron una amenaza contra la autoridad central en tanto desempeñaban funciones delegadas por ella misma. Esto cambió con Facundo Quiroga porque el riojano logró conjugar su poder militar y económico para sostener su control de La Rioja. A raíz de los frecuentes problemas debido a disputas por el ganado con la provincia vecina de San Juan, hacia 1823, Quiroga logró arreglar ese asunto mediante el establecimiento de consignatarios formales que empezaron abastecer de ganado a esa provincia. Gracias a ellos, su poder y su fortuna crecieron considerablemente.

⁹⁵ Con el tiempo, el optimismo acerca de la revolución independentista cedió al pesimismo. Por eso, si la Argentina se definía por un antes y un después alrededor de 1810, se había corregido esa apreciación aclarando que el desfase era una condición contemporánea asociada a dos espacios bien diferenciados, a saber, el campo y la ciudad. Cada uno de esos espacios tenía un

convirtió en esa nueva figura mediadora. Los dos registran la transición del dominio ejercido por los señores de la guerra, como Francisco Ramírez de Entre Ríos y Facundo Quiroga de La Rioja, hacia un tipo de caudillo más legislativo, como Estanislao López de Santa Fe o Nazario Benavides de San Juan. Los primeros — cuyo prestigio venía de su papel cumplido en las luchas independentistas — fueron personajes belicosos y empeñados en expandir su área de dominio; los segundos, por su lado, fueron personajes que supieron adaptarse e hicieron de su región su feudo mediante pactos y alianzas con Buenos Aires y con quien hiciera falta.

La presencia de esos caudillos “mansos”, como los llama Halperín Donghi, es, a su vez, la señal de “una adecuación del marco institucional a una Argentina oculta” (Halperín Donghi, 1999: 33), lo que hacía que fuera imperativo desarraigarlos de la escena política. Así, mientras que Paz huele el riesgo de esta situación, Sarmiento detecta en el presente sus consecuencias, a saber, la política de Juan Manuel de Rosas, cuya soberanía era irrestricta debido al sistemático sofocamiento de alzamientos civiles entre los que se contaban los llevados a cabo por algunos caudillos del interior. Por eso, durante el rosismo, la oposición letrado-caudillo se diluyó momentáneamente porque ambos volvieron a luchar combinados para honrar una causa patriótica, como en los tiempos de las guerras independentistas. Solo después de la batalla de Caseros, en la disputa por el lugar dejado vacío por Rosas entre las provincias, representadas por

personaje-tipo, a saber, el caudillo y el letrado, respectivamente. Guardando las diferencias entre Sarmiento y Paz, los dos apelan a esa razón endémica para explicar las guerras civiles post independentistas. Asimismo, los dos tienen una visión dicotómica de la realidad argentina que opone campo y ciudad. Igualmente, ambos señalan las reacciones de cada uno de estos bandos frente a la exigencia democrática.

Urquiza (caudillo de Entre Ríos), y Buenos Aires, la dicotomía vuelve a ser efectiva cuando la provincia separatista retoma la causa contra los caudillos a favor de su causa liberal.

Durante la década del 60, luego de la batalla de Pavón en 1861, Buenos Aires unió fuerzas con los opositores en el Interior. Su ejército, esta vez con Bartolomé Mitre a la cabeza, contuvo el desenfreno montoneril como resultado de su alianza con los colorados orientales y abrió el camino a la política liberal en las entrañas de la patria. No obstante, una vez declarada la guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay, el ejército se vio obligado a reclutar soldados mayoritariamente dentro de las provincias para abastecer las necesidades de esa guerra. Ese conflicto fue tremendamente impopular en el Interior y se convirtió en un agente revolucionario. En este nuevo episodio de resistencia al avance liberal en el interior de la República ocurrió entre 1866 y 1868. Felipe Varela, original de Catamarca, antiguo coronel en el ejército de la Confederación, edecán de Urquiza y antiguo lugarteniente de Peñaloza, tomará la posta de la resistencia hasta su retiro en Bolivia. Como Varela no contaba con una base territorial que fuese la base de su capital material y político, no fue rival para contrincantes como Antonino Taboada, caudillo santiagueño de antigua lealtad liberal, u Octaviano Navarro, caudillo federal catamarqueño jalado a las filas del liberalismo, señores absolutos de sus provincias.

Este es el episodio final en el que los caudillos cumplieron un papel protagónico en las guerras civiles argentinas (Halperín Donghi, 1999: 37). Al final de la década de 1860, el ejército nacional había expandido y enraizado su influencia en el Interior. Hacia el comienzo de la siguiente, su presencia fue la razón por la que los caudillos fueron perdiendo paulatinamente sus atribuciones militares, es decir, el Estado, finalmente, estaba logrando controlar el monopolio de la violencia.

Probablemente, Olegario Andrade, en su ensayo “Las dos políticas”, sea el primero en proponer una relectura del fenómeno del caudillismo. En ese trabajo sostiene que el caudillo no es la casusa de los males de la nación, sino la consecuencia de dos procesos trancos, a saber, por un lado, la independencia y, por otro, la constitución de la república argentina. De acuerdo con él, el proyecto republicano argentino solo disfrazó un coloniaje doméstico en el que Buenos Aires funcionaba como la metrópolis y el resto de las provincias, como sus colonias. De ahí que, estando desprovistas de cualquier agencia y recursos, la arbitrariedad haya sido para sus líderes el único recurso viable:

¿Qué fueron los caudillos sino los gobernadores de las provincias abandonadas a su propia suerte, aguijoneadas por el hambre y la inquietud del porvenir?

Gobernantes locales sin rentas, sin el freno de la ley. Sin la responsabilidad inmediata que crean el orden y las instituciones donde quiera que se establecen, ¿qué habían de hacer sino lanzarse por la vía de la arbitrariedad en prosecución de los medios convenientes para ensanchar su poder y robustecer su influencia? (42)

Sin embargo, no propone disculparlos porque también es claro que su presencia es una marca disfuncional de una estructura disfuncional: “[d]efender a Buenos Aires es disculpar a los caudillos” (42). No obstante, el camino del caudillismo, tal como lo describe Andrade, es muy parecido a la pendiente del crimen que descienden los gauchos de Gutiérrez. De hecho, rememorando sus luchas, Andrade descubre una cualidad literaria en él:

El Espinillo, donde Olemberg con un ejército organizado y orgulloso fue derrotado por un puñado de gauchos indisciplinados y desarmados; Santa Bárbara y las Averías, donde Balcarce y Montes de Oca no pudieron resistir el primer empuje de las lanzas entrerrianas.

Allí fue la cuna del caudillaje. De allí se levantó Ramírez, esa figura romancesca de nuestra guerra civil, que aún nos parece ver galopando por las llanuras de Buenos Aires al frente de sus legiones indómitas, vencedoras en la cañada de Cepeda, y blandiendo la nudosa lanza de banderola colorada, que fue a clavar en medio de la plaza de la ciudad de los Virreyes [...] (41-42).

Es la lucha del débil contra el fuerte en tanto los caudillos representan “la resistencia de los pueblos al ascendiente usurpado, a la codicia sórdida, de la política centralista de Buenos Aires” (44).

3. Ángel Vicente Peñaloza, el Chacho.-

3.1. Su vida.-

Ángel Vicente Peñaloza, el Chacho, (1798-1863) empezó su carrera militar a mediados de la década de 1820 como subalterno de Facundo Quiroga. Justamente, ese prominente caudillo riojano lo nombró capitán de milicias en 1826, como premio por su desempeño contra las fuerzas de La Madrid en la batalla de Tala⁹⁶. Peñaloza militó activamente en el federalismo hasta 1840.

⁹⁶ Tomado de De la Fuente, 1999: 326. La batalla de El Tala se llevó a cabo el 27 de octubre de 1826 entre las tropas de Facundo Quiroga y las del gobernador tucumano Gregorio Aráoz de Lamadrid. Quiroga quería reponer las autoridades federales que Lamadrid había derrocado para tomar control de la provincia y asegurar su sometimiento al gobierno de Rivadavia. Sin embargo, en el capítulo 6 de *Children of Facundo*, De la Fuente ubica esa misma anécdota en el contexto de la batalla de la Ciudadela en 1831, batalla en la que Quiroga finalmente derrota a Lamadrid y recaptura Tucumán para el dominio federal. El crítico cuenta que, en plena lucha, el Chacho recibió una lanzada feroz que le descolgó las tripas y, a pesar de eso, continuó luchando.

Ese año se unió al movimiento unitario de la Coalición del Norte⁹⁷ como segundo del general Tomás Brizuela⁹⁸, sucesor de Quiroga en La Rioja. La Coalición fue derrotada y el Chacho partió a su primer exilio en Chile. Dos años después, regresó para liderar otro alzamiento que lo llevó por San Juan, La Rioja, Catamarca y Tucumán durante casi un año. También fue vencido en esa ocasión y tuvo que regresar a Chile. Volvió a la Argentina en 1845 para dirigir otra revuelta que fue extinguida casi inmediatamente. Sin embargo, aquella vez, el Chacho decidió

Quiroga supo de lo sucedido cuando, pasando revista de sus tropas al final de la batalla, encontró al Chacho tendido en el suelo. Peñaloza le dijo que estaba reposando debido a una herida menor. Cuando lo examinaron y se dieron cuenta de la gravedad de la lesión, Quiroga lo nombró comandante impresionado por su valor (140).

⁹⁷ Tanto Brizuela como Peñaloza, caudillos quiroguistas, estaban convencidos de que Rosas era responsable de los hechos de Barranca-Yaco en 1835. Por eso, para los unitarios del Interior, no fue difícil lograr su adhesión a la Coalición del norte. Sin embargo, las razones de su alianza con los unitarios eran más complejas y tenían que ver con la situación de las provincias — y la suya en particular — respecto de la de Buenos Aires: por un lado, la política rosista fue consistentemente negligente con el Interior y, por otro, el bloqueo y otras agresiones internacionales contra Rosas a principios de los cuarenta eran hechos que no repercutían tierra adentro, lo que justificaba el hecho de que estos caudillos no tuvieran razones para ser leales con el caudillo bonaerense (Luna: 167-168).

⁹⁸ Antiguo enemigo del Chacho. Brizuela lo derrotó en 1836 cuando Peñaloza, junto con el gobernador de San Juan, Martín Yanzón, intentó deponer al gobernador riojano Villafañe. Más aun, en la Coalición del Norte, Peñaloza luchará también del lado de los militares unitarios Lamadrid, Lavalle y Pedernera.

negociar su regreso a las filas del federalismo con el caudillo sanjuanino Nazario Benavides, antiguo enemigo suyo al que había enfrentado en Manantiales. Sin embargo, aunque Peñaloza siguió siendo federal, marcó distancia con el rosismo, motivo por el cual, en 1848, todavía era considerado un “salvaje unitario” dentro de los círculos rosistas de La Rioja. Pese a los altibajos de sus empresas militares, el Chacho fue el caudillo indiscutible de su provincia. Tras Caseros, fue reconocido por Justo José de Urquiza, el entrante presidente provisional de la Confederación Argentina. Urquiza lo ascendió a coronel en 1855 y a general en 1859.

El triunfo unitario porteño de la batalla de Pavón en 1861⁹⁹ fue el inicio de una nueva campaña de sometimiento del Interior liderada por el ahora presidente Bartolomé Mitre. Una vez más, Peñaloza salió a defender su provincia y a hacerle frente al gobierno nacional. Aunque convocó a otros caudillos vecinos, se enfrentó solo al ejército nacional entre marzo y mayo de 1862. Intentó unir fuerzas con los otros caudillos de la región, pero sus negociaciones con los hermanos Taboada y Marcos Paz, gobernador de Córdoba y representante porteño, no rindieron fruto. En seguida, el Chacho marchó a Tucumán para unirse al gobernador de Salta y elementos tucumanos, pero fue traicionado por el salteño y vencido en Río Colorado el 10 de febrero. No obstante, la firma del tratado de La Banderita el 30 de mayo de 1862 probó que seguía siendo un líder influyente. Ese pacto, entre otras cosas, obligaba al gobierno nacional a reconocerlo como General de la República y autoridad indiscutible de la Rioja. Asimismo, declaraba la amnistía de todos los rebeldes y lo designaba como el responsable de salvaguardar la autoridad nacional en

⁹⁹ Después de Pavón, Sarmiento se hizo elegir gobernador de San Juan; los Taboada, el clan gobernante de Santiago del Estero y brazo armado del mitrismo, se declaran a favor de la causa porteña, deponen al gobernador urquicista de Tucumán y salen rumbo hacia Catamarca con los mismos planes (Luna: 174).

su provincia y las vecinas¹⁰⁰. Sin embargo, el tratado no selló la paz, sino que dejó a muchos unitarios provinciales descontentos. Ni los unitarios riojanos ni los de San Juan, Córdoba y San Luis se quedaron contentos con ese acuerdo que los perjudicaba y decidieron perseguir y ejecutar por su cuenta a los rebeldes federales¹⁰¹. Eso provocó la reacción de algunos federales chachistas, lo que dio pie a que se acusara a Peñaloza de haber faltado al acuerdo. Esos hechos pusieron, entonces, al Chacho en una situación delicada. Preocupado por la seguridad de los habitantes de su provincia, decidió levantarse en armas al año siguiente¹⁰². Pese a que no

¹⁰⁰ El tratado de La Banderita establecía que Peñaloza debía recoger las armas y disolver las partidas rebeldes, asunto que le parecía inconcebible a los liberales más radicales como Sarmiento y los Taboada, quienes, dicho sea de paso, le disputaban al Chacho esa área de influencia.

¹⁰¹ Véase, por ejemplo, una carta de Peñaloza a Paunero reproducida por Luna (198) en donde el primero le pide al segundo que interceda por él ante los gobernadores de San Juan y San Luis para que estos detengan las persecuciones a los rebeldes.

¹⁰² Félix Luna explica que, en realidad, no se puede señalar una razón principal como el detonante del último episodio rebelde del Chacho, sino una creciente tensión provocada por los liberales ‘duros’ como los Taboada y Sarmiento, y sostenida por la firmeza de Peñaloza en mantener una autonomía justa de su provincia basada en los acuerdos firmados y en la aspiración federal urquicista. De acuerdo con Luna, el pretexto fue una incursión de cuatrerios riojanos a San Juan y la negativa del Chacho de entregar a “esos patriotas” al gobernador Sarmiento. Mitre deriva la responsabilidad del conflicto al sanjuanino y le ordena llevar a cabo “una guerra de policía”. El Chacho le dirige una carta al presidente que es, al mismo tiempo, una declaración de agravios y un manifiesto a sus paisanos, y que firma “en el campamento en marcha” (178).

contaba con el apoyo de los otros caudillos, logró controlar Córdoba, pero casi inmediatamente fue derrotado por el general Wenceslao Paunero, supremo jefe del ejército mitrista en la guerra contra los caudillos, en la batalla de Las Playas. Pese a eso, todavía alcanzó a juntar 2,000 hombres más en La Rioja, pero fue sometido por el coronel José Luis Arredondo en la batalla de Caucete. En seguida, el Chacho se replegó en las afueras de su provincia, en Olta, donde fue capturado y ejecutado por el comandante Pablo Irrazábal el 12 de noviembre de 1863. Fue lanceado y decapitado delante de su familia, y su cabeza puesta en una pica en la plaza del pueblo para que se pudriera a la intemperie como escarnio a los rebeldes.

Si bien Sarmiento declaró que la muerte de Peñaloza cerraba el ciclo de las montoneras de los Llanos, lo cierto es que este hecho no apaciguó los ánimos del Interior¹⁰³ y, por el contrario, fue la primera de muchas otras revueltas durante el resto de la década, como la de Felipe Varela en 1867, y otras más durante los 70.

3.2. El Chacho Peñaloza en la literatura decimonónica rioplatense.-

Comparada con la literatura de facción del combate antirrosista, la dedicada al Chacho Peñaloza es menos copiosa. Es, sin embargo, significativa. Sobre él escribieron Domingo

¹⁰³ De hecho, luego de la ejecución de Peñaloza, se llevó a cabo una incesante persecución de chachistas hasta el punto que “[e]n ningún periodo de la historia política, La Rioja presencié mayores horrores que el quinquenio que siguió a esa muerte” (Joaquín V. González, citado por Luna: 182).

Sarmiento, José Hernández, Olegario V. Andrade, el folletinista Gutiérrez, y otros escritores posteriores al periodo que cubre este estudio¹⁰⁴.

Se verá que, simbólicamente, por ejemplo, Peñaloza no es menos excepcional que Rosas, aunque, en vida, haya sido un paisano modesto de La Rioja cuya fortuna y carrera pública parecían inconmensurables con las de Rosas, riquísimo estanciero y gobernador de Buenos Aires¹⁰⁵. Más aun, si bien Rosas era el jefe supremo de gavillas, a decir de Sarmiento, su figura era lo suficientemente atractiva y compleja como para rivalizar con sus ilustres contendientes, incluyendo Sarmiento mismo. Rosas era educado, hijo de una distinguida familia, dueño de una de las fortunas más acaudaladas de la época y un militar de carrera. Peñaloza, por su parte, era

¹⁰⁴ Martiniano Leguizamón, César Reyes, Fermín Chávez, Luis Fernández Zárate, León Benarós (*Romancero argentino*), Rodolfo Kusch (*La muerte del Chacho*), Dardo de la Vega Díaz (*La muerte de Peñaloza*), Carlos Alberto Lanzilloto (*Aquí, Ángel Vicente Peñaloza*), Ariel Ferraro (*Oda llanera al general Ángel Vicente Peñaloza*) y otros (Luna, 1969: 73).

¹⁰⁵ Hacia mediados del XIX, los Llanos contaban con 20,000 a 30,000 cabezas de ganado. La modestia de la ganadería llanista se hace evidente cuando se la compara con la de Corrientes, que, en 1837, tenía aproximadamente unas 466, 000 cabezas, o la de Buenos Aires, que, hacia 1840, reunía alrededor de 3,000,000 cabezas. Asimismo, aunque Peñaloza y Rosas eran uno de los propietarios más ricos de sus respectivas provincias, las diferencias saltan a la vista cuando se compara sus fortunas. Hacia 1850, el propietario más rico de los Llanos tenía un capital que rondaba los 10,000 pesos plata, el equivalente al de un modesto propietario de ovejas porteño. La diferencia se hace patente cuando se considera que Rosas era dueño de 300,000 cabezas de ganado vacuno y que sus propiedades en total valían 4000000 pesos plata (De la Fuente, 1999: 330).

un gaucho pauperizado y analfabeto de La Rioja. Esas circunstancias explican que el segundo haya quedado confinado a la literatura oral y el periodismo de provincia mientras que el primero tuviera una presencia decisiva en la emergente literatura argentina en el siglo XIX.

Peñaloza es, sin embargo, la figura más prominente de la literatura federal, que lo encumbra como héroe nacional comprometido con la tarea de la organización nacional. En los folletines que me conciernen, los dos son figuras conmensurables al punto que son los ejes que organizan ese corpus de novelas históricas y figuras contrapuestas, pero simétricas. Se verá que hay dos apreciaciones del Chacho que coinciden con su participación en la campaña contra Rosas y sus levantamientos tras Pavón contra el gobierno de Mitre, respectivamente. Sus aliados contra el dictador, es decir, los militares e intelectuales unitarios lo loaron resaltando sus cualidades militares y su bravura desplegada en el campo de batalla: el general Paz celebra su espíritu guerrero en sus *Memorias póstumas* (XX), Alberdi lo llamó “el Garibaldi argentino”¹⁰⁶, Paunero lo presenta, en sus cartas a Mitre, como un adversario digno (Luna, 1969: 75), pero, tras Pavón, hubo un consenso en considerar a Peñaloza un bandido criminal (protector de abigeos, como lo acusará Sarmiento) y menos un compañero de armas y un militar excepcional.

No obstante, en un alto en su diatriba, Sarmiento, comentando la última campaña de Peñaloza, sostiene que aquella fue “el acto más heroico, más romanesco que las crónicas de la

¹⁰⁶ Aunque Alberdi buscaba señalar con la comparación los intentos del Chacho por mejorar la situación económica de su provincia, no deja de ser una coincidencia curiosa con el Chacho Peñaloza que Giuseppe Garibaldi se haya hecho conocido durante el periodo en que combatió en el Brasil y el Uruguay — a las órdenes del general Rivera contra Manuel Oribe, aliado de Rosas — por aparecer en el campo de batalla seguido de su esposa Anita — la brasileña Ana Ribeiro Da Silva —, gqueta diestrísima y valiente como la Chacha Victoria Romero, esposa de Peñaloza.

montonera recuerdan” (*El Chacho*: 87). Sarmiento reconoce, en realidad, el potencial literario de alguien que está más cerca de ser un personaje de folletín que un héroe nacional: para él es incomprensible la persistencia del Chacho en una campaña condenada al fracaso desde el inicio. Es una aventura quijotesca en el sentido de que Sarmiento considera que es la empresa descabellada de un anciano obstinado. Ciertamente, esa no es la posición de Gutiérrez ni la de Hernández ni la de Andrade ni la de ninguno de los poetas y cantores provincianos que son autores de los versos y canciones que alaban a Peñaloza. Para Gutiérrez, esa persistencia es heroica y no cómica. Es dramática y no absurda. De hecho, es el rasgo que lo diferencia respecto de cualquier otro caudillo porque le otorga una dimensión ética que nadie más tiene, esto es, su persistente fidelidad a ciertos ideales, una coherencia llamativa en un imaginario faccioso. Debido a eso, el Chacho es el eterno vencido al mismo tiempo que es una figura anacrónica porque, después de Pavón, representaba la persistencia de las autonomías locales y la resistencia al progreso impuesto desde Buenos Aires:

[era] la supervivencia personificada de una índole nacional irremediablemente superada [...] una prefiguración del gaucho Martín Fierro peleando en soledad contra las partidas, asumiendo su trágico destino de sobreviviente solitario, condenado a muerte por el progreso, la inmigración y el ordenamiento jurídico (Luna, 1969: 77).

Para Gutiérrez, era, en realidad, una presencia actual en el sentido de que encarnaba un dilema vigente. La mención a Martín Fierro en la cita, asimismo, es significativa, pero no exacta. Como explica Adolfo Prieto, aunque Gutiérrez publicó *Juan Moreira* siete meses después de la aparición de la segunda parte de *Martín Fierro*, Hernández no era celebrado como poeta nacional

en los círculos letrados¹⁰⁷ y el nombre de Fierro aparecía mencionado como uno de los gauchos ilustres del repertorio criollista, sin ser necesariamente el más ilustre. Gutiérrez, sin ser influyente en el círculo literario de la ciudad letrada, era una presencia mucho más relevante que el mismo Hernández en el circuito urbano de la literatura criollista.

Esta sección está dedicada a lo que Domingo Faustino Sarmiento, el poeta Olegario V. Andrade y José Hernández — quien, por la época, todavía no era el autor de *Martín Fierro* sino un veterano de varias derrotas federales que atacaba a Mitre y a Sarmiento desde su periódico entrerriano — escribieron sobre Peñaloza, a saber, *El Chacho: último caudillo de la montonera de los llanos* (1867), “Al general ángel Vicente Peñaloza” (1863) y *Vida del Chacho* (1863), respectivamente.

Estos tres autores escriben desde posiciones ideológicas opuestas. Sarmiento lo hace desde el punto de vista unitario-liberal mientras que los otros dos, desde el federal-nacionalista. Por eso, mientras que, para el primero, la última campaña del Chacho fue otro episodio policial y no un acontecimiento que formara parte de la historia nacional. Para los segundos, atrincherados desde sus respectivos periódicos federales en Gualeguaychú y el Paraná respectivamente, el levantamiento de Peñaloza fue otro episodio más de las guerras civiles intestinas de la historia

¹⁰⁷ A su muerte en 1886, aunque hubo sendas notas necrológicas, era claro que las apreciaciones de sus colegas ciudadanos seguían alternándose entre la condescendencia y la incomodidad con la que habían tolerado la condición del *outsider* del círculo literario de Hernández. Tanto es así que en un folletín titulado *La muerte de Martín Fierro* escrito por Sebastián Berón, su autor declara su necesidad de publicarlo con la intención de llenar el significativo vacío creado por el silencio de los poetas renombrados que no pronunciaron un solo verso conmemorativo (cfr. Prieto, 2006: 87-88).

republicana argentina entre el general Peñaloza y el ejército nacional mitrista. Sin duda, estos tres textos son las tres fuentes indiscutibles que informan el ciclo del Chacho de Gutiérrez. Andrade y Hernández proveen los motivos que repite el folletinista mientras que Sarmiento es el punto de vista puesto en cuestión.

3.2.1. Peñaloza con “P” de Patria: la mirada federal.

3.2.1.1. Emblema caudillesco: “Al general Ángel Vicente Peñaloza” de Olegario

Víctor Andrade.-

El poeta entrerriano¹⁰⁸Olegario V. Andrade (1839-1882) fue uno de los ideólogos centrales de la vertiente del federalismo-nacionalista. Su ensayo “Las dos políticas” (1857/1866) fue, sin duda, su manifiesto más importante¹⁰⁹. Este trabajo empieza poniendo en cuestión la

¹⁰⁸ Nacido, en realidad, en Alegrete, en el departamento de Rio Grande do Sul en el Brasil el 6 de marzo de 1839 y vivió allí durante los años de la proscripción de sus padres hasta 1845. Como Adolfo Alsina, Miguel Cané, Lucio López, Bartolomé Mitre y Héctor Varela, en 1857 se acogió a la ley promulgada por el Congreso de la Confederación que brindaba a todos los hijos de argentinos nacidos fuera del país la posibilidad de nacionalizarse argentinos. Su familia era originaria de Gualeguaychú, Entre Ríos, donde se formó y se hizo partidario del federalismo urquicista. De hecho, cuando quedó huérfano en 1847, fue protegido y auspiciado por el propio Urquiza a quien dedicó su primer poema, “Mi patria” (1856), honrado con el premio de Literatura y Elocuencia del Colegio Nacional de Concepción del Uruguay, donde estudiaba con una beca de la gobernación entrerriana.

¹⁰⁹ José Raed, en su ensayo “Olegario y *Las dos políticas*”, sostiene que ese renombrado manifiesto fue escrito en 1856 y, probablemente, retocado en 1866, año en que circuló

premisa del *Facundo*, el libro clave del unitarismo-liberalismo porteño, sosteniendo que la desorganización nacional es el resultado del enfrentamiento entre la provincia de Buenos Aires y las Provincias Unidas por controlar las riquezas del país, y no entre dos órdenes irreconciliables identificados como civilización y barbarie¹¹⁰. De hecho, Buenos Aires, *locus* de la civilización para Sarmiento, es caracterizada por Andrade como una fuerza localista retrógrada sin una verdadera base ideológica, lo que explica que Rivadavia y Rosas hayan sido colaboradores involuntarios de una misma política restaurada por Mitre en 1861¹¹¹. Dicho sea de paso, antes de ser presidente de la República (1862-1868), Mitre inició su carrera política en Buenos Aires como el opositor más sobresaliente al Acuerdo de San Nicolás, aquel que le otorgaba a Urquiza, vencedor de Rosas en Caseros, la dirección de asuntos nacionales durante esa nueva etapa constituyente. Así mismo, Mitre fue uno de los voceros de la versión según la cual Urquiza intentaba sacar ventaja de la victoria de los héroes y mártires de esa guerra contra Rosas para

ampliamente como parte de la campaña que apoyaba el regreso de Urquiza a la presidencia (Shumway: 218).

¹¹⁰ “Nosotros hemos visto una cuestión política donde solo había una cuestión económica” (38)

¹¹¹ La guerra de la Triple Alianza (1864-1870), acontecimiento sumamente impopular en las provincias del interior argentino, fue interpretado como otra faz del problema interno argentino. Alberdi sostenía que Mitre consideraba a Solano López un caudillo más y necesitaba prever alguna alianza con las provincias norteañas. Carlos Guido y Spano sostuvo que la guerra se convirtió en la excusa para exiliar enemigos, clausurar periódicos opositores y, sobre todo, atacar la base misma del poder caudillesco reclutando a sus gauchos para pelear contra los paraguayos. Además, la guerra fue también una fuente de lucro de la que solo se beneficiaron los terratenientes porteños y del litoral.

imponer a Buenos Aires un sistema barbarizado que atentaba con el principio de libertad que la provincia siempre defendió (Halperín Donghi, 1995: 45).

Significativamente, sostiene Andrade, debido al predominio de Buenos Aires, el resto de las provincias fueron, sistemáticamente, sumidas en la pobreza, lo que las obligada a defender sus libertades. De ahí que su lucha no sea desestabilizadora, sino, por el contrario, busquen la instauración de un verdadero gobierno federal mediante la constitución de un Congreso, una Constitución y un gobierno nacional legítimo. Por tanto, en estos nuevos términos, el fenómeno caudillista no es la fuente desestabilizadora de la nación, sino la consecuencia de una política nefasta impuesta por Buenos Aires. Dentro de esta visión, los caudillos — Ramírez, Quiroga, López, Urquiza¹¹², Benavídez y Peñaloza — eran los verdaderos héroes mientras que los liberales porteños — Rivadavia, Sarmiento, Mitre y Rosas —, los responsables del caos impuesto por su política del terror. Aquella era una hipótesis compartida por los otros nombres distinguidos del federalismo, tales como Alberdi y el poeta Carlos Guido y Spano. Los tres estaban de acuerdo en que Rosas y los caudillos habían sido hechura del fanatismo y egoísmo de las cabezas del unitarismo-liberalismo porteño. Así, las guerras civiles y la de la Triple Alianza estaban inscritas dentro de un proceso de erradicación de las masas de la vida política impulsado desde Buenos Aires.

¹¹² Hasta la batalla de Pavón, en la que su desempeño dejó mucho que desear a los verdaderos federales de Entre Ríos, como Ricardo López Jordán y Francisco Fernández. Este último escribió un artículo para el *Obrero Nacional* en el que decía que Urquiza había ido “hasta las puertas de Buenos Aires, pero no ya a imponer condiciones a los vencidos sino a recibirlas” (citado por Chávez, 1999: 372).

“Las dos políticas” empieza señalando que la pregunta acerca del problema de la organización nacional está mal planteada y que, por tanto, aún no ha sido abordada. De ahí que la Argentina siga indefensa ante un problema que todavía no ha sido identificado¹¹³. En desmedro de Sarmiento, Andrade sostiene que el enigma — que el autor de *Facundo* acusa en la figura del caudillo — es la cuestión política en sí (38), la que solo es un mero disfraz del problema en sí, a saber, la cuestión económica (39). Luego de la independencia en 1810, el liderazgo de Buenos Aires mantuvo la misma estructura administrativa de la colonia¹¹⁴, es decir, “[e]n vez del coloniaje extranjero, tuvimos desde 1810 el coloniaje doméstico y republicano” (41). Aquel era, pues, el verdadero origen de las dos grandes divisiones nacionales de la Argentina.

¹¹³ “Nuestros grandes problemas políticos no han sido resueltos porque no han sido planteados. Los enigmas de la Esfinge de la revolución han sido indescifrables porque nos hemos atenido al significado natural de las palabras, a la interpretación genuina de su espíritu, cuando las palabras han sido el disfraz de las ideas, la carátula dorada de un libro abominable” (37). Andrade, como Sarmiento evoca a la “esfinge” para abordar el acertijo de la República argentina, pero, significativamente, se pregunta “¿Dónde está el Edipo, que responda al reto de la temible Esfinge, que adivine el misterio de sus palabras, que la obligue a estrellarse de cabeza contra las rocas del Plata [...]?” y se responde que “[e]l Edipo esperado, hijo del porvenir, debe tener por nodriza la Libertad, y por bautismo, la sangre de un nuevo y fecundo sacrificio” (37).

¹¹⁴ “La metrópoli había cambiado de nombre. En vez de Madrid se llamaba Buenos Aires. Las leyes de restricción y exclusivismo cambiaron también de distintivo. En vez de las reales armas, ostentaron desde entonces la escarapela azul y blanca. Pero las leyes no cambiaron ni en la letra ni en el espíritu” (40).

Dentro de esta interpretación de la realidad nacional, el caudillo es, entonces, una consecuencia de esa situación y la expresión de un anhelo:

[L]os caudillos son la personificación ruda, informe muchas veces, de la idea de la igualdad federal, pero siempre la personificación de una causa que ennoblece a sus apóstoles armados, de un principio de justicia que no muere como los hombres ni se corrompe como los partidos, y que se trasmite de mano en mano, de generación en generación, como el arca de alianza del porvenir (44).

El caudillo es, pues, la punta de lanza de una colectividad, un verdadero líder popular. Es la cara de un sujeto colectivo, como lo repetirá Andrade en su arenga a Peñaloza y como lo recogerá Gutiérrez en su ciclo dedicado al riojano.

Se sabe que Andrade escribió el poema “Al general Ángel Vicente Peñaloza” inmediatamente después de la muerte del Chacho, a finales de noviembre de 1863. Sin embargo, el poema se publicó por primera vez en 1870 en *El Entrerriano* de Gualeguaychú y en *El Argentino* de Paraná. Eleuterio Tiscornia, encargado de editar el volumen de la poesía completa de Andrade en 1943, cuenta una anécdota interesante sobre su publicación. Dice que este poema fue incluido en la primera edición de la poesía reunida de Andrade en 1887, a cargo de don Benjamín Basualdo, con otro título, a saber, “Al general Lavalle”¹¹⁵. Se dice que, aunque

¹¹⁵ Finalmente se cambió el título del poema a su nombre original en 1943, en la edición de las obras completas confeccionada por Eleuterio Tiscornia. Esa primera edición de sus obras completas, publicada cinco años después de la muerte del poeta, fue un encargo ordenado por una ley del Congreso Nacional que autorizaba, en 1884, al Poder Ejecutivo del entonces presidente Roca editar las obras de Andrade. Esto fue posible porque tanto el presidente como

a Basualdo le parecía sospechoso que un federal recalcitrante como Andrade hubiera compuesto un poema en honor del unitario Lavalle, decidió publicarlo de esa manera. Aquel poema no pasó desapercibido y fue recibido con sospecha por muchos lectores atentos y conocedores de las inclinaciones ideológicas del poeta. Andrade era, pues, una figura pública del Interior muy conocida, un federal del entorno urquicista¹¹⁶ y un opositor constante a la política porteña¹¹⁷. Su compromiso lo había declarado con fervor desde los 17 años en la voz del yo poético de “Mi patria”, un poema donde expresaba su deseo de ser un trovador en la estirpe de Mayo y primer cantor de la Confederación (Monteleone: 147).

Tiscornia cita el texto de un periodista uruguayo, probablemente Dermidio De María, publicado en *La tribuna nacional* el 3 de noviembre de 1882 donde se da una explicación acerca del cambio de título del poema. El periodista explica que Héctor Varela — hijo del proscrito Florencio Varela — lo escuchó recitado por el mismo Andrade en una reunión en casa del gobernador de Entre Ríos. Le pareció sublime y, para hacerlo conocer en Buenos Aires, decidió

su Ministro de Justicia e Instrucción Pública, Eduardo Wilde, habían sido compañeros de colegio del poeta.

¹¹⁶ Había también razones personales poderosas que lo hacían inverosímil, a saber, sus padres se habían exiliado debido al azote unitario de la provincia de finales del 30 (véase Monteleone: 145).

¹¹⁷ Esa oposición fue argumentada en su manifiesto “Las dos políticas”, en sus poemas “A Paysandú” y el dedicado a Peñaloza, y llevada a la práctica en su activa oposición a Mitre y Sarmiento a favor de los intereses provinciales. Fue uno de los voceros más sonados de la vertiente federalista progresista del nacionalismo decimonónico (véase Monteleone: 147-148; Shumway: 215-216).

publicarlo como “Canto a la muerte de Lavalle”. Lo dio a conocer en la ciudad porteña el mismo año en que se publicó en Entre Ríos y lo presentó con las siguientes palabras: “Dicen que los domingos son los días en que más se lee. En ese supuesto ofrezco a mis lectores una preciosa composición de Olegario Andrade, que nadie conoce aquí” (*La tribuna, Cosas de Orión*, 2 de octubre de 1870; citado por Tiscornia: LXVI). Varela logró pasarlo verosímilmente debido a que, por un lado, no se nombra a Peñaloza y, por el otro, lo que se dice sobre el mártir que conmemora podría acomodarse a la biografía del héroe porteño¹¹⁸.

¹¹⁸ Hacia el final de sus días, el general Juan Lavalle iba enfermo. Luego de haber sido derrotado por Oribe en Famaillá y haber perdido Tucumán, iba de camino a Jujuy para intentar recuperarse. Cerca de Jujuy, decidió hacer un alto y, debido a la fragilidad de su salud, tomó refugio en una casa. Sin saberlo, se alojó en la del ex gobernador y en la que su emisario ante ese gobierno, don Elías Vedoya, se había hospedado hasta el día anterior. Esa misma noche, una partida federal de veinte hombres se acercó hasta allí con la intención de tomar prisionero a Vedoya. Abrió fuego contra la puerta principal y, sin saber a quién, hirió de muerte al mismo Lavalle que en ese momento atravesaba el patio. Aunque el cadáver, sin haber sido reconocido por los atacantes, fue abandonado por la escolta del general que salió huyendo, otra, enviada por el general Pedernera, regresó por los restos para llevárselos consigo para evitar que los federales ultrajaran el cuerpo. De ahí en adelante, esos soldados iniciaron la marcha hacia la quebrada de Huamahuaca y en seguida, con los federales pisándole los talones, hacia Bolivia. Cerca de la frontera, el cadáver tremendamente descompuesto los obligó a detenerse. Conmoveramente fieles a su general, uno de los soldados se ofrece a descarnar el cadáver; así que entierran en el lugar los despojos y continúan con sus huesos hasta Bolivia, donde se celebra el entierro en la

Aquella anécdota contiene, en realidad, una doble ironía: por un lado, que se haya presentado el poema como un homenaje a Lavalle y, por otro, que el martirio de Peñaloza sea representado como el de los héroes unitarios en la literatura antirrosista. El cadáver del mártir que conmemora aparece amortajado en una retórica familiar:

¡Mártir del pueblo! Tu cadáver yerto,
Como el ombú que el huracán desgaja,
Tiene su tumba digna en el desierto,
Sus grandes armonías por concierto
Y el cielo de la patria por mortaja. (16-20; 145)

Peñaloza está envuelto en un sudario celeste, el color del partido unitario, en el desierto, *locus* emblemático en la retórica unitaria-liberal. Igualmente, su enemigo es descrito con las señas asociadas al federalismo de la literatura facciosa antirrosista:

¿Qué importa que se melle en las gargantas
El cuchillo del déspota porteño,
Y ponga de escabel, bajo sus plantas,
Del patriotismo las enseñas santas
Con que iba un héroe a perturbar su sueño? (26-30; 146)

catedral de Potosí en medio de unas modestas pompas fúnebres a las que acudieron los proscritos argentinos refugiados en ese país. El cadáver de Lavalle fue repatriado en 1861.

En el poema, Peñaloza, el caudillo históricamente federal, aparece representado a la manera de un mártir liberal y Mitre, como Rosas.

Este poema de Andrade es, sin embargo, uno de los picos de la literatura afiliada al federalismo- nacionalista, el proyecto alternativo al unitario-liberal. Es, asimismo, una de las matrices narrativas de su literatura. Ideológicamente, está enmarcado dentro del discurso federal post Caseros y pro Urquiza, el caudillo entrerriano que dirigió la campaña final contra Rosas y el presidente de la Confederación nacional constituida en 1852. El poema parte de la premisa de “Las dos políticas” y contiene varios de los motivos constantes en la literatura hagiográfica de Peñaloza, a saber, el martirio patriótico de su asesinato expiatorio, el despotismo porteño de reminiscencias rosistas, la promesa del derrocamiento de esa tiranía y la afirmación de que la empresa de Peñaloza no es una lucha solitaria sino un levantamiento popular.

Hablando de Peñaloza, en el poema, el sujeto histórico se convierte en sujeto colectivo. La voz poética transforma al individuo en arquetipo nacional, una tendencia notoria de su poesía que atañe a los héroes patrióticos que conmemora. Estos jamás son mencionados sino como deícticos, recurso que los abstrae como un ideal patriótico. Eso es significativo en tanto atiende un aspecto que será central en la caracterización del Chacho efectuada por Gutiérrez, a saber, su dimensión histórica — aquella ligada a la memoria, celebración y monumento — y no biográfica.

Finalmente, hay un énfasis en la memoria, asunto que está dramatizado como legado: “¿Qué importa, si esa sangre que gotea/ En principio de vida se convierte,/ Y el humo funeral de la pelea/ Lleva sobre sus alas una idea/ Que triunfa de la saña de la muerte?” (36-40; 146). Algo crucial en el rescate de la labor patriótica de los caudillos es la de incorporarlos en la Historia nacional. En el discurso unitario-liberal, los caudillos son un hiato y el Interior un desierto. El

poema sostiene el lugar de Peñaloza en la Historia como un mártir de la patria: “Te has dormido en los brazos de la historia/Con la inmortal diadema de la gloria” (8-9, 145). El patriotismo de los gauchos no es, enteramente, una novedad en la literatura argentina del XIX. Este es celebrado en la poesía gauchesca, apropiación oficial de su figura en el contexto de su reclutamiento a la causa unitaria-liberal. La diferencia consiste en que, en Andrade y, en general, en el discurso del federalismo-nacionalismo, el gaucho no solo lucha por una causa, sino que él mismo es esa causa.

3.2.1.2. “Los salvajes unitarios están de fiesta”: *Vida del Chacho* (1863) de José Hernández.-

José Hernández fue un federal cercano a los caudillos entrerrianos Urquiza y López Jordán, junto a quienes combatió contra Mitre y Sarmiento¹¹⁹. Como periodista y escritor, se caracterizó por su coherencia crítica ante un estado de cosas que, tras la batalla de Cepeda en 1859, estaba lejos de ser la patria cohesionada que se anhelaba y seguía siendo, por el contrario, el mismo terreno de tensiones facciosas de antes, como Pavón confirmará en 1861. En sus primeros artículos periodísticos a inicios de la década del 60, el federalismo — que aún estaba intacto luego de sus victorias de Caseros y Cepeda — cumple el rol que en la etapa rosista había

¹¹⁹ Como todos los federales, Hernández había tomado la debida distancia del infame federal Rosas en diferentes momentos de su vida pública: lo llama dictador y califica su periodo de gobierno como una tiranía que duró veinte años en diferentes artículos publicados en su periódico *El Río de la Plata* (Slatta cita artículos aparecidos el 19 de noviembre de 1860 y el 3 de octubre de 1869), en el *Martín Fierro* y en su discurso a favor de la federalización de Buenos Aires en la Legislatura de Buenos Aires en noviembre de 1880.

desempeñado el partido unitario/liberal en las versiones unitarias de esos años. El partido federal encarna el ideal republicano que debe reemplazar la política oligárquica impuesta por la elite bonaerense.

La batalla de Pavón será una doble ruptura. Por un lado, será un quiebre definitivo de la unidad nacional anhelada y, por otro, agrietará la unidad interna del partido federal. A nivel nacional, la derrota de la Confederación en el campo de batalla le permitirá al ejército de la provincia de Buenos Aires abrirse camino para conquistar por la fuerza el gobierno de las provincias y ganar adeptos a su política. Al interior del partido, el pobre desempeño de Urquiza en Pavón debido a su retiro voluntario de la pelea y sus nuevas alianzas con el partido liberal serán motivo de crítica y sospecha. De ahí en adelante, Hernández moderará su cerrada defensa de Urquiza, su guía político y mecenas.

Esta nueva situación se refleja en su escritura periodística. Por ejemplo, Buenos Aires se convertirá en el *locus* de los males políticos de la nación (Slatta: 186) y será el centro de sus ataques periodísticos desde el Paraná hasta su etapa porteña en *El Río de la Plata*¹²⁰. A lo largo de los años, Hernández defenderá su oposición a la política centralista liberal y sostendrá su solidaridad con otra que, por el contrario, acabe con la opresión del campo y les otorgue a los

¹²⁰ En un artículo editorial aparecido el 23 de setiembre de 1869, a menos de dos meses de su fundación, se decía que ese periódico era el “único diario que ha sostenido con perseverancia los intereses de la campaña” (Citado por Halperín Donghi, 1985: 223). Aunque, como explica Halperín Donghi, ese editorial dio pie a muchos estudiosos de la obra literaria de Hernández a leer sus artículos en ese medio buscando una continuidad ideológica entre ellos y el *Martín Fierro*, la verdad es que ese no parece haber sido el único papel cumplido por Hernández en el complejo medio político de su tiempo (223-224).

habitantes de la campaña su merecida posición de ciudadanos de la República¹²¹. La belicosidad de los sesenta, sin embargo, se irá relajando durante la década siguiente, entre la publicación de la primera (1872) y segunda parte (1879) de su *Martín Fierro*. Hernández se suavizará y abogará a favor de la reforma institucional mediante la acción política y no a través del enfrentamiento armado (Slatta: 188). Eso se nota, por ejemplo, en la transformación de Fierro, que, entre *La ida* y *La vuelta*, pasa de estar al margen de la ley (*outlaw*) a ser un paisano práctico en busca de estabilidad y aceptación social. Esa moderación también dominará su discurso acerca de la política de cambio bajo la consigna de paz y organización lanzada por el general Roca después de la federalización de la provincia de Buenos Aires.

No obstante, *Vida del Chacho* fue escrita en 1863, durante su periodo de federal recalcitrante. Este libro vio la luz como una serie de artículos en *El Argentino* del Paraná inmediatamente después de los hechos de Olta. Esos artículos fueron compilados como folleto el

¹²¹ Lo que sigue notándose en *Martín Fierro*. A propósito de esa obra, Juan Pablo Dabove dice lo siguiente: “[...] the position of the outlaw as narrator and solitary hero of the narrative had a political thrust with huge repercussions since it was intended to overlap with that of the letrado as author in opposition to the state (Hernández was a political outcast when he wrote *La ida*) and in vindication of rural society (he had been a supporter of the last large rural uprising, the López Jordán rebellion in Entre Ríos)” (167). Siendo que los gauchos no eran considerados ciudadanos (cfr. *Facundo y Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*), la voz de Fierro en el poema de Hernández es una subversión simbólica de esta situación. De hecho, a diferencia de otros personajes gauchescos, como Aniceto el Gallo (Ascasubi) o Anastasio el Pollo (Del Campo), Fierro es el único que es verdaderamente un *alter ego* de su inventor (Halperín Donghi, 1985: 286).

1 de diciembre de 1863. Como en “Las dos políticas” de Andrade, es una obra que postula una historia alternativa a la versión oficial: una en la que los caudillos aparecen como los verdaderos héroes mientras que los liberales porteños, los causantes del atraso y del terror. Dado que los liberales habían dividido al país en vencedores y vencidos (cfr. “La fusión”, publicado el 7 de marzo de 1863 en *El Argentino* y citado por Halperín Donghi, 1985: 31) y habían antepuesto los intereses partidarios a los de la ley, Hernández celebraba el retorno de Peñaloza a la disidencia como un ejemplo del rechazo popular a la política de facción. Sin embargo, en esta nueva versión de la literatura de facción, los papeles están invertidos porque son los caudillos federales, con Peñaloza a la cabeza, los agentes del republicanismo.

El asesinato del Chacho desvanece el optimismo inicial de Hernández junto con las esperanzas del proyecto patriótico federal. Hernández y los federales ven la rapiña del partido liberal — decidido a expandir por la fuerza lo que había conquistado por una debilidad política de Urquiza¹²² — el renacimiento del rosismo. Pasada Pavón, Mitre no pudo conciliar

¹²² A pesar de que el ejército de la Confederación había hecho varios avances significativos y que Urquiza contaba con una reserva de 4000 hombres que no habían luchado todavía, el caudillo entrerriano se retiró inexplicablemente del campo de batalla y no volvió a regresar al combate. De hecho, Urquiza había dado muestras de su conducta ideológica errática apoyando a la Constitución de 1853, la cual creó un marco institucional que favoreció a Buenos Aires en desmedro de los intereses de las provincias. Pavón fue un paso definitivo en esa línea. Habiéndose declarado ganador, Mitre negoció con Urquiza un acuerdo de paz totalmente favorable a los intereses porteños. Esa inexplicable posición política de Urquiza sería mantenida a lo largo de la década y lo llevaría a su catastrófico final durante el alzamiento jordanista en 1870.

pacíficamente el anhelo del Estado nacional con el de las autonomías provinciales, así que la victoria de su ejército solo podía consolidarse a través de conflictos armados (Lettieri: 129). Con el retiro voluntario de Urquiza, los jefes nacionales y los caudillos aliados al gobierno de Buenos Aires fueron sometiendo a las provincias y nombrando autoridades aliadas con la causa porteña. Por eso, la ejecución de Peñaloza quedó grabada en el imaginario del Interior como el pico de esta ofensiva llevada a cabo entre 1862-1864 por el ejército mistrista. Sin embargo, a pesar de todo, Mitre tampoco logró consolidar políticamente lo que había conseguido en el campo de batalla, como lo prueba su derrota en Buenos Aires a manos de Adolfo Alsina, líder del partido Autonomista. Los federales habían perdido a su líder Urquiza, quien había optado por una política suicida:

El general Urquiza vive aún, y el general Urquiza tiene también que pagar su tributo de sangre a la ferocidad unitaria, tiene también que caer bajo el puñal de los asesinos unitarios, como todos los próceres del partido federal (132).

A propósito del asesinato de Peñaloza, *Vida del Chacho* desenmascara una política a todas luces incoherente con la realidad argentina y busca probarlo mediante la exposición de un patrón consistente desde los tiempos rivadavianos. Empieza acusando una metira y denunciando una conspiración. Hernández sostiene que el Chacho no murió el 12 de noviembre, como oficialmente se declaró, sino el 8, y que el gobierno nacional disfrazó un asesinato a traición como una muerte en legítima batalla. Incrusta las implicancias de esa tergiversación dolosa en el contexto de que la competencia entre el gobierno de Buenos Aires y el de la Confederación suponía — además de conquistar el monopolio de la violencia — imponer un modelo nacional en concordancia con una cierta representación simbólica de él. Buenos Aires, que había transformado el logro de Caseros en una consecuencia exclusiva del martirio de sus propios

héroes y el retiro de Urquiza y sus fuerzas del campo de batalla de Pavón en una victoria contundente, intentaba de nuevo voltear los hechos a su favor. Por tanto, esa acusación de Hernández, formulada en un momento de plena conciencia histórica, clamaba, por un lado, justicia, y, por otro, una enmienda.

La primera línea del texto — “Los salvajes unitarios están de fiesta” — conjura el episodio más traumático de la historia de la joven república argentina y convierte en presente lo que se consideraba pasado y superado. Más aun, en la versión unitaria-liberal, el rosismo había sido caracterizado como un paréntesis en la historia nacional, un hiato entre la “feliz experiencia” rivadaviana y 1852. Pasado Pavón, la década que había transcurrido entre Caseros y el presente empezaba a ser considerada un periodo de transición y asentamiento en el que había sido necesario aniquilar los levantamientos de algunos caudillos epigonales. Por su parte, Hernández no ve en el rosismo un hiato, sino la consecuencia de la política unitaria puesta en marcha desde la década de 1820. No consigna un corte, sino que traza una línea que descubre la continuidad entre la tiranía rosista y esta nueva impuesta con Pavón. Asimismo, desde el punto de vista federal, el derrocamiento de Rosas fue un triunfo del anhelo federal provincial sobre la hegemonía porteña y los conflictos armados entre Caseros y Pavón, batallas de esa misma campaña. Así, ese inicio dramático introduce lo que será tesis en las secciones siguientes, a saber, la idea de que el partido unitario-liberal no es menos funesto que el rosismo y que, por lo tanto, la Argentina sigue sumida en la tiniebla.

La retórica de *Vida del Chacho* dramatiza esa tesis. Ella actualiza el discurso faccioso del combate antroista, pero lo emplea para caracterizar el desempeño del ejército porteño post-Caseros en su avance en el Interior. Los motivos familiares — tales como el martirio, el degüello, la traición, el fratricidio, la violencia espectacular — exponen la profunda afinidad

entre el rosismo y el partido que construyó su prestigio combatiéndolo. Sin embargo, los roles están invertidos porque, mientras que “el partido que invoca la ilustración, la decencia, el progreso, acaba con sus enemigos cosiéndolos a puñaladas” (131), los federales — los bárbaros de antes — luchan defendiendo con empeño su pacto con la patria sellado en 1852. El partido unitario es representado como un monstruo que

[v]uelve a todos lados su rostro sangriento, sus ojos inyectados de sangre, sus manos manchadas con sangre de hermanos; y sus ojos están siempre buscando una víctima, y sus manos van siempre a cebarse a las entrañas de sus enemigos.
(132)

Y que acaba de cobrar una nueva víctima, Peñaloza, que engrosa la lista de mártires federales: Benavides¹²³ y Virasoro¹²⁴, y, antes de ellos, Manuel Dorrego¹²⁵:

¹²³ Nazario Benavídez, caudillo sanjuanino, fue asesinado en prisión en medio de una revuelta para liberarlo. Había sido arrestado por órdenes del gobernador interino Manuel José Gómez Rufino, unitario porteñista, como una medida desesperada para intentar frenar por la fuerza e inmediatamente una manifestación pacífica de apoyo a la legislatura provincial mayoritariamente federal y benavidista recién electa. El gobierno unitario de la provincia, alterado por este desbalance legislativo, intentó anular las elecciones, lo que llevó al pueblo a asistir masivamente a las asambleas de la Legislatura, a manera de respaldo. Aprovechando esta situación a su favor, los unitarios acusaron a Benavídez de azuzar a la gente en contra del gobierno provincial, por lo que el gobernador ordenó su arresto inmediato. Cuando se supo de su crudelísimo asesinato en la prisión — le dispararon, lo apuñalaron, arrojaron su cuerpo por una ventana del segundo piso a la calle, lo desnudaron y lo dejaron tirado para escarnio de la población —, Urquiza nombró a José Antonio Virasoro máximo jefe de las fuerzas que intervinieron a la provincia; declaró la

guerra a la rebelde Buenos Aires, conspiradora en todos estos hecho, lo que finalizó con el triunfo del gobierno nacional en Cepeda.

¹²⁴ El asesinato de José Antonio Virasoro, caudillo correntino nombrado gobernador de San Juan luego de la intervención federal en la provincia tras el asesinato de Benavídez, fue el corolario de las tensiones entre el gobierno nacional y el partido unitario/liberal porteño tras Cepeda. Tras esa batalla, las conversaciones entre Buenos Aires y el gobierno nacional se truncaron y el sometimiento de la provincia secesionista no estaba destinado a durar. El problema pendiente de San Juan se volvió el detonante de otro conflicto que terminó con su derrocamiento y asesinato, y con otro estallido que acabó en Pavón.

¹²⁵ Miembro de la oposición federal en Buenos Aires. Fue gobernador de esa provincia en dos ocasiones, 1820 y, de nuevo, en 1827 -1828. La segunda vez, asumió el poder en medio de una crisis internacional, la guerra con el Brasil, e interna, los debates acerca de la Ley de Capitalización, aquella que separaba la ciudad de la provincia y la nombraba capital de la nación. La oposición acérrima a esa ley se sustentaba en el hecho de que, al separar la provincia de la ciudad, la segunda perdía su mayor fuente de ingresos. Durante el periodo de su segunda gobernatura, Buenos Aires tomó la posta dejada por la renuncia a la presidencia de la nación de Rivadavia y de su sucesor iterino Vicente López y Planes, y la disolución del Congreso nacional. A Dorrego le tocó pactar la paz con Brasil a costa de la pérdida definitiva de la Banda Oriental, actual territorio uruguayo. Debido a la tenaz oposición de sectores importantes de la provincia, Dorrego fue depuesto el 1 de diciembre de 1828 en medio de un alzamiento liderado por el general unitario Juan Lavalle. Fue fusilado y su muerte condujo a una revuelta que fue sometida con el nombramiento de Juan Manuel de Rosas como nuevo gobernador de Buenos Aires.

Este es el tronco genealógico de todas las desgracias que hasta ahora vienen afligiendo a nuestra patria. De allí parten nuestros males.

La sangre del coronel Dorrego fue la primera que se derramó alevosamente en nuestra guerra civil. Hasta hoy ha sido la última la del general Peñaloza (143).

Por eso, Hernández es muy crítico acerca de la actitud conciliadora de Urquiza y de su propuesta sobre “la fusión” de partidos políticos¹²⁶. Para él, es inconcebible transar una alianza con un partido que sistemáticamente ha defendido una actitud contraria a la conciliación y cuya política ha beneficiado únicamente sus intereses a costa de la unidad nacional. Para demostrarlo, Hernández deslinda entre servidores a la patria y depredadores de ella, y elabora su argumento sobre la base de la oposición y el contraste. Opone a Peñaloza — cuya biografía entrelaza a la Historia nacional¹²⁷ — a Sarmiento, el epítome del partido liberal. Aquella es, si duda, una paridad sugestiva considerando que, para desarrollar este argumento, Hernández se vale de los motivos de la narrativa facciosa antirrosista, cuyo tono y convenciones fueron fijados en el *Facundo*.

Hernández pasa revista a la genealogía de sus mártires y el recuento de atrocidades cometidas por el partido unitario-liberal para probar su sistemática política del terror. El primero

¹²⁶ En el prólogo, Hernández profetiza el asesinato a traición de Urquiza: “El general Urquiza vive aún, y el general Urquiza tiene también que pagar su tributo de sangre a la ferocidad unitaria, tiene también que caer bajo el puñal de los asesinos unitarios, como todos los próceres del partido federal” (132). En efecto, Urquiza muere siete años después, aunque a causa de una mano federal.

¹²⁷ “Bosquejar, pues, la vida de Peñaloza es hacer una triste relación de nuestra luctuosa historia” (141).

de los episodios de traición unitaria le corresponde a Rivadavia. El presidente Rivadavia le había encargado a La Madrid que organizara un regimiento en la provincia de Catamarca. La Madrid sacó ventaja de su disponibilidad de tropas para derrocar a López y sustituirlo como gobernador de la provincia de Tucumán. En lugar de intervenir para restaurar el orden político, Rivadavia ignoró el asunto debido a que La Madrid había declarado seguir sometido a la autoridad del gobierno nacional. El caudillo riojano Quiroga decidió tomar cartas en el asunto declarándole la guerra a La Madrid y resolviendo el conflicto a su favor en Palmas Redondas y Tala en 1826, batalla en la que el Chacho recibió aquella herida famosa por la que fue ascendido a capitán de milicias. El siguiente episodio de guerra civil lo vuelven a provocar los unitarios cuando el general Lavalle lidera la revolución del 1 de diciembre de 1828 que acabó con el derrocamiento y fusilamiento del gobernador federal de Buenos Aires Dorrego. De ahí en adelante, el Chacho incrementará su prestigio en sus sucesivos enfrentamientos contra el general Paz en el Interior. En la década del cuarenta, cuando se haya unido a los unitarios en su lucha contra Rosas, llevará a cabo una campaña solitaria de resistencia luego del fracaso de Lavalle en 1840:

El, solo, entonces, sin más elementos que su prestigio, sin más tácticas que la que le aconsejaba su genio, luchó diariamente, durante tres meses consecutivos, contra numerosas fuerzas que se le oponían de los ejércitos del general Oribe, el padre Aldao y el general Benavides (150).

Fue, principalmente, en esa campaña donde Peñaloza acumuló el prestigio que fundó su capital simbólico y cuyo servicio fue retribuido por los unitarios a puñaladas “ en el mismo teatro de sus hazañas” (151).

Junto con la de Sarmiento, esta semblanza del Chacho hecha por Hernández es una de las dos biografías publicadas y conocidas en los ochenta. Son, sin el menor atisbo de duda, las dos

fuentes que alimentan el ciclo de folletines dedicados a Peñaloza publicados por Gutiérrez a mediados de esa década. Dado que Gutiérrez celebra a Peñaloza como a un mártir, es evidente que el modelo de su versión hagiográfica de ese caudillo riojano viene de Hernández. Sin embargo, siendo Gutiérrez un porteño recalcitrante y el autor de *La muerte de Buenos Aires*, una crítica durísima a la federalización de Buenos Aires (a favor de la cual se había pronunciado Hernández en más de una ocasión), esta coincidencia entre dos individuos que se encuentran en lugares políticos diferentes y opuestos es, por lo menos, paradójica: ¿cómo conciliar dos proyectos que postulan lo contrario?

A diferencia de Hernández, Gutiérrez no defiende el federalismo que, en su época, representaba Roca. Ya se ha visto que, para él, el roquismo era una vuelta a la época más oscura de la historia republicana argentina. Además de *La muerte de Buenos Aires*, Ignacio Monges — publicado en 1886, año del traspaso de mando a Miguel Ángel Juárez Celman — es otro folletín en el que también elabora la continuidad entre el rosismo y el roquismo. El correntino Monges, quien padeció el abuso federal desde la cuna, concluye su vida de servicio a la patria con un atentado contra Roca. Luego de haberlo visto desfilar con uniforme de gala junto con la plana mayor de aquel gobierno “[...]que había arruinado a mi provincia, imponiéndole un gobierno de bárbaros que había empezado por arrebatar la fortuna a los liberales y había concluido por arrebatar las libertades públicas” (102), Monges no pudo evitar sentirse burlado. Así que, en el momento en que el presidente Roca iba a entrar al Congreso, aprovecha la oportunidad y lo hiere de una pedrada. Cuando la policía le pide una explicación, Monges responde lo siguiente:

— ¿Y qué motivos ha tenido usted para herir al Presidente, tratando de matarlo?

— El mal que ha hecho a mi Provincia y a la Nación entera. Creí, pues, que matándolo haría un bien a la patria, y sabiendo a lo que me exponía, en el pleno goce de mis facultades, lo hice . (110)

Esa declaración de Monges prácticamente cierra la carrera de folletinista de Gutiérrez. En medio de una nueva sucesión presidencial que le recuerda la transferencia de mando entre Nicolás Avellaneda y Roca, el autor de *Ignacio Monges* opta por ratificar sus creencias políticas.

Sin embargo, aun estando en extremos ideológicos y políticos opuestos, Hernández y Gutiérrez apelan al mismo héroe para sostener causas diferentes. Ambos caracterizan a Peñaloza como un defensor de la libertad, más específicamente, de las libertades provinciales; satanizan a Mitre y a su ejército; y usan la Historia para sustentar su tesis. No obstante, Gutiérrez relee a Hernández de una manera parecida a como este se apropia del discurso unitario para barbarizar a sus líderes de acuerdo con sus propios estándares. El folletinista, por su parte, hace del Chacho un héroe unitario y convierte a La Rioja en una metáfora de Buenos Aires. Peñaloza cumple, pues, el rol simbólico del héroe unitario que no hubo en la rebelión tejedorista de 1880.

Gutiérrez se apropia del Chacho y descontextualiza su historia de la reflexión federal. En una lectura como la de Andrade y Hernández, la defensa de la libertad provincial no se entiende fuera del conflicto entre las provincias y Buenos Aires. En Gutiérrez, tal enfrentamiento no existe. Por eso, no es incongruente su posición ante Mitre. Y es que, siendo un autonomista, Gutiérrez está, políticamente, del lado de Adolfo Alsina, el enemigo de Mitre¹²⁸.

¹²⁸ Está de su lado en el contexto específico que señalo. A mediados de los setenta, Alsina se alía con Nicolás Avellaneda y, una vez electo presidente, se vuelve su Ministro de Guerra.

Aunque Gutiérrez cumple su servicio militar bajo sus órdenes, ante el abandono de su candidatura, el folletinista decide pasarse a las filas del Partido Nacionalista de Mitre.

3.2.2. Vandalismo riojano: la mirada unitaria-liberal.

3.2.2.1. La guerra policial: *El Chacho: último caudillo de la montonera de los llanos* (1867) de Domingo Faustino Sarmiento.-

Sarmiento escribió *El Chacho: último caudillo de la montonera de los llanos* varios años después de la muerte de Peñaloza y del texto de Hernández en 1867. Lo hizo — vísperas de su candidatura como sucesor presidencial de Mitre¹²⁹ — como una defensa necesaria del rol que le tocó cumplir como gobernador de San Juan (1862-1864) y de su participación en ese acontecimiento. Debido a que la ejecución del Chacho Peñaloza se había convertido en su estigma, era muy importante que se disociara de aquella imagen que lo caracterizaba como un asesino cuya sed de sangre lo igualaba al más feroz de los mazorqueros¹³⁰ (cfr. *Vida del Chacho*). No obstante este componente personal, *El Chacho* es la continuación y la clausura del drama histórico del que da cuenta su *Facundo* (Dabove, 2007: 75) y la obra que cierra su trilogía de bandidos dedicados a los caudillos riojanos Quiroga y Peñaloza, y el mendocino Fray Félix de Aldao. Comparada con la de Hernández, este texto no es ni una diatriba ni un panfleto porque se nota también que lo anima la necesidad de comprender el carisma del caudillo riojano: “¿qué movió a las poblaciones campesinas de La Rioja, San Juan, San Luis, etc. a sumarse a Peñaloza y a resistir las tropas del gobierno?”.

¹²⁹ Debido a la turbulencia levantada por el asesinato de Peñaloza y a su mala gestión como gobernador de San Juan, el presidente Mitre, en un intento por apaciguar las aguas, designó a Sarmiento embajador argentino en Estado Unidos en abril de 1864.

¹³⁰ Félix Luna cuenta que, aun en pleno siglo XX, “[e]l aniversario de su muerte [la del Chacho] sirve para alquitranar copiosamente las estatuas de Sarmiento [...]” (165).

La tesis de *El Chacho* es la de *Facundo*, a saber, el estilo de vida que impone la geografía de la campaña todavía es, en tiempos de Peñaloza, la causa del atraso y el desfase en el interior de la República Argentina. El “desierto” — “[...] el espacio que cubren los llanos de La Rioja, las lagunas de Huanacache, hasta las faldas occidentales de dichas sierras” (35) — sigue siendo empleado como la metáfora que describe una vasta parte del territorio nacional no afectada por la modernización y sumida en prácticas socio-económicas premodernas. Considerando que eran tierras bastante pobladas, este oximorón apuntaba, en realidad, a la circunstancia de que sus habitantes no eran, en la práctica, ciudadanos de la República, es decir, no tenían agencia política¹³¹. Los caudillos, amos y señores feudales de esas tierras, ejercían, entonces, una dominación autoritaria y no un gobierno que fuera conmensurable a las prácticas republicanas. Sin embargo, debido a su vasto poder militar, eran una competencia lo suficientemente relevante como para amenazar el *status quo* republicano impuesto desde la ciudad.

Hacia 1862, tal como lo ve Sarmiento, el país seguía siendo el espacio de disputa entre civilización y barbarie, los dos términos que caracterizaban a cada uno de esos órdenes de cosas:

¿Cómo se explicaría, sin estos antecedentes, la especial y espontánea parte que en el levantamiento del Chacho tomaron no solo los Llanos y los pueblos de La

¹³¹ No lo eran desde la perspectiva del proyecto de refundación de la República impuesto por la Generación del 37, la que imaginaba a la Argentina como una tábula rasa donde debían edificar desde cero la nación anhelada. Sin embargo, no obstante sus creencias, en la práctica existía una participación política real de las masas populares rurales y urbanas sostenida a través del voto, las fiestas públicas y las actividades asociativas (Véase la sección dedicada a “Expresiones, identidades y prácticas políticas” en el capítulo 9 de *Nueva historia Argentina. Revolución, República, Confederación (1806-1852)*. Tomo III).

Rioja, sino los laguneros de Guanacache, los habitantes de Mogna y Valle Fértil, y todos los habitantes de San Juan diseminados en el desierto que se extiende a este y norte de la ciudad, ya hasta el pie de las montañas por la parte sur, con el Flaco de los Berros que tanto dio que hacer? (40).

En medio de ese paisaje, San Juan aparece representado como el último bastión civilizatorio en el Interior. Luego de que el terremoto de 1861 arrasara a la provincia vecina de Mendoza, aquella provincia se encontraba en una difícil posición dentro de la región. Por eso, habiendo sido un lugar próspero en el que Sarmiento se había educado, ahora “[...] era, como Mendoza en lo material, un montón de escombros en lo moral” (48) debido a los sucesivos gobiernos que no habían sido agentes de la sociedad, sino de intereses privados disociados de la comunidad (49).

Dentro de este panorama, pues, las ciudades — centros de civilización — estaban esparcidas en el territorio, muy separadas entre ellas. Esa distancia, de acuerdo con Sarmiento, era una de las razones más poderosas por la que, por un lado, la barbarie continuaba siendo motivo de preocupación y, por otro, la explicación de que ella fuera capaz de alterar espacios civilizados como San Juan. De hecho, dado que esas circunstancias habían acabado institucionalizándola en las provincias, una reflexión como la del *Facundo* seguía siendo actual. No obstante, pese a sus avances, la barbarie solo alcanzaba a ser un remedo de la civilización de la misma manera que “[...] el caballo es el ferrocarril que suprime las distancias” (34) en La Rioja. Así, aunque el caudillismo intentaba pasar como gobierno legítimo, en realidad los caudillos seguían siendo meros jefes de gavillas:

[...] siempre que usemos la palabra caudillo para designar un jefe militar o gobernante civil, ha de entenderse uno de esos patriarcales y permanentes jefes que los jinetes de la campaña se dan, obedeciendo a sus tradiciones indígenas, e

impusieron a las ciudades, embarazando hasta 1862 la reconstrucción de la República argentina [...] (34).

A diferencia de Hernández, para quien el Chacho era un epítome de republicanismo, Sarmiento lo reduce a la condición de un paisano prosaico e irrelevante, una sinécdoque de su ambiente, cuya presencia solo ha contribuido al atraso y a socavar los verdaderos avances republicanos. La semblanza de Sarmiento es, a todas luces, una descripción desmitificadora que pone en entredicho las virtudes más sobresalientes y celebradas por los federales. En primer lugar, desbarata su prestigio militar: “[...] contribuido no poco, con su falta de disciplina y ardimiento a perder la batalla”. En seguida, aclara que es verdad que “[a] pocos ha hecho morir por orden o venganza suya, aunque millares hayan perecido en los desórdenes que fomentó” (30) y que “todos los degüellos, salteos y asesinatos que tuvieron lugar después, sin que pueda culpársele de ordenarlos, obtuvieron siempre la bondadosa y obtemperante indulgencia del Chacho” (31-32)¹³². Finalmente, Sarmiento lo califica como “jefe de bandidos”:

[...] este jefe de bandas que subsiste treinta años, no obstante los cambios que el país experimenta y mientras los gobiernos que los emplean o toleran sucumben, fue derrotado siempre que alguien lo combatió, sin que se sepa en qué encuentro fue feliz, pues de encuentros no pasaron nunca sus batallas, sin que esta mala

¹³² Salvador de la Colina (1851-1922), en *Crónicas riojanas y catamarqueñas*, escribe lo siguiente: “[s]e ha dicho que era un hombre bueno, de sanas intenciones, e incapaz de delinquir. Son dignos de aplauso los sentimientos de conmiseración y de piadoso olvido, pero si se ha de hacer historia y no novela, es necesario decir la verdad y hacer justicia. No está probado que el Chacho ordenara directamente un homicidio, un saqueo, ni atropello alguno de carácter personal, pero sí lo está que era apañador perpetuo de todos esos delitos” (30)

estrella disminuyese su prestigio con los que lo seguían, ni su importancia para los gobiernos que lo toleraban (32).

De hecho, para Sarmiento, siendo la montonera una expresión de la “primitiva organización humana de la tribu nómada, en [un] país que había vuelto a la condición primitiva de la Asia pastora” (33), aquella es la prueba fehaciente de que, aun después del rosismo, la Argentina sigue siendo el país en el que conviven el siglo XIX y el siglo XII. Y explica que

[c]uando en 1853 hubo de darse una constitución federal, el Congreso se encontraba con un caudillo de provincia dueño del poder que llamaban nacional, sostenido por los mismos caudillos que habían, como él, apoyado la larga tiranía de Rosas (42).

Desde un extremo ideológico opuesto al de Hernández, Sarmiento, como él, admite en el presente una continuidad con el rosismo. Sin embargo, a diferencia del periodista federal, Sarmiento no está desenmascarando a nadie, sino señalando lo evidente: Urquiza, el caudillo entrerriano vencedor de Rosas en Caseros y flamante presidente de la Confederación, no ha roto con el rosismo ni ha inaugurado un nuevo periodo en la historia argentina. Por el contrario, su actitud permisiva respecto de Peñaloza, señor de La Rioja, había sumido a San Juan, por ejemplo, en años más oscuros que los vividos durante la dictadura debido al avance de la montonera chachista. En *El Chacho*, San Juan cifra una situación en el Interior que no se correspondía con sus expectativas acerca de la reconstrucción nacional. Por eso, era necesario sofocar la montonera desde su fuente misma.

El conflicto final con Peñaloza, asunto central del texto, se originó debido a un problema de policía, como lo explica el mismo Sarmiento en una misiva dirigida al Chacho:

Cuando un Agüero, sanjuanino, a quien mi gobierno no había perseguido, asilado en los Llanos, entró en las Lagunas y las saqueó de ganados y caballos, llevándose el botín a los Llanos, estropeando y robando de su dinero y propiedades a varios transeúntes, entre ellos dos franceses, el gobierno de San Juan reclamó como era su deber, pidiendo los reos de un delito cometido en su jurisdicción. No era este un acto de guerra pues Ud. mismo estaba en paz y reconocía las autoridades nacionales y provinciales. Ordenándole a Ud. su gobierno contuviese a esos ladrones, Ud. contestó que habiéndolos desarmado, creía mejor perdonarlos que castigarlos, y esos mismos ladrones son los que más tarde invadieron, por orden de Ud. Río Seco, Río de los Sauces, San Francisco, etc. (98)

Sarmiento se niega a pactar la paz con Peñaloza porque no existe una guerra entre fuerzas conmensurables, sino la persecución de unos criminales. Sarmiento acusa al Chacho de intentar disfrazar una criminalidad flagrante bajo la modalidad de la revuelta popular. Peñaloza apela a lo que Sarmiento considera su dudosa dignidad de General de la Nación transformar simples fechorías en algo diferente. El Chacho no defiende ninguna forma de gobierno, sino, por el contrario, usurpa la autoridad de los gobiernos y dispone como suya la propiedad de sus vecinos. Por lo tanto, la ejecución del Chacho no es otra cosa que el castigo ejemplar estipulado por ley para los casos de vandalismo llevado a cabo siguiendo los procedimientos normales para “castigar a los salteadores” “por medios ejecutivos que la ley ha provisto”: “La palabra *outlaw*, fuera de la ley, con que el inglés llama al bandido, contiene todo el procedimiento. Las ordenanzas lo tienen, autorizando a los comandantes de milicia a ejecutar a los salteadores. Ciertas palabras tienen valor legal” (117).

Habiendo sido escrita después de la batalla de Pavón y en medio del asentamiento del gobierno nacional liderado por Mitre, Sarmiento encuentra su lugar en un nuevo momento de refundación. Como explica Dabove, a diferencia de *Facundo* — escrito desde la proscripción en Chile —, *El Chacho* — escrito vísperas de su nombramiento como sucesor de Mitre en la presidencia de su país — tiene una inflexión diferente, a saber:

Peñaloza is the nemesis of Sarmiento himself, the counterfigure, the position in relation to which Sarmiento legitimizes himself not as a letrado that imagines nations (as with the exiled letrado of *Facundo*) but as the letrado who builds states (2007: 79).

La muerte de Peñaloza — de la que se reconoce plenamente responsable dentro de un marco muy claro de legalidad — concluía, al fin, con “la montonera de los Llanos que principió Quiroga en 1826 y continuó sus depredaciones con el Chacho hasta 1863” (114-115).

Finalmente, el Estado-nación empezaba a ser una realidad.

Gutiérrez les devuelve a Peñaloza y a su montonera el estatus de insurgencia popular que Sarmiento les había negado. En su ciclo, el Chacho es, pues, no solo un sujeto con agencia política, sino, sobre todo, un mártir de la patria. Discute la versión de Sarmiento echando mano a los argumentos con los que el federalismo defendía a su héroe máximo. Sin embargo, hablando de la relación entre Gutiérrez y Hernández, había dicho que esa coincidencia no arriesgaba el compromiso del folletinista con su provincia.

La distancia con Sarmiento es algo que puede rastrearse en sus ciclos históricos sobre Rosas y Peñaloza, así como en *La muerte de Buenos Aires*. En el prólogo de esta última, por ejemplo, se lee lo siguiente:

La provincia de Buenos Aires pasaba por una situación tirante, cuyo resultado forzoso debía ser un estallido.

Había visto sus derechos de pueblo libre arrebatados y sus libertades escarnecidas, teniendo que soportar un sucesor dejado por el señor Sarmiento, que le nombraba un mandon de comedia, suplantando sus derechos de elegirse su propio gobierno [...] Así en la mente de aquel hombre que tramaba uno de los más grandes delitos contra la patria, no turbó la acción de su plan, ni la evidencia de la ruina ó de la muerte de ese pueblo (4).

Gutiérrez le increpa a Sarmiento lo que este le echaba en cara a Peñaloza, a saber, la supresión de las libertades de un pueblo a costa de un derramamiento de sangre encarnizado y azuzado por sus propias ambiciones. Esa síntesis que convierte a Sarmiento en responsable del roquismo — dejando de lado los vaivenes políticos del sanjuanino — alude a la serie de alianzas iniciadas en los sesenta entre una parte del liberalismo porteño, identificada con Mitre, con el federalismo provincial. La consecuencia de ello fue la pérdida de la soberanía de Buenos Aires y su asimilación a la potestad del gobierno nacional en el ochenta.

Pese a que los federales acusaban a su líder de haber traicionado a su partido en beneficio de Buenos Aires, los opositores de Mitre en Buenos Aires le reclamaban algo parecido. La oposición, que se organizó como Partido Autonomista, tampoco veía con buenos ojos el acercamiento entre Mitre y Urquiza. Más aun, la tensión se hizo mayor debido a su dependencia de oficiales provincianos de dudosa fidelidad, como los hermanos santiagueños Taboada que ayudaron a engrosar al ejército con el que se lanzó a la reconquista del Interior, la guerra con el Brasil y la guerra de la Triple Alianza. Sin recursos para poder controlar la situación en Buenos Aires, Mitre tuvo que apelar al Gobierno Nacional como su base política alternativa a la pérdida

de la influencia de su Partido de la Libertad en la provincia porteña. Esto último lo llevaría a formular una propuesta que colocaba a la provincia de Buenos Aires bajo la administración nacional (Halperín Donghi, 1995: 58) y que significó su muerte política en su provincia. Su política orientada a alcanzar resultados a corto plazo lo llevarán a un doble fracaso: por un lado, su candidato Elizalde pierde la presidencia frente a Sarmiento y, por otro, él mismo pierde las elecciones para gobernador de Buenos Aires frente a Alsina. Luego de que Mitre le ha dejado el campo libre, Sarmiento entrará en escena y abrirá el camino que desencadenará los sucesos del ochenta.

En la historia republicana argentina, Peñaloza es un veterano de casi todos los enfrentamientos importantes de las guerras civiles acaecidas en sus cuarenta años de vida consagrada al servicio de La Rioja y de su patria. Es la figura constante en las campañas armadas de resistencia contra la tiranía de Rosas y el “autoritarismo” de Mitre. Peñaloza es un símbolo de la persistencia de una idea imperturbable cuyos sucesivos levantamientos populares prueban históricamente la existencia de un modo de organización nacional “innato” a la Argentina. Por eso, recuperado como héroe que defiende la causa porteña de Gutiérrez — que no es otra que aquella que defiende las libertades de las provincias — era, pues, necesario recuperar el vínculo entre el Chacho y el pueblo riojano. Asimismo, era importante identificar la “causa del pueblo” con aquella que defendía la libertad soberana de las provincias.

4. El ciclo de Peñaloza de Eduardo Gutiérrez.-

En la serie de folletines históricos sobre el caudillo riojano Ángel Vicente Peñaloza, a saber, *El Chacho*, *Los montoneros*, *El rastreador* y *La muerte de un héroe*, “caudillo” es una noción problematizada que debe ser reformulada. Se había visto que, en *Memorias póstumas*

(1855) del brigadier general José M. Paz, el caudillo representaba una fisura en el proyecto nacional como resultado de la incompatibilidad entre las aspiraciones de la minoría ilustrada y las de la masa ignorante y que en, *Facundo* (1845), cifraba el enfrentamiento entre dos modos de vida colectiva diferentes, a saber, las ciudades que viven en el siglo XIX y el campo suspendido en el siglo XII. Ahora, es mi propósito probar que, en estos folletines, Gutiérrez elimina la brecha entre el caudillo y la nación, y que lo inserta en la historia nacional como un agente positivo y no desestabilizador. Gutiérrez recupera el vínculo entre el caudillo y el pueblo —más precisamente, la causa del pueblo— como la base que legitima la autoridad de esa figura de autoridad.

“Caudillo” es usado en los folletines de Gutiérrez como sinónimo de líder popular. Como “gaucho” en su serie de novelas populares con gauchos, “caudillo”, en sus ciclos históricos, es una noción desterritorializada. Su significado no es esencialmente positivo o negativo, aunque la palabra sigue teniendo dos acepciones. Una describe una relación vertical entre un jefe militar y sus subordinados sostenida en el sometimiento por el terror. La otra refiere a un líder cuyas metas están en armonía con la de sus seguidores y cuya autoridad se sostiene en su capital simbólico basado en un conjunto de virtudes reconocidas y valoradas por ese grupo. Pertenecen al primer grupo el tirano Juan Manuel de Rosas, el caudillo riojano Facundo Quiroga, el caudillo mendocino Fray Félix de Aldao, el general Iseas o el coronel Ambrosio Sandes, oficiales del ejército mitrista. En cambio, el Chacho, el general rosista Nazario Benavídez y el coronel del ejército mitrista José Miguel Arredondo forman parte del segundo.

Debido al peso simbólico que la palabra “caudillo” trae consigo, este proceso de resemantización pasa por varios pasos. Para convertir a Peñaloza en el héroe sin tacha que

Buenos Aires necesitaba, era necesario desembarazarlo de cualquier asociación criminal. Gutiérrez hace del Chacho un emblema de virtud y convierte al Interior en el reservorio moral del país. El enfrentamiento entre la montonera y el ejército deja de ser, por tanto, la persecución de una banda de criminales por las fuerzas del orden y pasa a ser una batalla que pone a prueba el talante moral de los contrincantes. Hay, en realidad, dos batallas. Por un lado, están las campañas históricas contra Rosas y los enfrentamientos entre la montonera y el ejército nacional. Por otro, el duelo simbólico entre Peñaloza y los otros caudillos. Por ejemplo, en *El Chacho* y *Los montoneros*, los dos primeros folletines de la serie, el Chacho y Benavídez están envueltos en una competencia simbólica sostenida en el intercambio de favores. Como se verá, esto será un elemento central en la caracterización de Peñaloza porque permite, por un lado, construir su autoridad en términos positivos y, por otro, crear un terreno simbólico común en el que coinciden personajes que, de otra manera, serían irreconciliables: Peñaloza, Benavídez y Arredondo. Eso reconcilia el hecho de que, por un lado, luchen en bandos diferentes y, al mismo tiempo, busquen alcanzar el mismo objetivo, es decir, el establecimiento de un gobierno nacional que vaya en armonía con los intereses particulares de las provincias.

En tanto encarnación de ese anhelo, Gutiérrez identifica al Chacho con la patria. Para llevarlo a cabo, el autor desarrolla también un doble proceso. En primer lugar, existe un principio de armonía sobreentendido entre la idea de gobierno que defiende Gutiérrez y la forma de ser de la nación. El autoritarismo rosista y mitrista no solo es una deformación de ese gobierno, sino que, además, es una anomalía dentro de lo que la literatura facciosa consideraba su espacio natural, a saber, el campo. La justicia del Chacho y la disciplina de la montonera no los hace conmensurables a cabeza de Estado ni ejército respectivamente. Gutiérrez no imagina a la Argentina como una montonera. Lo que sí se postula es una equivalencia moral entre ellos y

quienes honran su rango. En segundo lugar, el personaje del Chacho tiene una doble dimensión. Por un lado, está la histórica, es decir, su biografía. Por otro, Peñaloza tiene una densidad simbólica equivalente a la del tirano Rosas, pero son figuras totalmente opuestas. Justamente, es esta densidad del personaje lo que permite formular esa identidad con la patria.

Significativamente, si la biografía de Rosas se define por la escisión y la renuncia, la del Chacho está marcada por la continuidad. Aunque su linaje familiar es problemático como el de Rosas, Peñaloza es el tronco de otro simbólico. Los eventos de su vida están entrelazados con los de la patria: la vida de Peñaloza es estrictamente pública. En efecto, no hay un solo evento privado, sino que el espacio por el que transita es público: el campo de batalla.

La figura del Chacho pone la guerra en perspectiva en tanto esclarece lo que verdaderamente se juega en ella. Si Sarmiento le espetaba a Peñaloza haberse puesto fuera de la ley en el momento en que dejó de reconocer a la autoridad nacional, Gutiérrez invierte esa situación porque, en realidad, el Chacho pelea a favor de la autoridad nacional. Ni él ni su montonera buscan convertirse en un aparato paraestatal. Por el contrario, la razón de su levantamiento es la de protestar contra la autoridad que ejerce un poder arbitrario que traiciona el papel que le corresponde cumplir. La montonera chachista, por tanto, no busca derrocar el gobierno nacional, sino eliminar a los malos elementos que lo han convertido en un remedo de sí: Rosas y Mitre han convertido al Gobierno nacional en un autoritarismo oligárquico.

Una marca de esa perversión es el terror. La violencia, tema crucial en los dos ciclos, es una marca de civilización y de barbarie. Peñaloza, tan bravo como el más avezado de los gauchos malos, ejerce una violencia justa. En efecto, si algo distingue al Chacho de Rosas es la manera como ejercen la violencia. El Chacho solo pelea contra la autoridad que detenta un poder irracional que traiciona los intereses de quienes conforman su base. De hecho, su carrera

pública empieza cuando desafía al Alcalde de Guaja por haber encarcelado injustamente a un amigo suyo para poder tener el terreno libre y cortejar a sus anchas a la novia del muchacho. De ahí en adelante, sus luchas serán, fundamentalmente, consecuencia de ese primer acto y consistentes con él. La violencia, de la manera como la ejecuta el Chacho, solo es válida cuando existe un motivo trascendente que la alienta. Eso funciona tanto para la batalla como para la pelea entre paisanos. Tal detalle es importante porque si algo definía a la montonera en el repertorio faccioso de Sarmiento en adelante era su carácter inmanente (Dabove, 2002: 70).

En estos libros, el ejército nacional — tanto al servicio del Estado rosista como del mitrista— está formado como una montonera, es decir, excepto las compañías de ciertos jefes, carecía de la mística y de la disciplina castrenses. En tanto representación del Estado, reflejaba su propio carácter inmanente. *Los dramas del terror* lo habían demostrado repasando una idea consensual, a saber, que el Estado rosista era la encarnación de la voluntad ensimismada del dictador. El ciclo del Chacho, por su lado, busca demostrar que, debajo de las diferencias evidentes, en el fondo, el Estado mitrista era también la encarnación de otra personalidad. Eso ponía al descubierto la continuidad entre los dos periodos que divide las batallas de Caseros e, incluso, Pavón. Eso significa que, pese a sus propias prédicas, el Estado liberal debutante de los sesenta adolecía de los mismos problemas fundamentales del rosismo. Aunque es verdad que uno y otro son inconmensurables, Gutiérrez dramatiza la relación mediante el repertorio de atrocidades cometidas por el ejército nacional montoneril.

4.1. La historia que cuenta.-

El ciclo del Chacho narra la vida pública de Peñaloza desde su primera rebelión en Guaja, su pueblito natal en La Rioja, hasta su asesinato en Olta a manos de un oficial del ejército

nacional mitrista. Los cuatro folletines cubren un periodo que va desde mediados de la década de 1820 hasta 1863, es decir, abarca los gobiernos de Bernardino Rivadavia (1826-1827), Manuel Dorrego (1827-1828), de Juan Manuel de Rosas (1829-1832, 1835-1852), de Justo José de Urquiza (1852 - 1860), de Santiago Derqui (1860-1861) y los dos primeros años del de Bartolomé Mitre (1862-1868).

El primer folletín, *El Chacho* (1884), abarca los años comprendidos entre 1826 y 1852, año de la batalla de Caseros y la firma del Acuerdo de San Nicolás. El Chacho se rebela, por primera vez, contra la autoridad para defender a un amigo a quien el alcalde había infligido un castigo injusto como venganza y treta para quedarse con la mujer del que el pobre paisano estaba enamorado. Ese primer episodio lo lleva a involucrarse en una serie de enfrentamientos armados contra la autoridad local, primero, y provincial, después. Peñaloza los libra airoso y su prestigio se reconoce más allá de los límites de Guaja. Su creciente popularidad llama la atención de Facundo Quiroga, el caudillo más importante de Costa Alta, quien lo llama a su lado y lo incorpora a sus fuerzas. Como lugarteniente de Quiroga, el Chacho pelea de su lado contra los jefes unitarios Lamadrid en Tala (1826) y Ciudadela (1831), y contra el general José María Paz en Tablada (1829) y Oncativo (1830), en el contexto de las guerras civiles entre unitarios y federales en la década de 1820. Juntos logran someter el Interior y conquistar su control para el dictador Rosas. El Chacho rompe relaciones con el tirano luego del asesinato de Quiroga en Barranco Yaco en 1835 porque está convencido de que Rosas es el responsable. De ahí en adelante, se convierte en el líder moral de la resistencia antirrosista y transforma a La Rioja en su último bastión. Combinado con sus enemigos del ayer, Peñaloza participa en la resistencia antirrosista como parte de la Coalición del Norte, asociación de las provincias norteñas, al mando del gobernador de La Rioja, Tomás Brizuela. Esa campaña no tiene éxito y se exilia por primera

vez en Chile. Regresa a la Argentina para liderar una segunda campaña tramada desde Chile, pero el general federal Nazario Benavidez lo derrota y lo obliga a exiliarse de nuevo. Como el Chacho no concibe vivir fuera de la Argentina, retorna por tercera vez y, en esta ocasión, solicita asilo a su antiguo enemigo Benavidez. Peñaloza regresa a La Rioja y allí se queda recluido manteniendo una postura únicamente defensiva para proteger a su provincia de los ataques del caudillo mendocino Félix Aldao. Este primer folletín de la serie termina con una síntesis de los hechos que desencadenaron la batalla de Caseros y la firma del Acuerdo de San Nicolás, evento en el que Urquiza le regala al Chacho el puñal que llevará consigo hasta el fin de sus días.

El segundo folletín, *Los montoneros* (1886), abarca el periodo comprendido entre 1852 y 1863, más precisamente, desde la firma del Acuerdo de San Nicolás y el establecimiento del gobierno provisional de Justo José de Urquiza, el vencedor de Caseros, como presidente de la Confederación Argentina, hasta el asesinato del coronel del ejército nacional mitrista Ambrosio Sandes. Esta segunda entrega está dedicada a un nuevo momento de guerras civiles que conducirán a Pavón (1861), la batalla que puso término a la Confederación argentina e impuso a Buenos Aires como la provincia dominante del país. *Los montoneros* se concentra en los detalles de la guerra de recursos con la que la montonera chachista combatió las fuerzas organizadas por algunos caudillos provinciales de inclinación liberal que luchaban por conservar o tomar el control de las provincias a favor de Buenos Aires durante los cincuentas. Una vez elegido Mitre como presidente, La Rioja vuelve a permanecer como el único bastión de resistencia al avance depredador del ejército nacional mitrista.

El tercer folletín, *El rastreador* (1886), es una vista en detalle de la campaña de Peñaloza contra el ejército nacional mitrista entre 1861 y 1863, y lleva por título la alusión a una de las tantas víctimas del ejército nacional. Se pasa revista a los horrores perpetrados por los miembros

de ese ejército barbarizado en contraste con la montonera civilizada chachista, como lo prueba la anécdota que acompaña la firma del tratado de La Banderita suscrito por Peñaloza y un representante del flamante nuevo presidente Mitre. Llegado el momento de la devolución de los prisioneros, el Chacho presentó a todos los que tenía sin que le faltara ninguno mientras que el representante del ejército nacional tuvo que admitir que no había sobrevivido ninguno de los que había hecho. Esta tercera entrega se detiene en las semblanzas de dos de los más infames elementos del ejército, a saber, el coronel Sandes y “el degollador” Iseas, y en el contrapunto entre los líderes de las fuerzas enfrentadas, el Chacho Peñaloza y Wenceslao Paunero, comandante general del ejército nacional. El folletín termina con la derrota de la segunda campaña del Chacho en la batalla de las Playas.

Finalmente, la cuarta entrega del ciclo del Chacho, *La muerte de un héroe* (1886), abarca la tercera campaña de Peñaloza contra el ejército nacional, es decir, su último año de vida entre 1862 y noviembre de 1863. El folletín pasa revista a las otras rebeliones contemporáneas a la suya lideradas por otros caudillos, tales como Juan Saá, de San Luis, y el catamarqueño Felipe Varela, para distanciar a la del Chacho de todas ellas. Asimismo, entra en escena el coronel José Miguel Arredondo como cabeza del ejército nacional. Su presencia le da una nueva imagen al ejército y equipara la lucha con la montonera en el sentido de que prueba ser un digno rival de Peñaloza. Las victorias del ejército dejan de ser producto del abuso y de estrategias tramposas y se vuelven, en cambio, el resultado de una táctica militar inteligente. La montonera, por tanto, deja de ser un escollo para este ejército remozado y el Chacho muestra los primeros signos de agotamiento desde que empezó su carrera militar a mediados de 1820. Al final, el Chacho se rinde ante un representante de Arredondo confiado en el augurio positivo de ese cambio. Sin embargo, otro miembro del ejército, Pablo de Irrazábal, cumpliendo órdenes de Mitre, lo ejecuta

rendido, lo decapita y deja su cabeza clavada en una pica como escarnio para los montoneros. Al final, la esposa de Peñaloza, su compañera de muchos años en el campo de batalla, debe llevar una vida modesta agobiada por los acreedores de su esposo y sostenida por la generosidad de los seguidores leales del Chacho.

4.2. El restaurador de las leyes: el Chacho Peñaloza en pie de guerra.-

En su entrada sobre Eduardo Gutiérrez en el tercer volumen de *Historia crítica de la literatura argentina*, Dabove sostiene que “[...] podría clasificarse toda o casi toda la obra de Gutiérrez a partir de las diversas acepciones de la palabra ‘bandido’ que en ella se articulan” (300), de los bandidos sociales hasta los criminales. En una primera mirada, los protagonistas de Gutiérrez son *outlaws*: los gauchos fugitivos de sus novelas populares con gauchos, Rosas y sus mazorqueros en *Los dramas del terror* y Peñaloza y sus montoneros en los folletines que incumben a esta parte. Sin embargo, no son equivalentes ni intercambiables porque existen diferencias relevantes. Rosas y los mazorqueros, por ejemplo, son, indiscutiblemente, criminales ante la Ley y ante la ley tal como es entendida por el pueblo. No solo están fuera de la Ley, sino que, además, son extraños y enemigos del pueblo. Los personajes como Moreira y el Chacho, en cambio, son empáticos con él porque, si bien sus acciones son condenadas por la Ley, ellas son justas ante la mirada del pueblo. Sus actos tienen una dimensión moral insoslayable respaldada por la aprobación de quienes se sienten identificados con ellos.

Frente a frente, sin embargo, el gaucho malo Moreira y el caudillo Peñaloza no son idénticos ni cumplen las mismas funciones. La diferencia está, principalmente, en la naturaleza de su relación con su comunidad (Dabove, 2010: 303). Moreira, por ejemplo, mantiene una

relación de pertenencia con ella mientras que el Chacho, una de identidad¹³³. La razón de esa distinción está relacionada con el origen de su lucha. El gaucho malo entra en la “pendiente del crimen” debido a un problema personal. Su causa, aunque es justificada y comprendida en relación con las costumbres de la comunidad, es estrictamente personal. El Chacho, por otro lado, cae en la “espiral de violencia” revelándose ante una injusticia cometida contra otra persona, es decir, por solidaridad y no por necesidad (Dabove, 2010: 303)¹³⁴. Su acto, en tanto

¹³³ “Los gauchos malos de Gutiérrez son incapaces de constituirse en comunidad, y sólo establecen relaciones horizontales con otros gauchos solos (malos o no: Moreira y Andrade, Santos Vega y Carmona, el Pastor Luna y el Mataco, Juan Cuello y su banda), y verticales con sus patrones (Moreira con Alsina y Marañón, Luna con Areco, el Tigre de Quequén con Martínez de la Hoz, Juan Gómez con Galindez). El gaucho malo nunca es un líder, nunca es un representante, escasamente es un modelo a seguir. La política del gaucho malo se agota en la puesta en escena de la violencia ‘de abajo’ (o que como tal es interpretada)” (Dabove, 2010: 303).

¹³⁴ Peñaloza sintetiza la historia para Quiroga de la siguiente manera: “— Si Agenor fuese un pillo, — concluyó, — yo no me hubiera metido con nadie por defenderlo; pero él es un mozo bueno y honrado, que jamás dio motivo para que la justicia se metiera en sus cosas: el alcalde pretendía que una muchacha que estaba enamorada de Agenor había de quererlo á la fuerza y este era todo el motivo que había tenido para meterlo al cepo como un criminal. Fue por esto que yo le puse en libertad, y por esto que tanto el alcalde como el juez quisieron llevarme por delante, obligándome á darles una buena lección” (*El Chacho*: 31). Es posible ver esta escena como una reescritura de otra emblemática y fundacional en la literatura de Gutiérrez, a saber, la que desgracia a Juan Moreira, el protagonista de su segundo folletín y el que inaugura su serie de

no exige una satisfacción personal, busca justicia en abstracto¹³⁵. Dicho de otra manera, mientras el gaucho malo reivindica la resistencia radical llevada a su máximo extremo posible, el Chacho se las arregla para impartir justicia dentro de la (precaria) legalidad oficial¹³⁶. Siguiendo la terminología de Eric Hobsbawm¹³⁷, esa diferencia se corresponde con la distinción entre “vengador” (*avenger*) y *haiduk*, palabra que, en Hungría y en el norte de la península balcánica, describe a la persona que cuida el ganado (Dabove, 2010:303).

El vengador y el *haiduk* — además del *noble robber* — son dos de las tres variedades del bandido social (Hobsbawm: 22). A diferencia del bandido criminal, estos mantienen una relación empática con su comunidad que es correspondida. La diferencia entre el vengador y el *haiduk* está en el uso de la violencia que ejercen, el motivo de su lucha y su capacidad para representar a una comunidad. Mientras que, para el primero, la espectacularidad de la violencia

novelas populares con gauchos. Moreira es acosado por el Teniendo Alcalde de Matanzas, don Francisco, quien se encuentra encaprichado en hacer suya a la esposa de Moreira, Vicenta. Sin ninguna otra salida, Moreira se ve obligado a hacer justicia por su propia mano.

¹³⁵ “— No es que yo pelee por mí ni por librarme de algún castigo que haya merecido, — decía Peñaloza, — sinó para enseñar á esta canalla que no somos una majada de chivos y que tenemos nuestros derechos también, que ellos están obligados á respetar y á hacer respetar. ¿A dónde iríamos á parar si para sus negocios privados ó pequeñas venganzas, cada alcalde de estos tuviera el derecho de secar á un hombre en el cepo?” (*El Chacho*: 22).

¹³⁶ Josefina Ludmer, en una lectura *vis à vis* con la primera parte de *Martín Fierro*, sugiere que la historia de Juan Moreira puede ser interpretada como un final alternativo al que cierra *La vuelta* porque mantiene el impulso político de la primera parte (citado por Dabove, 2007: 177).

¹³⁷ Hobsbawm, Eric. *Bandits*. New York: The New Press, 2000.

es necesaria para sancionar ejemplarmente la afrenta; para el segundo, la crueldad no es una característica inherente de sus actos. Las acciones del vengador pueden ser leídas políticamente; sin embargo, la rebelión del *haiduk* es un hecho político en sí mismo: “[...] the technical term for becoming a haiduk was ‘to rebel’, and the haiduk was by definition an insurrectionary” (Hobsbawm: 81). Sus actos prueban que la opresión no es universal sino que, por el contrario, puede ser combatida. Por eso, su comunidad puede identificarse irrestrictamente con su causa, lo que es problemático respecto de la causa del vengador. Finalmente, debido a que es una figura con una cierta capacidad para articular un programa,

[h]aiduk banditry was therefore in every respect a more serious, a more ambitious, permanent and institutionalized challenge to official authority than the scattering of Robin Hoods or other robber rebels which emerged from any normal peasant society (Hobsbawm: 83).

Peñaloza “es el indiviso defensor de su comunidad, que se totaliza luego en provincia de La Rioja” (Dabove, 2010: 304) y que Gutiérrez extiende a la nación entera que después identifica con Buenos Aires. Al convertir al Chacho en un emblema patriótico, el folletinista logra salvarlo de la paradoja innata al bandido social, a saber, su doble condición de criminal y de héroe¹³⁸. La criminalidad es desplazada hacia sus contrincantes porque Peñaloza representa, en realidad, la Ley en tanto la función de ellos son tergiversaciones de ella: “Entonces serían ellos los que podrían poner la ley á la justicia y obligarla á conducirse como debía” (*El Chacho*: 33). Por eso,

¹³⁸ “The point about social bandits is that they are peasant outlaws whom the lord and state regard as criminals, but who remain within peasant society, and are considered by their people as heroes, as champions, avengers, fighters for justice, perhaps even leaders of liberation, and in any case as men to be admired, helped and supported” (Hobsbawm: 20).

a diferencia de todos los personajes como Moreira — quienes se mantienen dentro del patrón del vengador —, el Chacho se erige como una figura incorruptible desde cualquier perspectiva. Esa cualidad se pone a prueba mediante dos sucesos radicales: la pérdida de la hija y la pérdida del amigo¹³⁹.

El primero ocurre durante su participación en los levantamientos contra Rosas a inicios de la década de 1840 y su primer exilio a Chile luego de su derrota frente a las fuerzas de La Madrid. Fuera de su provincia, esta había quedado vulnerable y a merced de sus enemigos. Sin el Chacho para defenderla, el fraile Aldao había entrado a La Rioja y había asumido su control. Uno de sus secuaces, el tuerto Bárcena, llega a Guaja y decide cortejar a una joven, Anita, la única hija del Chacho. Sin conocer los vínculos familiares entre el caudillo y la joven, Bárcena le había impuesto un régimen de visitas a la joven. Sin embargo, no pasa mucho tiempo sin que se entere de la verdad, pero eso no lo amedrenta y, por el contrario, decide secuestrarla y llevársela al campamento del caudillo oriental Oribe, donde puede estar tranquilo sin temer alguna represalia de Peñaloza. La conviviente del Chacho, Mercedes, muere defendiendo a su hija. En el campamento, Anita tiene suerte porque un joven oficial del caudillo oriental, Rivero, se enamora de ella y decide ayudarla. Se casan con la aprobación del general Oribe, cuya autoridad neutraliza plenamente. Peñaloza regresa a La Rioja y se entera de la suerte de sus seres queridos; no obstante, pese al dolor, resiste el impulso de venganza:

¹³⁹ Acá hay una coincidencia interesante con las baladas que celebraban a los *haiduks*: “The haiduk ballads sing of the men whose swords were their only sisters, whose rifles their wives, and who would shake hands silently and sadly as the *četa* broke up, to disperse as lost individuals to the four corners of the earth” (Hobsbawm: 84).

Ellos merecerían que yo me vengara de la misma manera en sus mujeres y en sus hijas, pero mi espíritu no es el de un bandido, y nunca podré hacerlo. (*El Chacho*: 204).

[...] los infantes no pueden huír y son hechos prisioneros en medio de una verdadera matanza que Chacho no trata de evitar. Es preciso que paguen la muerte de su compañera y el martirio de Anita, porque ellos también han formado parte del ejército del general Pacheco, y quien sabe sinó ayudaron también al Tuerto Bárcena en sus horrores.

Pero el corazón de Chacho, á pesar de la ira que lo domina, no puede resistir mucho aquel espectáculo terrible y empieza á contener los soldados que están dominados por el vértigo del exterminio (*El Chacho*: 206).

Teniendo la capacidad de castigar retributivamente a los responsables, el Chacho se autoimpone la disciplina del combate justo. Esto se cuenta en un capítulo que, significativamente, se llama “Caudillo y padre” donde el Chacho elige ser un padre de la patria sin distraerse de sus obligaciones ni manchar su causa. Tampoco cede cuando Rosas, enterado de lo ocurrido con la familia del Chacho, decide sacar partido de la situación e intenta negociar la paz con él prometiéndole a su hija. Enterado de las buenas relaciones entre Peñaloza y su general Benavídez, le pide a este último que interceda por su causa; sin embargo,

[c]uando Peñaloza recibió las cartas de Benavidez, sintió en el alma no poderlo complacer; él combatía por una causa que no podía abandonar, y siendo su objeto libertar todo el Norte del azote de la tiranía, no podía hacer concesiones, hasta no ver implantado en todas ellas el gobierno unitario (*El Chacho*: 214).

La otra prueba de la lealtad del Chacho a la patria es el caso de lo ocurrido con su amigo el general Benavidez. Algunos unitarios, insuflados por el triunfo sobre Rosas, dan rienda suelta a sus ambiciones de poder. Tal es lo que ocurre en la provincia de San Juan. Cuando concluyó su periodo de gobierno, el general Benavidez no nombró un sucesor. Se celebraron elecciones libres en las que el liberal Gómez venció al otro candidato liberal apoyado por Benavidez. Con Gómez en el cargo, el General se retiró de la vida pública. Sin embargo, los allegados a Benavidez no se quedaron resignados y, aunque el General se negó a ser un obstáculo para el nuevo gobierno, se las arreglaron para convencer a todos de que contaban con su venia y su apoyo. En vista de esto, Gómez, azuzado por los enemigos del General y temiendo su prestigio y la posibilidad de que encabezara una revolución, decidió arrestarlo, como un recurso preventivo. Ante la noticia, el pueblo sanjuanino se levantó en pleno para defender a su caudillo. Sin embargo, sin saber lidiar con el pueblo alzado, alguien propuso el asesinato de Benavidez como una medida para extinguir el levantamiento eliminando su causa. Benavidez muere, entonces, agrilletado y cocido a bayonetazos. La muerte del caudillo, contrariamente a las expectativas de sus captores, provocó una crisis que se apaciguó con la intervención de Urquiza.

El primer impulso del Chacho, quien había desarrollado una amistad con Benavidez que se había estrechado aún más con el asilo que este le proveyó, fue tomar la provincia con la finalidad de devolvérsela a los simpatizantes de Benavidez. Sin embargo, logró sobreponerse una vez más a otra pérdida personal para no interferir con la paz obtenida por Urquiza, el presidente de la Confederación:

[Peñaloza] había preparado un Ejército para lanzarse sobre San Juan, y reponer en el Gobierno á los amigos de aquél; pero el General Urquiza lo disuadió de esta empresa, asegurándole que él vengaría al General asesinado, y sabría castigar a

sus verdugos, de tal manera que el asesinato político cometido en San Juan, no tendría imitadores en el resto de la confederación.

Y como éste era el resultado que buscaba el Chacho, desarmó su Ejército y esperó el resultado de aquella intervención poderosa, puesto que nadie en la República se atrevería a levantarse contra el gran caudillo Entrerriano (*Los montoneros*: 88-89).

Para el Chacho, la lealtad personal y la afiliación política son esferas separadas: sirve a Rosas por lealtad a Quiroga¹⁴⁰, enfrenta encarnizadamente a su buen amigo Benavidez en el campo de batalla¹⁴¹ y lucha contra el general mitrista Arredondo a pesar las mutuas simpatías personales¹⁴².

¹⁴⁰ “Detestaba la tiranía, y escuchando á los hombres de algún saber que lo rodeaban, había concluído por mirar como cosa santa y necesaria la caída de Rosas, pensando que el hombre que lo combatiera y lo venciera prestaría á la humanidad un servicio inmenso. Pero Chacho estaba estrechamente ligado á Quiroga por el cariño y la lealtad” (*El Chacho*: 133).

¹⁴¹ “El único hombre que le merecía respeto y consideración era el general Benavidez, hombre de carácter y de leales proceder. El general Benavidez no se enzañaba jamás con el enemigo vencido, ni perseguía á sus enemigos con el encarnizamiento y el ódio de los otros jefes de la Federación” (*El Chacho*: 202).

¹⁴² “Y tendió de nuevo su mano á Arredondo, mientras le decía:

— Ahora, en campaña nuevamente; muy amigos nosotros, eso sí; pero no va á tardar mucho tiempo sin que me sienta como enemigo: estamos demasiado cerca para no pegarnos una carguita.

Arredondo no pudo menos que reír ante semejante despedida, diciendo al estrechar la mano del Chacho:

En los folletines de Gutiérrez, hasta la aparición de Peñaloza, el patriotismo de los gauchos de Gutiérrez es indivisible de su relación clientelar con sus patrones:

[L]a concepción de ciudadanía que Gutiérrez adjudica a sus gauchos (y que sus textos parecen suscribir) no es la clásicamente liberal, ya que reemplazan la afiliación abstracta de la ciudadanía con la afiliación concreta del clientelismo, verbalizada en términos de lealtad al patrón o al favorecedor (Dabove, 2010: 31).

Aunque es verdad que los riojanos lo siguen más por empatía que por convicción, el Chacho, en cambio, discrimina entre una y otra, y distingue entre filiación y afiliación. Por eso, en relación con esos otros personajes de Gutiérrez, Peñaloza encarna la modernidad en la campaña, lo que lo vuelve conmensurable y rival de Rosas, el otro personaje de Gutiérrez consciente de esa distancia. Lo que los diferencia es la manera cómo la afrontan. Rosas usa ese conocimiento para perfeccionar un método de control mientras que el Chacho hace coincidir el estilo de vida ideal de la campaña con la prédica de las libertades impulsada por el discurso unitario-liberal. Peñaloza, en tanto personaje ejemplar, prueba con esa coincidencia que el liberalismo es la doctrina que mejor se acomoda a la realidad argentina.

Uno de los obstáculos más difíciles de superar en esta “limpieza del héroe” llevada a cabo por Gutiérrez es la relación entre el Chacho y su mentor Quiroga, por un lado, y, por otro, una década de servicio a Rosas. La explicación que se da es la siguiente:

— Haré lo posible para que la fuerza lo convenza, ya que no he podido convencerlo con la razón.

Y los dos jefes se separaron de la manera más amistosa, pero más dispuestos que nunca a romperse el alma en la primera oportunidad” (*La muerte de Buenos Aires*: 64).

Tenía verdadero desprecio por los hombres que mandaban y sentía un horror invencible hacia el fraile Aldao, a quien odiaba desde el fondo de su alma. Detestaba la tiranía, y escuchando á los hombres de algún saber que lo rodeaban, había concluído por mirar como cosa santa y necesaria la caída de Rosas, pensando que el hombre que lo combatiera y lo venciera prestaría á la humanidad un servicio inmenso. Pero el Chacho estaba estrechamente ligado á Quiroga por el cariño y la lealtad (*El Chacho*: 133).

Un poco más adelante aclara ante un grupo de unitarios que intentan convencerlo de que se una a la resistencia que, en realidad, estar del lado de Quiroga es la única manera de proteger a La Rioja del gobierno de algún otro caudillo peor (*El Chacho*: 134). Peñaloza describe una relación compleja y problemática: se siente obligado a permanecer al lado de Quiroga porque entre ellos existe un vínculo fraternal — al menos desde el lado de Peñaloza — que no puede traicionar. El Chacho responde a un principio de orden que le impide sublevarse contra su protector y contra la autoridad nacional¹⁴³. Sin embargo, encuentra una manera de resolver ese conflicto sin faltar a

¹⁴³ Más adelante, en el momento más encarnizado de la resistencia contra Rosas, el Chacho vuelve a vivir este dilema. Habiéndose establecido en La Rioja luego de que el general rosista Benavídez le ofreciera asilo el Chacho no renuncia a la resistencia, pero asume un papel eminentemente defensivo para no traicionar a su protector. Tras la victoria chachista en Manantiales contra el caudillo mendocino Aldao, Benavídez temía una avanzada suya definitiva:

Si Chacho volvía a emprender una campaña como la que concluyó en Manantiales, todo el interior caería irremediabilmente en sus manos, pues Santa Fé mismo nada podría hacer contra él, si se presentara allí con un ejército de cinco ó seis mil hombres.

su deber ni a su conciencia. Cumple las órdenes de Rosas y de Quiroga a su manera, es decir, tomando pacíficamente los pueblos, designando una autoridad federal y ejerciendo una autoridad rectora, pero simbólica, que es garantía de un gobierno justo, al menos dentro de los confines de esos territorios. Peñaloza no se subleva buscando reemplazar el orden vigente, sino restaurarlo en la medida que ejerce una función principalmente correctora. Dentro del corpus de folletines de Gutiérrez, este rasgo de Peñaloza no es enteramente una ocurrencia extraordinaria dentro de él. Como señala Alejandra Laera, si se presta atención al grupo de novelas populares con gauchos, es decir a aquellas que tienen al gaucho malo como su protagonista, se nota un cambio en la actitud hacia el Estado: de *Juan Moreira* (1879) a *Pastor Luna* (1885), folletín que cierra el ciclo de sus novelas gauchescas, se pasa de una actitud beligerante que denuncia al Estado a otra moderada que prefiere el cambio a través de la reforma del Estado (cfr. Capítulo 6 en *El tiempo vacío de la ficción*).

Por eso, en el contexto de los folletines históricos y en general, es creíble su representación como un unitario-liberal¹⁴⁴ y de La Rioja como bastión unitario¹⁴⁵. Cuando el

Pero Benavídez se equivocaba por completo respecto á los propósitos del Chacho. Leal antes que nada, el gran caudillo no había pensado un momento en faltar á la amistad que lo ligaba con Benavídez. El esperaba oír la opinión de su amigo y estaría de acuerdo con él según que á ambos conviniera (*El Chacho*: 287-288).

¹⁴⁴ “Es que Chacho era unitario por convicción y por instinto. Comprendía que el sistema que regía los destinos de los pueblos era infame, porque no existía más ley ni más derecho que la voluntad de Rosas y sus tenientes, que se hacían dueños de la vida y la fortuna de los que no pensaban como ellos” (*El Chacho*: 133).

Chacho se une a la resistencia unitaria en la década del 40, “La Rioja es el único punto de la República donde se resiste al poder de Rosas y donde van a estrellarse todos los esfuerzos del tirano” (*El Chacho*: 157)¹⁴⁶, así como el Chacho es la única esperanza de los unitarios perseguidos por Quiroga y Aldao.

¹⁴⁵ “Así como el Chacho sin ser federal servía a Rosas por Quiroga, sin averiguar porque ni de que manera lo servía, el mismo pueblo Riojano, liberal por instinto y de razón, servía a la misma causa sirviendo al prestigioso Chacho” (*El Chacho*: 133).

¹⁴⁶ Quizá no signifique nada, pero no deja de ser interesante que en varios testimonios de quienes conocieron o vieron al Chacho alguna vez se hable de “su barba a la unitaria”, como se aprecia en el siguiente retrato de Salvador de la Colina —quien, a pesar de ser riojano, no era un simpatizante de Peñaloza: “Tengo vivo el recuerdo de la última vez que lo vi, al pasar una tarde por mi casa, a caballo y seguido de un grupo de gauchos. Llevaba montura chapeada de plata, con pretal, freno de grandes copas y riendas del mismo metal. Su traje era: pantalón doblado para lucir los calzoncillos bordados; chaleco de terciopelo negro, sin saco, desabrochado y con botones amarillos; la cabeza atada con un pañuelo de seda de flores punzó y encima un sombrero blando del felpa color marrón...con el ala adelante levantada y la de atrás quebrada para abajo. El Chacho era blanco y de ojos azules. Su cabello y su barba debieron ser rubios pero ya estaban blancos. Usaba la barba afeitada en el medio, formando U, como la tenía prohibida Rosas, porque la U quería decir unitario” (*Crónicas riojanas y catamarqueñas*: 30-31). Es un retrato que recuerda a otro, a saber, el de aquel unitario que se extravió en el matadero del relato de ese nombre de Esteban Echeverría.

4.2. La guerra de los dones: liberalismo chachista.-

Dentro de los ciclos históricos de Gutiérrez, Rosas y Peñaloza son figuras especulares. Uno es el contrapunto del otro por lo que, vistos paralelamente, son personajes simétricos.

Los dos son figuras de autoridad, pero Rosas es un patriarca y el Chacho un líder carismático. Ambos, por tanto, están asociados a un orden pre-moderno anterior a la constitución del Estado, lo que es coherente con su representación desde la perspectiva unitaria-liberal. De acuerdo con ella, Rosas y Peñaloza eran caudillos, es decir, rezagos de un orden premoderno arraigado a la vida del campo producto de la brecha temporal entre el espacio rural y urbano agravado por la rápida modernización del segundo. Eran figuras de autoridad en abierto desafío con la del Estado.

Sin embargo, la simetría no es igualdad y Gutiérrez diferencia entre el tirano Rosas y el Chacho. En *Los dramas del terror*, el dictador se desempeña como un patriarca, pero lo interesante es que se trata de una posición autoimpuesta. En *Juan Manuel de Rosas*, la novela de aprendizaje que abre el ciclo del tirano, Rosas abandona la escuela y la carrera militar y se hace estanciero con la misma determinación con la que asciende en el gobierno. Una vez dentro del sistema, lo transforma para perpetuarse como máxima autoridad en él. Rosas echa mano deliberadamente de recursos que le son ajenos para establecer una relación de dependencia entre los gauchos — a quienes descubre como una fuerza necesaria y poderosa para sostener su gobierno — y él. Es decir, Rosas toma como base la estructura republicana y la traduce interesadamente en algo familiar para una población dejada de lado que ha decidido recuperar para su propio beneficio.

El Chacho, por su lado, es una figura carismática legítima. Es alguien dotado de cualidades físicas¹⁴⁷ y espirituales excepcionales¹⁴⁸, dones sobrenaturales no accesibles a cualquiera¹⁴⁹, que sobresale espontáneamente en su comunidad. El Chacho, como personaje carismático, se rebela contra el *status quo* impuesto por el rosismo, primero, y el mitrismo después. Como los líderes carismáticos, se levanta contra el presente, pero, como se ha visto, el “presente” tiene varios sentidos en estos folletines: en la diégesis, es el rosismo y el mitrismo, pero también, como se estableció en *La muerte de Buenos Aires*, alude al roquismo. Por eso, su

¹⁴⁷ “El Chacho era un hombre de una salud de bronce y de una naturaleza especial para resistir la fatiga inmensa de aquellas marchas prodigiosas, que dejaban asombrados y á treinta leguas de distancia á sus más tenaces perseguidores” (*El Chacho*: 7).

¹⁴⁸ “Su corazón rico de sentimientos generosos, no conocía el rencor ni la pasión cobarde de la venganza. Era tan grande y magnánimo con su peor enemigo, como con sus más leales amigos. Así el oficial o el soldado que cayó prisionero entre las fuerzas del Chacho, fue obsequiado como el mejor de sus partidarios” (*El Chacho*: 6).

¹⁴⁹ Chacho fué herido en el estómago de una puñalada que le corrió hasta el vientre echándole las tripas afuera. Como si se tratara de una herida de ninguna consecuencia mala, en medio del combate mismo, Chacho echó pié á tierra, se ató el vientre con el poncho, echando adentro las tripas, y no se retiró del combate hasta que la batalla hubo terminado con toda la felicidad para las armas de Quiroga.

Recién se supo que Chacho estaba herido de una manera grave. El mismo Quiroga quedó asombrado cuando vió la magnitud de la herida; parecía imposible que con ella el Chacho hubiera podido seguir combatiendo [...]” (*El Chacho*: 123-124).

sentido se comprende mejor dentro del panorama insatisfactorio de La Rioja. Como dice Max Weber, el líder carismático es el sujeto extraordinario que lidera en los tiempos de crisis (245).

Sin embargo, se había visto que Rosas también es una presencia extraordinaria. Una de las diferencias más importante es que él es el generador de la crisis. Así, mientras la excepcionalidad del tirano es una monstruosidad, la de Peñaloza es como la aparición de una figura celeste. Otra diferencia no menos importante es la empatía entre el líder carismático y su comunidad. Rosas y los caudillos gobiernan por el terror y para su propio beneficio¹⁵⁰. En cambio, la ascendencia de Peñaloza sobre los demás está determinada por la naturaleza de su misión, su capacidad para estar a la altura de ella y, sobre todo, por el reconocimiento de ella por parte de los miembros de su comunidad. Dentro de ella, el líder carismático no solo no tiene expectativas de ganancias, sino que tampoco necesita poseer ningún tipo de dinero. Su lógica es totalmente distinta a la de la economía racional, lo que es la diferencia más importante entre el carisma y el orden patriarcal. Si el patriarca se mueve en el orden de la economía racional, el carisma pertenece al de los asuntos que trascienden la rutina diaria. Por lo tanto, aquellos que son recipientes del carisma no están sujetos por los vínculos que cohesionan la vida de los sujetos ordinarios: la familia, las ocupaciones rutinarias o la economía comunitaria¹⁵¹. De ahí que si al patriarca lo define la permanencia, el carisma se define como pasajero.

¹⁵⁰ “Quiroga se había impuesto por su valor y su maldad, al extremo de que sus compañeros lo obedecían ciegamente como si fuera una autoridad suprema (*El Chacho*: 11).

¹⁵¹ Como Rosas, el Chacho también actúa como un proveedor, pero su ayuda a su prójimo no sostiene una relación vertical. Es un acto de solidaridad dentro de una dinámica donde el que da y el que recibe tienen el mismo estatus:

Eso explica que la autoridad fundada en el carisma sea inevitablemente inestable y necesariamente performativa: “[i]f he wants to be a prophet, he must perform miracles; if he wants to be a war lord, he must perform heroic deeds” (Weber: 249). Sin embargo, aunque su poder descansa en el reconocimiento factual y en la fiel devoción de sus seguidores, su investidura carismática jamás está en riesgo debido a que ella ha sido concedida por una voluntad sobrenatural. Por eso, el líder carismático puede cuestionar y alterar la tradición, es decir, puede ser un agente revolucionario.

Eso es importante porque, si bien el Chacho y su montonera defienden un ideal trascendente, ellos mismos no lo son. En los folletines históricos de Gutiérrez, el Chacho y la montonera transmiten el legado unitario-liberal. Más precisamente, el folletinista se apropia de ellos y los convierte en héroes y mártires de la causa que históricamente combatían. Sin embargo, pese a ello, la transformación no se percibe como violenta ni aberrante porque Gutiérrez ha descubierto un terreno común donde coinciden, a saber, el de la lucha por las libertades provinciales.

El dinero que trajo Quiroga para Chacho, como doscientos pesos, plata que allí era una suma nunca vista, los partió Chacho generosamente entre los milicianos de Huaja, viniendo á tocarles á unos dos pesos por cabeza, suma que muchos de ellos no habían visto junta en toda su vida (*El Chacho*: 51)¹⁵¹.

Más que una jerarquización, la generosidad de Peñaloza impone una dinámica redistributiva: “[c]on este rasgo de generosidad el prestigio del Chacho no tuvo límites, se hubieran dejado hacer picadillo por el Chacho” (51).

Como se ha visto, en el contexto de la literatura federal-nacionalista, la lucha por la libertad provincial estaba enmarcada dentro del enfrentamiento contra el avance hegemónico porteño en el Interior. En los folletines históricos de Gutiérrez, ese asunto no es relevante porque ellos están comprometidos con el presente de su escritura, es decir, el primer gobierno de Roca y la federalización de la provincia de Buenos Aires. En *Los dramas del terror* como en *La muerte de Buenos Aires* lo importante es la resistencia de Buenos Aires ante la imposición autoritaria de una política que no la representa. El pueblo, especialmente en *La muerte*, es el personaje que se opone a Rosas y Roca, respectivamente. El ciclo de Peñaloza traslada la acción a La Rioja y el Chacho pelea por mantener la autonomía de su provincia y no por derrocar al gobierno nacional, como reiterativamente se sostiene en los cuatro folletines que tratan de Peñaloza. Su objetivo no es establecer un gobierno alternativo. Los folletines históricos defienden la idea de un gobierno nacional en armonía con los intereses particulares de las provincias que componen el territorio nacional. Por eso, significativamente, los enemigos del Chacho son los enemigos de Buenos Aires, Rosas y Mitre. Aunque el primero la hizo próspera, también es responsable de haberla demonizado. El segundo, impulsador de la Ley de Capitalización a mediados de los sesenta, intentó neutralizarla y dividirla como una medida para extinguir la oposición de Buenos Aires a su política e imponerse a ella apelando a la fuerza del gobierno nacional.

Aunque el Chacho personifica ese ideal y neutraliza “la causa de Buenos Aires”, no deja de ser una figura problemática. Se había dicho que Peñaloza es diferente de Quiroga, Aldao, Rosas y feroces oficiales como Iseas y Sandes. En *La muerte de un héroe*, la cuarta entrega sobre Peñaloza y el folletín que cierra el ciclo, se dice que la montonera chachista es diferente de

los grupos criminales dirigidos por Juan Saá y Felipe Varela¹⁵². Sin embargo, también se había visto que el Chacho no era una ocurrencia única.

Peñaloza sostiene una lucha en el campo de batalla y otra simbólica. En los dos primeros libros del ciclo, el Chacho está enfrascado en una suerte de competencia de virtud con el general rosista Benavídez; más adelante, en *La muerte de un héroe*, tendrá que competir con el coronel Arredondo. Mi lectura es que Gutiérrez se vale de este recurso para introducir, de una manera velada al principio, una jerarquización que se irá haciendo flagrante hasta llegar al último folletín y que resuelve el conflicto de encumbrar a Peñaloza y su montonera como epítomes de un ideal nacional. Sin disminuir un ápice su valor simbólico, el Chacho, en tanto líder carismático, se desvanece tan pronto como la situación se normaliza, es decir, en cuanto la situación que propició su aparición se corrige. El papel carismático de Peñaloza cumple dos funciones. Por un lado, dentro de los folletines, resemantiza valores tradicionales y los acomoda con cierta concepción de lo que debería ser el gobierno nacional. Por otro, le permite demostrar que históricamente, el camino republicano ha sido uno que ha sido traicionado sucesivamente por la gente que ha gobernado la Argentina.

Gutiérrez elimina la tensión de la jerarquía representándola como un intercambio equilibrado de favores entre Peñaloza y Benavídez y, en la última entrega, entre el Chacho y Arredondo. De libro a libro, el caudillo riojano pierde su capacidad de retribuir al mismo tiempo

¹⁵² “Montoneras de bandidos y cuatros en su mayor parte, tomaban por asalto las poblaciones, saqueando su comercio y aprisionando sus hombres para aumentar sus cuerpos, que hacían la guerra sin saber por qué la hacían y porque veían halagados sus instintos de vagancia y merodeo. Aquellas fuerzas no seguían á Varela ni á Saá para combatir por una causa más ó menos noble, ni por seguir una bandera que algún significado pudiera tener” (*La muerte de un héroe*: 5).

que pierde terreno en la campaña¹⁵³. La jerarquización se establece mediante la ambivalencia del favor, es decir, por un lado, es un acto generoso, pero, por otro, es una manera de adquirir poder, en este caso, simbólico (Bourdieu: 14). Al Chacho no le queda más que reconocer la superioridad de estos oficiales que lo han derrotado en un doble terreno, a saber, el campo de batalla y otro simbólico en el que se disputa su influencia entre los paisanos. Igualmente, el prestigio de estos oficiales genera lealtad entre sus tropas de la misma manera como había sostenido la suya Peñaloza:

Todos los prisioneros tomados estaban allí vivos, sin que ningún peligro los amenazase, ni que tuvieran nada que temer. Así empezó el prestigio que adquirió más tarde en las provincias el general Arredondo; prestigio que aumentó luego al extremo de ser un caudillo que se hacía seguir á todas partes por aquellos mismos que antes lo habían combatido” (*La muerte de un héroe*: 23).

Asunto particularmente importante considerando que el tratamiento de los prisioneros había sido la marca más flagrante de barbarie y civilización entre el ejército nacional y la montonera chachista, como queda claro en uno de los episodios más dramáticos de la historia, a saber, el intercambio de prisioneros tras la firma del Tratado de La Banderita: aquel día el Chacho los

¹⁵³ Por ejemplo, Peñaloza no puede igualar el favor de Benavídez cuando este lo asila en San Juan y le abre el camino a La Rioja. Lo máximo que puede hacer el Chacho es mantener una postura defensiva para no contrariar su acuerdo con su protector Benavídez.

devolvió a todos sin que le faltara ni uno mientras que el ejército tuvo que admitir que había ejecutado a todos los montoneros cautivos¹⁵⁴.

Tanto Benavídez como Arredondo son oficiales cuya jerarquía en el escalafón militar finalmente coincide con la autoridad moral de quien ejercita justamente el poder. Llegado a ese punto, Peñaloza decide que es hora de retirarse de la contienda confiando en que Arredondo respetará a sus paisanos. Y es que la presencia de Arredondo cambia la situación drásticamente. Hasta su intervención, las campañas de Peñaloza han sido enfrentamientos entre bandos desiguales: un ejército criminal¹⁵⁵ versus a una fuerza justiciera y moralmente superior¹⁵⁶. El

¹⁵⁴ “Ahora veo que todo es verdad: el ejército de orden y de principios, los jefes que vienen á pelear en nombre de la civilización y del derecho, no respetan a los prisioneros de guerra y hacen con ellos lo que no hacen las tribus de los indios.

Sin embargo, yo, el gaucho salvaje, yo el montonero feroz y asesino, yo, el bandido miserable, he conservado sin faltar uno solo, los prisioneros de un enemigo que degollaba los míos” (*El rastreador*: 35-36).

¹⁵⁵ “Aquel, para la buena gente de las provincias no era un ejército regular sinó una cuadrilla de bandidos amparados por el poder de la nación y contra los que había otro recurso que la resistencia armada y lo que cada cual pudiera hacer en su legítima defensa.

De ahí se explica como de todas partes acudian los hombres á alistarse voluntariamente en las filas del Chacho para defenderse del enemigo común” (*El chacho*: 10).

“Creyendo intimidar y dominar por el terror en los pueblos de La Rioja, para que abandonaran á Chacho, se hacía alarde de una maldad terrible, de la que no escapaban ni las mujeres mismas. Y el efecto había sido completamente negativo: se tenía al Ejército Nacional como á un ejército de asesinos al que se profesaba un odio á muerte [...]” (*Los montoneros*: 118).

ejército nacional era tan criminal como los otros grupos de bandidos que barrían el Interior, semejanza que ha sido explotada en los folletines mediante la semejanza entre los horrores cometidos por esos dos grupos¹⁵⁷. El coronel mitrista cambia enteramente ese panorama:

Recién cuando fue el general Arredondo á hacer la guerra al Chacho, este [el ejército] se hizo más tratable y cesaron por completo todos los horrores á que eran sometidos los pueblos ocupados por tropas nacionales.

Es que la guerra había dejado de ser guerra de salvajes, para tomar su verdadero carácter (*El Chacho*: 11)¹⁵⁸.

¹⁵⁶ “—Mis soldados son soldados de orden, respondía Peñaloza, aunque como una injuria nos llaman montoneros. Nadie tiene que abrigar el menor recelo, y pueden dormir más tranquilos que antes” (*El Chacho*: 211).

“Y los oficiales de Sandes, tomados y dejados por el Chacho en las poblaciones Riojanas, comparaban silenciosamente la conducta de uno y otro, y se sentían avergonzados, humillados ante el proceder noble y generoso de los montoneros.

Los papeles se habían trocado por completo, y eran las fuerzas chachistas las que les daban lecciones de generosidad y civilización” (*Los montoneros*: 119)

¹⁵⁷ “Los prisioneros explicaban como habían sido arrancados á su hogar por fuerzas de Saá, á quien habían tenido que seguir á la fuerza.

Demostraban que no eran culpables del menor delito, pero esto de nada les servía.

Eran destinados á los cuerpos de línea, por andar entre los montoneros, de donde no habían de salir sinó cadáveres, ó viejos inválidos que ni en los asilos tendrían cabida” (*La muerte de un héroe*: 9).

Arredondo entra en escena comandando un ejército traído desde el Paraguay. En medio de todos los horrores cometidos por los oficiales del ejército nacional, su presencia en el Interior favorece a la imagen del ejército porque alivia a los paisanos de las torturas, levadas y saqueos ejecutados por oficiales como el degollador Iseas o el verdugo Linares. Respecto de la guerra misma, su experiencia e inteligencia táctica empiezan a rendir frutos. Su adaptación a las estrategias del Chacho resultan beneficiosas y, aunque Peñaloza lo sorprende en la primera jornada, Arredondo logra llegar a La Rioja y, poco a poco, asentarse en la región.

Luego de la reforma de Arredondo, el ejército empieza a ser visto de otra manera por los paisanos¹⁵⁹. Pese a los seguidos intentos por pactar la paz con el Chacho, este objetivo no se

¹⁵⁸ Asunto que es notado y reconocido por el Chacho: “Y miraba con simpatía las reformas introducidas por Arredondo con el propósito de ennoblecer la guerra y quitarle todo el carácter de bandalaje que había tenido hasta entonces” (*La muerte de un héroe*: 29). Y viceversa, Arredondo también reconoce la noble naturaleza del Chacho: “El caudillo riojano había concluido por hacerse simpático en su manera de proceder y de hacer la guerra. Era lástima que fuera preciso combatir á un caudillo de tanta importancia militar y de tanto prestigio, cosas que podían bien haberse aprovechado en beneficio de la República entera” (*La muerte de un héroe*: 41).

¹⁵⁹ Se invierte, por ejemplo, algo que había sido norma hasta este momento, a saber, por primera vez, los prisioneros del ejército son tratados con respeto y consideración hasta el punto que no quieren regresar a las filas del Chacho:

—Yo no quiero irme, quiero quedarme aquí con mi oficial, que es mi familia, y si usted me lo permite, vuelvo al batallón.

logra porque se lo impide el elevado sentido del deber de cada uno. Por un lado, Peñaloza está obligado a defender la libertad de La Rioja de la imposición del gobierno nacional y, por otro, Arredondo — y, en su momento, Benavídez — debe persistir en su sometimiento. Sin embargo, la campaña se ha prolongado demasiado y el Chacho empieza a mostrar los primeros síntomas de agotamiento debido, por un lado, a su vejez y, por otro, a la persistente modestia de sus recursos. El ejército, en cambio, se ha fortalecido con la presencia de Luis María Campos y José Inocencio Arias, y elementos como el capitán Carlos Mayer, joven oficial cuyo valor y muerte heroica en el campo de batalla impresionan hasta a los mismos montoneros¹⁶⁰. Esa nueva faceta del ejército

—Yo no puedo dejarte, le observó Arredondo bondadosamente porque he quedado con Chacho en devolverle todos sus prisioneros, y si te dejo, puede él creer que procedo de mala fé.

Si quieres quedarte, como dices, es preciso que se lo pidas al mismo Chacho después que á él te entregue; yo no puedo hacer nada en tu obsequio porque no eres soldado mío (*La muerte de un héroe*: 61).

¹⁶⁰ Luego de que la montonera chachista ha emprendido la retirada tras un ataque fugaz con el que se ha apoderado de provisiones y armas de un grupo del ejército nacional, el capitán Mayer decide perseguirla. Como los montoneros marchan ligeros, decide dejar atrás su infantería y perseguir a los chachistas sin ella. Confiado en que la persecución tenaz debilitaría a los chachistas, no se preocupa demasiado. Lamentablemente, para cuando se da cuenta de que sus cálculos son erróneos, ya es demasiado tarde y enfrenta a los montoneros hasta su último aliento. A pesar de su victoria, la bravura del oficial conmueve a los montoneros y al Chacho mismo:

nacional ha empezado a atraer paisanos que voluntariamente se enrolan en sus filas y le prestan servicios aun en contra de Peñaloza.

4.4. Otra vuelta de tuerca: modernización reaccionaria.-

Los gauchos malos de la serie de novelas populares con gauchos de Gutiérrez son personajes diseñados de acuerdo con el estereotipo criollista, es decir, construidos a partir de un conjunto de rasgos estereotipados que se corresponden con una imagen popular del gaucho:

[n]o hay ningún objeto que no sea un significante inmediato del constructo “cultura gaucha”. Caballo, daga, chiripá, boleadora, ‘medio frasco’ de ginebra, guitarra, poncho, rebenque, rastra, apero, mate, algunas veces naipes (Dabove, 2010: 310)

Impuestos, conmovidos por la bravura imponderable de aquel joven, oficiales y soldados estaban allí con la vista fija en aquel cadáver y sin atreverse á hacer el menor movimiento.

¡Parecía imposible que aquel joven hubiera podido vivir tanto tiempo con aquella cantidad y clase de heridas!

Su cuerpo estaba lleno de heridas de toda clase de armas, muchas de ellas en un estado que acusaba haber sido inferidas en el principio del combate.

Con verdadero y religioso respeto, los montoneros acomodaron el cuerpo del oficial haciéndole una cabecera con una montura [...] (*La muerte de un héroe*: 201).

Desde la herida del Chacho en la batalla de la Tablada no se había sabido de un heroísmo como este.

De hecho, su Juan Moreira se convertirá en una matriz reproducida incansablemente por la dinámica folletinesca. Siendo una estampa criollista, los gauchos malos son personajes limitados. Son, en primer lugar, personajes solitarios. Por un lado, se ven obligados a abandonar sus hogares sin que puedan volver a echar raíces debido al estilo de vida de la “pendiente del crimen”. Por otro, su propia condición de gaucho malo los mantiene separados de la comunidad en el sentido de que no alcanzan a construir una relación verdaderamente solidaria con los otros gauchos y porque son personajes temidos, a pesar de que su lucha pueda ser considerada justa¹⁶¹. En segundo lugar, son personajes sin memoria individual ni colectiva (Dabove, 2010: 310).

El Chacho Peñaloza, en cambio, tiene una densidad histórica indiscutible. Por un lado, su biografía se encuentra imbricada con la de la Historia nacional. Por otro, su narrativa sutura las brechas de la historia — tal como fue escrita por el liberalismo — estableciendo una continuidad desatendida y que es la razón del fracaso de un modelo político. Los folletines históricos de Gutiérrez son, por tanto, una crítica severa a la política que ha desembocado en el establecimiento exitoso del roquismo en vísperas de una nueva sucesión presidencial, a saber, la de Juárez Celman. Pese a que la Argentina está en medio de su periodo de modernización, Gutiérrez lo compara con el periodo más oscuro y nefasto de la historia argentina decimonónica, a saber, el rosismo.

¹⁶¹ Hay un episodio en *Juan Moreira* que lo ilustra: Moreira está escondido en un rancho y un paisano, arriesgándolo todo, lo busca para decirle que la partida viene tras él. Moreira, incapaz de comprender el gesto, le responde desafiándolo a que vaya a decirle al jefe de la partida que no es rival para él. El paisano reacciona ante la acusación de delator sosteniendo que sería incapaz de delatarlo y que su aviso no es más que un favor a su protector que es muy amigo suyo.

La vida del Chacho es una vida pública que transcurre en el espacio de disputas políticas claves en la historia argentina y, como se ha visto, asociadas al destino de la provincia de Buenos Aires: las guerras civiles de mediados de la década del 20, la hegemonía rosista, la resistencia antirrosista, la batalla de Caseros y la batalla de Pavón. En todas ellas, aunque el Chacho fue federal y unitario, su causa fue siempre una y la misma: el mantenimiento de la autonomía de la provincia de La Rioja. Dentro de estos folletines, la causa del Chacho se vuelve un principio: la defensa irrestricta de una idea de gobierno cuyos objetivos nacionales no atentan contra los intereses particulares de las provincias. Ese principio no es otro que la base del proyecto unitario-liberal. La intervención del Chacho, entonces, lo sintoniza con la tendencia espontánea del gaucho a la libertad. Peñaloza y la montonera chachista defienden, por tanto, el progreso y no reaccionan a él. Lo defienden de Rosas y Mitre, quienes, como proyecto y como ambición política, respectivamente, transforman el Estado en el *locus* de una política autoritaria sostenida en una estructura que promueve el clientelaje como vehículo de permanencia.

La memoria es un tema que estos folletines dramatizan como linaje. En la primera parte de esta tesis se había visto que Rosas es una figura autogenerada, es decir, no anclada a ningún linaje, ni real ni simbólico. El Chacho Peñaloza, por el contrario, lo está. Por eso, si la biografía de Rosas se define por la escisión y la renuncia, la del Chacho está marcada por la continuidad. Es significativo, por tanto, que su linaje sea simbólico. Como Rosas, el Chacho tiene una descendencia problemática en tanto su única hija no aparece como depositaria de su legado. Sin embargo, quienes pelean por él y con él lo son. Asimismo, como he explicado en una sección anterior, Peñaloza es un vehículo que transmite un legado que no es personal.

Conclusiones

La primera presidencia del general Julio Argentino Roca (1880-1886) fue el corolario de una doble victoria, military y política, sobre Buenos Aires. Triunfador y convencido de que la federalización de Buenos Aires, la provincia secesionista que durante los setenta años de historia republicana había detentado el papel de rectora republicana sobre todas las demás, era el acontecimiento que iniciaba la verdadera etapa organizacional de la Argentina, emprendió la tarea de rehacer la Historia bajo el título de “Paz y administración”. Esa declaración eliminaba *de facto* los treinta años de organización nacional transcurridos desde la victoria sobre Rosas en Caseros en 1852.

Desde su trinchera periodística — el espacio privilegiado por *la intelligentsia* bonaerense para el planteamiento y discusión de sus asuntos más importantes —, Eduardo Gutiérrez emprende un ejercicio de memoria crítica sobre los principales acontecimientos ligados a la historia republicana de su país. Sin embargo, Gutiérrez no forma parte de esa *intelligentsia* y escribe desde los márgenes del periódico, cuestión que establece un paralelo interesante con el aporte que realiza, a saber, su recuento crítico de la historia de su país funciona como glosa de la narrativa histórica unitaria-liberal.

En ese periodo de refundación, Gutiérrez retrocede, a través de los folletines que conforman su ciclos históricos, hasta el momento de fundación del proyecto de construcción de la nación de los unitarios y liberales, a saber, el momento del combate antirrosista y del establecimiento de sus ideales nacionales en franca alteridad a los del tirano. En sintonía con otros opositores al roquismo, como Sarmiento, quien era, en realidad, un detractor, Gutiérrez duda en medio de la seguridad y se anima a responder lo que los otros solo formulan como una interrogación: ¿en qué momento se perdió el camino? Confrontado con su presente, el orden

oligárquico-conservador se le presenta como *déjà vu* del rosista, como lo propone en *La muerte de Buenos Aires*. Aunque se trata de órdenes inconmensurables desde el punto de vista de su ejecución, esa asociación con el rosismo busca poner en evidencia el fundamento autoritario en la base misma del roquismo. Por tanto, la victoria militar sobre Buenos Aires se convierte en aniquilación del pueblo, metáfora cuyos alcances reflejan el paulatino enmudecimiento de la opinión pública iniciada con Roca y prolongada — y radicalizada — con el presidente Juárez Celman.

Sin embargo, la alusión al rosismo, epítome del autoritarismo, extiende la reflexión más allá del roquismo. Así, lo que empieza como una crítica del ahora, se convierte en una lectura crítica de la historia de su propia facción. De ahí que Rosas y el Chacho Peñaloza, personajes claves en el momento de formulación y ejecución (la reorganización nacional) del proyecto liberal respectivamente, sean figuras complejas. En primer lugar, Gutiérrez los opone y desvincula a Peñaloza de la genealogía de bandidos puesta en vigencia desde *Facundo* de Sarmiento. En segundo lugar, nombra al Chacho liberal, pese a que históricamente haya sido uno de los miembros más prominentes y entusiastas del federalismo del Interior. En tercer lugar, siendo Peñaloza un verdadero caudillo, es decir, un líder popular plenamente identificado con la causa de la comunidad que representa, su figura pública eslabona gobierno y pueblo.

La carrera pública de Peñaloza conecta los dos ciclos. El Chacho, tenaz defensor del principio de libertad, participa en los levantamientos armados unitarios contra Rosas durante la década del cuarenta, derrota a Rosas como mano derecha de Urquiza en Caseros y enfrenta encarnizadamente a sus antiguos aliados liberales durante el periodo de expansión liberal tras Pavón hasta su asesinato a traición en 1863.

Justamente, serán las luchas contra el ejército mitrista las que hagan evidente una inesperada similitud entre el periodo rosista y el de la reorganización nacional. En el campo de batalla, la continuidad se manifiesta en las torturas y aniquilamientos por parte de los oficiales del ejército mitrista cuya ferocidad iguala a la de las ejecuciones y amonestaciones llevadas a cabo por los mazorqueros rosistas. Sin embargo, más allá de eso, hay un parecido más profundo, a saber, el desarraigo de los líderes liberales respecto de sus subordinados y, en última instancia, la disociación de sus intereses respecto del pueblo que representan.

La aniquilación del pueblo está dramatizada como literalidad. En estos folletines, al pueblo se le elimina individuo por individuo. A las víctimas de esa violencia se les degüella y desmembra. En muchos casos, se les tortura, como se ve en el recuento de atrocidades de *Una tragedia de doce años* y *El puñal del tirano*, hasta que sus cuerpos se desintegran en las celdas de Santos Lugares, la prisión rosista. Esa violencia contra los cuerpos es concomitante con la representación de una nación no cohesionada y con una violencia contra el texto. El discurso histórico, es decir, aquella narrativa que da forma a los eventos de una nación, no logra cohesionarse y, en *Los dramas del terror*, llega incluso a la disociación radical de la acumulación paratáctica. El tejido retórico de la historia aparece deshilachado de la misma manera como los cuerpos quedan esparcidos en las calles y en las plazas. Igualmente, esa imposibilidad de componer una imagen nacional alude a la versión incompleta del discurso unitario-liberal. En ella, la nación se representa como un deseo realizable en la medida de que sus ciudadanos puedan ser importados desde las zonas más cultas de Europa y Estados Unidos. La omisión de los gauchos, protagonistas de los folletines, es justamente la brecha que la reescritura de Gutiérrez intenta suturar.

Por eso, caudillo es una noción que Gutiérrez reterritorializa y que contiene la solución al dilema argentino. Por un lado, caudillo es el personaje que repara el vínculo entre autoridad y pueblo en tanto, en su calidad de líder legítimo de la comunidad, sus intereses son los mismos que los de ella. Por otro, en su reflexión en torno a Rosas, caudillo espúreo, ensaya una explicación acerca del fracaso del proyecto unitario-liberal. Para Gutiérrez, el error ha consistido en ignorar esa masa importante del país, lo que permitió que Rosas pudiera sacar ventaja a través de ella. En sus folletines, la pampa, antiguo *locus* de la barbarie, se representa como el reservorio moral de la nación y los gauchos, como habitantes cuyas prácticas sociales contienen el germen del principio republicano. Por eso, su amor a la libertad, antes representado como errancia y desapego, ahora se mira como una tendencia innata al liberalismo. Sin embargo, la introducción de este personaje ajeno a la tradición historiográfica liberal, de la que forma parte Gutiérrez, es problemática. En efecto, Peñaloza, epítome del gaucho liberal, y su montonera patriótica no son el modelo literal de la nación que anhela Gutiérrez. Antes de su asesinato, el Chacho ha ido cediendo terreno a Arredondo, un oficial del ejército mitrista, que encarna los ideales que Peñaloza contiene. La diferencia entre ambos consiste en que lo que en el Chacho es intuición y tendencia, en Arredondo es cultivado e ideológico.

Obras citadas

- Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz. “Esteban Echeverría, el poeta pensador”. En Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz. *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires: Ariel, 1997: 17 – 81.
- Anderson, Benedict. *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. New York: Verso, 1991.
- . “El efecto tranquilizador del fratricidio: o de cómo las naciones imaginan sus genealogías”. En Noriega Elío, Cecilia (ed.). *VII Coloquio de Antropología e Historia Regionales: El nacionalismo en México*. Zamora: El Colegio de Michoacán, 1992: 83-103.
- Andrade, Olegario V. *Obras poéticas*. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras, 1943.
- Ansolabehere, Pablo. “Paulino Lucero y los juegos de la guerra”. En Cristina Iglesia (ed.). *Letras y divisas. Ensayos sobre literatura y rosismo*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1998.
- . “Preciso es que haya mártires’. Los poemas de la derrota heroica”. En Alejandra Laera y Martín Kohan (editores). *Las brújulas del extraviado. Para una lectura integral de Esteban Echeverría*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2006: 265-286.
- Area, Lelia. *Una biblioteca para leer la nación. Lecturas de la figura de Juan Manuel de Rosas*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2006.
- Azua, Néstor Tomás. “La ocupación del espacio vacío: de la frontera interior a la frontera exterior. 1876-1910”. En Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo (comp.). *La Argentina del ochenta al Centenario*. Buenos Aires: Sudamericana, 1980: 61- 89.

- Botana, Natalio. "1880. La federalización de Buenos Aires". En Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo (comp.). *La Argentina del ochenta al Centenario*. Buenos Aires: Sudamericana, 1980: 107-122.
- . *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*. Buenos Aires: Sudamericana, 1994.
- y Gallo, Ezequiel. "Estudio preliminar". En Botana, Natalio y Gallo, Ezequiel (comp.). *De la república posible a la república verdadera (1880-1910)*. Buenos Aires: Ariel, 1997: 11- 123.
- Borges, Jorge Luis. "Hilario Ascasubi: Paulino Lucero. Aniceto el Gallo. Santos Vega". En Borges, Jorge Luis. *Prólogos con un prólogo de prólogos*. Madrid: Alianza Editorial, 1999: 20-27.
- Bourdieu, Pierre. *Outline of a Theory of Practice*. Cambridge: Cambridge UP, 2002.
- Buchbinder, Pablo. "Caudillos y caudillismo: una perspectiva historiográfica". En Goldman, Noemí y Salvatore, Ricardo (comp.). *Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*. Buenos Aires: Eudeba, 1998: 31-50.
- Chávez, Fermin. "López Jordán". En Laforgue, Jorge (ed.). *Historias de caudillos argentinos*. Buenos Aires: Alfaguara, 1999: 367- 388.
- Comisión Central de Homenaje. *Ángel Vicente Peñaloza*. Buenos Aires: Hachette, 1969.
- Dabove, Juan Pablo. *Nightmares of the Lettered City. Banditry and Literature in Latin America 1816-1929*. Pittsburgh: Pittsburgh UP, 2007.
- . "Eduardo Gutiérrez: Narrativa de bandidos y novela popular argentina". En Laera, Alejandra (dir.). *Historia crítica de la literatura argentina: El brote de los géneros*. Buenos Aires: Emecé Editores, 2010: 295-324.

- De la Colina, Salvador. *Crónicas riojanas y catamarqueñas*. Buenos Aires: J. Lajouane & Cia. Editores, 1920.
- De la Fuente, Ariel. “Peñaloza (1796-1863)”. En Laforgue, Jorge (ed.). *Historias de caudillos argentinos*. Buenos Aires: Alfaguara, 1999: 323- 342.
- . *Children of Facundo. Caudillo and Gaucho Insurgency During the Argentine State-Formation Process (La Rioja, 1853-1870)*. Durham: Duke UP, 2000.
- Echeverría, Esteban. “Ojeada retrospectiva. Sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37”. En Echeverría, Esteban. *Dogma socialista. Precedido de una ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año de 1837. Plan económico. Filosofía social*. Buenos Aires: La Cultura Argentina, 1915: 93-170.
- . *El matadero. La cautiva*. Madrid: Cátedra, 2003.
- Ferrari, Gustavo. “La presidencia Juárez Celman”. En Ferrari, Gustavo y Gallo, Ezequiel (ed.). *La Argentina del ochenta al Centenario*. Buenos Aires: Sudamericana, 1980: 183-197.
- Fontana, Patricio y Román, Claudia. “Estatuas para amarrar caballos. Frontera y peripecia en la literatura argentina (1837-1852)”. En Batticuore, Graciela, El Jaber, Loreley y Laera, Alejandra (comps.). *Fronteras escritas. Cruces, desvíos y pasajes en la literatura argentina*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2008: 53-95.
- Giusti, Roberto F. *Literatura y vida*. Buenos Aires: Edición de Nosotros, 1939: 180-188.
- Groussac, Paul. “Nicolás Avellaneda”. En Paul Groussac. *Los que pasaban*. Buenos Aires: Taurus, 2001: 139-228.
- Goldman, Noemí. “Capítulo 3: Los orígenes del federalismo rioplatense (1820-1831)”. En Goldman, Noemí. *Nueva historia argentina. Revolución, República, Confederación (1806-1852)*. Tomo III. Buenos Aires: Sudamericana, 1998: 103-124.

--- y Salvatore, Ricardo (comp.). *Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*. Buenos Aires: Eudeba, 1998.

Gutiérrez, Eduardo. *La muerte de Buenos Aires*. Buenos Aires: N. Tommasi Ed.,

---. *Juan Manuel de Rosas*. Buenos Aires: N. Tommasi Ed.,

---. *La mazorca*. Buenos Aires: N. Tommasi Ed.,

---. *Una tragedia de doce años*. Buenos Aires: N. Tommasi Ed.,

---. *El puñal del tirano*. Buenos Aires: N. Tommasi Ed.,

---. *El Chacho*. Buenos Aires: N. Tommasi Ed.,

---. *Los montoneros*. Buenos Aires: N. Tommasi Ed.,

---. *El rastreador*. Buenos Aires: N. Tommasi Ed.,

---. *La muerte de un héroe*. Buenos Aires: N. Tommasi Ed.,

---. *Juan sin patria*. Buenos Aires: Imprenta y Litografía, 1886.

---. *El gaucho solitario [Ignacio Monges]*. Buenos Aires: J.C. Rovira, 1933.

---. *Juan Moreira*. Buenos Aires:

Gutiérrez, Juan María. “Noticias biográficas sobre Esteban Echeverría”. En Echeverría,

Esteban. *Dogma socialista. Precedido de una ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año de 1837. Plan económico. Filosofía social*. Buenos Aires: La Cultura Argentina, 1915: 7-83.

Halperín Donghi, Tulio. “Los legados de la revolución y la guerra y el orden político de la

Argentina independiente”. En: *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1972: 393-419.

- . “La historiografía: treinta años en busca de un rumbo”. En Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo (comp.). *La Argentina del ochenta al Centenario*. Buenos Aires: Sudamericana, 1980: 829- 840.
- . *José Hernández y sus mundos*. Buenos Aires: Sudamericana, 1985.
- . “Estudio preliminar”. En *Proyecto y construcción de una nación (1846-1880)*. Biblioteca del pensamiento argentino II. Buenos Aires: Ariel, 1995: 7-107.
- . “Vicente Fidel López, historiador”. En *Ensayos de historiografía*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto, 1996: 35-43.
- . “1880: un nuevo clima de ideas”. En *El espejo de la Historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Sudamericana, 1998: 239-252.
- . “Estudio preliminar”. En Laforgue, Jorge (ed.). *Historias de caudillos argentinos*. Buenos Aires: Alfaguara, 1999: 19-48.
- . “Estudio preliminar”. En Halperín Donghi, Tulio (comp.). *Vida y muerte de la República verdadera (1910 – 1930)*. Buenos Aires, Ariel, 2000: 21- 272.
- Hernández, José y Sarmiento, Domingo Faustino. *Proceso al Chacho*. Buenos Aires: Caldén, 1968.
- Hobsbawm, Eric. *Bandits*. New York: The New Press, 2000.
- Ibarguren, Carlos. *Juan Manuel de Rosas. Su vida, su drama, su tiempo*. Buenos Aires: Theoria, 1972.
- Laera, Alejandra. *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2004.

- . “El ángel y el diablo: ficción y política en *Amalia*”. En Iglesia, Cristina (Ed.). *Letras y divisas. Ensayos sobre literatura y rosismo*. Buenos Aires: Santiago Arcos Editor, 2004: 97-109.
- Laforgue, Jorge (ed.). *Historias de caudillos argentinos*. Buenos Aires: Alfaguara, 1999.
- Lettieri, Alberto. “De la ‘República de la opinión’ a la ‘República de las instituciones’”. En *Nueva historia argentina. Liberalismo, Estado y orden burgués (1852-1880)*. Tomo IV. Buenos Aires: Sudamericana, 1999.
- Lobato, Mirta Zaida. “Estado, gobierno y política en el régimen conservador”. En Lobato, Mirta Zaida (directora). *Nueva historia argentina. El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*. Tomo V. Buenos Aires: Sudamericana, 2000: 179- 208.
- Lugones, Leopoldo. *Historia de Roca*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano, 1980.
- Luna, Félix. *Los caudillos*. Buenos Aires: Jorge Álvarez s.a., 1966.
- . “El Chacho en la literatura nacional”. En Comisión Central de Homenaje. *Ángel Vicente Peñalosa*. Buenos Aires: Hachette, 1969: 73-88.
- . “Alem, la terrible integridad”. En Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo (comp.). *La Argentina del ochenta al Centenario*. Buenos Aires: Sudamericana, 1980: 245-253.
- Lynch, John. *Juan Manuel de Rosas. 1829-1852*. Buenos Aires: Hyspamerica, 1986.
- Manso de Noronha, Juana. *Los misterios del Plata*. Buenos Aires: Stockcero, 2005.
- Mármol, José. *Amalia*. Madrid: Cátedra, 2000.
- Masiello, Francine. *Between Civilization and Barbarism. Women, Nation, and Literary Culture in Modern Argentina*. Lincoln: Nebraska UP, 1992.

- Monteleone, Jorge. "La hora de los tristes corazones. El sujeto imaginario en la poesía romántica argentina". En Jitrik, Noé. *Historia crítica de la literatura argentina. La lucha de los géneros*. Vol. 2. Buenos Aires: Emecé, 2003: 119-159.
- . "La pasión y el desierto". En Alejandra Laera y Martín Kohan (editores). *Las brújulas del extraviado. Para una lectura integral de Esteban Echeverría*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2006: 43-56.
- Myers, Jorge. *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1995.
- . "La revolución de las ideas: La generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas". En Goldman, Noemí (directora del tomo). *Nueva historia argentina. Revolución, república, confederación (1806-1852)*. Tomo III. Buenos Aires: Sudamericana, 1998: 381-445.
- . "El 'nuevo hombre americano': Juan Manuel de Rosas y su régimen". En Jorge Lafforgue (ed.). *Historias de caudillos argentinos*. Buenos Aires: Alfaguara, 1999: 279-321.
- Piglia, Ricardo. "Notas sobre *Facundo*". En *Punto de vista*. 3.8 (1980): 15-18.
- . "Echeverría y el lugar de la ficción". En Piglia, Ricardo. *La Argentina en pedazos*. Buenos Aires: Ediciones de la Urraca, 1993.
- . "Sarmiento the Writer". En Halperín Donghi, Tulio et al (eds.). *Sarmiento. Author of a Nation*. Berkeley: California UP, 1994.
- Pomer, León. "Prólogo". En Hernández, José y Sarmiento, Domingo F. *Proceso al Chacho*. Buenos Aires: Caldén, 1968: 7-24.
- Prieto, Adolfo. *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina. 1820-1850*. Buenos Aires: Sudamericana, 1996.

- . *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2006.
- Rama, Ángel. *Los gauchipolíticos rioplatenses. Literatura y sociedad*. Buenos Aires: Calicanto, 1976.
- Rivera, Jorge B. *Eduardo Gutiérrez*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1967.
- Ruiz Moreno, Isidoro J. “La primera presidencia del general Roca”. En Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo (comp.). *La Argentina del ochenta al Centenario*. Buenos Aires: Sudamericana, 1980: 131-163.
- Sarlo, Beatriz. “En el origen de la cultura argentina: Europa y el desierto”. En Sarlo, Beatriz. *Escritos sobre literatura argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2007: 25-29.
- Sarmiento, Domingo Faustino. *Facundo*. Madrid: Cátedra, 1990.
- Slatta, Richard W. *Gauchos and the Vanishing Frontier*. Lincoln: Nebraska UP, 1983.
- Somellera, Antonio. *Recuerdos de una víctima de la Mazorca 1839 – 1840*. Buenos Aires: El elefante blanco, 2001.
- Shumway, Nicolás. *The Invention of Argentina*. Berkeley: California UP, 1991.
- Svampa, Maristella. *El dilema argentino. Civilización o barbarie*. Buenos Aires: Taurus, 2006.
- Tiscornia, Eleuterio F. “Vida de Andrade”. En Andrade, Olegario V. *Obras poéticas*. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras, 1943: 7-75.
- Viñas, David. *Literatura argentina y realidad política*. Buenos Aires: Jorge Álvarez Editor, 1964.
- Weber, Max. *From Max Weber: Essays in Sociology*. New York: Oxford UP, 1958.
- Wilde, José Antonio. *Buenos Aires desde setenta años atrás*. Buenos Aires: Jackson, 1944.
- Williams, Raymond. *Marxism and Literature*. Oxford: Oxford UP, 1977.

Zuccotti, Liliana. "Gorriti, Manso: de las Veladas *literarias* a 'las conferencias de maestra'". En

Fletcher, Lea (Comp.). *Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires:

Feminaria Editora, 1994: 96-107.

---. "La ficción documentada. *Amalia* y su difusión en *La Semana*". En Iglesia, Cristina (Ed.).

Letras y divisas. Ensayos sobre literatura y rosismo. Buenos Aires: Santiago Arcos

Editor, 2004: 111-124.